

A man with short dark hair and a light beard, wearing a grey pinstripe suit jacket over a white button-down shirt, stands in the center of the frame. He is looking directly at the camera with a neutral expression. The background is a blurred city street at night, with warm lights from buildings and street lamps. The bottom half of the image features a large, stylized Union Jack pattern in blue, red, and white. The text 'LOUISE BAY' is in white, 'MISTER' is in white, and 'PARK LANE' is in yellow, all in a bold, sans-serif font.

LOUISE BAY
MISTER
PARK LANE

Phoebe

LOUISE BAY

MISTER PARK LANE

Traducción de María José Losada



Phoebe

OceanofPDF.com

Título original: *Mr. Park Lane*

Primera edición: marzo de 2022

Copyright © 2021 by Louise Bay

© de la traducción: María José Losada Rey, 2022

© de esta edición: 2022, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-18491-68-9

BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®
Fotografías: OPOLJA/Alexey Fedorenko/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

OceanofPDF.com

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO ESPECIAL

OceanofPDF.com

1

HARTFORD

Tenía veintinueve años, era pediatra y había viajado y trabajado en algunos de los lugares más desfavorecidos del planeta. Sin embargo solo con pensar en que iba a estar delante a Joshua Luca, tenía que secarme las palmas de las manos en los vaqueros y rezar para que los latidos de mi corazón se sosegaran.

Aunque hacía una década que no lo veía, Joshua aún tenía ese poder sobre mí, y era algo que odiaba con todas mis fuerzas.

Tampoco era que hubiéramos salido o que hubiera estado todos esos años suspirando por él; ni que se hubiera fijado en mí, y menos de la forma en que yo me había fijado en él.

Ese hombre había sido casi una obsesión para mí hasta que, a los diecisiete años, me había roto la pierna y había renegado para siempre de aquel encaprichamiento de adolescente. En tan solo una noche, había madurado y había dejado de lado aquel estúpido enamoramiento.

No me había vuelto a acordar de todos esos viejos sentimientos hasta que mi madre me había anunciado que lo tenía todo organizado para que me quedara con Joshua durante un par de meses, hasta que me «asentara»; una ironía involuntaria, dada la escayola que me cubría la pierna izquierda. Ni se me ocurrió discutirlo. No valía la pena decirle que, si me las había arreglado para sobrevivir en diferentes zonas de guerra, instalarme en Londres tenía que resultarme tan fácil como hacer una tarta.

Tartas. Cómo las había echado de menos... No había nada parecido en el puesto de Médicos sin Fronteras de Yemen, donde había estado destinada. Así que, en cuanto dejara la maleta en casa y me duchara, iba a ir a comprar una tarta de limón. A ser posible con *toppings*.

Debía concentrarme en esa tarta. O en cualquier cosa que no fueran los recuerdos de cómo le brillaba el pelo a Joshua cuando lo bañaba el sol en verano. O en sus piernas largas, delgadas y bronceadas. O en la forma en que aparecía un hoyuelo en su mejilla izquierda cada vez que mi hermana estaba cerca. Su media sonrisa eterna daba a entender que le gustaban las

bromas, y si alguna vez se metía en líos, se las arreglaba para que lo perdonaran gracias a la confianza en sí mismo. A mi yo adolescente le había parecido un dios.

No estaba segura de que se acordara de mí. ¿De qué se iba a acordar? ¿De mis cejas sin depilar? ¿De mis *brackets*?

Nuestros padres eran amigos desde que yo tenía uso de razón. Joshua tenía la misma edad que mi hermano; mi hermana era un año más joven que ellos, y, para mi eterna frustración, yo era la pequeña. La niñita que se había pillado del mejor amigo de su hermano mayor.

No era más que una espectadora que lo espiaba durante los partidos de tenis, los retos y las charlas sobre chicas. Había sido parte del escenario, el telón de fondo de los veranos de Joshua y mi hermano. No como mi hermana, Thea, que se había lanzado a lucir la moda de las minifaldas vaqueras como si fuera una *top model* de veinticinco años. Thea siempre conseguía ser el centro de atención. La había visto dar vueltas y reírse delante de Joshua, que respondía con sonrisas arrogantes en aquellos labios carnosos. Sin duda, Joshua se acordaba de Thea. No como de mi olvidable e invisible yo.

Nunca le había contado a nadie las fantasías que tenía con Joshua. Incluso a los diecisiete años me las había guardado para mí misma, decidida a mantenerlas escondidas para siempre en un lugar profundo y oscuro de mi interior.

Pero en ese momento, cuando estaba en el aeropuerto, a punto de encontrarme cara a cara con él, un escalofrío familiar e inoportuno me bajó por la espalda y me aceleró el pulso.

El teléfono vibró en mi bolsillo y salí de la cola para respetar la prohibición sobre el uso de móviles. Era mi madre. Solté la muleta derecha y respondí.

—¿Has aterrizado ya, cariño?

Cuando alguien trabajaba en una zona de guerra, sus padres siempre estaban preocupados. Sin embargo, a mí no me preocupaban las zonas de guerra, sino algunos reencuentros.

—Sí. Recogeré la maleta dentro de un minuto. ¿Puedo llamarte cuando esté ya en casa de Joshua?

—Por supuesto. Marian me ha dicho que vive en un apartamento estupendo. Es un buen chico. Tiene su propia empresa, una agencia de

marketing. Y ya sabes que acaba de comprar un coche nuevo.

Debía de haber oído hablar del flamante coche al menos tres veces.

—Sí. Un Lexus. Me acuerdo. —Yo no era la clase de hija que podía comprarles un coche nuevo a sus padres. No ganaba tanto dinero. Y, aunque así fuera, no lo necesitaban.

—Se ha hecho a sí mismo. Un hombre de fiar. Estoy segura de que estará esperándote fuera.

—Podía haber ido yo sola a la City en el Heathrow Express. —No me agradaba la idea de que Joshua tuviera que venir a recogerme. Estaba segura de que tenía mejores cosas que hacer aquel martes que ser mi chófer.

—Tienes una pierna rota, Hartford —dijo en aquel tono suyo de «No hay nada más que añadir». En cuanto les había comunicado a mis padres que iba a volver a Londres, mi madre había desempolvado su perpetuo sentido de la intromisión. Sabía que con eso estaba demostrándome su profundo alivio. Después de tres años en el extranjero, su pequeña iba a estar a un par de horas de distancia en lugar de a un par de husos horarios. Así que era consciente de que, a partir de ese momento, iba a tener que esforzarme para esquivar sus bienintencionadas bombas de ayuda.

Miré por encima del hombro a la marea de gente que se arremolinaba en el pasillo, formando una cola. Acababa de aterrizar otro vuelo, y no quería que los demás pasajeros me adelantaran.

—Pues será mejor que no lo haga esperar. Te llamaré más tarde.

—Dale un beso a Joshua de mi parte y llámame cuando estés instalada.

Esa era la forma perfecta de romper el hielo con Joshua. Podía decirle que había hablado con mi madre y que le mandaba un beso.

Me incorporé a la cola de nuevo y me dije a mí misma que, si podía encargarme de tratar a niños enfermos en camas plegables bajo un calor abrasador, podía ocuparme de Joshua Luca.

No era para tanto...

Las puertas que comunicaban la zona de llegadas con el vestíbulo del aeropuerto se abrieron, y me fijé en los conductores con carteles y en la gente que esperaba ver llegar a sus seres queridos. Apartado de la multitud, como si hubieran colocado un foco sobre él, estaba Joshua, apoyado en un poste, con la cabeza baja, concentrado en el móvil.

Un chisporroteo de deseo me inundó el pecho, y tuve que recordarme a mí misma que debía seguir respirando. Joshua seguía siendo un espécimen

masculino magnífico y eso me enfurecía. Me había obligado a mí misma a olvidarme de él hacía mucho tiempo y no iba a volver a tropezar con la misma piedra. Eso solo podía meterme en líos.

Otra vez.

Tenía los hombros más anchos, pero su pelo rubio oscuro seguía luciendo aquel aspecto cuidadosamente despeinado. ¿Y qué decir de su atractiva confianza? Que seguía siendo palpable a diez metros de distancia.

Levantó la cabeza y miró hacia la derecha, como si pudiera leerme los pensamientos. Aquella sonrisa de medio lado tuvo un efecto inmediato entre mis piernas.

Vagina, eres una traidora.

Sonreí y me acerqué como si hubiera estado buscándolo entre la multitud en lugar de haberme visto atraída hacia él como un rayo por una barra de metal.

—Hola. —Eché la cabeza hacia atrás para buscar su mirada.

Se tomó su tiempo y me recorrió de la cabeza a los pies y viceversa, con lentitud y sin reparos, deteniéndose en mis labios y en mis mejillas al subir.

—¿Hartford?

¿Debía besarlo? ¿En una mejilla o en las dos? ¿Era mejor abrazarlo? ¿Por qué me sentía tan incómoda?

Tienes veintinueve años, me recordé a mí misma.

Eres pediatra.

Que te cuelgues de Joshua Luca solo te meterá en líos.

Lo estreché con un solo brazo y me puse de puntillas con torpeza para poder rodearle el cuello. Se tensó casi sin darse cuenta antes de devolverme el abrazo.

—Me alegro de verte —dije contra su piel.

Notaba su mano en mi cintura a pesar de la chaqueta, y era tan grande que me abarcaba casi todo el ancho de la espalda. ¿Y ese olor? ¿Cómo podía haberlo olvidado? ¿A qué era, y por qué no había cambiado en tantos años?

Sin preguntar, cogió mi mochila como si no pesara nada y se la colgó del hombro.

—¿Solo llevas esto? ¿No tienes más equipaje?

Me encogí de hombros.

—No. Solo estamos la mochila y yo.

Señaló con la cabeza hacia la salida, y lo seguí.

—¿Qué te ha pasado en la pierna?

Me miré la escayola como si tuviera que recordar de qué pierna estaba hablando.

—Ah, no fue nada. Un accidente. —No quería entrar en detalles. Lo importante era que se curara lo más rápido posible para poder dedicarme en cuerpo y alma al trabajo—. Cuéntame, ¿qué ha sido de ti, Joshua Luca? ¿Qué has estado haciendo desde la última vez que te vi?

Me lanzó otra de aquellas sonrisas marca de la casa.

—¿Cuándo fue la última vez que nos vimos?

—Pues no me acuerdo...

Lo sabía perfectamente. Me negaba a pensar en lo que había ocurrido después del accidente. Me había pasado años recordando la noche en que me había roto la pierna. Joshua había ido a recoger a mi hermano antes de salir a celebrar Fin de Año. Estaban en segundo de carrera y acababan de cumplir veinte años. Nunca había sido tan consciente de nuestra diferencia de edad como en ese momento, mientras lo miraba desde lo alto de la escalera; quedaba patente por la barba que le cubría la mandíbula y el vientre plano y tonificado que había quedado a la vista involuntariamente cuando había cogido la chaqueta de mi hermano. Se había convertido en un hombre y yo seguía sintiéndome una niña. Lo había visto unos treinta segundos como máximo, pero su imagen se había quedado grabada en mi memoria como un tatuaje. Esos pocos segundos eran los últimos buenos recuerdos que tenía de Joshua.

—Ya no llevas los *brackets*.

Tenía que acordarse de eso, por supuesto.

—Una pasada, ¿verdad? Llegué a pensar que iba a tener que llevarlos toda la vida. También me he depilado las cejas. Y he obtenido un par de títulos universitarios. —La gente podía cambiar. No era siempre la misma—. Ha pasado mucho tiempo.

—Genial. —Me miró y frunció el ceño, apartando la vista—. Así es.

Pulsó un botón del mando a distancia que llevaba en la mano, y se abrió el maletero de un coche de aspecto caro. Guardó mi mochila en el interior y se dirigió al asiento del copiloto.

Y entonces me abrió la puerta. La puerta del pasajero.

A mí.

Negué con la cabeza. ¿Acaso se había educado en los años 50? Pero eso formaba parte de del encanto de Joshua Luca desde que había salido del vientre materno, y yo no iba a permitir que tuviera ningún efecto sobre mí.

—¿Qué te pasa? —Parecía confuso.

—Puedo abrir la puerta yo sola —expliqué; entré cojeando en el vehículo, llevando conmigo las muletas, y me acomodé en el asiento, de cuero suave. No iba a derretirme y a formar un charco en el suelo por un pequeño acto de caballerosidad porque no era lo que él pretendía. No me veía así. Joshua no tenía que intentar que las mujeres hicieran nada, era innato.

Se encogió de hombros y cerró la puerta antes de dirigirse al lado del conductor.

—Perdona si huelo a Yemen. Lo mejor será que uses un buen ambientador después del trayecto.

Salió de la plaza de aparcamiento y empezamos a circular por los estrechos pasillos que comunicaban las diferentes plantas.

—¿Yemen? Creí que venías de Arabia Saudí.

—Es que no hay vuelos directos desde Yemen.

—¿Todavía existen sitios que no tienen vuelos directos?

Me reí.

—Hablas como Patrick. Estaba trabajando en Médicos sin fronteras, no de vacaciones. Pero me agrada tu preocupación de hermano mayor.

—Vale —dijo, de nuevo con el ceño fruncido—. ¿Quieres un botellín de agua? —Abrió la tapa de lo que parecía una nevera empotrada debajo del reposabrazos central y sacó uno.

—Gracias. ¿No tendrás ahí un poco de tarta?

—Esto no es un supermercado, pero es posible que haya alguna manzana.

—No como una desde hace trece meses. —Me puse a revolver y encontré una manzana tan verde que se me hizo la boca agua—. ¿Quieres un mordisco? —Levanté la fruta y luego la aparté bruscamente cuando mi imaginación me ofreció una imagen en la que él hundía los dientes en mí.

¿Era de los que mordían? Durante una fracción de segundo, pasaron por mi cerebro algunas imágenes muy pornográficas: Joshua en la cama, desnudo. Joshua sobre mí, con los brazos flexionados y la mirada clavada en mis labios mientras movía las caderas...

Basta...

Tenía que mantener el control, lavarme el cerebro con lejía y matar las mariposas que me aleteaban en el estómago con un buen insecticida. Iba a vivir con ese tipo durante un par de meses. No podía seguirlo a todas partes babeando como una adolescente. Además, sabía que obsesionarme con Joshua era peligroso. Debía levantar un campo de fuerza a mi alrededor que Joshua Luca no pudiera atravesar.

Solo éramos amigos.

No sabía a dónde mirar primero: si la increíble vista de ciento ochenta grados que llegaba hasta el London Eye, el enorme salón con sofás del color de los malvaviscos o el irritante hoyuelo de la mejilla izquierda de Joshua, que me tenía hipnotizada desde que había cumplido doce años.

—¿Así que vives aquí? —pregunté, tratando de fingir que no me había fijado en el hoyuelo—. Tienes muy buen gusto para ser el niño que disfrutaba tremendamente bajándole los calzoncillos a mi hermano cuando menos se lo esperaba. Parece una habitación de hotel enorme.

Se metió las manos en los bolsillos y clavó la vista en el suelo, igual que cuando coqueteaba con Thea. Conseguía combinar confianza y timidez de una forma que siempre me había parecido adorable. Sabía que no era tímido en absoluto, y me pregunté cuándo se había dado cuenta de lo sexy que podía ser mostrar un poco de humildad.

—No puedo atribuirme el mérito de la decoración. Es uno de los apartamentos del Park Lane International.

—¿Apartamentos? ¿Quieres decir que vives en un piso que forma parte de una especie de hotel? ¿Puedes pedir algo al servicio de habitaciones cuando quieras? ¿Y usar el gimnasio y esas cosas?

—Sí, y esas cosas —confirmó, asintiendo.

—Vaya... —Me había pasado el año anterior durmiendo debajo de una lona en una litera plegable. Me iba a llevar un tiempo acostumbrarme a un lujo de cinco estrellas. Aunque, pensándolo bien, era mejor que no me acostumbrara. Miré a mi alrededor, tratando de adivinar dónde podía poner mis pertenencias, pero solo había visto una puerta. Tal vez me tocaba usar el sofá—. ¿Dónde voy a dormir?

—¿En el horno? ¿En el baño? —Joshua sonrió—. ¿O prefieres una cama en un dormitorio? Es una opción convencional pero definitivamente cómoda.

Joshua se erguía a mi lado, con el pecho más ancho que la última vez que lo vi. Y seguía teniendo el sentido del humor de un chico de diecisiete años.

—Me parto... En serio, Joshua. ¿Dónde?

Se encogió de hombros.

—No he estado aquí antes. Vivo al lado, en el apartamento P1. Supongo que es por aquí —dijo; cruzó el salón y abrió la puerta de golpe—. Sí. Esto es el dormitorio.

—Espera, ¿no vives en este apartamento? Creí que me iba a quedar en la habitación de invitados.

—¿Tenías ganas de verme en calzoncillos por la mañana? —Sonrió y arqueó las cejas de forma sugerente.

No podía negar que me había preguntado qué aspecto tendría Joshua en calzoncillos en los sesenta minutos que habían pasado desde que habíamos salido del aeropuerto, pero, desde luego, no iba a admitirlo.

—Mi madre me dijo que tenías una habitación libre.

—Este apartamento es como si fuera el dormitorio de invitados del ático. Es independiente, pero solo se encuentra disponible para los residentes en mi casa. Es como tener una casita de la piscina o algo así.

Si estaba interpretando bien el lenguaje masculino, me estaba diciendo que le gustaba disfrutar de su propio espacio.

—Joshua, si no querías que me quedara contigo, solo tenías que decirlo. Tengo más amigos. —En realidad, no estaba segura de tener muchos en Londres. La mayoría se dispersaban por todo el país y por el mundo, pero no necesitaba que Joshua se apiadara de mí. Mi madre me había rogado que me quedara con él; me había dicho que se sentía solo en Londres y que necesitaba compañía. Estaba claro que solo quería salirse con la suya. Mi experiencia debió haberme servido de advertencia, pero estaba demasiado cansada para discutir con ella y había aceptado quedarme con él hasta que encontrara mi propio apartamento.

—Actúas como si te hubiera pedido que te quedaras en el maletero de mi coche. —Se mostró completamente imperturbable ante mi reacción—. Este lugar está a tu disposición durante tres meses. No es tan malo.

—Espera un momento, ¿lo has alquilado durante tres meses? —No quería ni imaginar lo que podía estar pagando—. Devuelve la llave. De ninguna manera pienso permitir que...

Joshua se acercó a mí y me acarició el brazo como si tratara de domar a un caballo salvaje. Intenté ignorar el calor, la forma en que sus dedos parecían doblegarme con autoridad o el increíble olor que inundaba mis fosas nasales cuando estaba cerca.

—No es para tanto. No espero que me pagues nada.

Me alejé de su brazo. Aquel simple contacto físico amenazaba con despertar mi antiguo enamoramiento como una chispa a la yesca.

—¡Joshua! —¿Acaso no lo entendía?—. Eso es aún peor. No tienes que pagarme el alquiler. La única razón por la que alguien se queda en la habitación libre de un amigo es para ahorrar dinero.

—Es que no tienes que gastar nada. Si te hace sentir mejor, considéralo mi habitación de invitados

—Tengo que darme una ducha. —Me desplomé en el sofá; el *jet lag*, el viaje y los trece últimos meses me cayeron encima de golpe. Me hundí en los cojines color malvavisco y me pregunté si lograría volver a moverme—. ¿Has pagado ya? ¿Puedes recuperar el dinero?

—No. He firmado un contrato. Y, de todas formas, ¿a dónde piensas ir? ¿A la habitación de invitados de un amigo o, peor, a dormir en un sofá, cuando puedes quedarte aquí? —Señaló las vistas con la cabeza—. Has estado fuera curando a los enfermos en lugares lejanos. Considera esto como una recompensa.

No quería elogios ni agradecimientos.

—Estás siendo ridículo.

Sonrió.

—De nada. Supongo que tienes hambre. —Miró el teléfono—. No te habrás convertido en una de esas veganas, ¿verdad?

—Sí, tengo hambre, y no. —Llevaba un año soñando con comer una hamburguesa tan grande como mi pierna, con escayola y todo. Desde luego, no había echado de menos las verduras.

—Gracias a Dios. ¿Una hamburguesa, entonces?

A pesar de la irritación que sentía hacia Joshua, una sonrisa me curvó los labios. Podíamos ser polos opuestos en cuanto a estilo de vida, pero si hablábamos de gustos culinarios, era como si nos hubieran separado al nacer. *Y tal vez un buen trozo de tarta*, pensé, aunque no lo dije. Era exigente con las tartas y quería tomarme mi tiempo para decidir cuál iba a ser el primer trozo que iba a probar tras volver de Yemen.

—Sería capaz de hacer casi cualquier cosa en este momento por una hamburguesa.

—Interesante... —dijo, lanzándome una mirada de reojo mientras tecleaba algo en el teléfono. Luego se sentó en el sofá de enfrente—. Quizá se me ocurran algunas cosas. —No sabía que un hoyuelo pudiera ser tan sugerente, pero Joshua conseguía que lo fuera.

Nunca había sido el blanco de sus atrevidos coqueteos. Resultaban muy halagadores, pero tenía que recordarme que solo era su forma de actuar: no sabía vivir sin coquetear. Para Joshua era una especie de hábito inconsciente que tenía tan interiorizado como respirar.

—Es agradable ver que no has cambiado nada.

—Es agradable ver que tú sí lo has hecho. —Hizo una pausa y, durante una fracción de segundo, me miró como si fuéramos amantes desde hacía mucho tiempo en lugar de, en la práctica, meros desconocidos. Luego parpadeó y se aclaró la garganta—. Salvo que tu ceño de desaprobación sigue siendo el mismo.

—Oye... —dije, lanzándole un carísimo cojín. Lo esquivó como si fuera del tamaño de un caramelo—. Yo no frunzo el ceño.

Se rio.

—No te preocupes. Estás muy guapa.

¿Guapa?

Iba a tener que levantar el campo de fuerza protector.

2

JOSHUA

Miré el cielo lúgubre y gris de Londres y tuve que repasar mentalmente en qué mes estábamos. En Inglaterra nunca estaba garantizado poder disfrutar del clima en verano, pero ese día parecía noviembre, no junio. Desde luego, Hartford no había llegado acompañada del calor de Oriente Medio al tomar tierra. Giré en Piccadilly e intenté encontrar en mi cerebro alguna imagen sobre Hartford. Recordé que llevaba *brackets*, así como sus largos miembros desgarrados y que se recogía el pelo en un moño. Toda la familia se quejaba entonces de que tenía la cabeza en las nubes. Salvo eso, había muchos espacios en blanco. Siempre había pululado cerca de Patrick y de mí, pero no podía recordar muchos más detalles.

Sin embargo, algo cruzó mi mente: un apodo. Y estaba relacionado con las hadas o el ballet... Eso era, había sido bailarina de ballet. Algo muy alejado de la intensa pero innegablemente hermosa doctora que había recogido unas horas antes en el aeropuerto. Negué con la cabeza, no podía pensar en ella en ese momento. Tenía otras cosas en las que concentrarme.

Me subí el cuello de la chaqueta para evitar que me entrara aire frío por la espalda. Debí haber cogido algo de abrigo para el corto trayecto hasta el restaurante donde me iba a reunir con mi mejor cliente. Como director de marketing de GCVB, Eric era una de las personas más poderosas del sector del lujo, lo que significaba que podía darse el capricho de elegir el restaurante. El que había escogido era popular y tenía el número de estrellas Michelin adecuado para él. A mí me parecía un poco pretencioso y no encajaba demasiado en mis gustos, pero bordaban la carne. Me metí por un callejón lateral y un portero vestido con una capa roja me saludó al entrar.

Llegaba con cinco minutos de antelación y sabía que Eric aún no iba a estar ahí. Le gustaba aparecer elegantemente tarde.

—Buenas tardes, señor Luca. —La *maître* rubia movió la cabeza para saludarme—. Su acompañante ya está sentado. ¿Puede seguirme hasta la mesa?

Se me erizó el vello de la nuca a pesar de haber entrado en calor. La

miré con intensidad mientras procesaba lo que había dicho. ¿Por qué Eric había llegado temprano? Eso no había ocurrido nunca.

La joven me condujo hasta una mesa en un rincón, donde estaba sentado Eric con una impoluta camisa blanca, con las mangas subidas hasta los codos y la chaqueta del traje colgada despreocupadamente en el respaldo de la silla. No solo había llegado temprano, sino que ya llevaba allí el tiempo suficiente como para haberse puesto cómodo.

—Me alegro de verte —lo saludé, y le estreché la mano antes de tomar asiento.

—Joshua... Voy a pedir las mollejas y luego un filete. ¿Y tú? —El inglés de Eric era casi perfecto, pero en los restaurantes siempre se notaba su acento francés. Tal vez porque era la clase de comensal relajado que charlaba con los camareros sobre las opciones del menú y al que incluso le gustaba hablar de vinos con el sumiller. Pero ese día Eric ya había pedido y no había aparecido ni rastro de su acento francés.

—Excelentes elecciones, Eric. Tomaré lo mismo. —No iba a perder el tiempo mirando el menú cuando podía estar concentrándome en lo que Eric tenía que decirme. Porque, definitivamente, tenía algo que decirme.

—Hacía tiempo que no comíamos juntos —empezó—. He estado ocupado en las oficinas centrales.

—Si vas a estar ocupado, no hay mejor lugar que París.

Luca Brands estaba especializada en promocionar marcas de lujo, y nuestro mayor activo era GCVB. Éramos responsables del *holding* y también del marketing de las treinta marcas que manejaba el grupo GCVB, que comprendían desde las que estaban especializadas en el cuidado de la piel y los perfumes hasta bodegas de champán y once de las principales marcas de diseño. GCVB no solo era el cliente más importante de Luca Brands, sino que aportaba alrededor del cuarenta por ciento de todos nuestros ingresos.

—¿Cuánto tiempo llevamos trabajando juntos? —Bebió un sorbo del vino que el sumiller le había puesto delante—. ¿Seis o siete años?

—Siete años el mes que viene. —Me eché hacia atrás, estiré las piernas e intenté aparentar que se trataba de un almuerzo normal. Pero ambos sabíamos que no lo era.

—Y me gusta tu trabajo. Sabes que me gusta. —No tuvo que añadir el «pero» para que yo lo oyera.

—Estoy satisfecho. Vuestro beneficio es nuestro beneficio.

No estaba escuchando. Actuaba como si estuviera demasiado interesado en la cesta de pan que había entre nosotros. Aunque más bien estaba concentrado en lo que iba a decir a continuación.

—Sí, sí. ¿Y en todo ese tiempo Luca Brands nunca ha querido expandirse fuera del mundo del lujo?

Tomé aire, considerando si debía responder a la pregunta.

—¿Por qué me lo preguntas?

Su mirada buscó la mía y esbozó una de sus sonrisas más pícaras, una de esas que dicen «Sé algo que tú no sabes».

—Bueno... —continuó, alargando la palabra—. Ya sabes que a GCVB le gusta adquirir nuevas empresas...

Desde que Luca Brands había empezado a trabajar con GCVB, habían llevado a cabo una adquisición tras otra. Después de que cada nueva empresa se incorporara al grupo, Eric iniciaba un proceso de licitación abierto con todas las agencias de marketing, incluida Luca Brands, para llevar el nuevo grupo. Quien ganaba el concurso era designado en exclusiva para toda la sección nueva. Hasta ese momento habíamos ganado cómodamente.

—Como sabes, GCVB domina el mercado de las marcas de lujo. Recientemente nos hemos dado cuenta de que ya hemos adquirido todos los negocios que nos interesaban de ese sector. Así que...

Eric se estaba divirtiendo. No podía decir si se sentía excitado por la nueva adquisición o si disfrutaba tratando de agobiarme.

—... así que nos vamos a meter en el mundo de los productos farmacéuticos.

Fue como si hubiera dejado caer un zurullo en la mesa. Su revelación resultó tan inesperada como inoportuna.

—¿En serio? —Me parecía una estrategia exagerada, por no hablar de que era un sector en el que Luca Brands no tenía absolutamente ninguna experiencia.

—Sí. Tiene márgenes elevados. Es un sector en crecimiento. A primera vista, no parece ser el sector natural en el que expandirnos, pero nuestros accionistas quieren beneficios rápidos y el director general tiene experiencia en ese mundillo, así que tiene sentido. —Eric se metió un trozo de pan en la boca y masticó—. ¿Cuál es la experiencia de Luca Brands en la industria farmacéutica? —preguntó después de tragar.

Eric podía ser idiota, pero sabía que no teníamos experiencia en la rama farmacéutica. Luca Brands era una agencia especializada en el lujo y nuestra ventaja radicaba en que en la competencia no existían esas prioridades.

—¿Quieres que una sola agencia cubra todas las marcas y el marketing del nuevo grupo ampliado? ¿O pondrás algo especializado para cada división? —Quería ir al grano.

—Hoy en día, son muchas las agencias que cubren todos los sectores.

—Es cierto —respondí—. Pero no somos una agencia generalista. Estamos especializados. Centrados. Y somos los mejores en lo que hacemos.

Eric asintió con energía mientras cortaba las mollejas.

—Siempre he admirado tu trabajo. Por eso te invito a que optes a llevar la nueva ampliación, a pesar de la falta de experiencia de Luca Brands en el sector farmacéutico.

Parecía creer que no teníamos ninguna esperanza de éxito. Intenté mantener la voz uniforme y la expresión neutra.

—¿Y no te preocupa que se vaya a ver comprometida la calidad del trabajo independientemente de a quién designes? —pregunté.

—No. —Su tono era firme, como si supiera que esa era una acusación con la que iba a tener que lidiar—. Estoy seguro de que quien gane la cuenta será tan bueno con los productos de lujo como con los farmacéuticos y viceversa.

Asentí.

—Pareces preocupado. —Eric esbozó otra sonrisa astuta antes de dar un sorbo al carísimo vino que iba a pagar yo mientras él tenía el futuro de mi negocio en sus manos.

—¿En serio? —Sabía que lucía mi mejor cara de póquer. No parecía preocupado. Eric solo esperaba que lo estuviera—. Si a ti no te preocupa, a mí tampoco. Después de todo, has trabajado como director de marketing en marcas de lujo durante veinte años. Si puedes ocuparte del sector de productos farmacéuticos, nosotros también.

Lo cierto era que sabía que, en cuanto terminara ese almuerzo, mi mente iba a estar llena de miles de preocupaciones que no tenía antes de llegar al restaurante. Si Luca Brands perdía la cuenta de GCVB, nuestros ingresos se iban a reducir casi a la mitad, por no hablar de que no íbamos a poder

conservar el monopolio que ostentábamos en el mundo de las marcas de lujo. Podía perder todo lo que tanto me había costado conseguir, y se verían destruidos muchas vidas y puestos de trabajo.

Eric levantó la copa.

—Es una oportunidad de prosperar. ¿No se dice así?

Levanté la copa en respuesta.

—Sin duda, ambos estaremos a la altura del desafío.

Joder. Quería poner punto final al almuerzo, volver a la oficina y empezar a trazar estrategias. Lo primero que tenía que hacer era reclutar algún talento del mundillo farmacéutico. Necesitaba gente que conociera el sector. Gente que fuera la mejor en su campo. Empecé a repasar mentalmente a todos mis contactos. ¿A quién conocía?

—No debería decírtelo, pero el lanzamiento no será una presentación normal de credenciales. Voy a pedirte que crees una campaña específica para un nuevo medicamento muy interesante que Merdon va a sacar al mercado.

Mi corazón palpitaba como si corriera para esquivar las malas noticias.

—¿GCVB ya ha adquirido esa compañía?

—Sí. Se anunciará hoy. Merdon. Tenemos un montón de ideas para democratizar la distribución de medicamentos.

¿Qué demonios significaba eso?

—¿Democratizar?

Se encogió de hombros como si fuera obvio.

—Hablamos sobre todo del mercado estadounidense, donde las farmacéuticas cobran tasas astronómicas hasta que se agotan las patentes.

Asentí con ambigüedad. No tenía ni idea de lo que estaba hablando. El mercado farmacéutico estadounidense era tan ajeno a mis conocimientos como podía serlo.

—La estrategia de Merdon consiste en seleccionar medicamentos excesivamente caros, ya patentados, y modificarlos para que puedan producirse a un precio asequible. A continuación, los distribuyen sin receta médica si es posible. Eliminan a los intermediarios y a los médicos codiciosos que se llevan una gran tajada de los beneficios. Consiguen que los medicamentos lleguen a la gente que los necesita a un precio mucho menor. ¿No es maravilloso?

La forma en que lo explicaba parecía impresionante. Aunque no creía

haber oído nunca la palabra «asequible» de labios de Eric. Entrar en un sector tan diferente al de los productos de lujo me parecía una decisión muy extraña por parte de GCVB. Pero yo no era un accionista ni el director general de GCVB. Mi trabajo era lidiar con la realidad a la que me enfrentaba en lugar de cuestionarla.

—Gran parte del trabajo se dirigirá a los Estados Unidos, pero Luca Brands tiene un buen historial en ese frente. Quien gane la cuenta ayudará a la gente, Joshua. Así que, en lugar de centrarte en hacer que el mundo tenga estilo y sea bonito, tienes la oportunidad de que Luca Brands haga algo con verdadero significado.

Era la primera vez que intentaba venderme la idea, y me dio un atisbo de esperanza de que quería que tuviéramos éxito.

—Suenas interesante —comenté, convencido. Me gustaba mi trabajo. Me encantaba la industria del lujo y la creatividad que la rodeaba, pero me gustaba esforzarme y fijarme metas más difíciles—. Me gusta la idea de poder hacer el bien: llevar medicamentos a quienes más los necesitan.

—Lo has pillado —dijo Eric—. Me alegra ver que no te desanima la propuesta de hacer algo fuera de tu ámbito.

—Nuestro campo de acción son las marcas únicas y de calidad y los servicios de marketing. Y estaremos encantados de posicionar a Merdon igual que al resto de la cartera de GCVB. ¿Quién más va a participar? —Sería tonto si no preguntara por mi competencia.

Eric sonrió.

—Vosotros, las dos agencias titulares de Merdon, y voy a invitar a dos agencias nuevas para que entren también. Ya sabes, para mantenerte alerta, Joshua.

Sonreí con toda la naturalidad que pude. Iba a tener que ser más que avisado para conseguir una cuenta en un sector en el que no tenía ninguna experiencia. Pero no había otra alternativa. Tenía que ganar ese concurso o mi negocio y mis empleados iban a resentirse. Perder no era una opción.

3

JOSHUA

Mientras Dexter estaba en la barra, inspiré hondo y repasé mentalmente cómo me había ido el día hasta el momento. Primero había llegado Hartford, que había resultado... inquietante. Luego, me había enterado de las noticias que me había dado Eric durante el almuerzo y que podían destruir mi negocio y cambiar la vida a los cientos de empleados que dependían de mí. Y solo estábamos a martes. ¿Qué más me esperaba esa semana infernal?

No estaba seguro de que una cerveza y una charla con mis colegas fuera a mejorar mi estado de ánimo, pero peor no me iba a sentir.

—Pareces sumido en tus pensamientos. —Dexter, uno de mis mejores amigos, dejó una jarra de cerveza delante de mí y se sentó—. ¿Me has invitado a una cerveza porque quieres hablar de tus sentimientos?

—¿Cómo lo has adivinado? —Sonreí, tratando de actuar como si no me sintiera presionado por el anuncio de Eric. Quizá no quisiera hablar de ello, pero tampoco quería largarme a casa y lamentarme a solas. No era habitual que le propusiera una copa improvisada a los colegas un martes por la tarde. Normalmente, los martes trabajaba hasta que llegaba la hora de tomar una copa con Kelly antes de ir a su casa. O a un hotel. No me gustaba llevar a nadie a mi apartamento, así que mi piso estaba vedado a las mujeres. Y esa era una de las razones por las que había alquilado el piso de al lado para Hartford. Tenía una habitación de invitados en casa, pero Hartford era casi una desconocida.

Hartford.

—¿Fuiste a recoger a esa chica al aeropuerto? —preguntó como si me leyera el pensamiento.

—Sí. —La semana pasada, cuando habíamos salido a tomar unas cervezas, me había quejado a los chicos de que iba a tener una nueva vecina. Pero la noticia había palidecido en comparación con lo que había escuchado en el almuerzo.

—¿Es la razón de que estés de tan mal humor?

No estaba de mal humor, solo tenso, pero eso no formaba parte de mi *modus operandi* habitual. No solo me enfrentaba a que peligrara mi empresa, sino que no podía deshacerme de la sensación de inquietud que se había instalado en mi interior con la llegada de Hartford. En cualquier otro momento, me iría a casa y me metería un buen rato en la bañera. Pero con Hartford al lado, lo que solía hacer no me parecía tan atractivo. Esperaba llevar a la City a una chica que me resultaba vagamente familiar, darle la llave del apartamento de al lado y seguir con el día. Pero cuando había aparecido... Había sido inesperado.

A pesar de lo borrosos que eran mis recuerdos, había reconocido a Hartford al instante. Desprendía una calidez y una familiaridad que debían ser reconfortantes. Y lo habían sido, pero al mismo tiempo no lo eran.

—No estoy de mal humor.

—¿Doña Martes por la Noche te ha dejado plantado?

No estaba seguro de qué era lo que más me irritaba de que Dexter y el resto de mi círculo llamaran a Kelly «Doña Martes por la Noche». Tal vez era que así daba la impresión de ser una obligación que me hacía parecer esclavo de la rutina. El sexo nunca era una obligación, y yo no era esclavo de nadie ni de nada.

—No seas ridículo.

—Oh, es cierto, no puede haberte dejado plantado porque para eso tendríais que haber tenido una relación de verdad. —Desde que Dexter estaba con Hollie se había convertido en uno de esos hombres que pensaban que todo el mundo era más feliz si tenía una novia formal. Pero ya había recorrido ese camino y no pensaba volver a hacerlo.

—En caso de que lo hayas olvidado, me arrodillé mucho antes que tú.

Ni siquiera trató de ocultar el gesto de dolor.

—Lo sé, amigo.

La llegada de Tristan, que cogió su cerveza sin siquiera saludar, nos interrumpió a los dos. Tras dar un largo sorbo, se sentó en el taburete que había entre nosotros.

—¿Tenías sed? —preguntó Dexter.

—Solo quiere llamar la atención. —Sonreí ante mi propia broma y Tristan puso los ojos en blanco.

—Joshua nos quiere hablar de Hartford —comentó Dexter.

—No, en realidad, no. No os he invitado a un trago para que

pudiéramos hablar de mujeres. Deberías conocerme mejor. —Quería estar rodeado de gente que estuviera de mi parte. Gente que supiera animarme.

—Pensé que Doña Martes por la Noche se llamaba Kelly —intervino Tristan—. ¿Ha roto contigo?

—Tienes razón en que suelo ver a Kelly los martes. Y no, no hemos roto. De hecho, no tenemos una relación que se pueda romper. —Kelly y yo no teníamos ataduras. No había ninguna expectativa de nada más por parte de ninguno de los dos. Eso era lo que queríamos

—Vale, vale, Don Morritos. ¿Te ha dicho Kelly que ya no quiere acostarse contigo los martes por la noche?

—No. Esta noche está ocupada. —Era mentira. Yo había cancelado los planes porque no tenía ganas de follar.

—Entonces, ¿quién es Hartford? —preguntó Tristan.

¿Cómo era que seguíamos con ese tema?

—Joshua, ¿quién es Hartford? —Tristan era implacable.

—La hija de una amiga de mi madre. —Eso restaba importancia a nuestra conexión. Mi madre y Marion, la madre de Hartford, hablaban al menos cinco veces al día. Estaba seguro de que la mejor amiga de mi madre sabía con qué frecuencia cagaba mi padre. Y yo había crecido con los Kent. O, más específicamente, Patrick había sido mi mejor amigo y había aprendido a ligar con Thea. Y, además, estaba Hartford.

Hartford, la niña desgarbada con la cabeza en las nubes, que ya era una mujer que se había acercado a mí y me había envuelto en un abrazo como si fuera mi mejor amiga. La ropa sin forma que lucía parecía esconder debajo un cuerpo maduro. Había tratado de pensar en otra cosa mientras sus pechos se apretaban contra mi torso, pero me había descubierto cambiando mis pensamientos sobre sus tetas por la sensación que me provocaban sus labios tan cerca de mi cuello.

—Claro, ¿y por qué estamos hablando de ella? —preguntó Tristan.

—Joshua ha ido a recogerla al aeropuerto y no ha sido él mismo desde entonces —explicó Dexter. Era una broma, pero se acercaba demasiado a la verdad para mi gusto.

—¿Está buena? —Tristan siempre iba al grano.

—No es mi tipo. —Eso era cierto. Hartford no tenía nada que me recordara a las mujeres con las que solía pasar el tiempo. Estaba acostumbrado a mujeres que parecían recién salidas de las páginas de

Vogue, y a veces así era. Mujeres glamurosas y hermosas.

A Hartford, en cambio, le importaba un bledo su aspecto. Su pelo parecía haber sufrido cinco ataques de un gato antes de que se lo hubiera recogido en la parte superior de la cabeza, y no lucía ni rastro de maquillaje ni de un vestuario cuidadosamente elegido.

Pero no cabía duda acerca de su belleza.

No me gustaban las sorpresas, y menos que todo lo relacionado con los altos pómulos, los labios rosados y el cuerpo maduro de Hartford me hubiera dejado boquiabierto. No estaba seguro de si era su forma de ser extrovertida y sin filtros, o que claramente no parecía impresionada por mí, pero algo en ella me había calado hondo.

Mientras íbamos a casa desde el aeropuerto, ella se había dedicado a parlotear. Había intentado averiguar qué la inquietaba exactamente, pero luego, cuando había mordido la manzana y había gemido al saborearla, aquel sonido había desatado en mí unas chispas que habían ido directas a mi ingle, y en mi cerebro habían aparecido imágenes de ella desnuda, cabalgando sobre mí, con la cabeza echada hacia atrás y las uñas clavadas en mi pecho.

Y eso era desconcertante: me había imaginado a Hartford desnuda en mi cama.

Hartford, la hermana pequeña y desgarbada de la chica con la que había aprendido a ligar.

Hartford, la hija de la mejor amiga de mi madre.

Hartford, mi nueva vecina.

Necesitaba darle un poco de espacio. O, más concretamente, necesitaba darme un poco de espacio a mí mismo.

De ninguna manera iba a cruzar esa línea con Hartford. Había demasiadas razones por las que eso era una mala idea. Primero, estaba tan lejos de ser mi tipo que resultaba cómico. En segundo lugar, no estaba dispuesto a tener sexo sin compromiso con alguien a quien podía hacerle daño, en especial cuando esa persona estaba tan firmemente ligada a mi familia, y lo más importante, no mantenía relaciones. Nunca.

Hartford solo se iba a quedar en el apartamento de al lado tres meses y luego iba a marcharse. Durante ese tiempo iba a estar ocupado intentando evitar que se hundiera mi empresa.

Levanté la vista cuando Andrew tomó asiento a la mesa. No esperaba

que viniera.

—Decidme, ¿por qué estamos aquí? —preguntó Andrew; se quitó la chaqueta del traje y la dejó con cuidado en un asiento libre a su espalda.

—Estoy tratando de encontrar la manera de evitar que mi negocio se vaya a la mierda.

—¿Se va a ir a la mierda? —preguntó Dexter—. ¿Qué ha pasado?

—El cliente más importante que tengo acaba de comprar una empresa farmacéutica.

—¿Quién? ¿GCVB? —Tristan cogió su jarra—. ¿Por qué una multinacional de artículos de lujo ha adquirido una empresa farmacéutica?

—Quizá quieran ponerles un nuevo envase a los relajantes musculares. —No era el momento adecuado para que Dexter soltara bromas—. Aparte de que eso no tiene sentido desde el punto de vista comercial, ¿por qué te preocupa?

—Es más que una preocupación. —Les conté que Eric quería contratar a una sola agencia para todo el grupo.

—Entiendo —dijo Andrew—. Pero tú has ganado siempre las licitaciones. Acabarás produciendo la marca y la publicidad de Merdon al igual que la del resto de las empresas del grupo.

—Creamos marcas de lujo y las comercializamos —lo corregí—. No productos farmacéuticos. No tenemos experiencia en ese campo. No creo que Eric nos permita desarrollar la marca y el marketing de Merdon.

—Parece que tendrás que dedicar todo tu tiempo a resolver esta cuestión —dijo Dexter.

No pude reprimir una mueca de disgusto.

—Trabajar a tiempo completo. Me muevo en una industria creativa; el número de horas que paso ante el escritorio no está relacionada con la producción. —No estaba de humor para que Dexter me echara la bronca por no trabajar las horas suficientes. Tenía que tratar de idear un plan, una salida a lo que podía ser mi ruina.

—El primer paso es contratar a gente que sepa de farmacia —sugirió Andrew—. Es evidente que GCVB te conoce y le gusta cómo trabajas. Eso significa que la conclusión previsible no va a ser que te dejen. Conozco a gente. Os pondré en contacto.

Luca Brands era lo mejor que había en el mercado de artículos de lujo. Eric lo sabía. Pero también sabía que yo no tenía ni idea del sector

farmacéutico. Por otra parte, no había llegado a donde estaba por rendirme. Si Luca Brands caía, iba a ser luchando.

—En todos los campos en los que entras, acabas ganando —dijo Dexter—. Sí, es una industria diferente, pero tu trabajo en ella será el mismo de siempre. Puedes conseguirlo. No tengo duda alguna.

Solté el aire. Por eso había cancelado la cita con Kelly. Necesitaba que alguien me dijera que podía lograrlo, que era capaz de hacerlo. ¿Quién mejor que los hombres que me conocían mejor que yo mismo, y que eran titanes en sus propios sectores?

—Y mientras tanto, tienes una nueva vecina sexy con la que puedes distraerte —me recordó Tristan.

—Ya te digo ahora mismo que nunca voy a ponerle una mano encima a Hartford. No quiero nada de eso. En absoluto.

Había muchas razones lógicas para no acercarme a Hartford, sobre todo por su relación con mi familia. Además, el motivo principal por el que planeaba evitar a Hartford era que ese mismo día, al volver a casa con ella en el coche, me había sentido de nuevo como un adolescente. Como el que era antes de fundar Luca Brands. Antes de ganar mi primer millón de libras. Antes de que me dejara mi prometida. Resultaba inquietante, como si viajara hacia atrás en el tiempo dentro de mi propio cuerpo, y eso era lo último que me hacía falta en ese momento. Tenía que concentrarme en salvar mi empresa y a mis empleados, y eso significaba que no podía fijarme en nada más. Durante los próximos meses no me iba a implicar con la mujer que se había mudado a la casa de al lado. Iba a luchar por mi vida profesional. Hartford era médica, pero no tenía la cura para mi enfermedad.

4

JOSHUA

Cuando salí del ascensor el sábado por la mañana, después de una sesión en el gimnasio de la planta baja, no podía apartar la mirada de la puerta de Hartford. A pesar de que las preocupaciones respecto al negocio debían haber ocupado todas mis horas de vigilia, durante los últimos días mis pensamientos seguían centrándose en Hartford. ¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo le iba con la pierna rota? Tal vez había imaginado esos sentimientos que ella había despertado en mí. Y lo más importante, ¿por qué no podía sacarme a esa mujer de la cabeza?

Justo cuando giraba la llave, se abrió la puerta y apareció ella con una bolsa de plástico colgando de la muleta derecha.

—¡Joshua! —exclamó, con una sonrisa tan grande que me dio un vuelco el corazón—. ¿Cómo estás?

—¿Quieres que te eche una mano? —Señalé la bolsa con la cabeza. Había sido un completo imbécil egoísta al no haber ido a ver cómo estaba. Tenía la pierna rota y probablemente le habría venido bien un poco de ayuda para instalarse y acomodarse.

Se rio.

—Es solo la basura. La voy a tirar por el vertedero. Estoy un poco obsesionada con eso, si te soy sincera. Busco excusas para usarlo.

—¿Estás obsesionada con tirar la basura?

Arrugó la nariz.

—No, solo con el vertedero. Abres la tapa, dejas caer la bolsa, y, *voilà*, desaparece.

No pude evitar reírme.

—Cierto.

Se encogió de hombros como si no le importara lo que yo pensara.

—Es una pasada.

Hoy no llevaba esa ropa que parecía más apropiada para usar en un quirófano, pero la había sustituido por algo que parecía un pijama. Me daba la impresión de que Hartford no tenía ropa normal.

—¿Te has instalado ya?

—Estoy en ello. Aunque ya no me falta mucho. Estaba a punto de ir al supermercado. ¿Quieres acompañarme?

Debía entrar en casa, darme un baño, poner música y relajarme, prepararme para la siguiente semana de caos, pero hacía unos días que no veía a Hartford y, bueno, le había prometido a mi madre que me aseguraría de que estuviera bien.

—¿Hay alguno por aquí cerca?

Ella entrecerró los ojos mientras me miraba.

—Joshua Luca, dime que vas tú mismo a la compra.

Había algo en esa mujer que me hacía sonreír, incluso cuando me estaba regañando.

—No puedo hacerlo porque estaría mintiendo.

—Entonces, insisto en que vengas conmigo. —Pasó cojeando junto a mí y percibí el olor a canela—. Llevo esto al vertedero y nos vamos.

No se le había ocurrido pensar que yo podía tener planes. O que si no iba a la compra era porque no tenía tiempo, no quería o tenía a alguien que lo hacía por mí. Pero había algo en su conducta que me atraía. Eso, y un fabuloso culo que no podía dejar de mirar mientras cojeaba por el pasillo.

Se volvió hacia mí después de usar el vertedero.

—Listo. —Sus ojos eran grandes, brillaban y estaban completamente centrados en mí—. Solo tengo que lavarme las manos, coger el bolso, y nos vamos. ¿Vale?

Tuve la sensación de que no esperaba una respuesta mientras desaparecía para prepararse. Entré en mi piso, me quité la chaqueta y me la volví a poner. Esa situación era ridícula. No quería ir de compras. Tenía ganas de pasar un rato pensando; era el tiempo que dedicaba a ser un genio, como le gustaba decir a Tristan, aunque no le había dicho a nadie que me gustaba pasar ese tiempo en la bañera. Había una cosa que se llamaba «compartir demasiado», incluso con los mejores amigos del mundo. Pero solía encontrar soluciones a mis problemas sumergiéndome en el agua. Y me había bañado todos los días desde que me había enterado de la adquisición de Merdon... Seguía esperando a que me llegara la inspiración.

Pero podía darme un baño después ir al supermercado. Así podía cargar con lo que Hartford comprara, acompañarla a su casa y cerrar la puerta. Era una manera de descubrir que el escalofrío de... lo que fuera que había

sentido y la profunda agitación de mis entrañas cuando la había recogido en el aeropuerto se habían disipado. Ir de compras con Hartford me iba a despejar la cabeza, y así podía centrarme más tarde en mis asuntos.

—¿Preparado? —Hartford asomó la cabeza por la puerta.

—¿Sabes a dónde vamos?

—Por supuesto. Pero dime que sabes dónde está el supermercado más cercano.

No pude evitar reírme. Le gustaba pinchar, pero de una manera que resultaba casi encantadora.

—Hay un Waitrose a la vuelta de la esquina.

—Iremos ahí. —Me sonrió como si fuera su alumno y le hubiera dado inesperadamente la respuesta correcta a una pregunta.

Cuando nos sumergimos bajo la llovizna londinense, ella inspiró tan hondo que me obligué a apartar la mirada de su pecho al elevarse. ¿Siempre había tenido esos pechos?

—Había olvidado lo que era sentir la lluvia.

—Londres es diferente a Yemen, me imagino. —Fuimos al cruce.

—No podrían ser más diferentes. —Giró la cabeza para mirar por encima del hombro, al edificio de apartamentos donde vivíamos—. Dormíamos debajo de una lona en un recinto cerrado, como puedes suponer.

—¿Un recinto cerrado?

Hartford se desenvolvió con maestría para cruzar y subir a la acera como si siempre hubiera tenido la pierna escayolada. Mi madre estaba convencida de que necesitaba ayuda para instalarse, pero se equivocaba. Por lo visto, no necesitaba ayuda de nadie para nada.

—Es como un pequeño pueblo cerrado por seguridad donde podemos movernos libremente sin preocuparnos. Era donde estábamos a salvo.

—¿Y no salías de ese recinto salvo para ir al hospital? —Debía de haber sido como vivir en una prisión. No podía imaginarme así durante una semana, y menos durante un año.

—A veces, para ir a buscar suministros o para ayudar a un niño herido que no podía ser trasladado al hospital. Pero no por mi cuenta.

Básicamente había dejado de lado su seguridad y comodidad para cuidar de la gente. Eso era admirable.

—Dime, ¿por qué has vuelto?

Señaló la pierna con un gesto de cabeza.

—¿Cómo te lo hiciste, con una bala o algo así?

Resopló, casi como si estuviera decepcionada.

—No. Tropecé, pero mi pierna quedó algo debilitada la primera vez que me la rompí. Esta vez no ha sido tan grave.

Siempre había pensado que tropezar era mejor que ser el blanco de un disparo, pero tal vez no entendía bien los matices.

—Mi madre me ha dicho que vas a trabajar en otra cosa a partir de ahora. Has vuelto para quedarte, ¿no?

—Sí. Empiezo la semana que viene. En el aspecto práctico voy a tener algunas dificultades, porque, ya sabes, la pierna. Pero me las arreglaré. Siempre lo hago.

—¿Tienes ganas de empezar?

Asintió y miró hacia otro lado, como si no estuviera del todo segura.

—Será un cambio.

Era una respuesta poco entusiasta. Continuó hablando al ver que arqueaba las cejas.

—Me ayudará a especializarme, creo. Solo he, ya sabes, solo he trabajado con Médicos sin Fronteras durante los últimos años. Acabas sintiéndote muy implicada, ¿sabes? No sé cómo me sentiré en un lugar como Londres. —Bajó la voz como si alguien pudiera estar escuchando.

—Los londinenses también necesitan atención médica.

—Ya veremos. De todos modos, no me quedaba otra opción. Tenía que volver ya, y voy a trabajar en un buen hospital. Estoy muy agradecida. Mi jefe es algo así como el dios de la medicina pediátrica, así que seguro que aprendo mucho de él.

No podía creer que alguien se sintiera tan infeliz por estar de regreso en Londres, la mejor ciudad del mundo, y nada menos que en un apartamento con vistas a Hyde Park. Pero su evidente tristeza me hizo sentir algo y quise animarla.

—Date una oportunidad. Quizá te encante estar aquí, durmiendo bajo sábanas de algodón egipcio y mantas de cachemira.

Se rio y se le arrugó la nariz de una manera en la que nunca me había fijado cuando era más joven. Tuve el impulso de rodearle la cintura con los brazos y acercarla para poder examinar las pecas que salpicaban sus mejillas. Quería hacerle sentir que todo iba a salir bien.

¿Por qué había aceptado ir a la compra con ella?

—Esta es la mejor parte —dijo mientras dejaba las bolsas a un lado—. Desembalarlo todo. Ver lo que has comprado.

—Me parecería un concepto más fácil de entender si volviéramos de Hermès, no de Waitrose.

Me sonrió, y traté de convencerme a mí mismo de que hacerla sonreír no era tan bueno.

—Coge un pelador de verduras y empieza a pelar patatas —dijo—. Y no me vengas con que no sabes usarlo. He comido la tarta de manzana de tu madre; sé que sabes pelar manzanas.

Tenía razón: de niño me habían obligado a pelar más veces de las que me gustaba recordar.

—Ha pasado mucho tiempo. Recuérdate otra vez por qué no podemos pedir algo a domicilio. Así no tendría que pelar nada. Y habríamos dispuesto de toda la mañana para hacer algo más excitante que ir a la compra.

—¿Qué hay más excitante? —Resopló con esos labios que estaban hechos para ser mordidos—. Como si hubiera algo más excitante que luchar por los pasillos del supermercado. En especial cuando vas en mi compañía.

No pude evitar sonreír ante lo cómoda que parecía sentirse conmigo. La sensación era mutua. Había algo muy familiar en su presencia.

—Sí, claro, ha sido muy emocionante. —Tuve que fingir el sarcasmo.

Se rio, una risa cálida y soleada que amenazaba con despejar cualquier nubarrón.

—¡Ajá! Esto es perfecto. —Me mostró un tarro de mermelada vacío y de gran tamaño que había encontrado en una alacena—. ¿Cuánto crees que habrías gastado si hubieras pedido la cena de esta noche?

No pude evitar preguntarme si lo que dijera acabaría convirtiéndose en una reprimenda desdeñosa.

—No estoy seguro. ¿Por qué?

—Quiero el dinero.

—Pensaba que no querías mi dinero o, al menos, que no querías que pagara con él el alquiler del apartamento. ¿Cuánto necesitas?

—¿Cuánto te habrías gastado en la cena de esta noche?

Renuncié a entender lo que intentaba decir.

—No lo sé. Cincuenta o sesenta libras.

Negó la cabeza de forma casi imperceptible y extendió la mano.

—Vale, dámelas. Dame cincuenta libras.

¿Me estaba pidiendo dinero para poder pelar las patatas? No tenía fuerzas para discutir con ella. Simplemente saqué la cartera y le entregué tres billetes de veinte libras.

—Perfecto. —Desenroscó la tapa de metal dorado del tarro y dejó caer el dinero dentro—. Médicos sin fronteras siempre necesita dinero extra. Esto ayudará. Gracias.

No estaba seguro de si era la causa o ella, pero me sentí conmovido. Su pasión por hacer el bien era admirable.

—¿Vas a ir de voluntaria con ellos otra vez?

Sacó una bandeja del horno y se encogió de hombros.

—He ido ya tres veces. Mi madre no quiere que vuelva a marcharme. —Se quedó callada—. Pero me gusta estar ocupada.

—Hartford, ¿de verdad crees que no vas a estar ocupada en un hospital en Londres?

Asintió con entusiasmo, como si quisiera convencerse a sí misma.

—Eso espero. El lunes empezaré a tomar contacto. Además, me ofreceré voluntaria para todos los turnos extra, y así podré adquirir más experiencia.

La mujer centrada y motivada que tenía delante no parecía guardar ningún parecido con la bailarina voluble que había conocido cuando éramos niños. ¿Esa faceta siempre había estado ahí y yo no me había dado cuenta? Intenté hacer memoria, pero no pude recordarlo.

—En algún momento, deberías destinar algo de tiempo a tener vida social.

—¿Y cómo crees que se llama esto? —Me lanzó una sonrisa mientras espolvoreaba romero en el pollo.

Era extraño que las experiencias compartidas y las personas en común pudieran hacer que te sintieras unido a alguien. No estaba seguro de haberle dicho dos frases completas a Hartford antes de que apareciera en el aeropuerto, pero era como si la conociera íntimamente desde hacía treinta años.

—Es un trabajo manual —respondí, sonriendo. A una parte de mí le gustaba la idea de que yo fuera su vida social—. ¿Quieres que te pida cita para un masaje en un *spa* o algo así? Yo invito. —Borré de mi mente la

imagen que me había hecho de ella tumbada boca abajo en una camilla de masaje, con sus curvas suaves escondidas debajo de una fina sábana, esperando...

—Eres muy gracioso.

No estaba tratando de serlo.

—Háblame de tu trabajo —me pidió—. ¿Qué significa en realidad «relaciones públicas y marketing»? Es fácil pensar que la medicina es lo único que hay en el mundo cuando estás rodeado de ella todo el día.

—Mi empresa diseña y aplica estrategias de marketing y relaciones públicas para marcas de lujo.

—Ya, voy a necesitar más detalles.

¿Qué era eso? ¿Una entrevista? Normalmente me encantaba hablar de mi trabajo, pero ese día no era el caso. No quería hablar de eso con ella.

—Significa que una empresa de artículos de lujo...

—Dame un ejemplo de lo que es una empresa de artículos de lujo.

No pude evitar reírme. Estaba rodeado de gente que no necesitaba que le explicara nada de eso. Incluso fuera del trabajo, mis mejores amigos eran ricos y sabían darse un capricho. Hartford venía de un mundo diferente. Uno más sencillo. Uno con el que no me relacionaba desde hacía mucho tiempo.

—Ya sabes, Möet & Chandon, Tiffany's o Dior. Quizá no te guste darte un capricho, pero dime que entiendes el concepto de lujo.

Entrecerró los ojos como si tratara de entenderlo, y tuve la sensación de que estaba bromeando a medias. No pude evitar reírme.

—Estas empresas nos pagan para diseñar una estrategia para sus marcas. A veces, nos limitamos a elaborar una campaña publicitaria. Otras veces, nos involucramos en todo, desde el envasado y los precios hasta los estantes en los que se van a colocar los productos.

—Creo que lo entiendo. ¿Y este hotel es uno de tus clientes? —dijo, señalando vagamente a su alrededor.

—No, pero me gustaría que lo fuera. —El pequeño grupo de hoteles de lujo internacionales estaba en nuestro punto de mira, pero en ese momento me había centrado por completo en mantener a mis clientes actuales, a uno en particular, y estaba demasiado ocupado para interesarme por uno nuevo.

—¿Por eso vives aquí?

—No, vivo aquí porque tengo que vivir en algún lugar, y las vistas son

geniales. Está justo en el centro de todo. Las instalaciones del hotel son funcionales. Y me gusta. ¿Quién no querría vivir aquí, salvo tú? Puedo hacer que te entreguen una cama de clavos y que solo haya agua fría en la ducha si eso hace que te sientas más cómoda.

Se encogió de hombros.

—Me basta con tener un lugar donde dormir y comida en el estómago. Así puedo concentrarme en otras cosas.

Era una forma de ver el mundo muy diferente a la que yo estaba acostumbrado. ¿Me juzgaba por tener aspiraciones diferentes? ¿Y por qué demonios me importaba que me juzgara? Quería preguntarle cuáles eran sus prioridades si no tenían que ver con la comodidad, profundizar y averiguar más, pero me reprimí; no era necesario. No teníamos que ahondar el uno en el otro. La ayudaba porque eso hacía feliz a mi madre. Necesitaba concentrarme en mi negocio.

Me quedé inmóvil cuando se me ocurrió una idea.

Merdon. Productos farmacéuticos. Expertos.

Podía utilizar el cerebro de Hartford para que me ayudara a elaborar la estrategia de la presentación de GCVB que iba a tener lugar en un futuro muy cercano. Hartford era pediatra y estaba mucho más cerca de la industria farmacéutica que yo. Al mismo tiempo, trabajaba con los usuarios finales de esa empresa: los pacientes. Necesitaba meterme en su cabeza, entender su mentalidad.

Por lo visto, la bañera no era el único lugar donde podía surgir la inspiración.

Antes de que pudiera hacerle la primera de las cien preguntas que tenía, sonó un mensaje entrante en su teléfono. Lo cogió con una mano y dejó caer la cuchara que sostenía en la otra cuando vio de quién era el mensaje.

—Es de mi jefe —me explicó, deslizando el dedo hacia arriba. Luego gimió. Y maldijo por lo bajo. Y gimió un poco más antes de tirar el teléfono a la encimera.

—¿Qué ha pasado?

—Gerry me ha invitado a cenar el próximo viernes con su mujer y otras personas del hospital. Y ni siquiera puedo decir que estoy trabajando porque tiene acceso a mis turnos y sabe que no es así.

¿Me había perdido algo? ¿Una invitación a cenar era lo peor del mundo?

—Entonces, ve a cenar con tu jefe.

Volvió a gemir, pero cogió la cuchara y siguió removiendo.

—Como si fuera tan fácil. Para empezar, no conozco a ese hombre. Y para seguir, es una de las mejores mentes de la medicina pediátrica.

—Claro, y tú te dedicas a la medicina pediátrica. Dime, ¿dónde está el problema?

—Sí, esa es mi especialidad. Empezar a trabajar para él ya me resulta muy intimidante, pero encima ahora tengo que ir a su casa y..., ya sabes, hablar con él y su mujer y... —Más gemidos—. Además, no tengo nada que ponerme. Y, para colmo, me ha dicho que lleve a alguien. —Giró la cabeza para mirarme—. Dios mío, ¿quieres venir conmigo?

Los viernes por la noche estaban normalmente reservados para Candice.

—Creo que tengo algo este viernes.

—Claro —convino ella—. Por supuesto que sí. ¿Y qué me pongo para cenar con mi jefe? Es decir, durante el último año no he llevado nada que no sea un uniforme o esto... —Se pasó las manos por el cuerpo, señalando la mezcla de chándal y pijama color caqui sin forma que llevaba—. Y ya incluso antes de ir a Yemen... Es decir, he trabajado mucho. Nunca he sido muy sociable.

No me sorprendía nada de lo que estaba diciendo.

—Necesitas ropa —concluí, sacando el teléfono del bolsillo—. Conozco a algunas mujeres que pueden ayudarte.

—No quiero que tus novias me elijan la ropa, Joshua.

—Mejor, porque yo no tengo novias. Voy a llamar a la caballería.

—No va a ser un momento tipo *Pretty Woman* en el que llamas al conserje que conoce a alguien en unos grandes almacenes y..., ya sabes, ¿verdad?

Me reí de la analogía. No creía en los cuentos de hadas.

—No te preocupes. Paso de los momentos de *Pretty Woman*. No soy Richard Gere.

—Y yo tengo por norma no cambiar sexo por dinero ni usar el hilo dental de nadie. La vida en sí ya es demasiado corta para usar hilo dental.

La miré de nuevo, preguntándome si pretendía ser tan graciosa como era. Negué con la cabeza y volví a mirar el teléfono.

—Bien, el viernes, a primera hora de la tarde, antes de la cena con tu jefe, tienes una cita.

Se sonrojó con un delicioso tono rosado y tuve que contenerme para no pasarle el pulgar por el pómulo.

Concéntrate, Joshua.

—No quiero una cita. Quiero un vestido para ir a casa de mi jefe. ¿Es que no me estás escuchando?

—Voy a presentarte a unos amigos míos. Iremos a casa de Beck y Stella. Stella te prestará algo. Y, si conozco bien a Stella, habrá quedado con Hollie y Autumn, y...

—Dios mío, Joshua. ¿Qué has hecho? —Parecía muy preocupada.

—He conseguido que tengas algo que ponerte. Te caerán genial esas mujeres. Ellas se dan cuenta de todo y...

Volvió a gemir, y el sonido adquirió un tono ligeramente histérico.

No entendía por qué no estaba encantada.

—Si te hace sentir mejor, seré tu acompañante. —*Mierda*. Se suponía que debía concentrarme en el trabajo, lo que significaba pasar menos tiempo con Hartford, no más.

Clavó sus ojos en los míos.

—¿En serio? Pensaba que tenías planes —dijo con los ojos muy abiertos.

Con una sola mirada supe que no podía retractarme. Su expresión era de vulnerabilidad y gratitud. Alargó la mano y me agarró del hombro, lo que me dejó paralizado, no porque su tacto me hubiera convertido en piedra, sino porque lo único en lo que podía pensar era en cómo deseaba quitarme la camiseta para sentir las puntas de sus dedos en la piel.

Mierda. Mierda. Mierda.

Me aclaré la garganta, tratando de controlarme.

—Nada que no pueda cancelar. —Me dio un rápido apretón en el hombro antes de retirar la mano.

La cena con el jefe de Hartford podía ser una buena oportunidad. Eso era todo. Y era algo que haría por cualquier amigo de la familia. Con suerte, pasar la noche en una sala llena de médicos podía ayudarme a conocer ese mundo, lo que me iba a venir bien para preparar el lanzamiento para GCVB.

No se trataba de Hartford. Se trataba de negocios.

5

JOSHUA

El suave whisky de Beck me calentó la garganta. Llevábamos horas en su casa, y no estaba demasiado seguro de lo que Stella y Autumn estaban haciendo con Hartford, pero, a juzgar por el tiempo que tardaban, en cualquier momento iba a aparecer el monstruo de Frankenstein ante nosotros.

—¿Cómo va la preparación para la prueba de GCVB? —preguntó Beck.
Asentí distraído.

—De hecho, va bien. En este momento me estoy dedicando a reclutar algunos expertos externos y me empieza a gustar más la idea de hacer algo nuevo. —Ver a Hartford tan dedicada a ayudar a los demás a través de su trabajo me había proporcionado el empujón que necesitaba. Al principio me había centrado en que quería ganar el concurso de Merdon porque no me apetecía perder la cuenta de GCVB, pero en ese momento me entusiasmaba de verdad la idea de empezar a moverme en un sector diferente para una empresa que quería que la vida de la gente fuera mejor.

—Vaya, vaya, cómo han cambiado las tornas. ¿Cuál es la razón?

Me encogí de hombros y miré las escaleras, donde esperaba que apareciera Hartford de una vez.

—El cliente me ha enviado un montón de documentos en los que se expone el impacto positivo de lo que están tratando de instaurar en Estados Unidos para ayudar a que los medicamentos importantes estén disponibles para quienes los necesiten. Están tratando de marcar la diferencia de verdad. Quizá sea el momento de iniciar un nuevo capítulo en la historia de Luca Brand.

—Pareces entusiasmado. ¿No será también la hora de un nuevo capítulo en la historia de Joshua Luca? —Señaló con la cabeza hacia las escaleras—. Es una chica muy guapa.

—Es una amiga de la familia. Le estoy haciendo un favor y, de todos modos, me gusta el capítulo en el que estoy ahora. No pienso retroceder.

—¿Retroceder? —preguntó Beck.

Antes de que pudiera recordarle que ya había tenido una relación seria en mi vida, Stella entró en el salón con una sonrisa gigantesca surcando su cara.

—Esa mujer es absolutamente perfecta. —Tenía las manos entrelazadas como si fuera a estallar si las soltaba—. Tiene los pies en la tierra y además es preciosa, pero guapa de las que no lo saben.

Parecía que Stella estaba tratando de convencerme de algo, pero no hacía falta. Solo quería ir a la fiesta y conocer a los colegas de Hartford.

—Sí, es una chica estupenda. ¿Ya has terminado con ella? Debemos irnos. —Solo tenían que ponerle un vestido y tal vez encargarse un poco de su pelo. ¿Cuánto tiempo podía llevar eso?

—Es una mujer, Joshua. Una mujer hermosa, inteligente y divertida. —Le lanzó una mirada a Beck, que se limitó a asentir de forma obediente.

—Apenas he hablado con ella —dijo Beck—. Pero parece muy agradable.

Stella puso los ojos en blanco.

—Espera a verla, Joshua. Tiene una piel increíble. Su cara es tan bonita que parece una muñeca. Y si eres de los que te gustan las tetas, Joshua, tiene unas tetas que...

—Ya basta, Stella. —Hice una mueca. No quería pensar en los pechos de Hartford... otra vez. Ni en su piel impecable. Ni en lo que había sentido cuando había puesto las yemas de los dedos en mi brazo, o en la forma en que su sonrisa me calentaba las entrañas. Quería ignorarlo todo.

—Bueno, ahora lo verás por ti mismo.

En ese momento, Hartford apareció por detrás de Stella al pie de la escalera. Sentí el impacto en la polla y tuve que luchar para reprimir un gemido. Parecía como si Vivien Leigh hubiera tenido una hija con Adriana Lima.

Stella tenía razón: Hartford estaba espectacular. Llevaba suelta la larga melena que solo había visto de refilón el fin de semana, peinada con ondas brillantes; sus ojos azul hielo parecían brillar; ¿y siempre había tenido los labios tan carnosos o era por el brillo del carmín rojo? Y, por Dios, ¿cómo no me había imaginado las curvas que escondía debajo de esos uniformes sin forma?

—Solo hay un problema —comentó Autumn, entrando en la sala detrás de Hartford.

En lo que a mí respectaba, no había ningún problema.

—No quiere ponerse los zapatos. Al menos, uno de ellos. —Autumn levantó en el aire un par de sandalias negras con tacón de aguja—. Y son unos Jimmy Choo.

—Es cliente mío —comenté—. Al parecer son muy cómodos.

—Bueno, pues, entonces, puedes ponértelos tú —replicó Hartford.

Nunca había sido de los que se echan atrás ante un reto.

—Lánzamelos —dije al tiempo que me desataba los zapatos.

—Tú no usas zapatos de mujer, Joshua —intervino Hartford, frunciendo el ceño.

Me puse de pie para poder ver todo su atuendo.

—¿Y qué crees que te vas a poner con ese vestido? ¿Unas zapatillas deportivas? Quedan mejor estas sandalias, pero dado que tienes una pierna escayolada, llegará con una. Su vestido era la elección perfecta para ir a cenar con el jefe. Tenía mangas, no enseñaba demasiado escote y le llegaba por debajo de la rodilla.

—¿Es un Roland Meurier? —pregunté.

—¿Crees que me queda demasiado ceñido? —se alarmó Hartford.

—Creo que te queda muy bien.

—No hace falta que parezcas tan sorprendido. —Hartford suspiró.

Puse los ojos en blanco.

—Te conozco desde hace mucho tiempo, Hartford. No estoy sorprendido. —En mi mente se empezaron a recomponer fragmentos de recuerdos: Hartford con el pelo recogido en un severo moño, sus piernas delgadas enfundadas en pantalones de yoga, el torso delineado con un cárdigan cerrado en la cintura. No recordaba si había sido hermosa entonces, pero no cabía duda de que lo era en la actualidad.

—A mí no me van a quedar bien —dije, sosteniendo los zapatos de Stella—. Así que tendrás que usarlos tú. Al menos uno de ellos.

—Ni hablar —respondió Hartford—. Es llegar demasiado lejos. No voy a torcerme el tobillo bueno cuando ya tengo una pierna escayolada. Se supone que debo causar una buena impresión.

—No te vas a torcer el tobillo —dije—. Estaré contigo para servirte de apoyo.

—Pruébalos, anda, ¿qué puedes perder? —dijo Stella—. ¿Por favor?

Hartford me miró con los ojos entrecerrados, y, durante una fracción de

segundo, nuestras pupilas se cruzaron. El aire cambió. Los arrullos de Autumn y los halagos de Stella desaparecieron como si nos hubiéramos quedado los dos solos.

—Por mí —supliqué.

Contuvo la respiración como si fuera a decir algo más.

—Vale, lo intentaré.

Parpadeó y volvimos a la sala.

—Te quedará muy bien —dijo Autumn mientras veía cómo Stella deslizaba el zapato en el pie de Hartford.

Me acerqué a ella. Teníamos que ponernos en marcha.

—Me voy a caer —aseguró Hartford.

—No te va a pasar nada —le susurré al oído.

Intenté ignorar a mis amigos, que murmuraban entre ellos a mis espaldas. Probablemente estaban inventándose la historia de que me iba a casar a finales de año y Hartford iba a ser la mujer de la que me enamorara. No entendían que eso no era una cita. Iba a asistir a esa cena para tener información de primera mano sobre la asistencia sanitaria. Y estaba ayudando a la hija de unos viejos amigos de la familia. Una que había resultado ser preciosa.

6

HARTFORD

Hacía mucho tiempo que no me ponía un vestido. La cicatriz que tenía en la pierna desde los diez años se había desvanecido hasta resultar casi invisible, pero cada vez que miraba la raya plateada que tenía en la pantorrilla, el pánico empezaba a agitarme por dentro. Los recuerdos amenazaban con abrirse paso y me vino a la memoria por qué mi enamoramiento adolescente de Joshua Luca había terminado de manera tan brusca. Esa noche, al menos, la cicatriz quedaba oculta por la escayola.

Levanté la barbilla yforcé una sonrisa que no iba dirigida a nada ni a nadie en particular.

—¿Estás bien? —susurró Joshua.

Gerry, el hombre que pronto sería mi jefe, había ido a por las bebidas mientras Margo, su mujer, controlaba la cena. Los otros cuatro comensales —todos miembros del departamento de Pediatría— charlaban y se reían de bromas que yo no iba a entender aunque llevara cinco años trabajando con Gerry. Por suerte, la pierna rota me había dado una excusa para sentarme en un taburete a un lado de la barra, lejos del centro de la acción. Joshua permanecía a mi lado, y parecía tan cómodo en esa situación como siempre.

Margo era glamurosa de una forma auténtica, así que ni mi vestido ni mis volantes estaban fuera de lugar en la cena. Solo estaba fuera de lugar que los llevara yo. No estaba hecha para ir repeinada. Ni para lucir volantes. Ni para el glamur. Cuando me llegó el momento de preocuparme por esas cosas, ya me había acostumbrado a centrarme en el trabajo de manera que excluyera casi todo lo demás. Si me hubiera detenido el tiempo suficiente para mirar escaparates o probar peinados distintos, me habría desconcentrado, y eso era lo último que necesitaba.

—Voy a manchar el vestido —dije con otro susurro, obligándome a mirar por encima de su hombro para no echar un vistazo al cuello abierto de esa camisa blanca e impoluta que lo hacía parecer aún más bronceado que de costumbre. Era como si viviera en un yate.

—Imposible. Es negro.

No me conocía demasiado bien. Estaba bastante segura de que podía estropear cualquier cosa que se cruzara en mi camino. En especial cuando estaba nerviosa. Tiré del borde del vestido.

—No es corto, te llega por debajo de la rodilla —dijo Joshua entre dientes con una sonrisa. Se había pasado el viaje en coche intentando convencerme de que cualquier prenda por debajo de la rodilla era aceptable en un entorno de negocios. Aunque no estábamos en un entorno de negocios. La medicina no era un negocio. Al menos para mí.

—¿Al menos has oído hablar de la persona con la que vamos a cenar? Todos los pediatras queremos ser como él. Se rumorea que el primer ministro tiene su número en favoritos y que ha rechazado más de una vez el puesto de ministro de Sanidad. ¿Cómo diablos voy a impresionarlo? —contesté.

—Sé tú misma. —Clavó la mirada en mis ojos y mis labios, luego la bajó a mi pecho y la volvió a subir. Coqueteaba sin ser consciente de ello. No podía evitarlo—. Eres divertida y encantadora, y estás preciosa.

Puse los ojos en blanco. Joshua acaparaba todo el encanto que había en la sala. Por eso las mujeres revoloteaban a su alrededor constantemente. A principios de semana, en el supermercado, dos dependientas le habían preguntado si podían ayudarlo en algo sin darse cuenta de que yo estaba a su lado, nada menos que con muletas. La chica de recepción en el vestíbulo del edificio de apartamentos siempre lo saludaba, aunque nunca me había mirado dos veces. Incluso Margo se había sonrojado cuando se habían dado la mano, a pesar de ser al menos veinticinco años mayor que él. Joshua Luca era un imán para las mujeres.

—Mi madre dice que no parezco una adulta responsable.

—Eres pediatra —dijo Joshua—. Esa es más o menos la definición de ser adulta.

Joshua no lo entendía. La medicina era mi zona de confort. Sabía lo que debía hacer cuando tenía a un niño enfermo delante de mí. Sabía cómo calmarlo para examinarlo y hacer lo necesario para obtener un diagnóstico. Y sabía curar. Fuera del hospital, era un desastre.

—Aquí estoy. —Gerry se acercó a nosotros llevando un vaso en cada mano—. Dos *old fashioned*.

—Es mi combinado favorito —dijo Joshua, sonriendo a Gerry.

Gerry le devolvió la sonrisa.

—También es el mío. Algunos hombres prefieren tomar whisky solo, pero a mí me gusta más en un *old fashioned*. Sobre todo, después de un partido de tenis. Siento que me lo he ganado cuando salgo de la cancha. — Se rio para sí mismo—. ¿Juegas, Hartford?

Negué con la cabeza. Ni siquiera podía ofrecerle una disculpa del tipo: «No, lo siento, el tenis no se me da bien, pero me encantan el squash, el pádel, el golf...». No, el deporte y yo no nos llevábamos exactamente bien. Me había mantenido en forma con el ballet, pero en ese momento lo hacía estando de pie todo el día en el trabajo.

—Me gustaba fingir que sabía jugar —intervino Joshua, interrumpiendo el incómodo silencio que siguió a mi falta de respuesta—. Me ofrecí a participar en un partido benéfico en Queens hace un par de años y Andy Murray me dio una paliza. Después de eso, dejé de engañarme a mí mismo.

Me eché a reír. Tenía que ser una broma, ¿no? Seguro que ni siquiera Joshua Luca podía haber jugado un partido de tenis con Andy Murray.

—Sin embargo, me pareció muy emocionante que me ganara uno de los mejores.

—Ya me imagino. —Gerry tenía los ojos muy abiertos. Parecía impresionado, pero ¿quién no lo estaría?—. A mí me encanta. Juego desde siempre, es lo que me mantiene joven.

—Tienes que venir al partido benéfico del próximo verano. Tal vez seas capaz de vencer a Andy.

Joshua se sentía muy cómodo en ese ambiente, repartiendo cumplidos e invitaciones a jugar al tenis como si Gerry fuera un viejo amigo suyo. A ese ritmo, Joshua sería ascendido antes que yo, a pesar de no tener ninguna cualificación médica.

—Me encantaría, joven. Cualquier excusa vale para desempolvar la raqueta o ver jugar a otros. Margo y yo somos asiduos de Wimbledon. Vamos todos los años sin falta.

—Lo organizaré —dijo Joshua.

—Y tal vez deberías enseñar a jugar a Hartford. Soy un gran creyente del equilibrio. —Gerry se giró cuando Margo le tocó el hombro y le puso otro *old fashioned* en la mano—. Salud —dijo, levantando su vaso.

—Equilibrio... —repitió Joshua—. Muy de acuerdo, te mantiene activo. Casi de forma imperceptible, Gerry se acercó a Joshua.

—No dedicarte al cien por cien al trabajo te hace ser más eficiente, más

perceptivo, mejor. Muy poca gente lo entiende. Solo quieren invertir más y más horas. Pero tener una vida plena fuera del hospital es una medida clave para el rendimiento cuando se ejerce bajo mi dirección. —Me señaló con un gesto de la cabeza—. Espero que me demuestres que tienes una vida equilibrada, no solo que puedes ayudar a los pacientes.

¿Qué demonios significaba eso?

—Soy un devoto del enfoque empresarial de Alex Soojung-Kim Pang —intervino Joshua, que no se perdía una sílaba—. Nunca tengo las mejores ideas detrás de un escritorio.

¿Alex qué...?

—Buen tipo... —Gerry le dedicó a Joshua lo que había llegado a reconocer como su gesto característico con la cabeza, y luego se volvió hacia mí—. Si acabas de volver de Médicos sin fronteras, vas a tener que buscar el equilibrio. Ese tipo de entorno te consume y no es sostenible. Aprende de Josh. —Le dio a Joshua una palmada en el hombro como si fueran viejos amigos.

Por un momento me pregunté qué le había dicho a Gerry sobre mí Felicity, mi jefa en Yemen. Antes de romperme la pierna, llevaba meses intentando animarme a regresar a Londres. Me había dicho que tenía que salir con alguien, perder el tiempo haciendo punto o trabajar en algún lugar donde no estuviera tan estresada. Me había dicho que me iba a sentar bien regresar a casa. Sin embargo, a mí me encantaba lo que hacía allí. Ayudaba a la gente, y estaba tan ocupada que las semanas y los meses pasaban volando. Pero me había roto la pierna y había tenido que irme. Si no podía trabajar, era una carga; ocupaba una cama y era una boca más que alimentar. Así que me había visto obligada a regresar, no lo había elegido por propia voluntad.

—Me gusta estar ocupada —me defendí—. Y reboso energía. Supongo que tengo suerte.

—Tienes que descansar. —La expresión de Gerry era severa, como si fuera un prepotente maestro de escuela victoriano—. Y al decir eso no quiero que pienses que quiero que estés tumbada en el sofá viendo Dios sabe qué en el *Netpax* ese. Significa que pases el tiempo fuera del hospital dedicándote a actividades significativas que te proporcionen alegría. Significa cuidar de ti misma, invertir tiempo en las personas que te rodean y construir una vida fuera del hospital.

Gerry se parecía mucho a Felicity. Supuse que no una sorpresa: Felicity había trabajado con él y me había recomendado para el puesto. Pero no pude evitar preguntarme si ella lo había advertido sobre mí.

—A todos los que trabajan conmigo les digo lo mismo —continuó Gerry—. El grado de atención que presten a mis consejos se reflejará en sus evaluaciones. Espero que me informéis cada dos semanas de lo que habéis hecho *fuera* del trabajo, así como de lo que ha pasado en el hospital.

No podía hablar en serio. Es decir, la gente hablaba de equilibrio y autocuidado, pero mientras fueras un buen médico, ¿qué importaba?

—Durante el tiempo que estés conmigo, no quiero que te conviertas en una buena pediatra, sino en una gran pediatra. Y no podrás hacerlo si siempre estás trabajando. Sé que suena contradictorio, pero tienes que confiar en mí. No puedes ser grande si no le das a tu mente y a tu cuerpo el tiempo necesario para que se recuperen de la intensidad del trabajo.

Pude ver por el rabillo del ojo que Joshua asentía. Joshua, el millonario... Como si eso hubiera ocurrido tomándose todos los viernes libres.

—Tener tiempo para pensar y para dejar que la mente se expanda es la única manera de alcanzar el éxito —aceptó Joshua. Intenté no poner los ojos en blanco.

—Me alegro de que Hartford tenga a alguien cerca que la anime en esa dirección. —Gerry me señaló con la cabeza—. Piensa en lo que te he dicho. Volveremos a hablar pronto. Como acabo de comentar, espero actualizaciones cada dos semanas a partir de la próxima semana. —Miró a Joshua—. Vas a tener que vigilarla por mí. Disculpadme. Voy a ayudar a Margo.

Sonreí mientras Gerry giraba sobre sus talones y se marchaba.

—Gracias por ponerte de mi lado —dije en voz baja.

—Me pareció que estábamos en el mismo bando, el suyo. Está tratando de ayudar. Yo también.

Por supuesto, Joshua no lo entendía. Me gustaba estar ocupada. No quería quedarme en el sofá viendo programas de cocina.

—¿Siempre has sido así de...? —Entrecerró los ojos y no pude apartar la vista. No podía dejar de mirar las motitas doradas que salpicaban el azul de sus iris, de sus pestañas, de la fuerte y rotunda barbilla.

No terminó la frase, así que lo hice por él.

—¿De testaruda? ¿De dogmática?

—No iba a decir nada de eso. —Se metió las manos en los bolsillos de una forma que lo había visto hacer mil veces—. Pero tu jefe te está diciendo lo que quiere de ti. Te está dando una hoja de ruta para impresionarlo. Pensaba que ese era tu objetivo.

Tenía razón, pero eso no lo hacía menos irritante. No quería tener pasatiempos. Me iba a cortar las alas, y yo quería dedicar a la medicina todas mis horas.

—¿Qué te parecería si alguien te dijera que tienes que cambiar un aspecto fundamental de tu forma de ser y trabajar el resto de tu vida detrás de un escritorio, dedicándote a introducir datos?

Joshua tenía la curiosa costumbre de hacer una pausa antes de empezar a hablar. No podía decidir si intentaba alargar el tiempo para torturarme o si estaba pensando en lo que iba a decir. De cualquier manera, me impulsaba a querer llenar ese silencio.

—Lo haría si fuera necesario para tener la carrera que quiero —concluyó.

Aggg... Cuando lo decía así, sonaba obvio. Sin embargo, a mí no me resultaba tan fácil. No sabía qué hacer cuando no estaba trabajando.

—Puedo ayudarte a instalarte en Londres y a encontrar nuevos amigos. Nunca se sabe, quizá tenga razón y tal vez te haga mejorar en tu trabajo. —Joshua me miró, y fue como si supiera que yo no iba a comprar lo que Gerry y él intentaban venderme—. Entiendes la fisiología, ¿verdad? Es como correr. Nadie diría que correr todo el día todos los días te hará más rápido. Tu cuerpo se acabará rindiendo al final. Todos los atletas se entrenan de forma cruzada y tienen periodos de descanso. Con el trabajo pasa lo mismo. Necesitas tiempo para hacer otras actividades y horas para no hacer nada. Eso hará que mejore tu rendimiento. Te lo prometo.

Quería impresionar a Gerry. Aunque no me quedara en ese hospital para siempre, una buena referencia suya podía hacer despegar mi carrera, mientras que una mediocre podía hundirla. Si trabajar menos era la manera de conseguir la carrera que siempre había soñado, eso era lo que tenía que hacer. No iba a ser fácil. La idea de disponer de tiempo libre era como un nubarrón que me tapaba el sol. No quería pensar en quién era cuando tenía tiempo para hacer algo que no fuera obsesionarme con la medicina. Me gustaba mucho más estar ocupada, ser productiva y mantenerme centrada.

—No tengo ni idea de por dónde empezar. Nunca he tenido un *hobby*. Y ni siquiera me sugieras el tenis, no tengo facultades. —No tenía ningún interés, además de la medicina, desde que había acabado la universidad. Desde el accidente.

—Te gusta cocinar. ¿Qué tal si vas a clases?

—La cocina no es un pasatiempo. Es un medio de supervivencia. Si no cocinara, no comería.

—Pues conviértela en uno. Empieza a hacer tartas, a preparar *sushi* o algo así.

¿Podía ser tan fácil aplacar a Gerry?

—Ve poco a poco —dijo Joshua, leyéndome la mente—. Tal vez puedas darme un par de lecciones de cocina. Y luego, cuando estés cocinando, seguro que encuentras otra cosa que hacer. Así funciona la creatividad: necesita espacio para expandirse.

—Me apasiona lo que hago. Soy una buena pediatra. ¿Qué tiene de malo?

—No tiene nada de malo, a menos que sea lo único que hagas. Tiene razón en que si tienes la mente en más cosas, mejorarás en el trabajo.

—No estoy de acuerdo. Fíjate en Bill Gates. ¿Tiene aficiones?

—He oído que le gusta jugar al *bridge*. Y Jack Dorsey es senderista.

—¿Quién es Jack Dorsey? ¿Un compañero tuyo o algo así?

—Es el fundador de Twitter. Y Foursquare. Y...

—Vale, lo entiendo. Me dedicaré a hacer punto o algo así. —Me tomé un trago del *old fashioned* y me estremecí. El whisky me gustaba casi tan poco como tener un *hobby*. Pero con Gerry y Joshua vigilándome, iba a tener que intentarlo. Tal vez ellos tenían razón, y ocupar mi tiempo fuera del trabajo podía mejorar mis habilidades. Sin embargo, no entendían que la razón por la que me gustaba trabajar duro no era solo para mejorar en mi trabajo. La medicina había sido mi bálsamo —mi distracción definitiva— durante mucho tiempo. Era fácil olvidar la vida que no vivía cuando estaba centrada en salvar a otras personas. Nada, salvo la medicina, tenía el poder de distraerme de lo que podría haber sido, y así me gustaba que fuera.

7

HARTFORD

Me pregunté cuánto iba a tardar Joshua en darse cuenta de que no llevaba la escayola. Hasta que lo hiciera, iba a intentar averiguar para qué servía el conjunto de utensilios de cocina que acababa de desempaquetar. No tenía ni idea de cómo usar el noventa y ocho coma tres por ciento de ellos. Era cierto que el colador me resultaba familiar. Y que sabía que el bol era para mezclar. Pero el resto escapaba a mi sapiencia.

—¿Todo esto estaba en la cocina? —Joshua parecía tan desconcertado como yo. Lo había arrastrado desde la puerta de al lado, donde estaba «ocupado» relajándose en calzoncillos, para ayudarme a hacer una tarta. Ya que estaba tan convencido de que Gerry tenía razón en cuanto a hacer cosas fuera del trabajo, no podía negarse ayudarme.

—Algo así. Le comenté a Alice en recepción que iba a salir a comprar ingredientes para cocinar algo en el horno y, cuando volví, había una caja enorme con todo esto delante de la puerta de mi casa.

—¿Así que estamos aquí para hacer una tarta?

—Sí. Imagino que tranquilizará saber que no voy a operarte con un colador.

—Pero ¿por qué? —Se pasó la mano por el pelo, con expresión confusa.

—Porque el tamiz no está desinfectado para una intervención quirúrgica, por supuesto.

Tardó un rato en procesar lo que le había dicho antes de clavar en mí esos ojos azules.

—No por qué no vas a operarme, sino por qué vamos a meter algo en el horno.

—Gerry y yo tuvimos el primer encuentro el viernes. Se enfadó mucho porque no pude decirle qué había hecho fuera del hospital. Añadió que hablará conmigo el lunes para ver qué he hecho durante el fin de semana. ¿Puedes creerlo?

—Ese hombre va en serio —dijo.

—Lo único que me gusta, además de ejercer la medicina, es comer tarta.

Así que voy a probar. —Aparté el bol y la balanza. Era un comienzo—. He comprado los ingredientes necesarios para hacer tarta de chocolate. Y llevaré el dulce terminado al hospital para compartirlo con todo el personal, así Gerry se topará con la evidencia de que tengo un *hobby*.

Le tendí mi iPad y me remangué.

—La receta está ahí. Mientras mides el azúcar, calentaré el horno.

—Vale. —Encendió la balanza—. ¿Sabes cómo funciona esto?

—Ni idea. Tú eres el genio de los negocios. —Encendí el horno y me dispuse a despejar la encimera para que pudiéramos ponernos con la preparación. Me parecía una locura. Cuando en mi adolescencia había tenido fantasías con Joshua nunca habían incluido harina.

—¿Qué tienen que ver las básculas con ser un genio de los negocios? —Arqueó una ceja, una maniobra fundamental en su técnica de ligoteo desde los dieciséis años, por lo que podía ver—. Es decir que, obviamente, soy un genio de los negocios... —Entrecerró los ojos y no pude evitar sonreír.

—¿Tienes una placa o algo así?

—¿Dudas de mí? Porque sí, para tu información, tengo una placa y un tatuaje a juego.

—¿Un tatuaje? —Escudriñé su cuerpo completamente vestido como si tuviera visión de rayos X.

—Un tatuaje. —Me sorprendió mirándolo y sonrió—. ¿No te gustaría saber dónde está?

Me ardían las mejillas. Para una vez que no fantaseaba con él, Joshua pensaba que lo estaba haciendo.

—Eres un creído —dije; cogí de nuevo el iPad y fingí leer la receta.

—Quizá te lo enseñe un día de estos.

Tranquilízate, corazón mío.

Darí­a igual si Joshua fuera el primo feo de Herman Munster; su confianza en sí mismo hechizaba a cualquier mujer a la que se acercara. Necesitaba elevar al máximo la potencia de mi campo de fuerza.

—Tal vez tenga que sacarme primero los ojos con una cuchara —respondí. No pensaba permitir que se diera cuenta de lo que su coqueteo me provocaba.

Tenía que mantener la cabeza despejada y recordar que él no podía evitarlo. No era algo personal; Joshua padecía una enfermedad crónica: era un ligón incurable.

Coloqué los ingredientes a un lado junto con los utensilios que pensaba que íbamos a necesitar: moldes para bizcochos, papel de hornear, espátulas y un bol para mezclas. Empezaba a parecerme todo mucho más complicado de lo que había pensado cuando esa mañana se me había ocurrido hacer la prueba.

—Me parece estupendo que vayas a disfrutar la vida fuera de la medicina. —Joshua había descubierto cómo usar la balanza y estaba echando el azúcar en el bol.

—¿Y a ti por qué te importa que quiera trabajar muchas horas? —pregunté.

Por un segundo, pareció nervioso.

—Es que, ya sabes... Le prometí a mi madre que me iba a asegurar de que estuvieras bien.

—Claro. —¿Por qué si no iba a interesarse por lo que hacía? Ni siquiera se había dado cuenta de que no llevaba la escayola. Vertí la mantequilla en el azúcar—. Al parecer, tenemos que batir esto.

—¿Batir mantequilla? ¿Eso se puede hacer?

Releí la receta.

—Eso es lo que pone. Con una batidora eléctrica, que supongo que es esto. —Cogí un aparato como el que tenía mi abuela—. Creo que deberías hacerlo tú.

Enchufé la batidora y Joshua empezó a batir. Los dos observamos en silencio cómo se mezclaban los ingredientes. Joshua miraba atentamente el bol, como si todo su futuro dependiera de ello. Aparté la vista para que no leyera en mis ojos lo absolutamente adorable que lo encontraba. No recordaba haberlo visto esforzarse para hacer nada; todo parecía resultarle fácil. Menos la repostería, al parecer. Bueno, ya éramos dos.

Joshua apagó la máquina, y le entregué un huevo, procurando que mi mano no tocara la suya. Ese día mi campo de fuerza no necesitaba sufrir más pruebas.

—Ahora tenemos que echar el huevo y batir de nuevo. —Hasta ahí todo bien—. Y aquí estoy yo, haciendo que los dos nos hundamos hasta los codos en la mantequilla. ¿Cuáles son tus aficiones?

—Me gusta más la nata montada que la mantequilla. —Mientras metía la quinta velocidad, me lanzó una sonrisa pícaro y sexy que hizo aparecer su hoyuelo.

Mi campo de fuerza protector empezó a crujir, y gemí mientras me daba la vuelta para ver si podía entretenerme con algo del fregadero. Había superado mi enamoramiento por Joshua hacía mucho tiempo y no iba a dar marcha atrás. Por muy tentadores que fueran su sonrisa y su maldito hoyuelo.

—Bueno, ahora en serio... —Me miró cuando me acerqué a la encimera. La mezcla empezaba a adquirir un brillo intenso: ¡estábamos consiguiéndolo!—. Además del trabajo, tengo un estrecho círculo de amigos con los que paso mucho tiempo. Me gusta ir al gimnasio y...

—¿Y qué?

—Y nada específico. Ese tipo de cosas. Ya sabes, pasar tiempo con seres humanos. Gente con la que no trabajo.

—¿Cuánto tiempo hace que no tienes novia? —Intenté recordar si alguna vez había oído hablar de que Joshua tuviera una—. ¿No estuviste a punto de casarse una vez? ¿Qué fue lo que pasó? —Mi madre lo había mencionado el verano después de que solicitara el ingreso a la facultad de medicina, pero no había querido saber nada al respecto. Después del accidente ni siquiera quería pensar en Joshua.

—Salgo con mujeres. —Su voz era seca y tensa, y el Joshua normalmente relajado al que estaba tan acostumbrada se puso en guardia y a la defensiva—. No necesito una novia fija para sentirme completo. Ni una esposa.

—Lo siento —solté, reprimiendo un estremecimiento por la forma en que había escupido las palabras—. Solo quería decir que... He pensado que... —No me gustaba haber metido la pata y no saber siquiera por qué. Por eso no se me debería permitir hablar con la gente.

—Soy feliz como soy. —Su estado de ánimo volvió a cambiar tan rápido como se había agriado. Sonrió—. Tengo una vida plena. Y no me falta compañía femenina. —Y como si nada, el hoyuelo había vuelto.

—Genial. —Sonreí, aliviada de que el Joshua más cercano estuviera de regreso.

—¿Te alegras de que folle de forma regular?

Me reí, encogiéndome de hombros.

—Claro. ¿Por qué no?

Trabajamos en feliz silencio mientras mezclábamos los ingredientes, vertíamos la mezcla en moldes para bizcochos y los metíamos en el horno.

Programé el temporizador del reloj para que sonara tras veinte minutos, como indicaba la receta.

Los dos nos quedamos apoyados en la encimera, observando la puerta opaca del horno como si esperáramos que saliera de ella algo con garras y gruñidos.

—Qué raro... —comenté, rompiendo finalmente el silencio—. Nunca he tenido tanto tiempo libre como en este momento. Estoy acostumbrada a trabajar, pero no a estar sin hacer nada. —Lo que más me gustaba de la medicina era que había mucho que aprender. Muchos exámenes. Mucho en lo que pensar. Eso significaba que no recordaba cosas que quería olvidar.

—¿No hacías ballet cuando eras niña? —Se me revolvió el estómago cuando se llevó la mano a la cabeza—. Solías llevar el pelo recogido todo el tiempo. Recuerdo que siempre te veía con un moño omnipresente. ¿Has pensado en retomarlo e ir a clases de ballet para adultos?

Quería borrar los diez últimos segundos y fingir que nunca me había dicho eso, pero la vida no funcionaba así.

—No he podido volver a bailar desde que me rompí la pierna la primera vez —solté, tan rápido como pude emitir las palabras—. No como se debe bailar. No como yo quisiera. —Los recuerdos de la noche del accidente se agolparon en mi cerebro: no me había parecido que hubiera algo malo en conducir bajo una tormenta. Había estado segurísima de que iba a ser capaz de rescatar a Joshua y Patrick, que se habían quedado atrapados en una fiesta de Nochevieja. De hecho, a mi mente adolescente le había parecido una gran idea aunque acabara de sacar el carnet de conducir. Habría hecho cualquier cosa para que Joshua se fijara en mí. Lo había apostado todo a que, si iba en el coche a recogerlos, él se daría cuenta de repente de que ya no era solo la hermana pequeña de Patrick. Ojalá mi yo de diecisiete años hubiera podido ver lo que me esperaba: un parabrisas cegado a través del cual no había podido ver, unas carreteras anegadas de agua en las que los neumáticos no eran seguros. El giro que había dado demasiado tarde.

La zanja.

Los sanitarios.

El hueso roto que me atravesaba la piel.

Y, meses después, la amargura que había sentido cuando me habían comunicado que había perdido la plaza en la escuela de ballet porque ya no podía bailar como antes.

Sonó la alarma del reloj y me arrancó de los recuerdos. Me moví para apagar el horno. Salvada por la campana.

Cogí aire y me concentré en lo que habíamos cocinado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Joshua.

—Sí. —Recordar no servía para retroceder en el tiempo. Solo me decía por qué era importante que estuviera ocupada y que mantuviera mi campo de fuerza intacto.

—Pues no lo parece.

Lo ignoré. La mezcla que había en los moldes no tenía un aspecto diferente al que había tenido cuando la habíamos vertido. ¿No se suponía que debía subir o algo así? Miré a Joshua para ver si entendía lo que había pasado, pero solo miraba el horno.

—Si no quieres ir a clases, ¿por qué no vas a ver ballet?

¿No había captado que no quería hablar de ello?

—¿Para qué? ¿Para que pueda pasarme toda la noche envidiando a las bailarinas que no se han roto una pierna? —No se me ocurría nada peor.

—¿Así que no obtienes ningún placer si no es bailando?

Antes me encantaba ir a la Royal Opera House y ver actuar al Royal Ballet. Iba siempre que podía. Eso había estimulado mi impulso y mi ambición. Pero en la actualidad solo iba a ser un recordatorio de lo que no tenía. De las estúpidas decisiones que había tomado.

—Creo que no.

Se pasó las manos por el pelo de esa manera que sugería que era un poco tímido.

—Luca Brands tiene un palco corporativo en la Royal Opera House. A uno de mis mejores clientes le encanta la ópera. Pero nadie lo utiliza cuando hay ballet. Deberías ir. —Sacó la cartera del bolsillo trasero de los vaqueros y deslizó una tarjeta de visita sobre la encimera—. Llama a mi asistente si quieres ir. Llévate a una amiga. Ve sola. Lo que quieras.

Me alejé de la encimera y me acerqué al horno.

—Gracias. —Había perfeccionado el arte de no pensar en el ballet, y Joshua me estaba diciendo que podía asistir a las actuaciones de una de las mejores compañías de ballet del mundo cuando quisiera. Para mi antiguo yo habría sido un regalo perfecto. Pero ya no era esa chica.

—Supongo que debería sacar el molde —dije, poniéndome unos guantes de cocina—. ¿Crees que ya está?

—No tengo ni idea. No he cocinado en toda mi vida. Lo más lejos que ha llegado mi educación culinaria fue a preparar los ingredientes para una tarta de manzana.

—Esto es como el tuerto guiando al ciego. —Bajé la puerta del horno y saqué el molde. La mezcla ya no se movía como cuando la habíamos metido. Lo dejé en la encimera y volví a consultar la receta—. Hay que poner a enfriar el bizcocho en una rejilla.

—No creo que esté hecho. ¿No se supone que tiene que crecer? —Joshua alargó la mano y pinchó la masa con una expresión de concentración, como si estuviera considerando una importante jugada de ajedrez.

—Voy a seguir la receta y voy a desmoldar. —Hice exactamente lo que decía la receta y volqué el dulce en la rejilla.

—No han subido en absoluto —dijo Joshua—. Debemos de habernos saltado algún paso.

—No, lo he comprobado. Hemos hecho lo que decía. —Sin embargo, tenía razón. Aquello no tenía buen aspecto; ya cuando lo había sacado del horno me había parecido muy mazacote.

—Stella sabe cocinar. —Joshua se rascó la mandíbula mientras miraba aquellos discos planos como si fueran un problema que debía resolver—. Tal vez deberías llamarla para que te diera algunas lecciones.

Aquello empezaba a ser absurdo.

—Ni siquiera conozco a Stella.

—Así matas dos pájaros de un tiro. Puedes conocerla y aprender a cocinar. Quizá acabéis siendo amigas. Tal vez no. Lo que tengo claro es que no puedes hacerlo peor.

—¡Eh, tú! —Volví a pinchar la tarta para ver si el aire fresco la esponjaba un poco—. Que lo has hecho conmigo.

—¡Joder!

Me giré y me encontré a Joshua sacudiendo el brazo en el aire. Una rápida evaluación del molde aún caliente me hizo imaginar lo que había sucedido.

—¿Te has quemado el brazo?

Su cara de fastidio me dio la respuesta. Lo acerqué al fregadero y abrí el grifo.

—Ponlo debajo del agua. —La piel estaba irritada y roja. Le sostuve el

brazo debajo del agua fría, tratando de regular la temperatura para asegurarme de que no estuviera demasiado baja.

—Estoy bien —aseguró, tratado de alejarse.

—No estás bien. Tenemos que mantener la zona bajo el agua todo el tiempo que podamos.

No iba a decirle cuánto tiempo. Si se impacientaba a los diez segundos, se subiría por las paredes a los diez minutos.

—De verdad, estoy bien.

—Esa roncha roja indica lo contrario. Había olvidado lo mal paciente que eres. —Joshua solía ser frío y tranquilo; si no le doliera, me resultaría divertido verlo tan irritado—. ¿Te he dicho alguna vez que me inspiraste para que fuera médico? —Le recoloqué el brazo para asegurarme de que el agua cubría toda la quemadura y continué con la historia para distraerlo—. Patrick y tú os pusisteis a jugar al tenis en casa durante unas vacaciones de Pascua cuando estabais en la universidad, y te torciste el tobillo.

Me miró con el ceño fruncido, lo que me indicó claramente que no recordaba el momento que había cambiado mi vida por completo.

—Fuiste a por una pelota a lo loco y te caíste. —Todavía me acordaba de la torpe caída y la forma en que le había cedido el pie.

—¿Cuando me torcí el tobillo y tuve que ir al hospital? ¿Estabas presente?

Me eché a reír a carcajadas al ver que no se acordaba de que había estado allí, y mucho menos de que lo hubiera atendido justo después de la caída. Había sucedido exactamente diecinueve semanas después del accidente, cuando suspirar por Joshua había cambiado mi vida para siempre. Claro que entonces era una sombra de mí misma. No me extrañaba que no lo recordara.

Esa tarde había supuesto otro punto de inflexión para mí. Apenas había comido o había hablado desde el accidente. Hacía diecinueve semanas que había enterrado mi adoración por Joshua, había perdido la plaza en la escuela de ballet y la única razón por la que había estado mirando a Patrick y Joshua esa mañana —y no había estado tumbada en mi cama, mirando al techo— era que me parecía algo menos molesto que escuchar discutir a mis padres sobre si debían enviarme a terapia. Mi padre se había opuesto con firmeza porque decía que se me iba a pasar. Mi madre había intentado ayudarme. Yo sabía que el asesoramiento no iba a cambiar nada. Nada iba a

hacerlo. Mi propia estupidez me había obligado a renunciar a mi futuro, y nunca iba a volver a ser la misma. Me conformaba con quedarme en la cama el resto de mi existencia.

—Sí, estaba allí. Te sujeté el tobillo. Te limpié los cortes con agua. Me sentí bien al cuidar a alguien. Después de eso, decidí estudiar medicina. — Estaba segura de que a Joshua le iba a parecer una tontería, como si hubiera sido una niña fingiendo que amamantaba a un peluche. Pero no había sido así. Mientras había estado atendiendo a Joshua, no había pensado en el accidente ni en mi futuro perdido. Era como si ayudar a Joshua me hubiera dejado la mente en blanco. Había supuesto una diferencia para alguien que sufría; había sido útil.

Patrick no había hecho nada: solo le había dicho a Joshua que se callara. Había sido yo quien había sabido cómo comportarse. Le había dicho a mi hermano que llamara a mis padres y había hablado con Joshua sobre fútbol para distraerlo. Había permitido que se apoyara en mí para que pudiera sentarse en un banco y le había puesto el pie encima de la bolsa de Patrick. No había vuelto a pensar en el accidente hasta que habían llegado mis padres y habían metido a Joshua en el coche, junto con mi hermano. Y había sido entonces cuando me había dado cuenta de que tenía que estudiar medicina. Iba a ser mi salvación. Ese día, el universo me había dado una segunda oportunidad; la había aprovechado y seguía haciéndolo desde entonces.

—¿No fui al hospital?

—Claro. Mis padres te llevaron. —Yo me había quedado en casa. Habían pasado meses antes de que volviera a subirme a un coche. Todavía no conducía.

—Sí, lo recuerdo vagamente. Pero resultó ser solo un esguince. —Un esguince que había cambiado el curso de mi vida—. Hoy nada de visitas al hospital —advirtió, señalando el brazo que aún le sostenía bajo el agua.

—Sobrevivirás. No parece que te vaya a salir una ampolla. —Le solté el brazo y cerré el grifo.

Se apoyó en la encimera mientras miraba cómo le secaba el brazo con una toalla de papel. De repente, sentí un cambio en el ambiente y me di cuenta de lo cerca que estábamos, de que los músculos de Joshua se tensaban debajo de la camiseta y de que, cuando flexionaba el brazo, se me disparaba el ritmo cardíaco. Me sonrió, y di un paso atrás. ¿Dónde estaba

mi campo de fuerza protector cuando más lo necesitaba?

—¿Y la escayola? —dijo Joshua, mirando mi pierna como si hubiera olvidado ponérmela al salir del baño—. Y estás moviéndote sin muletas. ¿Cuándo te la han quitado? ¿Cómo te sientes?

Me reí. Por fin se había dado cuenta.

—Me la quitaron ayer. Y me siento bien. Tengo la pierna un poco débil, pero quizá me aventure a ir al gimnasio del hotel más tarde.

Dio un paso atrás, todavía concentrado en mi pierna como si fuera increíble que hubiera tenido una extremidad debajo de todo ese yeso.

—Espera un momento. Tengo una cosa que te vendrá muy bien.

No, qué va, pensé. De eso nada.

Se fue del apartamento y dejó la puerta abierta al salir. ¿A dónde iba?

Me puse a limpiar la encimera y a recoger el caos que habíamos creado. Cuando abría la puerta del lavavajillas, Joshua se plantó detrás de mí.

—Ven y siéntate. —Me puso una mano en la parte baja de la espalda y me guio al sofá—. Pon la pierna en mi regazo.

Fruncí el ceño.

—No, Joshua. ¿Qué pretendes?

Puso una botellita en la mesa de centro, me obligó a colocar la pierna sobre sus rodillas y me subió los bajos del pijama de quirófano. Apoyé los codos en el sofá, temiendo que ocurriera algo terrible.

—Estoy seguro de que la escayola te ha dejado la piel muy seca—. Cogió el frasco y lo inclinó para verter el ungüento en el centro de la palma de la mano—. No hay nada mejor. El eucalipto es curativo y el aloe vera hidrata la epidermis.

A mi cerebro no le dio tiempo de procesar lo que estaba a punto de suceder, por lo que lancé un chillido cuando sentí sus manos en la pierna.

Sonrió.

—Está un poco frío, ¿verdad? Pero espera un poco, esto te va a venir muy bien.

Una aguda alarma empezó a sonar en mi cabeza: *«Emergencia. Campo de fuerza amenazado. Campo de fuerza amenazado»*.

—Relájate. —Joshua me levantó la barbilla—. Apoya la espalda en un cojín. Tienes que aprender a cuidarte. Esta crema es mágica. Ya verás.

—Gracias, Estée Lauder. —Miré por la ventana, tratando de distraerme de las sensaciones que me provocaba el firme contacto de Joshua. A pesar

de mí misma, mi cuerpo empezó a rendirse. Me costó mucho esfuerzo no suspilar: sus manos eran perfectas. Demasiado buenas. Por eso era una mala idea: como si él conociera mi campo de fuerza y se hubiera propuesto desactivarlo.

—Está un poco seca, pero la pierna se ve bien. —Su voz era suave cuando se echó hacia delante para inspeccionarla más de cerca—. No parece que haya estado enyesada durante tantas semanas. —Dejó de masajearme de repente y supe que me había visto la cicatriz—. ¿Cuándo te hiciste este corte?

—Es por donde me rompí la pierna la primera vez —dije, clavando la mirada en la ventana para que no viera lo mucho que aún me molestaba pensar en ello.

—¿Por eso dejaste el ballet?

Asentí.

—Debió de ser difícil. Recuerdo que era muy importante para ti.

Intenté apartar la pierna, pero incrementó la fuerza de sus manos. Cuando cedí, siguió dándome un masaje en la piel con la loción. Los movimientos se volvieron más profundos y lentos, y me tembló todo el cuerpo.

—Quizá te venga bien un baño.

—No, gracias. No tomo baños. —¿Qué se podía hacer en una bañera salvo tumbarse y pensar? Me parecía una completa tortura. Aunque, hasta hacía unos minutos, habría dicho que un masaje de Joshua suponía un infierno. Cerré los ojos en un vano intento de bloquear parte de las sensaciones que provocaba aquel hombre y que hacían flotar mi cuerpo.

—Quizá algún día te convenza —comentó mientras seguía deslizando los pulgares hacia arriba por un lado de mi tibia y bajándolos por el otro. Si seguía así, no solo iba a volver a enamorarme de Joshua, sino que iba a acabar embarazada de él.

—¿Podrías hacer algo por mí? —me pidió.

Cualquier cosa, pensé. Negué con la cabeza, pues recordé con quién estaba y regresé al presente. Abrí los ojos y me lo encontré mirándome como si estuviera a punto de decir algo importante.

—Si te inspiré para estudiar medicina, debería ser capaz de inspirarte para llamar a Stella. —Entreabrí la boca para decir algo, pero no pude encontrar las palabras—. Lo que hemos sacado del horno tiene un aspecto

horrible.

Sonreí.

—De acuerdo. —Le hice un pequeño gesto con la cabeza y aparté la pierna de su regazo. No pude evitar sentir una leve decepción al ver que me dejaba ir.

OceanofPDF.com

8

HARTFORD

Abrí la tapa de la caja de cartón blanco y coloqué la tarta en uno de los platos de la cafetería. Un par de enfermeras se detuvieron al salir de la sala de descanso.

—¿La has hecho tú? —preguntó la de la coleta alta.

Hice una mueca.

—La he comprado. Intenté hacerla, pero fue un desastre.

—Tiene un aspecto increíble —dijo un hombre a mi espalda.

—Sírrete tú mismo, Jacob —respondí al médico que acababa de entrar en la sala de descanso, atrayendo la atención de todas las mujeres que habían estado pendientes de la tarta. Jacob era el rey de corazones en el hospital. Era fácil entender por qué. Llevaba el pelo rubio pálido lo más corto posible, lo que hacía que sus ojos azules y su afilada mandíbula resultaran impactantes—. He traído servilletas de papel porque he tenido que prometerle a Mabel, la de la cafetería, que le cedería mi hijo primogénito solo para que me dejara un plato.

—Es un detalle de tu parte. ¿La has hecho tú? —preguntó Jacob.

Negué con la cabeza.

—¡Hartford! Te estaba buscando —dijo Gerry al entrar en la sala de descanso. Miró a Jacob y luego a mí—. ¿Tienes un minuto? —No esperó una respuesta antes de salir por la puerta por la que acababa de aparecer. Me apresuré a seguirlo.

El despacho de Gerry parecía un viejo almacén en vez de la oficina del director del departamento. Era minúsculo; había una silla de ruedas plegada detrás de la puerta, y una clara falta de ventanas.

—Toma asiento. —Cerró la puerta cuando entré, y sacó un taburete de debajo del escritorio.

—Has traído tarta. —Comprobó algo en su ordenador mientras hablaba—. Muy amable por tu parte.

—Intenté hacerla yo, pero fue un fracaso absoluto, así que he comprado una. Pero voy a intentarlo de nuevo. En realidad, me está enseñando una

amiga de Joshua. Ya ves, estoy tratando de llenar mi vida fuera del hospital, como sugeriste.

Se volvió hacia mí y frunció el ceño.

—Es un buen primer paso. Y me alegro de saber que estás haciendo amigos. Me comentaste que no estás saliendo con Joshua. ¿Lo haces con alguien?

Antes de que pudiera responder, negó la cabeza como si se reprendiera a sí mismo.

—Sé que no debería preguntarte, pero veo a mis subalternos como a mis hijos. Me gusta que seáis felices. Me gusta veros realizados. Margo dice que soy un viejo entrometido, y supongo que tiene razón...

Nos interrumpió un golpecito en la puerta.

—Adelante. —Su voz rezumaba severa autoridad.

Jacob asomó la cabeza.

—La investigación que me pediste. —Le entregó a Gerry un dossier en una carpeta roja y descolorida.

—¿Ya tienes novia, Jacob?

Jacob se aclaró la garganta.

—De momento no, señor.

—Muy bien. Entonces, llevarás a Hartford a cenar.

Una intensa sensación de humillación me subió por las extremidades. ¿Mi jefe acababa de obligar a alguien a invitarme a salir? Gerry parecía encantador, pero no quería que me tendiera una trampa.

Empecé a poner objeciones, pero Gerry levantó la mano para que me callara.

—Jacob piensa que soy un entrometido tanto como tú, pero sígueme la corriente. —Se volvió hacia Jacob—. Hartford no me conoce desde hace tanto tiempo como tú. Todavía se está acostumbrando a mis debilidades. Quizá puedas ponerla al día durante la cena.

Jacob se enfrentó a Gerry de forma relajada, como si hubiera estado en la misma posición mil veces y no le resultara incómoda en absoluto.

—Perfecto. Le diré exactamente cómo escaquearse de ti.

Gerry se rio, pero se sobresaltó cuando empezó a sonar su teléfono.

—¿El sábado por la noche? —preguntó Jacob.

Negué con la cabeza.

—Sinceramente, estoy segura de que tienes mejores cosas que hacer...

—Será divertido. Estoy de turno, así que ¿te parece si quedamos a las ocho y media en algún sitio? Te enviaré un mensaje con el nombre del lugar.

Me encogí de hombros. No podía decirle que no delante del jefe que acababa de prepararme una encerrona.

—De acuerdo. Avísame y allí estaré. —Intenté sonar entusiasmada, pero era una actriz terrible.

Gerry dejó el teléfono justo cuando Jacob cerraba la puerta.

—Veamos... —retomó el tema tras aclararse la garganta—. Estuvimos la semana pasada hablando de lo que vas a hacer fuera del hospital. Dime, ¿te lo has pasado bien?

—Todo el mundo ha sido muy acogedor y me siento como si llevara aquí más tiempo del real. —Me pregunté si debía mencionar que él parecía no haber dormido en una semana—. Hacer algo que no esté relacionado con la medicina supone todo un reto. Pero estoy trabajando en ello.

—Ya veo. Sigue así. Tienes que ponerte al día cada dos semanas. Mientras tanto, me vendría bien tu ayuda en algo. Pero no quiero que interfiera con tu aclimatación ni con la búsqueda de una vida fuera del trabajo.

Eso sonaba intrigante. Asentí, instándolo a seguir.

—Lo digo en serio, Hartford. Es el tipo de proyecto que puede consumirte. Tienes que prometerme que vas a seguir con el buen trabajo que haces fuera del hospital.

—Lo prometo —respondí.

Se reclinó en la silla y soltó el aire, moviendo la cabeza.

—Lo que voy a decirte es confidencial y no debes repetírselo a nadie bajo ninguna circunstancia.

La expresión de Gerry pasó de ser alegre a acerada.

—Vale, no se lo diré a nadie.

—Hace tiempo daba clase en la Facultad de Medicina de Harvard, y tengo muchos amigos maravillosos en Estados Unidos, muchos de los cuales fueron alumnos o profesores en los seis años que estuve en Cambridge. Uno de esos amigos trabaja ahora para una importante empresa farmacéutica de Estados Unidos y ha compartido conmigo una noticia muy inquietante.

Hizo una pausa como si quisiera que yo dijera algo, pero no tenía ni

idea de a dónde quería llegar.

—Mi amigo ha acudido a mí porque la empresa para la que trabaja ha planeado un cambio de estrategia para impulsar las ventas de ciertos medicamentos actualmente en desarrollo. Han puesto a toda una división a trabajar en medicamentos que pueden venderse sin receta. No parece controvertido, ¿verdad? —No esperaba una respuesta, aunque negué con la cabeza de todos modos—. Pero tienen equipos de abogados que estudian todas las normas y las prescripciones para que el medicamento sortee las lagunas legales y la legislación de forma irregular. Según cuentan, están sobornando a gente a diestro y siniestro.

Pude sentir cómo se me erizaba el vello de los brazos. Las empresas farmacéuticas tenían mucho poder y podían hacer mucho bien, pero si daban tres pasos en falso, también podían hacer mucho daño.

—Merdon está intentando que se aprueben sin receta algunos de sus nuevos medicamentos, que son versiones de algunas fórmulas que actualmente se venden solo con receta. Lo peor es que se están centrando primero en los medicamentos para niños. Esperan poder aprovecharse de los padres que quieren lo mejor para sus hijos, y de la forma más rápida.

Sentí el impacto de sus palabras en el esternón.

—Qué vergüenza... ¿Crees que se saldrán con la suya?

—Bueno, estoy haciendo todo lo posible para que no sea así. Pero hay que andar con pies de plomo porque no quiero que mi amigo se quede sin trabajo y sin reputación.

—Me has dicho que querías mi ayuda. ¿Qué puedo hacer yo?

Gerry suspiró.

—Están empezando en Estados Unidos. Con un medicamento para el TDAH llamado Calmation.

—¿Calmation? He leído sobre él en los diarios. Tiene que haber un error. —No era posible que un medicamento tan peligroso se vendiera sin receta.

—Pues no, están a punto de presentar la solicitud. Cuando consigan la aprobación en América, la utilizarán para sortear el consejo de regulación británico. Pretenden extender su podredumbre a este lado del Atlántico.

—Pero... —Empecé a hablar y luego me interrumpí; en mi mente sonaba una alarma a voces. Era muy malo—. Nadie puede esperar que los padres tomen decisiones médicas sobre sus hijos que puedan causarles

daños irreversibles. Un niño con un trastorno de esa clase debe estar controlado por un médico. —Mi furia se estaba convirtiendo en una bola de nieve—. ¿Me estás diciendo que Merdon va a intentar vender sin receta un medicamento que puede alterar el estado de ánimo de un niño? ¿Como si fuera una piruleta, o algo así?

—Al parecer, están invirtiendo decenas de millones en ello.

—¿Qué podemos hacer? Firmar una petición. Crear algún tipo de plataforma. ¿Alguien ha hablado contigo al respecto? Eres el mejor pediatra del mundo.

Se encogió de hombros.

—Por supuesto que no: Merdon solo quiere ganar dinero y los burócratas son una panda de chupatintas. No tienen que enfrentarse a las consecuencias de sus decisiones. —Gerry abrió un anticuado archivador metálico y sacó un expediente que me entregó—. Necesito una nueva visión para analizar el asunto y elaborar algún tipo de plan. He pensado que, como no te asusta trabajar en zonas de guerra, eres la mujer adecuada para llevar este asunto.

Eso podía suponer un gran retraso para una generación de niños. Había que hacer algo, y yo era la persona indicada para ello. Ese era justo el tipo de problema al que estaba deseando hincarle el diente.

—Quiero ayudar. Y te prometo que seguiré aprendiendo a cocinar y que iré a cenar con Jacob, pero no podemos permitir que pase eso.

Gerry esbozó una sonrisa cansada y asintió.

—Sabía que había hecho bien en contratarte.

Teníamos que detener a Merdon antes de que su estrategia triunfara. No tenía ni idea de cómo, pero estaba decidida a hacer lo que fuera necesario.

9

HARTFORD

Después de una semana dedicada a la investigación de Merdon y Calmation, estaba agotada. Para mi sorpresa, estaba deseando descansar. Los objetivos para ese día eran sencillos: aprender todo lo que necesitaba saber sobre salir a cenar con un hombre casi desconocido, y tratar de hacer un bizcocho que no supiera a asfalto. Y, si era posible, intentar olvidarme del trabajo durante unas horas.

Stella abrió de golpe la puerta de su apartamento y me tendió los brazos como si fuera una hija pródiga.

—Hartford, me alegro muchísimo de verte. Vamos a hacer un tarta de rechupete.

La energía positiva de Stella llenaba de luz todo lo que la rodeaba. Esperaba que no le importara que le preguntara sobre los hombres y las citas mientras cocinábamos. Había considerado cancelar la cita con Jacob miles de veces, pero había dos buenas razones por las que salir con alguien —cualquiera— era una buena idea: para empezar, iba a tener contento a mi jefe, y, en segundo lugar, y quizá más importante, iba a mantener intacto mi campo de fuerza contra Joshua. Últimamente, mis defensas eran como una mala señal de wifi: intermitentes y, en algunos puntos, inexistentes. Después de que me diera aquel masaje, lo había evitado durante unos días para intentar bloquear mi antiguo enamoramiento, que comenzaba a asomar por la puerta. Por lo tanto, cenar con Jacob tenía un doble propósito. Y como no había salido con nadie desde mucho antes de empezar a trabajar en Médicos sin Fronteras —e incluso entonces no había acumulado un historial especialmente brillante—, necesitaba un poco de ayuda.

Si impresionaba a Gerry con mis variados intereses y mi bulliciosa vida social, esperaba que entendiera que me tomaba en serio mi carrera y me dedicaba por completo a la medicina. Aunque no me parecía muy juicioso por mi parte, lo consideraba clave para asegurarme una buena referencia del más afamado especialista en pediatría del Reino Unido.

—Hola. —Intenté parecer relajada y feliz mientras miraba por encima

del hombro de Stella. En la isla de la cocina estaba Autumn con otra chica, sentadas ambas en unos taburetes. Hacer preguntas sobre citas delante de tanto público resultaba desalentador, pero mejor eso que hacer el ridículo con Jacob.

Stella se hizo a un lado para que entrara en el apartamento, pero antes de que pudiera presentarme, la chica a la que no conocía se bajó del taburete, se acercó y me abrazó.

—¡Me siento muy feliz de conocerte! Soy Hollie. —Dio un paso atrás—. ¡Joshua! —gritó de forma inexplicable.

—En realidad, me llamo Hartford —respondí, confundida. Solo llevaba treinta segundos allí y ya me sentía fuera de lugar.

—Sí, la nueva... amiga de Joshua. —Me sonrió como si ella y yo compartiéramos un secreto.

Stella me guio hasta otro de los taburetes y tomé asiento, algo más nerviosa que cuando había entrado. Solo era mediodía, ¿habían tomado el vino en el desayuno?

—Tendrás que disculparnos. Joshua nunca nos había presentado a su chica, así que estamos un poco flipadas —dijo Stella.

¿A su chica?

¿Acaso vivían en los años 50?

—Entre nosotros no hay nada. Lo conozco de siempre. Mi madre es la mejor amiga de la suya. —Si dejaba de lado mis fantasías privadas, era tan probable que Joshua tuviera interés romántico en mí como que se tomara una rebanada de pan tostado untada con esa horrible mermelada que tanto le había disgustado de niño.

—Mmm —soltó Hollie, entrecerrando los ojos.

—Entonces, ¿no te has acostado con él? —preguntó Autumn.

Me reí.

—No, os aseguro que no. Al menos en la vida real.

Stella se abrió los ojos de par en par.

—¿Eso significa que en tus fantasías...?

Suspiré y lancé un vistazo a la cocina, preguntándome cuándo iban a empezar las clases de repostería. Cuando me volví hacia la isla, tres pares de ojos me miraban con intensidad. Solo podía decir la verdad.

—Cuando era una cría de quince años dominada por las hormonas, Joshua era un joven de dieciocho años alto, bronceado y guapísimo. Por

supuesto que he tenido fantasías con él.

—Necesitamos beber algo: mimosas —anunció Hollie. Stella saltó del taburete y empezó a sacar vasos.

—¿Es buena idea beber y cocinar a la vez? —pregunté.

—Por supuesto —aseguró Stella, sacando un cartón de zumo de naranja de la nevera.

—Cuéntanos todo lo que sepas sobre Joshua cuando tenía dieciocho años. ¿Alguna vez lo besaste? —preguntó Autumn.

Un par de minutos después, Stella se había preparado cuatro mimosas y había puesto todo el material para repostería en la encimera.

Negué con la cabeza.

—Nunca. Es decir, él salía con muchas chicas. Y cuando estaba en nuestra casa, que era casi todo el tiempo, si se fijaba en alguien, era en mi hermana, Thea.

—Imposible. —Autumn levantó la mano—. Por supuesto que se fijaba en ti. Mírate.

Malditos americanos y su exagerada positividad.

—No era así. Piensa en que tenía una sola ceja y aparato en los dientes.

—Ay, qué adorable —intervino Hollie—. Esto es incluso mejor de lo que pensaba. Te has convertido en un hermoso cisne y Joshua ha visto ahora lo que ha estado delante de sus narices todo el tiempo.

Esas chicas estaban locas. Locas de remate. Tenía que cambiar de tema o iban a empezar a planear mi boda con Joshua. Y por mucho que eso pudiera parecerle un sueño hecho realidad a mi yo de quince años, estaba segura de que todas íbamos a acabar arrepintiéndonos si tomábamos ese camino.

Quizá Stella tenía más capacidad para leer mis pensamientos de lo que yo creía, porque enseguida cambió de tema.

—Algunos consejos básicos para hacer tartas: cuando empieces, que todos los ingredientes estén a temperatura ambiente, incluidos los huevos. Lo primero es poner el horno a calentar y engrasar el molde del bizcocho. Incluso antes de medir los ingredientes.

Saqué del bolso una libreta y un bolígrafo y anoté las dos instrucciones antes de dejar el cuaderno.

—En realidad... —dije, con la esperanza de llevar la conversación a un terreno más mundano—. Esperaba que, además de enseñarme a hacer tartas,

podieras darme algunos consejos y sugerencias sobre las citas... Porque...

—Estaríamos encantadas —dijo Stella—. Haremos lo que sea para ayudarte. Joshua es un gran tipo y ya va siendo hora de que encuentre a alguien especial en lugar de repartirse entre Doña Martes por la Noche y la modelo de la semana.

¿Doña Martes por la Noche? Estaba segura de que no quería saber quién era. No debí haber ido allí. Esas mujeres pensaban que me había acercado a ellas para estrechar lazos porque todas eran esposas y novias del grupo de amigos de Joshua. ¿Acaso no les había explicado Joshua quién era yo? Iba a tener que ponerlas al corriente y contar mi versión de la historia.

—No estoy saliendo con Joshua. Y no quiero salir con él. Soy hija de la mejor amiga de su madre. Cuando me fue a buscar al aeropuerto la semana pasada, llevaba diez años sin verlo. Sin embargo, tengo una cita este fin de semana y no tengo ni idea de qué ponerme, ni de qué hablar ni nada. Por eso, aceptaré cualquier consejo que queráis darme. —Solté el aire. Tenía la sensación de que, si no hablaba así de rápido con ellas, no iba a poder meter baza.

Hollie y Autumn intercambiaron una mirada.

—Podría funcionar —dijo Hollie.

—Que sepa lo que se pierde —respondió Autumn—. No nos gustan los juegos, pero a veces los hombres como Joshua necesitan que les den un pequeño empujón.

—Eso es lo que le dije a Beck —dijo Stella.

Oh, Dios. No me estaban entendiendo.

—No estoy buscando la manera de pescar a Joshua. Acabo de regresar a Inglaterra. Todas mis pertenencias caben en una mochila. Solo quiero empezar a trabajar, impresionar a mi jefe disfrutando de algún *hobby*, y salir con alguien para demostrarle que no soy una chica adicta al trabajo y antisocial. Y en algún momento, dentro de poco, voy a tener que buscar un lugar donde vivir. Salir con Joshua no forma parte de mi lista.

—Ten, mide doscientos veinticinco gramos de mantequilla y mézclala con el azúcar que ya he metido en el bol —ordenó Stella—. ¿Así que no te interesa Joshua? —añadió con aire despreocupado.

Me bajé del taburete y me puse a trabajar.

—Se trata más bien de que no me gusta el masoquismo.

A Stella se le pusieron los ojos como platos.

—¿A Joshua le gustan las perversiones?

¿Cómo era que la conversación seguía empeorando?

—¡No! O tal vez sí. No lo sé. Me refería a que no disfruto sufriendo. Ya no soy una adolescente. Sé que no debo suspirar por hombres como Joshua.

—Chica lista —dijo Autumn—. Pero cocinas con él y estáis saliendo. ¿No has notado vibraciones entre vosotros?

Negué con la cabeza. No quería vacilar ni dar a esas chicas algo a lo que agarrarse. Intenté bloquear el recuerdo de cuando me había dado un masaje en la pierna y me había clavado los pulgares en los músculos de la pantorrilla. Si me sonrojaba delante de esta multitud, no iban a creerme. Para Joshua, ligar era como respirar. Siempre había sido así. Por eso había vibraciones entre nosotros, pero no tenían nada que ver conmigo personalmente.

—¿Y luego uso la batidora para mezclarlo?

Stella asintió y me sostuvo el cuenco al comprender que necesitaba toda la ayuda posible.

Pero ni siquiera el ruidoso zumbido de la batidora pudo acallar a esas chicas y su esfuerzo por hacer de casamenteras.

—Bueno, eso no significa que no podamos albergar esperanzas —comentó Autumn—. Es decir, eres preciosa. Él es guapísimo. Os conocéis desde que erais niños; es el principio prometedor de un cuento de hadas. Mientras tanto, dinos algo del chico con el que tienes una cita.

No había mucho que contar. No sabía nada de Jacob, salvo que los dos trabajábamos en pediatría y que era guapísimo.

—Hemos quedado el sábado a las ocho.

—Es perfecto —aseguró Stella—. Sentirás mucha menos presión porque sois colegas, así que, si no hay chispa, la cena será solo una oportunidad para que os conozcáis mejor.

Eso era cierto. Siempre podíamos hablar de nuestro currículum médico y de dónde habíamos ido a la universidad.

—¿Algún consejo? ¿Qué hacer y qué no hacer?

—Limítate a ser tú misma. —Empujó hacia mí un envase de huevos—. Casca un huevo y luego bátelo. Repite la operación cuatro veces. Nunca añadas todos los huevos a la vez, o la masa quedará pegajosa y llena de grumos.

Seguí sus instrucciones. Muy pronto, la masa adquirió la textura

cremosa que reconocí del intento fallido con Joshua. Al parecer, no habíamos llegado aún a la parte del proceso en la que nos habíamos desviado del buen camino.

—¿Es correcto centrarse en el trabajo como tema de conversación?

—Por supuesto —dijo Hollie—. ¿De qué hablas cuando estás con Joshua?

Por suerte, la receta nos absorbió y me evitó tener que responder a la pregunta de Hollie.

—Ahora pesa doscientos veinticinco gramos de harina con levadura y viértela en el bol a través de un tamiz —dijo Stella—. Aunque lleve levadura mezclada a veces se necesita más. Comprueba siempre la receta.

—Jacob viene directo del hospital. No me va a recoger, así que supongo que me pondré algo informal. —Hice una pausa para anotar lo de la harina y luego acaté lo que me indicaron.

—Sí —convino Autumn—. Irás bien con unos buenos vaqueros.

¿A qué se refería con «Unos buenos vaqueros»? No tenía ni idea.

Añadí la vainilla bajo la supervisión de Stella, así como la ralladura de limón, vertí la mezcla en el molde previamente engrasado y lo metí en el horno. Tenía el mismo aspecto que cuando lo había hecho con Joshua, pero estaba convencida de que esa vez iba a subir.

—Gran trabajo. —Stella levantó la copa—. Por las tartas, las citas y para que Joshua vea lo que se está perdiendo.

Levanté mi copa a pesar del ridículo brindis. Esa tarde iba a bordar la tarta, pero la parte de consejos sobre citas se había quedado corta. La obsesión que tenían con Joshua era un poco rara. Y la obsesión por Joshua y por mí me parecía absurda. ¿No se daban cuenta de que Joshua y yo no hacíamos buena pareja? Para empezar, no podíamos ser más opuestos si lo intentáramos. Él siempre parecía recién salido de una sesión de fotos y yo siempre parecía recién llegada del hospital. Él podía encandilar hasta a los pájaros en los árboles, mientras que yo necesitaba ayuda para superar una fiesta con la sala llena de mis compañeros de profesión. Él vivía en un apartamento increíble en Park Lane, y yo buscaba estudios en Rightmove y en Borehamwood. No éramos compatibles. En absoluto. Lo único que teníamos en común era que ninguno de los dos sabía cocinar, y teniendo en cuenta cómo estaba subiendo el bizcocho en el horno, incluso eso no iba a durar mucho.

OceanofPDF.com

10

JOSHUA

Mientras esperaba el ascensor para subir al ático, escribí un mensaje a mi asistente personal para indicarle que fuera adelantando trabajo y recopilara la documentación necesaria para que Luca Brands solicitara el uso de un palco corporativo en la Royal Opera House. Cuando le había dicho a Hartford que teníamos un palco, quizá había exagerado un poco. O más bien había sido una completa mentira, dependiendo de cómo se mirara. Pero el palco podía ser útil para agasajar a los clientes y esperaba que Hartford lo utilizara. Recordaba que le gustaba el ballet, aunque no entendía que hubiera tenido que dejarlo después del accidente. Por la forma en que se había comportado al mencionarle que podía ir a clases, era obvio que se trataba de algo que seguía molestándola. Con suerte, disponer de acceso al palco iba a animarla. Si no, le iba a dar algo que contar a Gerry.

Salí del ascensor en el ático y me encontré a Hartford desplomada contra la puerta principal. Y no llevaba ropa de quirófano. Debía de haberle pasado algo.

—¡Joshua! —Se puso en pie y empezó a dar saltitos como si fuera un cachorro al que han dejado solo todo el día. Su entusiasmo me hizo sentir algo en el estómago. Me resultaba sorprendentemente agradable verla. No nos habíamos puesto al día desde que la habíamos pifiado con la tarta, y tenía buen aspecto. No estaba seguro de haberla visto nunca con vaqueros. Y llevaba el pelo suelto de nuevo, como en la cena con Gerry y Margo.

—¿Puedo preguntarte por qué estás sentada en el suelo delante de la puerta?

Se encogió de hombros.

—En el trayecto que hay entre este punto y Liliana's he perdido la llave.

—¿Liliana's, el pub? ¿Has quedado con las chicas? —Abrí la puerta y la invité a entrar con un gesto de la cabeza. Mientras me seguía al interior, le envié un mensaje al conserje para pedirle que me trajera una llave de repuesto.

—No, tenía una cita.

La sensación en el estómago se convirtió en un tirón.

—¿Una cita? —Intenté no parecer sorprendido. ¿Por qué había tenido la sensación de que el mundo de Hartford era pequeño, y se componía de poco más que del hospital, de su familia y... de mí? Resultaba obvio que me había equivocado.

Entró y se acomodó en el sofá, deslizando las piernas debajo del trasero.

—Con un médico del hospital. Gerry nos preparó una encerrona.

—Bueno, ¿y cómo ha ido?

Gimió.

—Parece un buen tipo, pero... Soy demasiado torpe en esas situaciones. En realidad, en cualquier situación.

—¿Qué ha pasado? ¿No quería hablar de repostería?

Se rio y el tirón en mi estómago se hizo más intenso.

—¿Puedo tomar un café, o también hay que pedirlo?

—Muy graciosa —respondí, y fui tras la isla de la cocina. Encendí la cafetera y coloqué dos tazas en la encimera.

—No tendrás tarta, ¿verdad?

—Puedo pedirla. ¿Quieres que lo haga?

Arrugó la nariz, y sus pecas se amontonaron unas sobre otras.

—Tal vez unos pastelitos.

—Hartford, ¿vas a comer para no hablar de tus sentimientos? Cuéntame lo que ha pasado esta noche.

Sin demora, pedí dulces, preparé dos expresos y me senté junto a ella en el sofá. Era evidente que quería hablar, y mi misión era ayudarla a instalarse. Pero porque eso también formaba parte de la promesa que le había hecho a mi madre, nada más.

—No se me dan bien las citas —confesó—. Y lo tengo asumido. En serio. Pero, claro, es una cita que ha preparado Gerry, y es tan inflexible con todo eso del equilibrio entre el trabajo y la vida privada que me he sentido obligada a darle una oportunidad. Y Jacob es... —Arrugó la nariz otra vez y torció la boca como si estuviera a punto de estornudar—. Es guapo —soltó—. Y todas las mujeres del hospital se abanican cuando él aparece.

—¿Y tú no?

Se encogió de hombros.

—No sé. Supongo que no me siento cómoda con él. —Hizo una pausa como si tuviera que añadir algo. Pero ¿qué?

Hartford siempre parecía entregarse al cien por cien, pero era ella misma cuando estaba conmigo. En cambio, había sido testigo de la incomodidad que mostraba en el cóctel. Había supuesto que era la cantidad de gente que asistía lo que la había obligado a encerrarse en su caparazón, o tal vez la presión de tener que impresionar a Gerry. Una vez más, mi suposición había resultado ser incorrecta.

—No sé si soy la persona apropiada para aconsejarte en esto.

—Bueno. Las chicas dicen que no tienes citas. Que solo te acuestas con la Doña Martes por la Noche, sea quien sea. —Se encogió de hombros—. Supongo que no me iría mal practicar sexo. Aunque no estoy segura de que eso me vaya a hacer ganar puntos con Gerry.

Me irritaba que las novias de mis amigos hablaran sin cortarse de mi vida sexual. Ya había aprendido que, si intentaba decirles que no era de su incumbencia, perdía treinta minutos de mi vida escuchando cómo me sermoneaban sobre por qué tenía que mantener una relación.

—No deberían hablarte de mí. No lo entienden. Mi vida sexual no es asunto suyo. Es una elección personal. —Inspiré y traté de suavizar mi expresión. Había intentado mantener una relación y no había funcionado. En ese momento era feliz con mi vida tal y como estaba. ¿Qué les importaba a los demás lo que hiciera? No me parecía bien opinar sobre la vida de alguien si no estabas en su lugar.

—¿Una elección personal?

—Da igual. De todos modos, echar un polvo siempre es bueno. Es un excelente medio para relajar el estrés.

Se rio y me dio una patada en la pierna como si volviéramos a ser adolescentes.

—¿Tú crees que está bien que me acueste con alguien con quien me guste hablar después de hacerlo? No tengo ni idea. Me perdí un poco la parte de las relaciones. Me dediqué más a estudiar. No es que sea virgen ni nada por el estilo. Es solo que...

Intenté no sonreír. Cuando estaba conmigo, todo lo que Hartford pensaba salía de su boca. No tenía ningún filtro y podía decirse que se sentía casi demasiado cómoda. Comprender que yo era la excepción a la regla me hizo hinchar el pecho y noté que se me asentaba el estómago.

—Dime, ¿tú cómo eliges a las mujeres con las que te acuestas?

Gemí. No quería hablar de ese tema con ella.

—Haces que parezca que las busco en un catálogo.

—Pero ¿es solo físico? ¿No quieres hablar después de follar?

¿Cuándo habíamos empezado a hablar de mí? ¿No estábamos discutiendo sobre ella?

No esperó mi respuesta.

—¿Y las mujeres con las que estás tampoco quieren hablar?

—No insisto en el silencio, pero, ya sabes... —Nunca me había avergonzado de las relaciones sexuales que mantenía. Eran totalmente consensuadas, muy satisfactorias para las dos partes y no fingía estar interesado en algo más—. No pasamos tiempo juntos por las conversaciones que mantenemos.

Deslizó la mirada por mi cara, por mi cuello, por mi pecho, por mi cintura, por mi polla...

—Os gustáis por vuestros cuerpos. —Su voz era más ronca ahora. Como lo había sido cuando la había visto aparecer arreglada antes de la cena en casa de Gerry. La estancia que nos rodeaba desapareció, y en ese momento, no hubo nada más que nosotros dos—. Así que, os desnudáis y...

Dejé que mi mirada recorriera su cuerpo como única respuesta. Clavé la vista en sus labios separados, en la lengua que salía para humedecerlos; disfruté de la visión de esos pechos llenos que había apretado contra mi torso en el aeropuerto, hacía un par de semanas. Me gustaba su cintura esbelta, sus piernas. Lo que había entre ellas.

—Es solo físico —susurró.

—Exacto.

Nuestras miradas se cruzaron y no pude evitarlo, me eché hacia delante y besé la unión entre su cuello y su hombro una vez. Una vez no significaba nada, ¿verdad? Ni siquiera dos. Así que volví a besar su delicada piel.

Ladeó la cabeza para dejarme más espacio y la polla se me apretó contra la bragueta. Joder, ¿cuándo me había puesto tan nervioso con una mujer a la que apenas había tocado? El corazón me martilleaba contra las costillas y tenía que esforzarme por controlar la respiración como si acabara de ponerme ante un pelotón de fusilamiento. Le di otro beso en el cuello y aspiré su dulce aroma a canela. Sin alejarme de su mandíbula, apoyé la frente en la de ella y traté de sosegar mi pulso.

—Joshua... —Mi nombre le salió con un suspiro. Me deslizó la mano por el pecho, y gemí. Aunque sabía que debíamos parar, no quería hacerlo.

Quería que me tocara más. Por todo el cuerpo.

Nuestros labios casi se rozaban, y lo único que ansiaba era probarla. Solo una vez. Antes de que pudiera procesar lo que estaba sucediendo, ella abrió la boca y su aliento caliente rompió la barrera de mi autocontrol. Me apreté contra ella y la llené de besos suaves, calientes y húmedos. Abrió un poco más la boca y capturé su labio inferior entre los dientes para lamerlo con ternura, como si me hubiera sido negada durante demasiado tiempo.

Dios, ¿qué me estaba pasando?

Se le escapó un gemido, que rebotó en la raíz de mi polla.

En ese momento, sonó la puerta y Hartford pegó un brinco de tres metros en el aire como si la hubiera electrocutado.

Se llevó la mano a la boca.

—La llave.

Se apresuró a abrir la puerta principal mientras yo trataba de controlar mi erección. Joder. Eché la cabeza hacia atrás y la apoyé en el respaldo del sofá.

¡Mierda! ¿Qué acababa de hacer? No podía seguir besando a Hartford. Tal vez me había hecho cruzar la línea algún equivocado sentido de la propiedad o algo así. No esperaba que me anunciara sin más que había tenido una cita, y habíamos pasado mucho tiempo juntos... Había sido un maldito idiota.

Volvió a entrar en el salón.

—Ya tengo la llave y no voy a volver a sentarme en ese sofá —aseguró—. No... no... no es una buena ubicación.

Me reí a pesar de que me dolía un poco que estuviera tan claramente arrepentida de nuestro beso.

—¿He cruzado una línea? —pregunté.

—Hemos cruzado una línea muy importante, una que no debería cruzarse bajo ninguna circunstancia. Quiero decir... tú eres tú... Y yo soy....

Dios, estaba haciendo que pareciera que yo era tóxico. Pero tenía razón. Que surgiera algo entre nosotros solo iba a provocar problemas. Asentí.

—Ha sido un beso, Hartford. —*Mentiroso*, dije para mis adentros—. No es para tanto. Finjamos que no ha pasado.

Asintió con entusiasmo, algo que traté de ignorar mentalmente.

—Deberías salir con alguien —solté—. No puedes rendirte después de

solo una cita. —Si ella se buscaba un novio, no le quedaría tiempo que pasar conmigo. Y era otra buena razón para no volver a cruzar la línea. Sí, que Hartford se echara novio era una excelente idea. Cuanto más rápido, mejor—. Te ayudaré para que no te sientas incómoda. Elegiré tus citas. Te encontraré a alguien con quien quieras hablar y follar.

Frunció el ceño como si le hubiera propuesto una semana de castigo.

—Solo si yo puedo elegir las tuyas.

Me reí.

—¿Mis citas? ¿De qué estás hablando?

—Si yo tengo que salir con quien tú digas, no veo por qué tú no deberías hacerlo también.

¿Dónde iba a conocer al tipo de mujeres con las que yo solía salir? La respuesta era sencilla: en ningún sitio, porque no estaba interesado en salir con nadie. Pero podía pasar por el aro para que Hartford conociera a alguien interesante. De esa forma, el tirón que sentía en el estómago cuando la veía, y la forma en que mi corazón se aceleraba a veces cuando me tocaba, así como aquel zumbido en la base de mi polla cuando se reía, iban a desaparecer.

—Trato hecho —dije—. Te organizaré tres citas. Te entrenaré para cada una de ellas y, al final, será como si hubieras obtenido un máster en citas.

—¿Tres citas?

—Tendrás que besar algunas ranas.

Una sonrisa le curvó los labios.

—Pondremos unas reglas básicas.

—Tú dirás...

—Ninguna cita durará más de dos horas. Nada de sexo. Y la cuenta irá a medias.

—Sabes que no estamos hablando de una cita entre nosotros, ¿verdad?
—pregunté.

—Sí. Pero esperas que cambie y me obligas a salir de mi zona de confort. No veo por qué no deberías hacer lo mismo. ¿No te interesa ver si puedes hablar con una mujer durante dos horas?

Hacía diez años que no hablaba a solas durante dos horas con una mujer que no formara parte de mi círculo más cercano, a no ser que estuviera relacionada con los negocios. Hartford era la única excepción.

—Vamos —me animó ella—. Son solo seis horas de tu vida. Yo te

guiaré. —Me sonrió como si fuera ella quien me estuviera haciendo un favor y no al revés.

Me tendió la mano. Cuando las estrechamos para sellar el trato, me subió por el brazo un escalofrío que me confirmó que había tomado la decisión correcta. Solo tres citas, y Hartford iba a tener novio, y yo podía dejar de decirme a mí mismo eso de que ella no era mi tipo de una vez por todas.

OceanofPDF.com

11

HARTFORD

Una semana después de haber hecho el trato, era obvio que Joshua se había olvidado del beso. Esos días le seguí la corriente y volvimos a pasearnos por la zona de la amistad. Supuso un gran alivio. Así que cuando se ofreció a acompañarme a Borehamwood para echar un vistazo a un piso en alquiler que había encontrado por internet, me alegré mucho. Dejamos el coche en lo que parecía el aparcamiento de un *fish & chips*, y Joshua apagó el motor del vehículo y se echó hacia delante para ver a dónde nos dirigíamos. No era necesario que se pasara los fines de semana ayudándome a buscar piso, pero se había ofrecido y yo había aceptado. Sabía mucho más de Londres y de propiedades que yo. Además, tenía coche, lo que significaba que no tenía que preocuparme por esquivar las tormentas eléctricas que llevaban toda la mañana amenazando la ciudad.

—No sé si podemos aparcar aquí. —Rebusqué en el bolso, tratando de encontrar mi teléfono. Estaba segura de que la zona no tenía ese aspecto en la página web de la inmobiliaria.

—¿Y en qué crees que estaban pensando cuando plantaron esa P gigante y pintaron esas líneas blancas en el suelo? —preguntó Joshua.

Miré hacia arriba y, en efecto, vi una señal de aparcamiento.

—¿Piensas que este aparcamiento viene con el piso?

—Creo que el piso viene con el aroma a pescado y a patatas fritas.

—No te preocupes. —Señalé el letrero con la cabeza—. Ahí tienes limón partido para que no se te estropee el interior. —Le indiqué los limones que había colocado en el salpicadero de su coche y abrí la puerta—. Ven a ver cómo vive el resto del mundo, Joshua Luca. No todos podemos vivir en áticos en Park Lane. —Faltaban seis semanas para que dejara el piso contiguo al de Joshua, así que tenía que buscar un nuevo hogar. No tenía ni idea de cuánto iba a tardar en encontrar algo.

—Existe un término medio.

—No juzgues un libro por su portada. Puede que te guste cuando entremos.

Joshua se subió las gafas de sol a la cabeza y me lanzó una mirada de soslayo. No me iba a disuadir. El agente me había dicho que el piso era unos diez metros cuadrados más grande de lo que normalmente se podía conseguir con mi presupuesto, y que estaba a cinco minutos a pie de la estación, así que estaba deseando verlo por dentro.

Pulsé un timbre algo mugriento y, aunque no respondió nadie, se abrió la puerta. Joshua me indicó que entrara primero, y accedí a un pasillo con una moqueta de color verde. Tenía razón: definitivamente el olor a fritanga llegaba hasta allí. Esperaba que no fuera tan fuerte dentro del apartamento.

—Está en el segundo piso. —Empecé a subir las escaleras.

—¿Es un segundo sin ascensor?

—Exacto. —No era tan malo. Podía ser un cuarto.

La moqueta de la escalera estaba desgastada y manchada, pero estaba segura de que podía limpiarse a fondo. Un buen fregado iba a darle un poco de vida.

Al llegar a la cima del segundo tramo de escaleras, me encontré cara a cara con el agente.

—¿Jas? —pregunté.

—Hartford —saludó—. Me alegro de conocerte. Bienvenida a tu nuevo hogar. —Se hizo a un lado para que yo pudiera entrar.

—Qué bien... —dije, señalando el salón, donde había un pequeño espacio dedicado a la cocina en un extremo, con un fregadero, una vitrocerámica y una nevera. ¿Qué más se necesitaba en la cocina? En el otro extremo había espacio para un sofá de dos plazas y, en el centro, una pequeña mesa con dos sillas justo al lado de la ventana. Una ventaja que no esperaba; iba a tener desde el principio un lugar para comer y colocar el portátil.

—¿El *fish & chips* está justo debajo de nosotros? —preguntó Joshua.

—No —respondió Jas—. El dueño de ese local vive en el primero y la tienda está en la planta baja. Resultará muy práctico cuando vuelvas tarde a casa después de tener un turno en el hospital.

—Eso es justo lo que estaba pensando —respondí, lanzando una sonrisa a Joshua antes de pasar al dormitorio. Me di cuenta de que estaba horrorizado, aunque lo disimulaba bien—. Oh, sí. Es un lugar compacto pero muy práctico.

—Ni siquiera hay bañera en el cuarto de baño —alegó Joshua.

—No me importa. De todas formas siempre me ducho. Creo que es genial, Jas.

—¿Lo vais a alquilar los dos? —preguntó Jas.

No pude evitar reírme ante la idea de que Joshua Luca —*Mister Park Lane*— viviera encima de un *fish & chips* en Borehamwood.

—No, es para mí. Joshua ya tiene piso.

—Como te he dicho ya, tienes suerte de conseguir un apartamento con una habitación por ese precio. Dado tu presupuesto, normalmente solo podrías aspirar a un estudio.

—¿Cuál es tu presupuesto? —preguntó Joshua, con cara de confusión.

—No es cosa tuya —dije, dándome un golpecito en la nariz con el dedo—. Hay una buena vista. —Recorrí los tres pasos que llevaban hasta la ventana y miré hacia los tejados—. Y me gusta que no esté amueblado. Eso significa que puedo decorarlo a mi gusto. —Me volví para mirar la estancia—. Sí, me gusta mucho. ¿De cuánto tiempo dispongo para tomar una decisión?

—Aunque no esté disponible hasta dentro de cinco semanas, solo hasta el viernes. Como ya te he dicho, es una ganga. Así que, si estás interesada, tienes que hacérmelo saber cuanto antes.

Pasé un par de minutos yendo del dormitorio al salón y luego al baño, tratando de imaginarme en aquel espacio. Era muy diferente a una tienda de campaña en Yemen. Para empezar, era mi propio espacio privado. Podía cerrar la puerta y pasar tiempo a solas; un lujo que había olvidado que disfrutaba antes de volver a Londres. Joshua y yo teníamos ideas muy diferentes de lo que era la comodidad. Desde mi punto de vista, ese piso era todo lo que necesitaba.

Lo único que le faltaba era tener a Joshua al lado. Era agradable tenerlo tan cerca, a pesar de que mi campo de fuerza seguía recibiendo golpes y había sufrido una grave avería cuando nos besamos. Cuando me mudara, no íbamos a tener motivos para seguir viéndonos. No habíamos sido amigos antes de que me fuera a Yemen y, como él había dicho, tenía una vida muy ocupada y plena. Dudaba que yo fuera a ocupar un lugar en ella una vez que me mantuviera alejada de su entorno más cercano. Aunque sabía que era lo mejor, dado mi tambaleante campo de fuerza, la idea me revolvía el estómago cada vez que parpadeaba en mi cerebro.

Nos despedimos de Jas y prometí que lo llamaría al final del día.

—Bueno, no nos ha llevado mucho tiempo —comentó Joshua mientras volvíamos al coche.

—Es un piso de cincuenta metros cuadrados. ¿Cuánto tiempo querías pasar allí?

Se rio, y ese maldito hoyuelo apareció de la nada para provocarme una oleada de Dios sabía qué entre los muslos.

—No lo entiendo, Hartford. Estamos en medio de la nada; es decir, ¿crees que esto sigue siendo Londres? Y es muy pequeño. Vamos, que no es grande. Tienes dinero. Eres pediatra, por el amor de Dios.

—Claro, pero no quiero gastarme todo el sueldo en un lugar solo por gusto. He pasado el último año en una cama plegable. Este apartamento me basta. —Me gustaba ahorrar. Nunca se sabía cuándo podías tener un traspies en el camino. Había aprendido esa lección por las malas.

—Pero seguro que puedes permitirte un sitio donde la cama no esté pegada a la pared y no tengas que pasarte la vida oliendo a pescado y patatas fritas.

—¿Crees que es peor que el olor de Yemen? —Lo preguntaba muy en serio. No quería desanimar a mis pacientes llegando al trabajo con un aroma desagradable.

—Creo que te piden por mucho por ese piso.

Tal vez podía comprarme una buena colonia, o algo así. Y, de todos modos, el olor probablemente habría desaparecido cuando llegara al hospital.

—Voy a pensarlo. Es una buena opción.

—Gracias a Dios que te estoy organizando las citas para antes de que te mudes. El olor a pescado frito puede ser un motivo de rechazo.

Me reí.

—No seas tan esnob. Si es el hombre adecuado, me querrá, con o sin olor a fritanga. —No estaba segura de eso, pero el piso quedaba dos plantas más arriba de la cocina del bar. El olor no podía llegar con tanta facilidad, ¿verdad?

—Qué ridiculez —alegó—. Y hablando de tu vida de pareja, ya he elegido tu primera cita con vistas al amor.

Fue como si alguien me hubiera dejado inesperadamente en un andén abarrotado, y tuve que tomarme un segundo para recuperar el equilibrio.

Está siendo amable. Está tratando de ayudarme a impresionar a Gerry.

Tal vez incluso encontrara a alguien de quien enamorarme.

—Se llama Tom. Y es fotógrafo.

Gemí.

—Dime que no está acostumbrado a vivir rodeado de chicas como Kendall Jenner o Gisele todo el día.

Me dedicó una sonrisa.

—No. Hace fotos de comida. ¿Ves?, es algo con futuro. A ti te gustan las tartas. A él le gusta hacerles fotos. Sois una pareja hecha en el cielo de los dulces.

—¿De qué lo conoces?

—Es el hermano de mi asistente.

Era una conexión muy forzada. ¿Había puesto un cartel en el trabajo o algo así? «*Se busca hombre soltero para una cita de dos horas, sin sexo, con una doctora desaliñada que al menos ya no tiene una sola ceja*».

—Pero ¿lo conoces?

—Insistí en ver una fotografía. Parece un buen tipo. No vive con su madre ni, por lo que veo, tortura animales en su tiempo libre. Habéis quedado este viernes a las siete y media en Liliana's.

Era evidente que estaba encantado. Pero no había manera de conseguir que ni una sola célula de mi cuerpo se entusiasmara. No tenía fuerzas para entablar una conversación trivial con un desconocido.

—¿Este viernes?

—Sí, este viernes. Dime, ¿a quién has elegido para mí?

—¿Vamos a tener una cita doble? —Ese pensamiento en particular era horrible. Ser amiga de Joshua estaba bien. Incluso me parecía agradable. Pero eso no significaba que no pensara que estaba bueno. No significaba que no esperara en secreto que aquel ocasional coqueteo o su sonrisa fueran intencionados. No quería que mis deficiencias estuvieran en su punto de mira mientras lo veía coquetear y encandilar intencionadamente a la mujer que estuviera sentada a mi lado.

—No, es decir, podemos hacerlo si quieres. —Se encogió de hombros —. Puede ser divertido. Al menos, si tú estás presente, no me aburriré.

—Bueno, me alegro de no aburrirte, pero la mujer que te he preparado no está disponible el viernes. Por desgracia para ti, tendrás que pasar la velada sin mí.

Nos detuvimos en un semáforo, y me sostuvo la mirada con una sonrisa.

—Vale, entonces, dime, ¿quién es esa mujer?

En realidad, aún no había dado con la cita perfecta para él. Pero iba a hacerlo. Solo tenía que conseguirlo antes domingo.

—No te voy a adelantar nada. Pero más vale que seas amable con ella. Y nada de enseñarle tu cosita, me lo has prometido.

—¿Crees que soy un exhibicionista o qué?

—¿Quién sabe, Joshua? Mi hermano y tú siempre habéis jugado a bajaros los calzoncillos.

—Estábamos en la piscina infantil. Y teníamos, ¿qué?, ¿once años?

—Cuando te conviertes en un nudista, lo eres siempre.

—No me parece bien que te burles de mí como si fuera un delincuente sexual, Hartford. —Joshua frunció el ceño, fingiendo una actitud de dolorosa seriedad.

Solté una carcajada y él pareció contagiarse, ya que también se echó a reír.

—Retiro lo dicho. Estoy convencida de que guardas tu cosita para enseñarla en privado. Pero nada de sexo. Es una regla, Joshua Luca. Veamos si eres capaz de cumplirla.

Quizá solo nos quedaran un par de meses más de amistad, pero iba a disfrutarla mientras durara.

12

JOSHUA

Me había pasado toda la semana revisando el lanzamiento de Luca Brands para Calmation. Era bueno, pero faltaba algo. Tal vez fuera porque estaba acostumbrado a los productos de lujo, pero echaba de menos una chispa de originalidad en el enfoque, y eso me preocupaba. No solo quería que la campaña de Calmation fuera fantástica por el bien de Luca Brands, sino también porque quería que llegara al mayor número de padres posible. Cuantas más personas la vieran, más niños podían recibir ayuda.

Me recosté en la silla del comedor y miré el *skyline* de la ciudad por encima del portátil, tratando de inspirarme. El equipo había estudiado todo lo que ocurría en el mercado de los medicamentos infantiles sin receta y, básicamente, había dado a Merdon más de lo que ya existía. Yo quería algo diferente. Algo mejor. Algo que demostrara que debían elegirnos porque nuestra experiencia la habíamos adquirido con marcas de lujo, y no a pesar de eso.

Ni siquiera la larga sesión en la bañera de esa noche me había ayudado a avanzar. Y eso no podía tener nada que ver con que Hartford no hubiera llegado a casa después de la cita con Tom. Su tardanza me molestaba. Y me irritaba que me molestara. Ya casi pasaba una hora de las dos horas establecidas.

¿Por qué me importaba tanto si se atenía o no a las reglas?

Me decía a mí mismo que era porque quería su consejo sobre la propuesta para el lanzamiento de Merdon, lo cual era cierto. Y quería ver cómo le había ido con Tom porque era su amigo, ¿no?

Después de todo, se suponía que yo le iba a concertar las citas. Lo había prometido.

Antes de irse, se había probado tres atuendos y me había hecho una demostración de cómo le quedaba cada uno de ellos de pie, andando y sentada para que yo pudiera dar mi opinión. Todos le quedaban bien. Pero el top azul pálido era el que mejor iba con su tono de piel, y el escote mostraba la cantidad justa de carne sin pasarse.

Así que le había sugerido que se pusiera el verde.

Y eso era lo que más me molestaba. ¿Por qué no quería que tuviera el mejor aspecto posible para Tom? Sí, la encontraba atractiva. Sí, mi cuerpo sufría algún tipo de reacción visceral cada vez que ella estaba demasiado cerca. ¿Y qué decir del beso? Había sido espectacular. Pero nada de eso cambiaba el hecho de que yo no era un hombre que saliera en serio con nadie. Y Hartford se merecía algo mejor.

La llamada en la puerta me arrancó de aquellos pensamientos. Necesitaba tener la mente ocupada con otras cosas. Y tenía que llamar a Kelly. No la había visto desde hacía semanas. Había estado ocupado y tampoco había sentido necesidad de llamarla.

Abrí la puerta y me encontré con una Hartford sonriente. No había oído subir el ascensor.

—¿Tienes algo dulce para tomar mientras me interrogas? —me preguntó, sonriendo.

Dios, era preciosa...

—¿Es eso lo que crees que voy a hacer? ¿Interrogarte?

—Por supuesto que vas a interrogarme.

Eso era lo que me gustaba de Hartford. La mayoría de las demás mujeres se habrían disculpado por molestarme o me habrían preguntado si podíamos dejarlo para más tarde. Ella entraba en mi vida sin pedir perdón, y me parecía refrescante.

Preparé dos expresos y deslicé uno hacia ella por la encimera.

—Tengo una sorpresa —dije, sacando la caja que me habían entregado antes.

Una sonrisa le inundó el rostro, y traté de ignorar la sensación de estar orgulloso por haberle dado una alegría.

—¿De Dragonfly Bakery? ¿En serio? He oído hablar de este lugar. Se supone que es el mejor de Londres. ¿Y los has comprado para mí?

—Sí, pero te advierto de que tengo un motivo oculto. —Sabía que aquellos pastelitos le iban a encantar. Era un ataque a su corazón a través del estómago en toda regla, y me habían asegurado que eran lo mejor que se podía conseguir—. Quiero hacerte algunas preguntas a título profesional, información a cambio de dulces.

—Perfecto. Dios, tienen un aspecto increíble. Y, mira, parecen galletas de chocolate. Y los de crema de mantequilla... ¿Y eso son violetas de

azúcar? —Cogió uno de los adornos púrpura con forma de piedra y se lo metió en la boca—. Oh, madre mía, cuanto tiempo hacía que no tomaba algo así.

Parecía feliz. De repente, me di cuenta de que podía haber sido la cita con Tom lo que la había puesto de buen humor.

—Voy a tener que comérmelo todo —dijo, mirando con adoración la bandeja—. Es lo más bonito que he visto nunca. —Clavó la vista en mí, y sus ojos de color azul pálido me atrajeron como una piscina en Tahití sacada de las páginas de *Condé Nast Traveler*. Sí, sin duda tenía que llamar a Kelly.

Cogió un cubierto y se puso a repartirlos.

La observé mientras los seleccionaba cuidadosamente y los servía en platos con tenedores de postre.

—Toma. —Me ofreció un plato—. Si tratas a Mavis así, vas a hacer que se declare antes de que termine la noche.

Miré cómo se metía en la boca un bocado de pastel y se quedaba quieta, cerrando los ojos como si estuviera bloqueando el mundo para poder concentrarse en saborear los matices.

Y entonces mi cerebro se dio cuenta de lo que había dicho.

—¿Mavis? ¿Quién es Mavis? —Rodeé la isla y tomé asiento junto a ella. Nuestros taburetes estaban girados en ángulo de tal manera que quedábamos casi frente a frente.

Abrió un ojo y luego el otro.

—Tu cita del domingo por la noche.

—¿Voy a salir con una mujer llamada Mavis?

—Joshua, ¿te ha dicho alguien que no debes juzgar un libro por su portada o a una mujer por su nombre? Me pusieron el nombre del pueblo de Connecticut donde mis padres se acostaron. Es decir, si la gente me juzgara por mi nombre... —Interrumpió la frase para darle un segundo bocado al pastelito.

Me daba igual Mavis. Me daba igual quién fuera, solo iban a ser dos horas. Estaba bastante seguro de que podía pasar ciento veinte minutos casi con cualquiera. Estaba más interesado en Hartford. Y en su cita con Tom. Y, por supuesto, en el lanzamiento de Merdon.

—Dime, ¿qué tal la cita con Tom?

Movió la cabeza hacia un lado. Y luego hacia el otro.

—Bien.

¿Ya está? Se había pasado casi una hora de nuestro límite de tiempo acordado. Eso tenía que significar que había sido una buena cita. ¿Qué era lo que no quería decirme?

—¿Qué significa «bien»?

—Que ha sido agradable. No he tenido ganas de arrancarle la ropa, pero ha sido una forma amena de pasar la noche.

Intenté alejar el recuerdo de lo que supuso sentir su mano en mi pecho justo antes de besarnos. ¿Había querido arrancarme la ropa?

—Pero has tardado más de dos horas.

—Estuve charlando con el tipo que estaba detrás de la barra. Me habló de un banco de alimentos que hay a la vuelta de la esquina. Creo que me pasaré por allí esta semana.

—¿Vas a ir a un banco de alimentos? —Primero, el espantoso piso de Borehamwood, y ahora visitaba un banco de alimentos. ¿Sería adicta al *crack* sin que yo lo supiera?

—Sí, tal vez me ofrezca como voluntaria. Iré para ampliar mis horizontes e impresionar a mi jefe. Me imagino que el voluntariado es un punto intermedio entre perder el día en el *spa* y pasar el tiempo en el hospital.

Empezaba a darme cuenta de que a Hartford le gustaba estar ocupada. Pero ella lo llevaba al extremo.

—Supongo que sí.

—Lo bueno de ese lugar es que no tienes que comprometerte todas las semanas el mismo tiempo, como en la mayoría de los sitios. Puedo ser voluntaria en función de los turnos, lo que supone una gran ventaja.

—Eres buena persona, Hartford. —No me cabía duda alguna: siendo objetivo, cualquier extraño que viera cómo pasaba el tiempo diría lo mismo. Y eso me servía de inspiración para mejorar la campaña de Calmation.

—Gracias. Tú también eres una buena persona.

¿Lo era? Enviaba cheques a organizaciones benéficas, pero no recordaba cuándo había sido la última vez que había hecho algo altruista, aparte de ayudar a mis amigos, lo que no contaba exactamente. Pero no había duda de que Hartford era buena. E inteligente. Y hermosa.

—Intento serlo. En realidad, estás siendo una buena influencia,.

Enderezó la espalda.

—¿En serio?

Asentí.

—Sí, uno de mis clientes ha comprado una empresa farmacéutica y quiere que haga el lanzamiento.

—¿Una empresa farmacéutica? —Parecía preocupada, como si le hubiera dicho que iba a luchar contra caimanes.

—Sí, y en lugar de cabrearme por tener que estudiar un campo diferente al de las marcas de lujo, lo estoy disfrutando mucho. Es refrescante intentar ayudar a la gente. Es vigorizante.

—Las grandes farmacéuticas no tienen fama de ser altruistas —aseguró, frunciendo el ceño.

—¿Verdad? Eso es lo que yo pensaba. Pero la empresa que quiero promocionar trata de hacer que los medicamentos sean más asequibles para la gente que los necesita.

El ceño fruncido parecía haberse quedado grabado en su frente.

—¿A qué empresa farmacéutica vas a representar?

Hice un gesto de negación.

—Es totalmente confidencial, pero son los buenos. Y me encanta estar de su lado.

Su ceño se transformó en una tímida sonrisa y tomó otro mordisco del pastelito. La observé mientras masticaba y tragaba.

—Me gusta ser una buena influencia para ti. —Su voz se había suavizado, y me recordó el susurro que había hecho que la besara.

Sacudí la cabeza, tratando de volver a concentrarme.

—¿Puedo ocupar un poco de tu tiempo libre y preguntarte sobre niños que toman medicamentos?

—¿Qué necesitas saber?

—Como pediatra, estarás de acuerdo en que los medicamentos deben administrarse con receta. ¿Es complicado conseguir que los niños los tomen? ¿Qué pasa si se niegan?

Una sonrisa se extendió por su rostro como si yo acabara de hacerle el mayor de los cumplidos.

—Puede ser difícil. Obviamente, depende mucho de la edad. Si son lo suficientemente mayores, lo mejor es hablar con ellos y decirles para qué sirve el medicamento y explicarles que los hará mejorar. Pero a veces eso no funciona o son demasiado pequeños. En ese caso, los medicamentos

pueden mezclarse con la comida o la bebida y disimularse.

—¿Eso tiene efectos sobre la eficacia del medicamento? —pregunté. La idea que había tenido era cambiar la forma actual del fármaco para que pasara de ser una píldora a un caramelo, una especie de gominola o algo así. El medicamento estaba ahí para ayudar a los niños, y debían sentirse bien al tomarlo.

—Depende del principio activo. —Hizo una pausa y cogió otro pastelito—. Tendrías que hablar con tu cliente. ¿Qué tipo de medicina es? —No tuve la oportunidad de responder antes de que pusiera los ojos en blanco—. Supongo que no puedes decírmelo.

—Lo siento.

—No creo que las empresas farmacéuticas deban tener marcas y marketing —dijo—. El gobierno debería prohibirlo. Los medicamentos son para curar.

—Supongo que tienes razón, pero al menos esta empresa está tratando de hacer algo bueno con el medicamento que vamos a presentar —repetí, convencido—. No es la típica farmacéutica.

Puso los ojos en blanco.

—Espero que no.

Eric nos había enviado una tonelada de información sobre Merdon y sobre Calmation. Lo que estaban haciendo era impresionante. Luca Brands estaba un paso más cerca de ayudar a niños y padres. Hablar con Hartford confirmaba mi sospecha de que mi tarea era hacer que el fármaco fuera atractivo para los niños y, por extensión, para los padres, que ya no iban a tener que luchar para conseguir el medicamento. Esa podía ser la chispa que necesitábamos para que Eric se diera cuenta de que Luca Brands era capaz de manejar la cuenta de Merdon.

El teléfono de Hartford sonó encima de la isla, cerca de nosotros.

—Es Tom —dijo, con los ojos brillantes. Estaba emocionada por saber de él. Y eso era bueno, ¿no? Tenía que ignorar que se me revolvieran las tripas.

Leyó el texto y se rio.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Dice: *«Me encantaría volver a verte. Tal vez podamos compartir algún dulce pronto»*.

—Bueno, ya sabe cómo impresionarte.

—¿Qué le digo? —preguntó ella—. No establecimos las bases del trato más allá de las primeras citas.

—No se trata solo de nuestro trato. Se trata de que tú amplíes tu círculo social. Si te gusta ese tipo, dile que sí.

Nuestras miradas se cruzaron y, por un segundo, quise decirle que enviara un mensaje diciendo que no estaba interesada. Ansié estrecharla entre mis brazos y besarla una y otra vez.

Por lo que una segunda cita era una excelente idea.

—No sé si me gusta. Quiero decir, sí, ha sido bastante divertido, solo que no soy demasiado sociable, ¿sabes?

—No, no lo sé. Has hecho amistad con los de recepción del edificio, con un tipo que trabaja en un banco de alimentos. Atraes a todo tipo de gente. ¿Es a Tom a quien quieres atraer? —No había elegido a Tom con ninguna intención concreta. Me había puesto como misión encontrar una cita para Hartford, y el hermano de mi asistente estaba disponible. Sin embargo, al hablar de ello me pregunté con qué tipo de hombre podía ser feliz Hartford. Probablemente con alguien que hiciera muchas cosas altruistas. Alguien que trabajara para Greenpeace, u otro médico, tal vez. Incluso aunque quisiera mantener una relación con alguien, cosa que no hacía, Hartford debería estar con alguien más adecuado para ella.

—Ha pasado mucho tiempo. ¿Y si quiere besarme? ¿O acostarse conmigo?

—No hagas nada que no quieras hacer.

—Tú besas muy bien —dijo; sus ojos bajaron a mis labios y luego volvieron a subir.

Tensé la mandíbula y traté de alejar mentalmente imágenes en las que la abrazaba, en las que la besaba e inhalaba su dulce aroma. Cada vez que pensaba que había creado más espacio entre nosotros, ella decía algo parecido.

—¿Qué puedo decir? Me gusta poner el listón alto.

—Que no se te ocurra usar tu hoyuelo conmigo. Ya sabes lo que me hace sentir.

¿Mi hoyuelo?

—No, no lo sé, pero me gustaría saberlo.

El tenedor cayó al plato con estrépito y se bajó del taburete para colocarse delante de mí. ¿Era eso una invitación?

—Dios mío, Joshua. No me extraña que las mujeres te adoren. Todo lo que dices sugiere sexo caliente y sudoroso.

Me reí.

—¿En serio?

Fue hacia la puerta sin responderme.

—Voy a tener que irme ya. Si me quedo cinco segundos más, voy a frotarme contra tu pierna mientras trato de besarte.

Observé cómo me hacía uno de sus exagerados gestos de despedida y se marchaba.

Agradecí que se hubiera ido porque me habría gustado que se quedara.

OceanofPDF.com

13

JOSHUA

No conocía aquel restaurante en Covent Garden. Lo había escogido Hartford, aunque no parecía un lugar que hubiera elegido para ir ella misma. Era moderno e industrial, con pilares y tuberías vistas que cruzaban el techo, sillas de metal y suelo de hormigón. Me daba la impresión de que Hartford iba a estar más cómoda en un restaurante con vigas de roble, piedra vista y una chimenea. Dado que mi cita era la modelo con la que Hollie había intentado emparejarme, sin duda Hartford había elegido el restaurante por recomendación de una de las chicas. Era como si todos estuvieran conspirando para que me enamorara.

Algo que no iba a suceder.

Leí el menú y elegí con rapidez para poder concentrarme en mi cita. Y luego saqué el teléfono.

Más vale que la comida sea buena o, como castigo, te traeré a comer aquí.

Y envié el mensaje a Hartford.

Mi teléfono zumbó rápido como un rayo.

Toda la comida es buena. Pero estoy aquí sentada esperando que no esté a la altura de tus estándares habituales para que me invites a comer.

Una respuesta típica de ella. Sin filtro, pero vagamente sabia. Dados los lugares en los que había trabajado, imaginé que estaba acostumbrada a ver gente que habría pensado que comer en un restaurante estaba a un paso del cielo. Su visión del mundo me obligaba a ver todo y a todos bajo una nueva luz. Me parecía inquietante. Inquietante e incómodo.

Pero, por alguna razón, no me importaba.

Disfrutaba escuchando sus opiniones. Disfrutaba mucho.

Cuando vi que se acercaba a mí una rubia alta y muy delgada, supe que debía ser Natalie, o Mavis, como la había apodado Hartford. Me puse de pie y sonreí. Luego rebajé la intensidad de la sonrisa, consciente de mi hoyuelo.

—Encantado de conocerte. Soy Joshua y... eres guapísima.

Bajó la vista al suelo y me miró con los ojos entrecerrados.

—Gracias. —Era una modelo con todos los atributos que cabía esperar: piernas largas, piel clara, ojos grandes y un mohín que sabía utilizar. Me

recordaba un poco a Kelly, pero con el pelo rubio platino—. Este lugar parece agradable. No había estado antes.

Ambos nos sentamos y mantuvimos una breve charla. Después de pedir las bebidas y la cena, encontramos como punto en común a un par de fotógrafos con los que ambos habíamos trabajado: ella frente a la cámara y yo para las campañas.

—Es un mundo pequeño —comentó.

—Parece imposible en Londres. Nadie piensa que sea factible cruzarse a menudo en una ciudad de casi nueve millones de habitantes.

—Tengo que admitir que he oído cosas sobre ti. Creo que has salido con un par de amigas mías.

Estábamos en una encrucijada; la noche podía ir en cualquier dirección. O me interrogaba sobre mis relaciones con sus amigas o no.

—Londres es más un pueblo que una ciudad —respondí—. Parece que tienes información privilegiada. Eso me deja un poco... —le sostuve la mirada durante un par de segundos antes de que apartara la vista— en desventaja. ¿Qué debería saber de ti para equilibrar la balanza?

Su sonrisa le quitó diez años de encima.

—¿Te refieres a qué dirían mis ex de mí?

No iba a hacer esa pregunta, pero si me estaba ofreciendo la respuesta, no iba a decir que no. Me recliné de nuevo en la silla, esperando que se explayara.

—Supongo que depende de a quién le preguntes. —Hizo una pausa y arqueó las cejas—. La mayoría de ellos eran unos completos imbéciles. — Su tono se endureció y frunció los labios.

Vaya.

Tal vez en el menú había algo que pudiera tapar la caja de Pandora que acababa de abrir.

—Entonces, ¿podrías decirme lo que tus mejores amigos dirían de ti? — No pude evitar preguntarme qué decía Hartford de mí.

Natalie pareció suavizarse ante mi pregunta y la sonrisa volvió aparecer.

—Dirían que soy guapa, como es evidente. Y algunas cosas más. Y siempre sé dónde están las mejores rebajas. Soy siempre la primera en la cola.

De todos esos atributos, el que sonaba más interesante era el segundo.

—¿Qué más cosas?

—Oh, ya sabes, siempre soy la que pierde el zapato en una fiesta. Supongo que soy un poco salvaje.

Mmm.

—¿Qué tipo de cosas salvajes te gusta hacer?

—Ir a fiestas. Viajar. Nadar en el mar desnuda. Una fiesta en un yate incluye todo lo que me gusta de la vida. ¿Te gustan los yates?

Ya había conocido a chicas como Natalie. Eran agradables para pasar una noche, pero difíciles de recordar con detalle dos días después.

—Suenas divertido. He ido en yate alguna vez.

—Superdivertido, ¿no te parece?

No recordaba haberlo pasado mal en un yate, pero tampoco podía recordar nada que lo hubiera convertido en un momento único.

—Claro.

—¿Me disculpas mientras voy al baño? —Fue al cuarto de baño y yo saqué el teléfono.

No había mensajes. Le envié uno a Hartford.

¿Qué estás haciendo?

Las dos horas no han terminado. ¿Por qué no hablas con tu cita?

Sonreí.

Está haciendo pis. ¿Tienes pastelitos para nuestra reunión?

¿Qué iba a decirle sobre Natalie? Era bastante agradable. Pero esa noche parecía un poco inútil. No, tenía que dejar de pensar así. Estaba ahí porque así podría tomar distancia con Hartford. Lo cual era bueno para mí. Y significaba que Hartford aceptaba salir con otros, lo que era bueno para ella. Bueno para su carrera. Así podía desaparecer de mi vida tan rápido como había entrado en ella y yo podía volver a la normalidad.

Respondió con un mensaje.

Tengo algo mejor que pastelitos.

En mi cerebro apareció la imagen de Hartford de pie junto a la ventana, frente a Londres, desnuda, mirándome por encima del hombro.

Mierda.

No se trataba de eso, seguro. Conociendo a Hartford, probablemente había querido decir que tenía dos clases de dulces.

Eso es discutible.

Observé cómo Natalie volvía a la mesa de la forma en que solo pueden hacerlo las mujeres muy altas y con poderío.

—Los retretes son geniales. —Se sentó de nuevo—. Deberías ir a

verlos.

Asentí, tratando de pensar en algo ingenioso o divertido que decir en respuesta a los comentarios sobre los lavabos del restaurante.

Llegaron los platos y nos quedamos en silencio mientras comíamos. Salvo que Natalie no comió. Apenas picoteó el plato. Había pedido salmón sobre berros, pero, salvo unas cuantas hojas de berros, solo removía los ingredientes por el plato.

—¿No tienes hambre?

—Mañana tengo una sesión. No quiero sentirme hinchada.

—Bien. —Debimos haber ido a tomar una copa en lugar de a cenar. El teléfono vibró contra mi muslo y quise ver lo que Hartford había puesto. Me resistí. Había aceptado la cita para crear distancia, no para encontrar algo de lo que hablar con Hartford ni una excusa para pasar más tiempo con ella.

—Así que conoces a Hollie, ¿no? —pregunté, buscando algo que decir.

—Sí. Es muy agradable. Sus joyas son absolutamente preciosas. Me gusta coleccionar piezas, pero además sé hacer que una cosa destaque. ¿Sabes?

Asentí mientras masticaba el filete.

—Algunas modelos no saben llevar joyas, pero yo creo que tengo buen ojo para ello. De hecho, me gustaría diseñarlas algún día.

—Es interesante —respondí—. Estoy seguro de que Hollie estará encantada de hablar contigo al respecto.

—Estoy muy ocupada en este momento. Quiero crear una marca lo suficientemente grande como para resultar atractiva; tal vez consiga algún tipo de acuerdo con Tiffany's o algo así.

Sonaba ambiciosa. Pero la ambición era buena.

—Solo quiero que el mundo sea más bonito. Algunos de los diseños que se ven son terriblemente feos. Quiero recuperar lo hermoso. —Sonrió—. Eso me gusta. Recuperar lo hermoso. Como traer de regreso lo sexy, pero..., ya sabes, lo hermoso. Solo tengo eso en la mente. Todo el tiempo. Estoy llena de ideas. Soy muy creativa.

Tragué otro bocado y dejé el cuchillo y el tenedor. Hasta ahí había llegado. Se suponía que Natalie debía servirme para distraerme de Hartford, pero, allí sentado, solo podía pensar en volver a casa para compartir pastelitos con mi vecina de al lado.

OceanofPDF.com

14

HARTFORD

Había celebrado mi sexta semana en Londres haciendo una tarta.

No solo había metido el bizcocho en el horno en condiciones óptimas, además había subido como debía, y la crema de mantequilla con la que había adornado la tarta tenía la consistencia perfecta; parecía comestible y todo. Había tenido que llamar a Stella dos veces para comprobar algunas cosas, pero ella no me había supervisado. Lo había hecho sola.

Cuando di un paso atrás para admirar mi creación en la encimera, tuve que admitir que me había superado a mí misma. Joshua se iba a quedar impresionado.

Si llegaba a verlo. Había buscado una foto de la chica con la que iba a salir esa noche y, sinceramente, no podía culparlo si rompía la regla de nada de sexo. Era una chica muy guapa Alta, delgada y de aspecto romántico. Toda una *top model*.

Pero yo había hecho una tarta perfecta.

Un golpecito en la puerta me hizo pegar un salto y no pude contener la sonrisa. Tenía que ser Joshua, ¿verdad? Nadie más iba a llamar a mi puerta a las... Miré la hora. Ay, solo eran las ocho y cuarenta y cinco. La cita era hasta las nueve y media.

—¿Quién es? —grité.

—Será mejor que tengas hambre —respondió Joshua.

Abrí la puerta de golpe.

—Sabía que no ibas a aguantar dos horas hablando con una mujer durante la cena.

Gimió y me empujó, luego se detuvo cuando vio lo que había en la cocina.

—Buen trabajo —aprobo, y estuve segura de que había crecido un centímetro.

—Tiene tres capas de bizcocho —presumí—. Los adornos de fuera están pegados a la crema de mantequilla

—Precioso —insistió, estudiando el dulce más de cerca—. ¿De qué es

el relleno?

Arrugué la nariz. Iba a estallar; me sentía superemocionada de que lo viera.

—Nunca adivinarás.

Me miró como si fuera *miss* Marple, y acabara de descubrir a un asesino.

—Pásame un cuchillo.

Me acerqué al cajón de los cubiertos.

—Oye, me tienes que explicar por qué estás aquí tan temprano. La cita duraba dos horas.

—Créeme, me han parecido tres. Necesito probar esto.

Era un intercambio justo.

Le entregué el cuchillo.

—Espera, no lo cortes todavía. Déjame coger primero los platos y los tenedores. —Me apresuré a colocarlo todo—. Bien, ya —le di permiso finalmente.

Joshua me miró, y negó con la cabeza como si yo hubiera perdido el rumbo.

—¿Sabes? Me has creado un montón de expectativas, y ahora me espero algo muy especial.

No tenía ni idea de lo que estaba a punto de descubrir. De hecho, era mucho más que solo especial.

Hundió el cuchillo en el bizcocho, y sonó un clic cuando llegó a lo que se escondía dentro.

—¿Qué tenemos aquí? —Sacó el cuchillo y midió una cuña antes de hundirlo de nuevo—. Bueno, ya te aviso, como me encuentre algo vivo, te demandaré por angustia emocional.

—Eres un gallina. Espabila.

Deslizó la parte plana del cuchillo bajo de la rebanada, la separó del resto de la tarta y reveló lo mejor que había visto en mi vida.

—Vaya... —comentó mientras los bombones recubiertos de caramelo brotaban del centro del bizcocho y caían sobre el plato.

—¡Mini Eggs! Las últimas bolsas que quedaban de huevos de Pascua cubiertos de caramelo estaban de oferta en el supermercado.

—Qué guay —dijo.

—¿Verdad? Lo vi hacer en un programa de televisión y busqué la

receta. ¿No estás impresionado?

Se rio.

—Mucho. Espero que sepa tan bien como parece.

—Estoy mejorando mucho en la cocina gracias a Stella. Estoy segura de que al menos es comestible.

Joshua cortó otra porción y llevamos los platos al sofá.

—Bien, ahora háblame sobre Natalie —lo animé—. Hollie me dijo que era tu tipo. —Hermosa y sorprendente en la cama, sin duda.

—Está bueno —dijo, con la boca llena. Señaló lo que quedaba con el tenedor.

Tragué el primer bocado.

—Muy bueno. —La crema de mantequilla y los Mini Eggs elevaban aquel bizcocho al «nivel dios»—. Pero quiero que me hables de la cita.

—Natalie es bastante agradable.

—Entiendo, pero no es la mujer con la que querías sentar cabeza.

Suspiró y dejó el plato.

—Exacto.

—Me imagino que no quieres cambiar tanto. Tirarse a *top models* y vivir en una especie de hotel es una rutina bastante sólida.

—No me acuesto con *top models*. —Hizo una pausa—. Al menos, no lo hago desde hace tiempo.

Me reí.

—Bueno, no tienes que pasar por las otras dos citas si no quieres. Me has dado la razón: no puedes mantener una conversación con una mujer durante dos horas.

—No es cierto —protestó—. Tú eres una mujer. Y puedo hablar contigo durante dos horas.

Me dio un vuelco el corazón y noté mariposas en el estómago al pensar que yo era algo inusual, algo especial para Joshua. Tenía que controlarme. Él había sido muy claro al decir que no me deseaba. Sí, nos habíamos besado, pero había sido una pérdida de control momentánea. Habíamos pasado demasiado tiempo juntos. Mi campo de fuerza protector no había funcionado y él había actuado por instinto o algo así. Porque yo tenía vagina y él era un hombre.

Cogí un Mini Egg de los que tenía en el plato.

—Ya, pero yo no cuento. Te conozco desde...

Nos interrumpió el zumbido del teléfono de Joshua. Miró la pantalla.

—Es Natalie. Será mejor que conteste.

Me encogí de hombros.

—Enséñame cómo se hace, campeón.

Deslizó los dedos por la pantalla y negó con la cabeza al ver el mensaje.

No parecía impresionado.

—¿Te ha insultado? ¿Has sido grosero con ella?

Se echó a reír.

—Yo no lo consideraría un insulto. Y no, no fui grosero.

—¿Qué te ha dicho?

Me miró como si estuviera decidiendo cómo responderme.

—No me ha dicho nada concreto. Ha elegido comunicarse a través de imágenes.

Me senté con la espalda recta.

—¿De verdad? ¿Te ha mandado fotos desnuda?

Volvió a reírse y asintió.

Qué típico que una mujer que acababa de conocer le enviara fotos desnuda. Pero ese era el efecto que Joshua Luca tenía en las mujeres.

—¿Qué partes? —Me estiré para tratar de ver la pantalla.

—Ni hablar. No pienso enseñártelas. —Pasó el dedo por el teléfono—. Ya está. Las he borrado.

—Muy caballeroso por tu parte —dije, cortando otro bocado de tarta. Mi campo de fuerza no estaba preparado para que fuera tan... No estaba segura de si el calificativo adecuado era «maduro» o «adulto», pero su sentido del decoro me conmovió más de lo que había previsto.

—No soy un chico de quince años que impresione a sus amigos con fotos de mujeres desnudas.

Cada vez que creía que mi campo de fuerza volvía a funcionar, Joshua tenía que hacer un agujero en él. Pero yo estaba aplicando los parches de forma correcta. Solo me quedaba esperar que un día no se derrumbara por completo.

—¿Qué vas a responderle? ¿Qué se le dice a alguien cuando recibes una foto suya en la que aparece desnudo y que no le has pedido?

—Tal vez no deba responder. No pienso verla de nuevo. Y no quiero que me envíe más.

—¿No? Hollie me dijo que era muy guapa. Tal vez está dispuesta a ser

Doña Jueves por la Noche.

Joshua refunfuñó algo en voz baja, pero no capté los detalles.

—Tienes que responderle.

—¿Crees que debería darle las gracias?

Le di una patada en la espinilla y traté de no reírme de que fuera tan deliciosamente entrañable. Una parte de mí había imaginado que Joshua rechazaba fotos de tetas con regularidad.

—Pensaba que era yo la que necesitaba un entrenador para citas. No puedes dar las gracias a una mujer después de que te haya enviado una foto de sus tetas sin parecer imbécil.

—Tienes razón.

—Por supuesto que tengo razón.

Escribió un mensaje en su teléfono y me lo tendió.

*Me alegre de haberte conocido esta noche. Buena suerte en el diseño de joyas.
Cuídate.*

—Eres todo un profesional —dije, impresionada. Le había dejado claro que no estaba interesado sin ser grosero—. Pensará que eres un buen tipo, pero que no congeniáis.

—Soy un buen tipo. Y no hemos congeniado.

Joshua me estaba pareciendo amable, pero si estuviéramos vinculados de forma romántica, no estaba tan segura de que fuera a sentirme así. Me imaginaba que las mujeres que se acostaban con Joshua no tenían suficiente de él y siempre querían más. Si incluso yo había tenido que luchar contra ese sentimiento y no habíamos llegado a desnudarnos... Menos mal.

—Como has dicho, es necesario besar algunos sapos antes de encontrar a elegido.

—Dame un poco más de bizcocho o te buscaré un modelo para la próxima cita.

—Suenas bien. Siempre me han gustado los hombres guapos. Tú me has echado a perder para los demás.

Giró la cabeza para mirarme sin poder ocultar una sonrisa.

—Perdona, ¿que he hecho qué?

—Me has echado a perder. —Solté un suspiro dramático—. Todo el mundo sabe que el primer enamoramiento crea un modelo para todos los futuros amantes. —Fruncí la nariz. ¿Por qué no podía evitar que todo lo que pensaba saliera de mi boca?

—¿Yo fui tu primer enamoramiento? —Parecía muy sorprendido. Como si esa fuera una información nueva para él. Sin embargo, yo siempre había sentido que irradiaba de mí como un cartel de neón. Tal vez habría sido mejor ocultarle lo que pensaba.

—Un flechazo del tamaño del Everest. —Pero que pudiera admitirlo era una prueba más de que me había convertido en una persona diferente.

El hoyuelo había vuelto a su cara, y también esa sonrisa sexy que debería patentar y vender.

—Me gusta esa idea.

—Fuiste —respondí—. En pasado. —No podía soportar la idea de que pensara todavía fantaseaba con él. Lo que pasaba era que el campo de fuerza de una mujer no podía permanecer intacto todo el tiempo.

—Oh —dijo mientras me lanzaba una mirada dolida, como si le importara que una mujer como yo estuviera enamorada de él. Tal vez tenía asumido que todas las mujeres lo deseaban. Y seguramente no andaba desencaminado.

—Tendré que hacerlo mejor en la próxima cita —dije, desesperada por cambiar de tema—. Encontraré a la mujer perfecta para ti.

—Si tú lo dices... —Dejó escapar un suspiro—. Asegúrate de que sea interesante. O divertida. O ridícula. Cuando salgo contigo dos horas, nunca estoy tenso como con Natalie.

Me ardieron las mejillas ante su cumplido. Sabía cómo hacer que las mujeres se sintieran mejor. Tal vez podía montar un negocio al margen de la medicina en el que lo contratara para que animara a las mujeres que se sintieran un poco mal.

—Sí, pero entre nosotros es diferente —convine. Siempre nos resultaba fácil. No se trataba de que no soltara algo incorrecto delante de él y me avergonzara con frecuencia, sino que sabía que eso no iba a influir en nuestra relación. Nuestra conexión era más profunda porque nuestras familias estaban muy unidas—. Es casi como si fuéramos hermanos.

—No lo somos —balbució—. Eso me resulta... perturbador. Sobre todo porque nos hemos besado y acabas de confesar que estás enamorada de mí.

Aquel beso...

—Se trata de un enamoramiento pasado. Te conozco desde hace mucho tiempo...

—Venga ya, Hartford. ¿En serio piensas en mí como en un hermano?

Medité al respecto. Joshua siempre iba a ser demasiado guapo para que yo pensara en él como un hermano. Todavía me hacía temblar cuando me miraba de cierta manera. Todavía me hipnotizaban sus manos, su torso, ese hoyuelo. Ahora que lo conocía un poco mejor, no eran solo su confianza en sí mismo, el encanto y su presencia los que resultaban atractivos. Se preocupaba por mí y quería que tuviera éxito en mi nuevo trabajo. Sabía reírse de sí mismo y también hacerse preguntas. Además de ser guapo, me gustaba mucho su compañía.

—Bueno, no como en un hermano exactamente. Más bien... un amigo que sabe dar buenos masajes de piernas y no besa mal.

El hoyuelo había vuelto.

—No te engañes a ti misma. Beso de vicio.

Eso seguro.

OceanofPDF.com

15

JOSHUA

Los grandes almacenes estaban repletos de gente. Me abrí paso entre la multitud para llegar a los expositores de joyería en un extremo de la tienda, donde sabía que estaba Hollie. Había accedido con gusto a prestarle a una de mis mejores decoradoras para que la ayudara a organizar aquel nuevo *stand* en Harvey Nichols. Ella no sabía que me iba a devolver el favor antes de lo que pensaba. La noche pasada había estado a punto de intentar besar a Hartford de nuevo. De hecho, al pensar que había estado enamorada de mí, se me endurecía la polla. Tenía que actuar.

—¡Joshua! —se sorprendió Hollie al verme—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a ver cómo te va. ¿Qué tal con Camilla?

—Dios mío, gracias por prestármela. Es muy creativa, y me ha ayudado muchísimo a potenciar las facetas de la colección que yo quería. —Se acercó y me puso la mano en el hombro—. ¿Te puedes creer que estoy vendiendo mis diseños en Harvey Nichols?

—Por supuesto que sí, lo que haces está genial. —Entendía por qué *Vogue* había provocado tanto revuelo con Hollie. Tenía mucho talento.

—Lo sé, pero estoy a dos *stands* de Dior y Chanel. Es una locura.

—Estás en una ubicación óptima. Va a ser un éxito rotundo. —Miré hacia los mostradores de cristal donde se exponían sus joyas sobre un fondo verde mar—. Todo parece muy fresco, pero sin pasarse.

—Exacto —respondió ella—. Eso es exactamente lo que pretendía. En principio todo es una prueba, así que ya veremos qué pasa. Pero te juro que no puedo estar más contenta de venir a trabajar detrás del mostrador si eso significa que mis diseños se venden aquí. No se me ocurre ningún sitio mejor.

—Hollie, te lo has currado de forma brillante. Te mereces todo lo que consigas.

—Gracias, Joshua. Valoro tus ánimos y tu ayuda. Ahora suelta por qué estás de verdad aquí.

Sí, había leído en mi interior como en un libro abierto. No solía pasearme por Harvey Nichols, pero después de la última noche, necesitaba su ayuda para dar con alguien que le gustara de verdad a Hartford.

—Creo que ya sabes que he estado organizándole citas a Hartford para ampliar un poco su círculo social. Estoy buscando un hombre para la segunda cita. Me preguntaba si conocerías a alguien. —Hollie conocía a mucha gente gracias a los negocios y a que asistía continuamente a actos con Dexter, así que esperaba que conociera a alguien que encajara bien con Hartford. Pasábamos demasiado tiempo juntos últimamente. Las líneas se habían desdibujado y tenía que marcarlas de nuevo.

Hollie apoyó la cadera en el mostrador y cruzó los brazos.

—A ver si lo he entendido bien... —Hizo una pausa—. ¿De verdad crees que quieres que te sugiera a alguien que sea perfecto para Hartford?

Había planteado la pregunta de forma muy extraña.

—Mmm, no estoy muy seguro de entenderte, pero sí, necesito ayuda para conseguirle una cita. Hartford te cae bien, ¿verdad? Es divertida e interesante, y muy apasionada con su trabajo.

Dios, y había estado a punto de besarla la noche pasada. El momento en que se puso de pie para salir, antes de que se dirigiera a la puerta, tuve que reprimirme con todas mis fuerzas para no agarrarla por las caderas, pegarla a mí y apoderarme de su boca. Pero no podía volver a cometer el mismo error. Lo habíamos acordado. Y estaba claro que ella no me deseaba de esa manera más de lo que yo quería...

—Sí, ella es así —coincidió Hollie.

—Genial, pues necesito encontrar un hombre lo suficientemente digno como para salir con ella. Debes de conocer a alguien. Algún tipo con el que saldrías si no estuvieras casada con Dexter. Alguien digno de ti.

Hizo una pausa y me miró con los ojos entrecerrados.

—De hecho, conozco a alguien.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién es? —Respiré tranquilo, dispuesto a pensar lo mejor de quien fuera que Hollie tuviera en mente.

—Es guapísimo, podría haber sido modelo si no estuviera tan ocupado dirigiendo su propia empresa y ganando mucho dinero. Es amable, divertido y muy inteligente. No ha mantenido una relación seria desde hace mucho tiempo, pero creo que está preparado para ello.

Me aclaré la garganta.

—Bueno, pues... suena muy bien. ¿De qué lo conoces?

—En realidad lo conocí después de mudarme aquí. —Hizo una pausa y buscó algo debajo del mostrador. Cuando subió las manos sostenía entre ellas un óvalo negro y plano, tal vez un marco de fotos. Hollie me hizo una seña para que me acercara y luego giró el objeto que sostenía: un espejo—. Eres tú, idiota.

Me bajó un escalofrío por la columna vertebral.

—Ni hablar. Yo no me involucro con ninguna mujer.

—Pero te gusta Hartford —alegó ella.

—Por supuesto que me gusta Hartford. —No podía imaginar que a alguien no le gustara Hartford. Era una de esas personas que conseguía que todo el mundo se sintiera cómodo al instante. Otra razón por la que necesitaba poner un poco de distancia. Me sentía demasiado cómodo saliendo con ella.

—Entonces, ¿por qué no eres tú su segunda cita?

Resoplé.

—Te acabo de decir que yo no tengo relaciones estables. Necesito un tipo que le guste y que esté dispuesto a involucrarse. Alguien que pueda convertirse en la segunda cita. Tal vez incluso le dé a su madre los nietos que tanto desea. —No iba a compartir que la había besado o que Hartford había estado enamorada de mí. No quería oír nada más.

La mirada de Hollie decía que ya me había dado la respuesta que buscaba. Pero no lo había hecho.

—Debes de conocer a alguien —insistí. Tal vez estaba buscando en el lugar equivocado. Tal vez debía hablar con mi compañero, Nathan. Sus hermanos eran médicos. Alguno de ellos podía salir con ella. Un médico tenía que entender mejor el entorno de Hartford, su necesidad de ayudar a la gente y lo dedicada que estaba a su carrera.

—Lo pensaré. Pero quiero que consideres llevarla a cenar.

Hollie no lo había entendido, lo que me sorprendía; normalmente era bastante espabilada.

—Cenamos juntos casi todos los días porque vivimos puerta con puerta. Hollie se rio.

—No tengo ni idea de cómo vosotros seis habéis conseguido ganar tantos miles de millones. A veces sois tontos de remate.

Fruncí el ceño.

—Oye, no te pases, ¿eh?

—Joshua, te gusta Hartford. Es obvio. Y eso está genial. Sé que no es tu *modus operandi* habitual, pero no pasa nada. Sal con ella. Haz que se derrita. Sé de muy buena tinta que ella fantaseó en tiempos con tener algo contigo.

La sonrisa de Hollie me dijo que no había sido capaz de cerrar la boca del asombro con la suficiente rapidez.

—Las cosas no son así entre nosotros. Somos amigos. Y, como he dicho, no estoy interesado en una relación seria.

Me miró como si yo fuera la persona más estúpida del mundo.

—Joshua, Joshua, Joshua... Intentaré pensar en otra persona que crea que puede ser adecuada para Hartford, pero te sugiero que te pienses bien si quieres o no que salga con otro hombre. Cuando recapacites y te des cuenta de lo que tienes delante, quizá ella ya no esté disponible.

Eso sonaba perfecto. Cuanto antes estuviera Hartford emparejada, mejor.

16

HARTFORD

Tenía una misión: cumplir con los requisitos de Gerry de tener una vida fuera del hospital esa semana y encontrar una cita para Joshua. La visita guiada por la National Gallery que me iba a permitir matar dos pájaros de un tiro.

Me puse de puntillas para intentar ver el enorme cuadro ante el que nos había llevado la guía. Un hombre delante de mí se dio cuenta de que me costaba ver y se apartó hacia la izquierda para dejarme contemplar mejor a la mujer desnuda que yacía en una cama azul. Estaba de espaldas a nosotros y con el trasero al aire, y se miraba en un espejo. Era exactamente el tipo de imagen que esperabas encontrar en una galería de arte.

—Así que, como es evidente, se trata de Venus —apuntó la guía.

¿Tan evidente era? Incluso esa obviedad estaba fuera de mi alcance.

Nuestra guía tenía unos treinta años, quizá treinta y dos o treinta y tres. Era más o menos de mi estatura, pero tenía el pelo liso y brillante, y llevaba el maquillaje bien aplicado. El cordón dorado que llevaba colgado al cuello decía que se llamaba Janet.

A Joshua podía gustarle. Sus nombres quedaban bien juntos. Y era una de las guías de la galería, así que tenía que ser inteligente. Joshua se merecía a alguien que pudiera seguirle el ritmo.

Sí, en definitiva, podía ser una candidata.

—¿Cómo lo sabemos? —preguntó al grupo formado por doce ansiosos visitantes de la galería.

Santo cielo, no iba a empezar en ese momento con el método socrático de enseñanza, ¿verdad?

Me sentía como si hubiera regresado a la facultad de medicina. Esperaba que no me preguntara a mí porque no tenía ni idea.

—Si queremos hacer trampa, podemos mirar el título. —Se rio para sí misma (el sentido del humor era importante para Joshua)—. A este cuadro lo llamamos *Venus con Cupido*, *La Venus del espejo* o *La Venus de Rokeby*, pero también sabemos a quién estamos mirando porque Velázquez nos da

una gran pista. ¿Puede alguien decirme cuál es?

Alguien murmuró algo y ella asintió con entusiasmo.

—Eso es, la presencia de Cupido nos indica que no se trata de una mujer cualquiera admirándose en el espejo. Es la diosa Venus.

¿*Cómo sabemos que es Cupido?*, quise preguntar. Pero me callé. Debía de ser obvio. Nuestra guía continuó hablándonos de Velázquez y de que el cuadro había sido atacado por una sufragista.

—Lo que me gusta de esta pintura —dijo Janet— es que, a pesar de que Velázquez, un hombre, lo pintó para que los hombres lo admiraran, para mí, Venus tiene todo el control en esta escena. Se está admirando en el espejo. Está recreándose en su propia belleza y poder, que ve reflejados en él. Algunas personas argumentan que en ese ángulo, no es capaz de verse a sí misma, pero esto no es una fotografía. Es una representación del amor propio. Para mí, es un retrato que plasma la confianza y el poder femeninos.

Volví a mirar la pintura, fijándome en el reflejo que aparecía en el espejo. En la ropa colgada sobre la cama: voluptuosa, como la propia Venus. No era una modelo impecable de las que aparecían en revistas y pasarelas, pero estaba orgullosa de lo que veía en el espejo. Estaba satisfecha con lo que era por fuera. Pero algo me decía que también se sentía bien con lo que era por dentro.

Cualquier mujer que se sintiera así consigo misma poseía auténtico poder.

Desde el accidente, mi cuerpo había sido un recordatorio constante de lo que no podía hacer, de lo que me había perdido. No podía evitar pensar que me gustaría ser como Venus y sentirme así de bien. Así de poderosa. Así de libre.

Saqué el teléfono e hice una foto, pues quería capturar aquella sensación para repasarla más tarde.

Después de que Janet respondiera a las preguntas, seguimos adelante. Me aseguré de seguir el ritmo del grupo y me las arreglé para ponerme en la fila de delante en el siguiente cuadro.

—Aquí tenemos a Baco y Ariadna —informó Janet—, pintados por Tiziano. Es un gran ejemplo de la composición diagonal del periodo barroco y una de las obras más importantes de la galería. Puedo darles más datos sobre ella, pero ¿qué les dice a ustedes? ¿Qué sienten cuando la miran?

—Él está enamorado de la chica —solté—. Locamente enamorado.

A Janet se le iluminaron los ojos.

—Exacto. Tiziano representa en la pintura el primer momento en que Baco ve a Ariadna, y se enamora de ella allí mismo. Es la mejor representación del amor a primera vista que se ha pintado jamás.

Pero Ariadna no parecía convencida.

—¿Ariadna está huyendo? —pregunté, mirando a la mujer que era el objeto del afecto de Baco—. ¿Está rechazándolo?

Janet se volvió a mirar el cuadro.

—Supongo que nunca lo había interpretado así. La lectura convencional de su postura es que está mirando, consternada, el barco de Teseo mientras zarpa y la abandona. —Señaló las pinceladas apenas visibles que plasmaban un barco en el extremo izquierdo del cuadro—. Pero esa es la belleza del arte, que está abierto a la interpretación. Puede que este sea el momento en que Baco ve a Ariadna y se enamora de ella, pero también es el instante previo a que Ariadna corresponda a su afecto.

El momento previo a que ella corresponda a su afecto.

Cogí aire, asimilando el concepto de que el amor tiene una especie de evolución lineal: un antes, un durante y, a veces, un después. Tenía sentido. Y me gustaba la idea de que Ariadna no cayera rendida ante Baco solo porque a él le gustaba ella. Quizá a él no le había costado mucho conquistarla, pero había sido ella quien había tomado sus propias decisiones sobre él. Saqué el teléfono e hice otra foto.

—El arte consiste tanto en sentir como en ver. —Janet sonrió con entusiasmo al público—. No hace falta saber de arte para disfrutarlo, y siempre se aprende algo de la vida gracias a él.

El siguiente cuadro era una representación realizada por Rubens de Sansón y Dalila, justo después de que hubieran mantenido relaciones sexuales. Era tan crudo y tan real que me sonrojé. Los brazos bronceados y musculosos de Sansón me recordaban a Joshua. Y por la mirada de Dalila y la forma en que su mano se posaba sobre el saciado y dormido Sansón, no pude evitar pensar que le gustaba más de lo que debía. Tuve que apartar esa idea y levantar de nuevo el campo de fuerza, o iba a tener problemas más adelante.

Al final de la visita había abandonado la idea de que todos los cuadros que íbamos a ver eran anticuados y aburridos, y me preguntaba cuándo

podía volver.

Mientras Janet terminaba el recorrido, saqué el móvil para buscar una foto de Joshua. Tal vez pensara que era un poco rara al intentar organizarle una cita, pero esperaba que cambiara de opinión cuando lo viera. Deslicé el dedo por las fotos. La última que tenía era de él con la tarta que tan bien me había quedado. Parecía un poco idiota con aquella cara de sorpresa. Sonreí cuando vi otra foto de él: en esa volvíamos en coche del piso de Borehamwood. Nos habíamos detenido en un semáforo en rojo y lo había captado justo cuando me burlaba de él por ser tan esnob y no querer vivir encima de una tienda de *fish & chips*. Hasta ese momento no había examinado la foto al detalle: había sido una de esas instantáneas que se hacían por casualidad y en las que después no se pensaba demasiado. No estaba segura de si era solo porque estaba tratando de encontrar la foto más favorecedora de Joshua o si el haberme visto obligada a concentrarme antes en las pinturas me había animado a estudiarla con más atención, pero habría jurado que no me había dado cuenta de la mirada que me estaba dirigiendo. No era irritación lo que veía en su expresión. Y tampoco era la exasperación a la que estaba tan acostumbrada. Era... afecto, ¿verdad? O algo más que no podía entender.

—¿Tienes alguna pregunta? —preguntó Janet. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que el resto del grupo había desaparecido. Janet podía ser una buena cita para él: era guapa, interesante, inteligente y divertida.

Hice una pausa, observando la imagen de Joshua una vez más.

Negué con la cabeza.

—Solo quería darte las gracias por la magnífica visita —dije—. En serio, he aprendido mucho.

Antes de buscar otra cita para Joshua, quería averiguar qué era lo que había captado en esa instantánea.

17

HARTFORD

Después de una semana muy atareada en el trabajo, solo quería meterme en la cama y dormir. Pero Joshua había organizado una segunda cita para mí y no iba a cancelarla. Sobre todo porque me sentía mal por no haber planificado aún la suya. ¿Estaba procrastinando a propósito? No, porque ni siquiera estaba procrastinando. Esa noche quería estar abierta a conocer a alguien que me mirara como Baco contemplaba a Ariadna.

Desde la barra donde estaba sentada, miré hacia la entrada para ver si entraba alguien más. Esa noche era una cita para tomar una copa con un cliente de Joshua. Y llegaba un poco tarde.

Cogí el teléfono y me puse a mirar las fotos que había hecho en la National Gallery la semana anterior. Necesitaba canalizar el poder de Venus esa noche.

—¿Hartford? —dijo un hombre a mi espalda.

Me giré para encontrarme cara a cara con alguien que parecía el hermano gemelo de Michael Fassbender.

Sonreí.

—Hola, sí, soy Hartford.

Me dedicó una sonrisa rara, casi forzada, y asintió mientras tomaba asiento a mi lado.

—Soy David. —No me dio la mano ni me besó en la mejilla, pero supuse que saludar a alguien que estaba sentado en un taburete resultaba incómodo.

David cogió la carta de bebidas y procedió a examinarla como si fuera la prueba de un asesinato.

—¿Vives por aquí? —preguntó sin levantar la vista.

—Sí, al lado de Joshua. —Sonreí, pero David no lo vio porque no me estaba mirando—. Esto es una piña clara. —Levanté la bebida antes de dar un sorbo—. Es la primera vez que la tomo y está deliciosa, por si necesitas una recomendación.

El barman se detuvo entonces delante de nosotros.

—Tomaré un Hudson Manhattan Rye —dijo David.

Iba a decirle que no quería beber más, aunque mi vaso estaba casi vacío. A pesar de que no iba a ver pacientes hasta el día siguiente, quería estar alerta; pero David todavía no me había mirado desde que se había presentado, y mucho menos había evaluado el nivel de mi vaso.

Tal vez estaba nervioso.

O solo se había olvidado.

—Entonces —inició la conversación, volviéndose por fin hacia mí—, ¿de qué conoces a Joshua?

—Es un viejo amigo de la familia —respondí—. ¿Y tú? —Aunque sabía la respuesta, estaba desesperada por romper el hielo, que parecía de un metro de espesor en ese momento.

Llegó la bebida de David y suspiré aliviada. Tal vez solo necesitaba un poco de alcohol para aflojar los labios y ayudarlo a relajarse. Estaba segura de que las próximas dos horas no podían ser tan incómodas.

—Soy cliente suyo.

Asentí, deseando que siguiera. Pero nada. Mi cita comenzó a examinar lo que había detrás de la barra y luego lo que había detrás de mí.

—¿Qué tipo de trabajo haces? —pregunté. Parecía que estaba allí obligado.

—Me dedico al marketing. Para Mulberry. —Sus palabras fueron cortantes y secas.

—¿Y te gusta? —pregunté.

Me miró, tras haber agotado todas las líneas de visión disponibles excepto la que tenía justo delante, y suspiró.

—¿Puedo ser sincero contigo?

Bueno, por fin... Iba a contarme que había tenido un día de mierda y que nuestra cita no le entusiasmaba demasiado. Pero eso nos ponía en una posición excelente, porque yo podía ser una maravillosa oyente mientras él me contaba todos sus problemas.

—Por supuesto —dije—. Sé todo lo sincero que quieras. En lo que a mí respecta, es lo mejor.

Tomó asiento en un taburete, y tomó un sorbo de whisky.

—Esto no va a funcionar. No eres mi tipo. Me gustan las chicas sexy y tú eres... Esto es una pérdida de tiempo. Me voy a ir. —Sacó la cartera, dejó treinta libras en la barra y se fue. Así de fácil.

Me subió el calor por la piel. Cuando me llegó a la cara, fue como si estuviera en llamas.

Oh, Dios. Oh, Dios. Oh, Dios.

Mantuve la vista al frente, esperando que la quietud me ayudara a desaparecer. Si establecía contacto visual con otra persona, y veía la confirmación de que había testigos de lo que acababa de ocurrir, podía no recuperarme nunca.

Cuando el calor de mi cara se suavizó, me di cuenta de que estaba agarrando el vaso con demasiada fuerza. Lentamente, dejé el cóctel casi terminado sobre la barra. La gente que me rodeaba estaba charlando, y aunque no podía jurarlo, nadie me miraba.

Cogí un poco de aire y traté de averiguar qué hacer.

Ni siquiera había tenido la oportunidad de responder. Incluso si lo hubiera hecho, no habría sabido qué decir. ¿Aquel tipo no podía soportar tener una conversación y tomar una copa conmigo? ¿Era yo tan horrible? ¿Aburrida? ¿Ridícula?

Añoraba la facilidad con la que me movía en el hospital, donde las relaciones sociales eran simples y apenas me arriesgaba. Donde sabía cuál era mi papel, donde todo tenía un propósito. No me sentía tan desesperada desde que los sanitarios me habían sacado de aquella zanja hacía más de una década.

El camarero se acercó y me preguntó si quería otra copa. Lo que yo quería era una especie de botón mágico que me transportara del taburete a la cama. Me conformé con pedirle la cuenta. No era posible que las treinta libras alcanzaran para pagar las dos bebidas en un lugar como ese.

Recé para que el camarero se moviera a velocidad de crucero para poder irme lo antes posible.

Pero ¿a dónde podía ir?

Estaba a solo dos calles de casa. Lo que quería hacer era arrastrarme entre las sábanas y comer un buen trozo de tarta, pero Joshua me iba a oír entrar. No podía enfrentarme a él, no podía contarle lo que acababa de pasar. Tal vez si permanecía alejada el tiempo suficiente, podía pasar desapercibida. Podía enviarle un mensaje a las dos horas y decirle que estaba demasiado cansada para hablar con él. Así me iba a meter en la cama a ver Netflix, a tomar un dulce y a tragarme la humillación de toda una vida.

OceanofPDF.com

18

JOSHUA

Solo había dos apartamentos en la última planta del edificio, por lo que las ligeras pisadas en el pasillo de fuera debían de ser de Hartford, aunque no tenía que regresar hasta pasada una hora.

Comprobé el teléfono. Más bien hora y media. Era imposible que la cita se hubiera terminado tan rápido. Me dirigí a la puerta principal y apreté la oreja contra la madera. Nada. Debía de ser una limpiadora. O un miembro del personal revisando algo.

Y entonces oí el sonido de una llave entrando en una cerradura. Abrí la puerta de golpe y encontré a Hartford en el pasillo.

—¿Has plantado a una cita a la media hora y se te ha ocurrido que no te iba a pillar? —Negué con la cabeza, feliz al pensar que habían cambiado las tornas—. Vaya por Dios, Hartford, ni siquiera puedes mantener una conversación durante dos horas con alguien.

No se giró al abrir la puerta.

—En realidad, no me siento muy bien. Ya nos veremos. —Se deslizó dentro y cerró la puerta.

La confusión y la vergüenza se mezclaron en mis entrañas. Solo estaba bromeando. ¿La había ofendido? Cogí el móvil y escribí un mensaje.

Siento haber asumido lo peor. Espero que estés bien.

Después de cinco minutos, no había respondido.

Pero era comprensible si estaba vomitando, o lo que fuera, en el retrete.

Después de quince minutos, todavía no había respondido y empecé a preocuparme. Le envié otro mensaje.

¿Puedo llevarte algo? ¿O llamar a un médico?

Estoy bien, respondió ella.

Al menos estaba viva. Pedí unos pastelitos a Dragonfly Bakery, aunque me arrepentí al instante. Si tenía malestar estomacal, la crema de mantequilla no iba a ayudar.

Empecé a pasearme por el salón. Hartford no había mencionado que no se sintiera bien cuando esperaba la llegada de David. De hecho, me había

enviado un mensaje para decirme que no podía creer que en ese pub cobraran treinta y cinco libras por un cóctel. Eso significaba que, o bien el cóctel le había sentado mal...

O lo había hecho la cita.

La paciencia nunca había sido mi fuerte, y en esa ocasión no iba a ser distinto. Quería saber qué había pasado.

Salí de mi apartamento y crucé el pasillo. Resistí el impulso de llamar a la puerta. En su lugar, escribí otro mensaje.

¿Quieres compañía?

No hubo respuesta.

Consciente de que estaba siendo demasiado insistente, llamé a la puerta.

Esperé. Y esperé. Pero la oí acercarse al otro lado.

—¿Qué quieres, Joshua? Quiero acostarme pronto.

Noté la tristeza en su voz. No era la Hartford que yo conocía, y quería saber qué le pasaba.

—Cuéntame qué ha ocurrido.

—Nada —aseguró ella—. De verdad, no tiene ninguna importancia...

—Se le entrecortó la voz y se calló.

El pavor me revolvió las entrañas al oír el tono de su voz. Había sucedido algo terrible. Nunca la había visto así.

—¿Te ha hecho daño?

—Dios, no. Nada de eso. Todo lo que tengo es el ego magullado.

Menos mal que no había resultado herida. Pero no me gustaba la idea de que una parte de ella estuviera magullada.

—Lo siento.

—No lo hagas. Estoy bien. Hay gente que es lo peor... Solo me da pena.

—Oye... —dije—. Se te permite estar triste, Hartford. Si no puedes estar triste porque hay gente mala en el mundo, entonces, según tu lógica, no puedes ser feliz a menos que seas la persona más feliz del mundo. Quizá tu situación no sea trágica, pero eso no significa que no necesites un hombro en el que llorar y un pastelito que comer.

Las ganas de arrancar la puerta de sus goznes y rodearla con mis brazos eran casi irresistibles.

Quería abrazarla.

—Estoy bien, Joshua, pero gracias por comprobarlo.

¿Qué podía hacer? Quería hacer que olvidara lo que fuera que la entristecía. Pero no podía derribar la puerta y exigirle que sonriera. ¿O sí?

—Vale, bueno, me voy a quedar aquí un rato y, si quieres hablar, estoy al otro lado de la puerta. Si no quieres hablar, sigo estando en el pasillo.

Me apoyé en la pared, dispuesto a pasar un rato ahí. Quería que ella supiera que estaba cerca si me necesitaba.

—Estoy haciendo el ridículo —soltó finalmente.

—Imposible.

—No me hizo nada. En cierto modo fue amable, es solo que... ya sabes.

—Suspiró—. Solo necesito una dosis de valor y una buena noche de sueño.

En ese momento se abrieron las puertas del ascensor y apareció uno de los porteros con una caja de Dragonfly.

—Bueno, puedes añadir un pastelito a la mezcla si te sirve de algo.

Cogí la caja y asentí en señal de agradecimiento.

—¿Tienes pastelitos?

Su voz seguía siendo monocorde, pero había respondido un poco más rápido que antes.

—Sí. ¿Quieres que los deje en el suelo?

Poco después entreabrió la puerta. Tenía los ojos hinchados y rojos. Lo que me confirmó que había estado llorando.

Mataría a David en cuanto lo encontrara.

Empujé la puerta antes de que se cerrara y la seguí al salón.

—¿Tienes platos?

—Necesito agua. ¿Quieres un vaso?

La seguí hasta la cocina y dejé la bandeja de pastelitos sobre la isla.

—Sí, gracias.

Me entregó un vaso al tiempo que deslizaba la mirada hacia los dulces.

—¿Hay alguno de galletas y crema?

Abrí la tapa.

—Al parecer, hay tres.

Se sentó en un taburete, lo que dejó sus ojos casi a la altura de los míos.

—Espero que con eso sea suficiente.

Nunca la había visto terminarse un pastelito entero. La cita debía de haber ido muy mal si estaba pensando en comerse tres. Inspiré, tratando de contener la necesidad de averiguar qué demonios había pasado.

—No quiero montar un drama por nada. —Cogió un pastelito y lo hizo

girar entre los dedos, como si tratara de decidir qué parte se iba a comer primero.

—Vale. —Me apoyé en la barra junto a su asiento, preparándome para lo que venía a continuación.

Cogió un poco de glaseado del pastel, se lo metió en la boca y suspiró.

—Llegó, pidió un cóctel y, después de dos minutos, afirmó que no estaba interesado en mí y se fue.

Apreté los puños e hice lo posible por reprimir lo que estaba pensando. Menudo gilipollas...

Al menos no la había tocado. David era un idiota por no estar interesado en Hartford. Pero era él quien salía perdiendo. No pensaba dejar que eso le hiciera daño.

—Cuéntamelo todo desde el principio.

Me quedé tan tranquilo como pude, tratando de mantener una expresión neutra y la respiración bajo control mientras ella me contaba toda la historia, que era muy corta.

—Me hizo un favor, la verdad. Al menos no desperdicié la noche.

No, había sido mucho peor. El muy imbécil le había estropeado la noche y su confianza.

—Es un gilipollas.

—Solo estaba siendo sincero. —Intentaba exonerarlo de culpa, pero por la tristeza de su mirada me di cuenta de que unos pastelitos no iban a ser suficientes para borrar lo que había hecho.

—Fue un grosero —sentenció—. Podría haberse quedado a tomar una copa.

—¿Qué? ¿Y fingir una emergencia una hora después? ¿Crees que eso habría sido mejor?

—No lo sé. —¿Qué le pasaba a ese tío? ¿Por qué no se había dado cuenta de lo increíble que era Hartford? Tampoco había tenido oportunidad de conocerla—. Debería haber sido consciente de que era muy afortunado por tener una cita contigo. Eres inteligente, divertida y guapa. No te merece si no puede quedarse el tiempo suficiente para descubrir lo genial que eres, joder.

Levantó la vista del pastelito para mirarme, y arrugó la nariz con una expresión de «Tenías que decir eso».

—Eres un amigo excelente. ¿Alguien te lo había dicho?

—Hablo en serio. Tienes mucho a tu favor, y él no ha sido lo suficientemente hombre como para quedarse y averiguarlo. Así que él se lo pierde. Y que se joda Mulberry. Van a dejar de ser mis clientes.

Hartford se rio y el sonido me hizo curvar las comisuras de los labios.

—No vas a despedir a Mulberry.

Probablemente tenía razón.

—Pero buscaré la manera de hacérselo pagar.

—No me ha roto el corazón, Joshua. Eres muy amable, pero, en serio, creo que estás más molesto que yo en este momento. Me he tomado dos bocados de pastelito y me siento mucho mejor.

—¿De verdad? —pregunté. Parecía haberse animado un poco—. Bueno, al menos puedo hacerte reír.

Y de repente, volvió su mirada triste.

—Ha sido por mi culpa. No me he esforzado demasiado. Supuse que un poco de rímel y algo de crema hidratante eran suficiente. Pero imagino que la mayoría de los chicos buscan algo más, sea lo que sea. Como bronceado de bote y pestañas postizas. Yo nunca seré como esas chicas que parecen recién salidas de la portada de una revista. Siempre tendré el culo demasiado grande, se me encrespará el pelo y soltaré una risa tonta. Pero, si te digo la verdad, no me importa lo suficiente como para pasar más de cinco minutos maquillándome.

Era cierto que Hartford no dedicaba tiempo ni esfuerzo al maquillaje ni a otras cosas glamurosas como las demás mujeres, pero, en mi opinión, eso no la hacía parecer menos despampanante. Y cualquier cosa que se pusiera no iba a hacer que fuera más divertida, más amable o más interesante, porque eso era lo que más apreciaba de ella, lo que más me gustaba... Todo lo que ella me daba y que no quería perder.

—¿De qué estás hablando? Tienes un culo... —No conocía una buena manera de terminar esa frase sin sonar como un idiota. Y su pelo me había parecido precioso siempre que lo había visto suelto, algo que no ocurría muy a menudo.

Ladeó la cabeza.

—Joshua... —empezó con un tono con el que me advertía de que no le mintiera.

—¡Lo digo en serio! —¿Cómo no se daba cuenta de que estaba hablando muy en serio? Dejé el vaso y me giré para mirarla—. No necesitas

pestañas postizas ni nada de eso... —Para ser un tipo que presumía de labia, no podía encontrar las palabras necesarias para convencerla.

Puso los ojos en blanco.

—Solo ha sido sincero y...

Antes de que pudiera pensármelo dos veces, me acerqué y acorté la distancia entre nosotros, cogí su cara entre mis manos y la besé. Mi corazón se aceleró como si estuviera bajando en caída libre desde la cima de una montaña, y me hormiguearon las yemas de los dedos como si hubiera rozado un cable de corriente.

Y entonces me apartó poniendo con firmeza una mano en mi pecho.

—Joshua. —Su expresión era severa. Joder. Había empeorado las cosas —. No me gusta que me besen por lástima.

Di un paso atrás. ¿Qué?

—¿De qué estás hablando? No te he besado por que me des pena.

Puso los ojos en blanco.

—¿De verdad? Acordamos que esto... —Nos envolvió a los dos trazando un círculo con el dedo— era una mala idea.

—Lo sé —dije—. Lo sé. Es que... Quiero besarte. Y creo que tú también quieres que te bese.

Sus ojos azul pálido se abrieron de par en par y di un paso adelante.

—Si no quieres que ocurra, dímelo. Pero yo no doy besos por compasión. —Le pasé la mano por el cuello y volví a acercar mi boca a la de ella; esa vez pasé la lengua por sus labios suaves y la besé como era debido. No pensé ni un segundo en quién era, en quién no era o en quién podía ser. Al margen de las consecuencias, estaba besando a Hartford.

Me empujó el pecho, y me aparté de mala gana.

—Joshua...

No quería parar. Quería más. Todas las razones por las que aquello era una mala idea se habían quedado fuera, en el pasillo, y, en ese momento, lo único que deseaba era a Hartford.

Le cogí la camisa y empecé a desabrocharle los botones. Podía detenerme si quería, pero lo único en lo que podía pensar era en su piel junto a la mía y en el sabor de sus pechos en mi boca.

—Estoy bien, Joshua. No tienes que besarme.

Levanté la vista hacia ella.

—Quiero hacerlo. Te deseo.

—Pero ¿te parece una buena idea?

Le quité la camisa, le bajé el tirante del sujetador por el hombro y le di un beso en la marca que había dejado. Su piel era suave y tersa, y estaba caliente.

—Me parece una idea genial.

Suspiró mientras yo trazaba su columna vertebral con los dedos.

—Hay muchas razones por las que no lo es.

—Somos amigos —le recordé—. Esto. Esta noche. No cambiará nada si no lo permitimos.

Ella se quedó mirando la parte superior de mi pecho y yo me quedé quieto, esperando su reacción.

Deslizó las manos por mi pecho y empezó a desabrocharme la camisa.

—Y mañana será como si nunca hubiera pasado. —No era una pregunta y no iba a discutir—. Sí. Así podré compensar que hoy solo he dado seis mil pasos.

Me reí mientras me quitaba la camisa y me despojaba de los pantalones.

—Eso parece un reto. Veamos si puedo hacerte sudar, Hartford. —Le desabroché los vaqueros e introduje la mano en su ropa interior en busca de más calor—. Vamos a ver si puedo hacerte jadear.

Le pellizqué el clítoris y atrapé sus gemidos con mi boca, besándola de nuevo. Esa vez fue más apasionada, menos cuidadosa. Aquel beso estaba lleno de necesidad. Era más carnal.

Sus caderas empezaron a oscilar mientras yo movía y giraba los dedos. Parecía muy sensible, pero, aun así, no era suficiente.

Me aparté y le bajé los vaqueros de un tirón, impaciente por ver más.

—No sé por dónde empezar. Si poner la boca en tu coño, si apoderarme de tus pechos con las manos o hundirte la polla hasta el fondo.

Cambió el peso de una pierna a otra mientras yo le quitaba los vaqueros, y hundió los dedos en mi pelo para guardar el equilibrio.

De rodillas, la atraje hacia mí y aparté su ropa interior.

—Joshua... —jadeó, retrocediendo a trompicones hasta chocar con el sofá y sentarse. Perfecto.

Le abrí las piernas, le puse las manos en los muslos y me agaché para probarla. Era deliciosa. Su clítoris palpitaba bajo mi lengua mientras yo lamía y chupaba con avidez. Se mojó tan rápido que mi endurecida polla vibró de impaciencia ante la idea de que pronto me iba a enterrar en ella.

Me aceleré al notar su calor resbaladizo y hundí dos dedos en su vagina.

Se aferró a mi pelo y se arqueó sobre los cojines.

—Joshua. Es demasiado. Me voy a correr.

Aparté la boca de su coño chascando la lengua.

—Pues venga...

Tracé un círculo sobre su clítoris con el pulgar y, mientras movía los dedos dentro de ella, vi cómo se acercaba más y más al orgasmo. Gritó y se estremeció en mi mano.

Joder, estaba deseando penetrarla.

Cuando se calmó después del orgasmo, me dedicó una tímida sonrisa.

—Eres muy sexy —dije, tendiéndole la mano.

—No sé si voy a poder andar.

Me reí mientras la levantaba del sofá.

—Solo estamos empezando.

Cuando entramos en su dormitorio, la hice girar y le desabroché el sujetador.

—Me he estado preguntando cómo sería tocarte las tetas desde el día que te recogí en el aeropuerto.

—¿En serio? —preguntó ella.

Me acerqué y apreté sus pechos. Suaves y firmes, casi se desbordaban en mis manos. Pasé los pulgares por los pezones y gemí. Quería ver cómo se movían mientras follábamos.

La cama era alta, como la de mi ático. Siempre me había preguntado cómo sería follar en mi cama. Me parecía que tenía la altura perfecta. Guie a Hartford y la coloqué sobre las sábanas, le abrí las piernas y me acomodé entre ellas.

—Un condón —me recordó.

Asentí. Joder, ¿dónde tenía uno?

—Voy a tener que ir a mi apartamento a por uno.

—En el cajón de la mesilla.

Fruncí el ceño.

—¿En serio?

Se encogió de hombros.

—Es bueno estar preparada.

Eso seguro.

Cogí un condón, lo abrí y lo deslicé por mi polla, que casi me dolía de

lo dura que estaba.

—Seguro que no nos sentiremos incómodos mañana, ¿verdad? —preguntó, mirando hacia abajo, donde yo estaba colocado en su entrada.

—No, si no lo permitimos. —Empujé el glande hacia delante, apretando la mandíbula mientras resistía el impulso de embestirla de golpe.

—¡Oh, Dios! —dijo ella, cayendo de nuevo en la cama—. ¡Joshua!

Me hundí dentro de ella, deslizándome lentamente, más y más profundo, hasta que apenas pude pensar. La visión de aquellos pechos desnudos en los que había pensado demasiado a menudo desde que había vuelto a mi vida, la estrechez de su coño, la calidez de sus ojos azules como el hielo... Apenas me había movido y ya quería correrme.

Era una maldita diosa.

Deslizó las manos por mis brazos y subió las piernas a ambos lados de mis caderas. Su olor a canela me envolvió por completo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Estoy mejor que bien. Esto es fantástico, joder. —Empecé a moverme. Suavemente al principio, tratando de no descontrolarme demasiado pronto. Aspiré el sonido de sus jadeos y gemidos. Me deleité con la visión de sus pechos basculantes. Cerré los ojos para sumergirme en la sensación de sus manos, de sus caderas, de su coño increíble.

Cuando imprimió un brusco giro a sus caderas y se le nubló la mirada, supe que estaba a punto. Sonreí. Joder, me gustaba poder llevarla al orgasmo. Me gustaba que mi cuerpo encajara tan bien con el suyo, que pudiera hacerla sentir tan bien. Enganché los brazos a sus hombros y empujé más y más fuerte mientras ella se estremecía. Reduje la velocidad para permitirle recuperarse hasta que gritó mi nombre con una suave rendición. Algo en su timbre de voz quebró mi autocontrol como si fuera una cuchilla. No pude contenerme. El orgasmo me invadió, violento y urgente, como si mi cuerpo estuviera satisfaciendo una necesidad primaria de darle todo a esa mujer.

Mierda. ¿Qué estaba pasando?

Sudoroso y confuso, me quité el preservativo y nos acomodé para que nos quedáramos acurrucados, enlazando los brazos alrededor de su cintura.

—¿Estás bien? —pregunté, una vez que nuestra respiración se normalizó.

Asintió. Su largo y suave cabello se deslizaba por mi pecho como una

sábana de seda.

—Había oído que era posible, pero nunca había tenido dos orgasmos así. ¿La mayoría de las mujeres con las que estás se corren de esta manera?

Por mucho que me gustara lo directa que era Hartford, no era el momento de hacer comparaciones.

—Centrémonos en... —Me detuve antes de decir «*nosotros*». No existía tal cosa—. Centrémonos en ti.

Desplacé su pierna hacia atrás, sobre la mía y deslicé la mano entre sus pliegues.

—Esto es una pasada. Me encanta lo mojada que estás.

—¿Eso te excita? —preguntó ella.

—Por supuesto —respondí, como un maestro muy dispuesto—. Yo lo he provocado. Mi polla te ha hecho estar así de mojada. Me hace sentir poderoso. —Movié las caderas, apretando el culo contra mi polla. Pasados unos segundos estaba más dura que la primera vez.

Volvió a estirar la mano y apretó mi longitud en el puño, cerrando y soltando los dedos mientras yo me tensaba.

—Sí. Lo entiendo.

Un gruñido reverberó en el fondo de mi garganta. No estaba seguro de cómo habíamos llegado hasta allí, pero no me arrepentía. Había sido mejor de lo que me había imaginado.

Cogí otro preservativo y, tras ponérmelo, la penetré lentamente desde atrás. Esa vez no me refrené. Fue como si compartiéramos la misma mente, los dos hacíamos suaves movimientos perfectos y contenidos que daban placer al otro.

—Es alucinante —dijo—. Menos pero más al mismo tiempo.

Dejé escapar un gemido. Sabía exactamente a qué se refería. Intenté mantener un ritmo constante y los movimientos lentos. Quería quedarme así durante horas: su piel contra la mía, los latidos de mi corazón uniéndose a los suyos. Era lo más cerca que podíamos estar.

Y era perfecto.

19

HARTFORD

Apreté los ojos durante un buen rato.

Concéntrate, me dije.

Estaba a punto de tener una reunión importante con Gerry. No podía estar pensando en la deliciosa forma en que Joshua me había apretado con los pulgares el espacio junto a los huesos de las caderas, ni en lo que sentía cuando me pasaba la lengua por la piel, o en su expresión cuando se corría. Tenía que concentrarme.

Eché los hombros hacia atrás y llamé al despacho de Gerry.

—Sí. —El tono de Gerry era inusualmente brusco—. Hartford. —Me miró—. Bien, bien. Ven y siéntate.

Había estado trabajando para encontrar una manera de evitar que Merdon lanzara Calmation como un medicamento sin receta. Pero nos habíamos visto muy limitados dado que no podíamos hablar de Calmation públicamente.

—¿Qué tienes para mí?

Me había topado con un artículo que describía los peligros que corrían los niños con TDAH si los medicamentos con los que se los trataba se vendieran sin receta.

—Este tiene la longitud adecuada para el *Health Service Journal*. Y este —continué, entregándole otro papel—, aunque es un poco más largo y más específico, es adecuado para el *BMJ*.

Hice una pausa mientras leía los dos.

—Si pudiéramos referirnos a Calmation por su nombre, los tendríamos en el punto de mira. —Se rascó la barbilla.

—Tenemos menos impacto porque es como si no habláramos de nada en concreto. No hay un objetivo que podamos perseguir. Si pudiéramos hablar de Calmation, podríamos salir en los medios, utilizar las redes sociales... Convertirlo en una campaña. Creo que tenemos que empezar a recaudar fondos y así estar preparados para desafiar legalmente la decisión del consejo de regulación. Tenemos que conseguir firmas de los mejores

pediatras del mundo declarando que es una mala decisión.

Cogió un poco de aire.

—Es complicado. No quiero meter a mi contacto en un lío. Las grandes farmacéuticas pueden ser difíciles.

—No creo que tengamos mucho que hacer si no mencionamos Calmation directamente.

—Tenemos que crear un plan general que podamos poner en marcha tan pronto como Merdon se presente en Estados Unidos.

Asentí y le entregué la carpeta que tenía en la mano.

—Esto es lo que tengo.

Gerry me lanzó una mirada suspicaz y abrió el archivo. Hojeó el plan de lanzamiento en el que había estado trabajando.

—Estaba pensando que, en cuanto podamos hacerlo público, puedo pedirle a Joshua que me diga qué opina. ¿Recuerdas a Joshua Luca? Fui con él a cenar a tu casa. Se dedica a las relaciones públicas y al marketing. Estoy segura de que nos ayudaría si se lo pidiera. Sé que está trabajando para una empresa farmacéutica en este momento. Puede tener buenas ideas.

—Has hecho un trabajo excelente, Hartford. Estoy impresionado. Pero debe de haberte llevado mucho tiempo reunir todo este material sin ayuda. ¿Has conseguido crear equilibrio en tu vida? ¿Has logrado alejarte el tiempo necesario de la medicina?

No iba a contarle a Gerry todas las cosas que Joshua me había hecho la noche anterior y que habían provocado que la mente se me quedara en blanco y las extremidades débiles.

—Por supuesto. He recibido clases de repostería, el otro día fui a la National Gallery y he tenido citas.

Gerry sonrió.

—Bueno, entonces todo bien. Solo podemos ocuparnos de lo que podemos controlar y, Dios mío, tú estás haciendo exactamente eso. —Su tono era como un cálido abrazo. No pude evitar sentirme orgullosa de que estuviera contento.

—¿Se sabe cuándo va a presentar Merdon el dossier para la aprobación de Calmation en Estados Unidos?

—No conozco las fechas exactas —comentó Gerry—. Solo sé que es algo inminente.

—En cuanto lo hagan, le pediré a Joshua que me diga qué opina de mi

plan a ver si hay algo que se nos haya pasado por alto. Pero hasta el día que se presenten podemos centrarnos en otras actuaciones.

—Estoy de acuerdo. Dejemos estos artículos hasta que podamos dar nombres. Excelente trabajo, Hartford. No solo me gusta cómo estás planteando la cruzada contra Merdon, sino también la forma en la que tratas de llenar tu vida fuera de la medicina. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias. —Sonreí y me puse en pie para salir de su despacho.

Yo también estaba orgullosa de mí misma, y agradecía que Gerry me hubiera presionado en ese sentido. Tener cosas que hacer fuera del hospital no había sido tan horrible como esperaba. Había pensado que, si no me centraba en la medicina, iba a sentirme como antes de encontrarla. Que iba a ser a ser de nuevo la chica que ya no sabía bailar. Pero me había mantenido ocupada y mis pensamientos no se habían deslizado hacia el pasado más de lo habitual. Aquel arrepentimiento que creí que podía invadirme por lo que me había costado mi estúpido enamoramiento adolescente de Joshua no se había materializado.

Tal vez por eso había apagado mi campo de fuerza la noche anterior y le había devuelto el beso. El miedo a lo que pudiera hacerme se había atenuado. En esos momentos lo conocía mucho mejor que cuando éramos adolescentes. Las cosas eran diferentes.

20

HARTFORD

Cuando salí del ascensor, temblaba por la emoción de ver a Joshua. Había dicho que acostarnos no iba a cambiar nada entre nosotros, y esperaba que fuera cierto. Tenía muchas ganas de hablar con él sobre Calmation. Podíamos elaborar una estrategia juntos, algo que tuviera más éxito que cocinar juntos. No iba a ser esa noche porque debía mantener la confidencialidad del contacto de Gerry, pero sí muy pronto...

Me detuve delante de la puerta para coger las llaves, y la puerta de Joshua se abrió a mi espalda.

—Buenas noches —dijo, en ese tono relajado y ronco que indicaba que acababa de despertarse o que estaba sumido en sus pensamientos—. ¿Qué tal el día?

Me giré y le sonreí. Dios, era muy guapo.

—Bien. Ocupado. Gerry está contento con las actividades que desarrollo fuera del trabajo.

Joshua arqueó las cejas.

—Espero que no le hayas dado demasiados detalles.

Me reí mientras trataba de ignorar el sofoco que me subía por el cuello.

—Bueno, esta noche voy a enseñarte otra forma de pasar tu tiempo fuera del hospital. —Joshua cogió mi bolsa y me tendió la mano. Luego me arrastró a su apartamento.

—Deberíamos tener una conversación antes de volver a desnudarnos —dije, siguiéndolo al interior—. Solo te va el sexo sin compromiso, y lo sé. Vamos, que me doy por enterada.

—Podemos hablar, pero antes voy a contarte un secreto que guardo celosamente. —Me guio hasta la isla de la cocina, dejó mi bolso y sacó una copa de la alacena y una botella de vino de la nevera. La sirvió, pero, en lugar de dármela, la sujetó con una mano y me tendió la otra. No pregunté. Toda mi energía se había transformado en curiosidad por saber lo que me tenía reservado.

Lo seguí al cuarto de baño, donde dejó la copa en la repisa de mármol

empotrada y pulsó unos botones en un cuadro de la pared; el agua empezó a caer en la bañera. El cuarto de baño parecía sacado de un hotel de lujo, con sus paredes de mármol y la iluminación ambiental. Lo cual encajaba, supuse, ya que estábamos en un hotel. Más o menos. Sacó toallas y un albornoz de las estanterías del fondo, y lo dejó todo en el banco junto a la bañera.

—Bien —dijo, concentrando su atención en mí—. ¿Estos pijamas de hospital tienen botones, o solo se quitan? —Tiró del dobladillo de la prenda y me aparté de él. ¿Qué estaba haciendo?

—¿Este es tu secreto? ¿Así es como seduces a las mujeres? ¿Las bañas? —Ya nos habíamos acostado, ¿qué iba a pasar? ¿Iba a recibir el tratamiento completo de Doña Martes por la Noche?

—No, este baño lo he preparado para ti. Y si te metes en la bañera, tienes que estar desnuda. Me voy a sentar al otro lado de la puerta y podemos hablar de lo que quieras.

Me sentía fuera de juego.

—¿Y esto es un secreto?

Asintió.

—Los baños. Son la clave de la relajación, la creatividad y el cuidado de uno mismo. O, en este caso, de que yo cuide de ti. —Sacó una caja de madera de un cajón debajo del lavabo, y en su interior había pequeños frascos de Dios sabía qué—. Necesitamos incienso, manzanilla y, por supuesto, lavanda. —Seleccionó lo que quería y dejó caer unas gotas de cada uno en la bañera—. Y un poco de aceite de baño. —Cogió la botella que estaba junto a la copa de vino y añadió una generosa dosis al agua—. Es orgánico.

Ese hombre había perdido la cabeza.

—Venga, entra. Puedes añadirlo al informe quincenal para Gerry.

Solo faltaba que me enseñara a meditar.

—Ahórrate las miradas escépticas, Hartford, y quítate la ropa. No puedo decirte cuántas soluciones a mis problemas he encontrado en esta bañera. Esta bañera me ha proporcionado de todo, desde ideas rompedoras para lanzamientos hasta salidas a cuestiones de rentabilidad. —Se volvió hacia mí y me dirigió una mirada fulminante—. Y nunca le he enseñado esto a nadie. Ni a ninguna otra mujer. Ni siquiera a mis mejores amigos.

Lo empujé hacia la puerta para que no viera mi creciente sonrisa. Aquel

baño parecía bastante apetecible.

—¿Te vas metiendo dentro? —me preguntó—. Voy a por un cojín y una cerveza; ahora vuelvo.

Me quité el pijama y me metí en la bañera para darme mi primer baño en más de una década.

—He dejado las toallas y un albornoz en el banco —gritó Joshua desde el otro lado de la puerta.

¿El banco estaba allí para que alguien, o incluso dos personas, pudieran hablar con quien se bañaba? ¿Se reunían los empresarios mientras se daban baños?

—¿Quieres que te ponga música? —gritó, y una relajante música clásica de piano sonó por los altavoces.

—No —respondí.

El concierto se detuvo bruscamente.

—Me he olvidado de encender las velas. Las que están alrededor de la bañera funcionan con pilas. El interruptor está en la base.

Lo último en lo que pensaba era en las velas.

—¿Ya estás dentro? —preguntó.

—Me he sentado.

¿Cómo me había convencido para hacer eso? Me sentía ridícula. Pero estar en el agua se parecía a deslizarse entre sábanas de seda.

—Espero que la temperatura sea la correcta. Treinta y ocho grados exactos. Así es como suelo bañarme.

Solté una carcajada.

—Joshua Luca, apuesto algo a que, si hicieras una encuesta a toda la población británica, tú y la reina seríais las dos únicas personas del país que sabrían decir a qué temperatura prefieren el agua del baño. —Mientras me metía en el agua, tuve que reconocer que ese hombre sabía a qué temperatura había que bañarse.

—Los aceites esenciales que he vertido te ayudarán a relajarte. Y también pueden ayudar a borrar el olor de Yemen.

—Oye, que no sigo oliendo a Yemen. —Pero ¿a quién quería engañar? El baño olía a algo delicioso. Como un jardín lleno de flores. Inspiré hondo y dejé que mi cuerpo se hundiera más en el agua.

Se rio.

—No. Ya no. Bueno, podemos hablar ya.

Una oleada de ansiedad me recorrió el estómago. No sabía de qué quería conversar. Me gustaba Joshua, no cabía duda. ¿Mi campo de fuerza podía soportar tener sexo sin compromiso con él? Sabía que no podía darme nada más.

—Disfruté mucho la pasada noche —comentó, de nuevo en un tono bajo y ronco.

—Yo también —respondí—. Pero no vamos a decir nada más al respecto, ¿vale?

No quería tener que lidiar con un momento incómodo en el que él tuviera que decirme que no mantenía relaciones estables. O que una vez estuvo bien y todo eso, pero que no se iba a repetir. Mi campo de fuerza había recibido un duro golpe la noche anterior y necesitaba recargarse de energía antes de que me enfrentara a una charla sobre relaciones. Además, solo quería que fuéramos nosotros. No quería que lo ocurrido echara a perder nuestra amistad—. Seguimos siendo amigos.

—Perfecto.

—Soy consciente de que no te van los compromisos, así que vamos a dejarlo así. Si vuelve a ocurrir... —Si volviera a suceder, iba a tener que potenciar mi campo de fuerza por adelantado. De esa manera, no iba a estar tan lleno de agujeros como en ese momento—, pues bien. Si no lo hace, bien también.

—Perfecto —convino.

—Solo algo ocasional —insistí.

—Perfecto. Oye, ¿puedes dejar de decir «ocasional»? —preguntó.

—¿Y tú puedes dejar de decir «perfecto»?

A pesar de estar al otro lado de la puerta, noté el efecto de su risa entre los muslos.

—Lo que tú digas, Hartford. Ya que no vamos a hablar de lo que ocurrió anoche, ¿quieres hablar de trabajo?

Me encantaría charlar con él sobre todo el asunto de Merdon y Calmation, pero tenía que esperar hasta que todo saliera a la luz. Entonces lo iba a pillar por banda para que participara en mi plan.

—En realidad, no. Se están gestando algunos temas de los que quizá quiera hablar contigo dentro de unas semanas, pero ahora no puedo.

—¿Qué tal tu pierna?

La saqué del agua y observé cómo el agua se deslizaba por la cicatriz

que me había hecho diez años antes.

—Bien. Aunque creo que siempre será mi punto débil, ¿sabes?

—Todos los tenemos. —Oí el golpe que daba su cabeza cuando la dejó caer sobre la puerta del baño.

—¿Puntos débiles? —pregunté.

—Sí. Y cicatrices.

—Pero tú no. ¿Acaso Joshua Luca no es completamente impecable? Un millonario de éxito que solo tiene que chasquear los dedos para que una mujer caiga rendida ante él.

—¿Solo tengo que chasquear los dedos? —Noté la sonrisa en sus palabras y por una fracción de segundo quise decirle que entrara y se uniera a mí en aquella bañera con el agua a la temperatura perfecta. Que me enseñara sus puntos débiles y las cicatrices que tenía, así podía ofrecerme a lavárselos todos.

—¿Dónde están tus cicatrices, Joshua?

El silencio se instaló entre nosotros como el vapor de los espejos. Estábamos en una encrucijada en nuestra relación: podía hacer alguna broma diciendo que no se había roto ningún hueso, o podíamos profundizar.

—No estoy seguro de tener cicatrices exactamente. Pero tampoco soy impecable.

—¿En serio? Dime algo en lo que no seas bueno. Algo en lo que hayas fracasado. Algo que quieras pero no puedas tener.

—He tenido mi cuota de desafíos. El trabajo es... —Hizo una pausa, y me lo imaginé haciendo un poco de gimnasia mental para elegir las palabras que debía decir—. Supongo que la ruptura con Diana fue mi peor momento.

Diana. ¿Era esa la mujer con la que había estado a punto de casarse? Recordaba que había habido muchas llamadas telefónicas y conversaciones en voz baja en la época que se suponía que iba a ser la boda, pero no recordaba ningún detalle concreto. Siempre había pensado que la decisión la había tomado Joshua.

—Mirando hacia atrás en el tiempo, fue lo mejor para ambos. Éramos demasiado jóvenes y no teníamos ni idea de lo que íbamos a hacer.

—¿Todavía la echas de menos?

—No, creo que nunca lo hice. Pero me habría gustado que me lo hubiera dicho en lugar de no presentarse a la ceremonia, ¿sabes?

Me senté de golpe y el agua salpicó por los lados de la bañera. No tenía

ni idea de que lo habían dejado plantado en el altar. Había ocurrido cuando yo pasaba por la fase en la que no quería saber nada de Joshua, que había durado unos diez años.

—Eso debió de ser muy duro. —Quise salir y consolarlo, pero la última vez que había surgido el tema, cocinando, se había callado. No pude evitar pensar que la única razón por la que se había abierto ahora era porque había una puerta cerrada entre nosotros.

—Ya. Supongo que tenía la vida planeada en una determinada dirección y de repente...

Los planes cambiaron.

Conocía esa sensación.

—¿Sucedio antes de que fundaras Luca Brands?

—Sí, justo antes.

—Así que canalizaste toda tu energía para levantar una empresa que ha alcanzado el éxito.

—Supongo.

Tenía sentido. También explicaba por qué Joshua no quería mantener relaciones serias con nadie, aunque no estaba segura de que él lo viera tan claro como yo. Sus cicatrices estaban bien ocultas y, después de tanto tiempo, era poco probable que sanaran. Al no haberse casado, Joshua se había dejado llevar por un estilo de vida lleno de relaciones sin compromiso, y yo tenía que respetar sus límites. Iba a verme obligada a mantener mi campo de fuerza totalmente cargado, a mantener a raya los sentimientos que siempre acababan desbordándose por él. Era la única manera de que pudiera repetirse lo que habíamos compartido la noche anterior, y cada momento que pasaba con él me quedaba más claro que lo que quería era disfrutar a tope con Joshua.

21

JOSHUA

Era una reunión normal de domingo por la noche con mis cinco mejores amigos. Esos chicos habían sido siempre mi apoyo. Cuando había fundado la empresa, las noches en el pub habían sido inestimables para que me aportaran ideas o discutir con ellos mis problemas. Y antes de eso, cuando mi compromiso se había ido a la mierda, habían sido ellos quienes me habían mantenido cuerdo. Me habían obligado a dejar de beber y me habían ayudado a canalizar el dolor, la ira y la frustración para volcarlos en mi negocio y en la pista de tenis, por supuesto. Esos hombres eran la razón por la que había salido adelante. Desde la conversación que había sostenido con Hartford a través de la puerta del baño, seguía dándole vueltas a lo mismo, y no podía entender por qué. Necesitaba hablar de ello.

—¿Quién es esa Hartley de la que no hago más que oír hablar? —preguntó Andrew; estábamos sentados a la mesa redonda de roble y veíamos cómo Dexter y Beck discutían en la barra quién pagaba la cuenta—. ¿Es importante? —Andrew nunca se andaba con rodeos. Nunca cedía a los tópicos ni a las exageraciones. Y tenía una extraña habilidad para dar con el quid de una cuestión.

—Se llama Hartford —dije, y asentí—. Hartford Kent. Todo va bien, se muda dentro un mes. —Su estancia en el apartamento de al lado había pasado volando, al menos para mí. Había pensado que no me iba a gustar tenerla como vecina, pero había resultado mejor de lo que esperaba. Mucho mejor—. Se ha convertido en una buena amiga. —Una amiga con la que compartía cosas que nunca le había contado a nadie.

—¿De qué habláis? —preguntó Gabriel al tomar asiento.

—De nada, en realidad. Solo comentaba que Hartford se mudará pronto. Se ha convertido en una buena amiga. Anoche estuvimos hablando mientras se daba un baño...

—¿Estuvisteis hablando en el cuarto de baño? —se extrañó Gabriel.

—¿Con quién te has bañado? —preguntó Tristan al sentarse, seguido rápidamente por Beck y Dexter.

—Joshua estaba hablando con Hartford mientras ella estaba en el baño.
—Andrew lo puso al corriente, y no tenía que mirar a Tristan para saber que los ojos se le salían de las órbitas.

—Yo estaba al otro lado de la puerta del cuarto del baño. No estábamos juntos en el baño. Somos amigos. La estaba animando a relajarse y a cuidarse. —No era idiota: sabía que quería que Hartford fuera feliz y era consciente de que eso significaba que me gustaba mucho. Aunque Kelly fuera una gran mujer, no la animaba a meterse en la bañera después de habernos acostado. Con Hartford todo era diferente.

Alrededor de la mesa, todos mis amigos intercambiaban miradas de reojo. Lo entendía. Era el mismo tipo de confusión que yo mismo llevaba tiempo sintiendo.

—Claro —respondió Beck—. Te gusta, y es una gran mujer. Atractiva, y parece saber cómo manejarla. Es muy inteligente, está claro.

—Sí, por supuesto, es una gran mujer. Y no necesito que me manejen, gracias. —Me hacía parecer ganado. Pero tenía razón: ella me gustaba.

—Me alegro de que por fin te guste alguien. Sabemos que Diana te dejó hecho polvo, pero tenías veintidós años cuando ocurrió. ¿Quién no es un idiota a los veintidós años? —intervino Tristan.

Mencionar a Diana en nuestras conversaciones de grupo era como hablar de Macbeth en el teatro: algo que no se hacía. Nadie necesitaba recordar lo que había sucedido porque estaba incrustado en nuestra existencia, como los cimientos de una casa que había sido construida hacía cien años y que nadie había vuelto a revisar ni a pensar en ellos. Entonces, ¿por qué mis supuestos amigos habían decidido que esa era la noche para retirar el cartel de prohibido al tema de mi ex? Quizá les había dado una especie de permiso de forma inconsciente.

—Tú sigues siendo un idiota —espeté a Tristan.

—Por lo que me han dicho Dexter y Beck, esa mujer, Hartford, y tú habéis pasado mucho tiempo juntos —metió baza Andrew, cambiando de tema, por fortuna. No estaba allí para hablar de Diana—. Todos te animamos.

—¿Os va a estallar la cabeza si os digo que la he besado? —No iba a confesar que había pasado mucho más entre nosotros.

—Buen trabajo —dijo Tristan, levantando la mano para chocar unos cinco que no iba a recibir.

—Bueno, eso es un progreso. —Gabriel me puso la mano en el hombro—. Puedo decirte por experiencia que huir del dolor solo te ayudará hasta cierto punto. Diana te dejó hace mucho tiempo. Eras un hombre diferente entonces. Y la historia no se repetirá.

¿Y también Gabriel estaba hablando de Diana? Me sentía como si estuvieran en el jardín trasero, removiendo la tierra. Pero allí no había cadáveres enterrados, y yo no estaba sufriendo ni huía del pasado. En ese momento había sido difícil superarlo, pero a todos nos habían surgido dificultades en nuestro camino. En el presente disfrutaba de la vida. Era feliz.

—Tienes que pasar página a lo de Diana, amigo —insistió Andrew—. La probabilidad de que Hartford también te deje en el altar es estadísticamente insignificante.

¿Era un complot o qué? ¿Era eso lo que todos pensaban? ¿Que todavía seguía colgado de Diana? Si me lo hubiera dicho cualquier otra persona, la habría ignorado, pero confiaba en esos hombres. Si alguna vez tenía que enterrar un cadáver, ellos me ayudarían a hacerlo. E iban a encontrar un lugar mucho más creativo para ello que mi inexistente jardín trasero.

Gabriel se aclaró la garganta.

—Intentaba ser un poco más suave, pero sí. Andrew tiene razón.

Ojalá dispusiera de un interruptor que me transportara de regreso al apartamento para poder remojar me en la bañera durante diez minutos y pensar en lo que estaban diciéndome, y después volver y contarles mis conclusiones. Iba a tener que dedicarle algún tiempo en la bañera a ese tema.

—Yo no salgo en serio con nadie —solté, como si estuviera colocando la primera pieza de un rompecabezas de mil piezas en el centro de la mesa.

—De acuerdo —anunció Dexter—. Cuando a alguien le dan una patada en los cojones como a ti, es normal que no quiera volver a comprometerse de inmediato.

Acababa de colocar la segunda pieza del rompecabezas. Entendía la lógica que seguía Dexter: no había tenido otra relación seria desde Diana. En parte, eso se debía a que había centrado toda mi atención en el trabajo, lo que, pensándolo bien, me hacía comprender mejor el compromiso que había establecido Hartford con la medicina después del accidente. Fue todo un *shock* reconocer que ambos habíamos reaccionado al dolor de la misma

forma: volcándonos por completo en el trabajo. Y Hartford, después de más de una década, seguía haciéndolo.

—Pero no para siempre —intervino Gabriel—. En algún momento hay que dejar a un lado ese dolor y seguir adelante.

—No me parece que me haya aferrado a lo que pasó —protesté. Eso era lo que me había llevado allí esa noche. Me gustaba Hartford. Mucho. Me gustaba su total falta de timidez cuando estaba conmigo. Me gustaban su sonrisa, sus pecas y su maldita amabilidad. Me gustaba su silencio tanto como su conversación. Pero había algo que me impedía avanzar con ella, aunque no sabía qué era.

¿Quizá había estado bloqueado durante tanto tiempo por lo que Diana me había hecho que el dolor se había convertido en un grito mudo? No pensaba a menudo en Diana ni en lo que había hecho o dejado de hacer. Mi vida era plena y satisfactoria. No tenía el corazón roto.

Más bien lucía una cicatriz descolorida.

—No estoy seguro de saber cómo será mi vida con una mujer —añadí, colocando otra pieza del puzle. Si tenía que ser sincero en algún momento, ¿con quién mejor que con los hombres que me habían visto en las buenas y en las malas?

—Quizá no te has esforzado demasiado en imaginarlo —insistió Gabriel—. Las rutinas que tienes en este momento implican que las mujeres con las que te acuestas no forman parte de tu vida fuera del dormitorio. Es como si solo contemplaras lo contrario al matrimonio. Y tal vez te ayude, pero parece la reacción de visceral de alguien que está dolido.

No me sentía dolido.

—A Bethany le pasa lo mismo: durante años no quiso dormir en la cama de mayor porque se cayó la primera noche que pasó allí. Al final, ni siquiera recordaba haberse caído, solo sabía que no le gustaba la cama.

Inspiré hondo, meditando sus palabras.

—¿Para ti, haber sido célibe durante miles de años es lo mismo que no querer dormir en la cama de mayores? —pregunté.

Asintió.

—No quería preocuparme por alguien y que me volvieran a romper el corazón. Un poco como tú, supongo. Cuando llegó Autumn, supe que tenía que elegir entre abrirme o perderla. Abrirme era el mal menor.

La cicatriz invisible que llevaba en mi interior supuró ante esas

palabras. El día de mi boda había sido el peor de mi vida. Cuando la gente decía que su mundo se había roto en mil pedazos, la mayoría de las veces exageraban, pero a mí me había ocurrido. Y ese día, se había venido abajo todo aquello de lo que había estado seguro.

Me había despertado con la certeza de cómo iba a ser aquel día: quién era y con quién me iba a casar. En pocas horas, todo había cambiado.

Había repetido mentalmente todas las conversaciones que había mantenido con Diana buscando indicios de que no era feliz o de que no quería casarse conmigo, pero no había dado con nada. Y seguía sin saber por qué se había ido. Nunca había recibido ningún tipo de explicación. Tuve que empezar de nuevo surgiendo de las cenizas y me había tocado reconstruirme: mi confianza, mi seguridad en mí mismo, mi confianza en la gente que me rodeaba.

—Tienes toda una vida de experiencia a las espaldas —continuó Gabriel—, algo que no tenías la última vez que te enamoraste.

¿Que me enamoré? Era como si Gabriel acabara de arrojar un centenar de piezas del puzzle sobre la imagen que comenzaba a emerger, y eso eclipsara todo lo que había estado enfocando.

—No estoy enamorado. Y he superado lo que me ocurrió con Diana. Ni que hubiera sido célibe todos estos años... —Me reí, pero la cara de Gabriel seguía siendo pétrea.

—No hay nada malo en el sexo sin compromiso después de una ruptura —dijo Dexter—. Todos hemos pasado por eso. Pero a menos que el sexo se convierta en algo más, vas a sentirte vacío. Seguro que lo entiendes.

Consideré la forma en la que había estado evitando a Kelly. El sexo con ella nunca había sido malo, pero se había vuelto peor de lo que había sido al principio. Nuestra rutina era siempre la misma:

Un par de frases sobre el trabajo o el tiempo.

Un beso.

Deshacernos de la ropa.

Mamada.

Sexo.

Orgasmo.

Un par de frases más sobre el trabajo o el tiempo mientras nos poníamos la ropa, seguidas de la despedida.

Dexter tenía razón. Me hacía sentir vacío. Aunque solo me había

acostado con Hartford una vez, estar con ella me hacía sentir completo. Y si estaba completo, no necesitaba a Kelly. Ni a nadie más.

—Me gusta la compañía de mujeres hermosas —aseguré—. No voy a disculparme por eso. La mayoría de los hombres darían una mano por pasar una noche con una de las mujeres que yo... Ya me entendéis.

—¿A quién le importa lo que piensen los demás? —preguntó Andrew—. La única persona que importa eres tú. Y quizá tu madre. Que se jodan los demás. No te acuestas con mujeres para dar celos a otros hombres. Ni porque te hayas convencido de que es la única manera de evitar que te hagan daño. Haces el amor con una mujer porque te hace feliz.

Fue como si me hubiera hecho un agujero en el pecho y pudiera sentir el viento silbando.

Hartford me hacía feliz.

No solo era divertida para pasar el rato, sino que me sentía feliz de verdad cuando ella aparecía.

Me daban ganas de estrecharla entre mis brazos y pasar la noche intercambiando historias. También me daban ganas de salir corriendo.

—Maldito seas, Andrew. Siempre estás trabajando, joder. ¿Por qué tenías que estar disponible esta noche? —Él sabía que no lo decía en serio. Por eso, junto con el mensaje al grupo, le había enviado uno privado para indicarle que esperaba que pudiera acercarse. Lo necesitaba allí.

Esbozó una sonrisa.

—De nada.

—Digamos que, en teoría, todos tenéis razón: me gusta Hartford y hasta el momento me he estado protegiendo. ¿Cómo la convenzo para que se arriesgue conmigo? Ella... cree que solo soy capaz de mantener relaciones ocasionales. —No estaba seguro de que no estuviera equivocada. No sabía por dónde demonios empezar—. No voy a involucrarme con alguien que no está interesado...

—No seas gallina. Tienes que perseguirla. Convencerla —dijo Tristan.

—¿Qué? ¿Crees que debo ser como tú y acosarla hasta que se pliegue a mi voluntad? ¿Cuántas mujeres te han puesto una denuncia?

—La persistencia tiene su recompensa —alegó, haciéndome sentir decepcionado cuando no mordió el anzuelo que le había lanzado—. Y si ella vale la pena, también vale la pena un poco de esfuerzo. Aviva el fuego del deseo.

—¿El qué? Bah, no importa. No puedo convencer a Hartford de que soy el hombre para ella cuando probablemente piensa que soy exactamente lo contrario del hombre que desea.

—¿Por qué no? —preguntó Andrew—. Gabriel pensaba que quería ser abogado. Míralo ahora, cubierto de serrín la mayor parte del tiempo. La gente puede cambiar. Al menos, deberías darle la oportunidad de saber que quieres ir en serio con ella y dejar que decida por sí misma.

Gemí. Probablemente acabara saliendo con otro médico, un hombre que salvaba vidas y hacía otras cosas importantes.

—En realidad, tengo que concertarle otra cita. El tipo que tenía preparado volvió con su novia. Necesito a alguien con quien le vaya bien. Con el último fue un desastre.

—En lugar de buscarle otra cita, ¿por qué no sales tú con ella? —preguntó Tristan.

—¿Has estado hablando con Hollie? —Hartford se iba a reír e iba a decir que era demasiado vago para encontrarle otro.

—Tengo una idea —dijo Dexter—. Conozco a un médico. Un tipo guapo. Deportista. El único problema es que es seguidor del Chelsea, pero si dejamos eso de lado, es un buen partido. Creo que hizo eso de ir a ejercer a las zonas de guerra, como Hartford.

Sentí como si Dexter estuviera hundiendo lentamente un cuchillo en mi estómago.

—¿Y eso qué utilidad tiene?

Dexter continuó.

—El tipo este no está listo para sentar cabeza. Pero puedes enseñarle su foto *online* a Hartford. Le gustará conocerlo, ¿verdad?

—Sigo pensando que no veo la utilidad de eso —dije.

—Dile que tal vez debería salir contigo para practicar —explicó Dexter—. Para estar seguros de que todo sale bien en la última cita. Te ofreces a darle *feedback* y le dices que la entrenarás para que todo vaya bien cuando quede con mi compañero.

—Me gusta la idea —intervino Tristan—. Así podrás hacer tu jugada.

—Entonces, actúas como en una cita de verdad —continuó Dexter—. La vas a recoger, le regalas flores, le haces cumplidos, la llevas a cenar a algún sitio romántico, le coges la mano por encima de la mesa. Quizá hasta debas besarla al final de la cita. Al terminar, a ella se le habrá olvidado mi

amigo.

—Básicamente me estás diciendo que debo engañarla para que salga conmigo. —Lo que más me gustaba de mi relación con Hartford era que no había coqueteos ni pretensiones. Podía ser yo con ella porque ella lo era conmigo. Pero yo había metido la pata y lo había jodido todo al añadir los sentimientos a la ecuación.

Dexter se encogió de hombros.

—No vas a engañarla exactamente, solo le darás la oportunidad de verte en tu mejor momento. ¿Qué tienes que perder?

A Hartford. Podía perder a Hartford. Pero si no hacía nada, iba a perderla de todos modos. Valía la pena intentarlo.

OceanofPDF.com

22

JOSHUA

Era casi medianoche cuando me encontré dando vueltas en la puerta de mi casa. Me había pasado la tarde informando al equipo sobre la investigación para el lanzamiento de Merdon, y desde entonces había estado esperando. Y esperando. Y paseando. Y aguardando.. Tenía un plan y estaba impaciente. Quería echarlo a rodar.

Finalmente, oí el ruido del ascensor y abrí la puerta.

—Hartford —dije en un tono serio. Ella levantó la cabeza, lo que me permitió ver sus ojeras. Parecía cansada. Y algo agotada—. ¿Estás bien? —dije en tono más suave ¿Había pasado algo?

Asintió.

—Ha sido un día largo. Eso es todo. ¿Tú estás bien? —Bostezó, tapándose la boca y cerrando los ojos. Quería cogerla en brazos, servirle un poco de vino y prepararle un baño.

Pero no iba a hacer ninguna de esas cosas.

Todavía no.

—Estoy bien. Estaba hablando por teléfono con Estados Unidos y oí el ascensor.

—¿Qué tal el día? —preguntó.

—No quieras saberlo. Es mejor que te metas en la cama y duermas un poco. —Podía esperar para contarle lo de su tercera cita y mi plan de «ayuda». Aunque muriera de impaciencia.

—Tardaré horas en poder dormir todavía. Demasiada adrenalina. Ha sido un día de locos.

—Pues tengo pastelitos... —La tenté, abriéndole la puerta. Había ido a comprar sus favoritos, de galletas y crema.

—Suena perfecto. —Se desplomó en el sofá y se quitó los zapatos. Me hizo sonreír porque parecía estar muy cómoda en mi casa, como si se hubiera mudado. Me di cuenta, no por primera vez, de que me gustaba tener a Hartford en mi hogar. Desde la primera semana, cuando había asomado la cabeza para que fuera a hacer la compra con ella, su presencia allí había

sido natural. Prueba suficiente, si la necesitaba, de que los límites que había establecido para otras mujeres no se aplicaban a Hartford. Fui a buscar dos vasos de agua y le puse a cada uno una rodaja de limón.

—Voy a buscar piso de nuevo el fin de semana. Ha surgido otro apartamento en Borehamwood, de una habitación. Creo que te gustará. No hay un *fish & chips* debajo. —Sacó el teléfono y empezó a buscar—. Mira —dijo—. Te lo cambio por un vaso de agua.

Cogió la bebida y me dio el teléfono. Eché un vistazo al piso que estaba considerando.

—Podemos alargar el contrato del que usas ahora si quieres —sugerí—. No supone un problema. Tendrás más tiempo para decidir dónde quieres vivir. —Borehamwood estaba a kilómetros de distancia. No íbamos a vernos nunca si se iba a vivir allí.

—Eres un encanto. Pero no puedo acostumbrarme a vivir como si fuera una celebridad. Necesito volver a la realidad en algún momento.

La idea de que fuera a mudarse dentro de unas semanas hizo que me inundara una sensación de urgencia.

—Esta noche he ido a tomar unas copas con los chicos. Te he encontrado una tercera cita. Un amigo de Dexter. Es médico.

Sus ojos se iluminaron.

—¿Dónde trabaja?

—Sé cómo se llama. ¿Voy a buscarlo?

Escribí «*Doctor Brian Sandford*» en mi teléfono y aparecieron un montón de datos. Dexter no exageraba cuando decía que el tipo era guapo. Por un segundo, se me había ocurrido mentir y decirle que no había encontrado nada. Pero debía seguir el plan, y para que el plan funcionara, Hartford tenía que querer impresionarlo. Giré el teléfono y se lo tendí.

—¿Qué te parece?

—Es guapo. Déjame ver...

Le entregué el móvil y me senté a su lado mientras se desplazaba por su perfil en internet.

—Solo unos años mayor que yo y ya se ha especializado. Es impresionante. Y ha estado en Médicos sin Fronteras. —En su rostro apareció una sonrisa. ¿Cómo iba a competir contra eso?—. ¿Cuándo es la cita?

—El próximo fin de semana. —Ese era el momento en el que tenía que

sacar el tema de salir conmigo. Inspiré hondo y me lancé—. Se me ha ocurrido que, después de la última cita, tal vez necesites... No sé, una especie de ensayo.

—¿Qué quieres decir? ¿Por David?

—Solo por si acaso has perdido confianza en ti misma. No querrás meter la pata con un tipo como Brian, ¿verdad?

—Parece demasiado bueno para ser verdad.

—Claro. —En parte me horrorizaba que le hubiera gustado tanto al instante, y en parte me aliviaba que su perfil estuviera dándome la razón. Me habría gustado más que una pequeña parte de ella hubiera esperado que yo decidiera que no me iba lo ocasional cuando se trataba de ella. Pero había sido yo quien se había hecho esa cama y tenía que acostarme en ella; por eso estaba buscando fotos de Brian en Google—. ¿Qué te parece tener una cita de prueba antes de salir con él?

—¿Qué quieres decir con «una cita de prueba»?

—No sé —dije, intentando aparentar que se me estaban ocurriendo algunas ideas en ese momento—. Tú y yo podemos ir a tomar algo, tener una cita que sea un ensayo.

—¿Nosotros? —Me devolvió el teléfono con el ceño fruncido. Tuve que reprimir la sonrisa al ver cómo le bailaban las pecas en la nariz.

—Sí. Podemos arreglarnos y fingir que es una cita de verdad. Y como me conoces, no te pondrás nerviosa. Recuperarás la confianza en ti misma y estarás en forma para cuando quedes con Brian.

Rodeó el sofá y me miró. Casi pude leer los mil pensamientos que daban vueltas en su cabeza, como si estuvieran compitiendo entre sí.

Quería detenerme en cada uno de ellos.

—¿Lo que quieres decir es que finjamos que tenemos una cita, y si soy un desastre, me puedes dar algunas indicaciones? —No parecía horrorizada por la idea.

—Sí. Y si yo cometo algún error escandaloso, quizá puedas señalármelo y...

—Suená bien —dijo ella.

Los músculos del cuello se me relajaron de golpe.

—¿Estás de acuerdo? —¿Había entendido bien cuál era la idea?

—Sí. Pero solo si pagamos la cuenta a medias... Y, ¿podríamos no ir a ese restaurante, Heston Blumenthiny? Acabo de pasar por allí y los

precios son de escándalo.

—¿Y si pago yo?

—¿Está permitido? Es decir, ¿no viola eso la regla de ir a escote?

—Por el bien del experimento, digamos que la cena en el restaurante Heston Blumenthal corre de mi cuenta.

Me sostuvo la mirada como si estuviera considerando decir algo. Luego apartó la vista.

—De acuerdo, entonces. Una cena. Tú y yo. ¿Qué me pongo?

Volví a coger el teléfono. El otro día había visto algo que pensé que podía quedarle genial a Hartford. Esa era la excusa perfecta para comprárselo.

—Esto —dije, mostrándole la imagen en la pantalla del móvil.

—¡Qué bonito! ¿Cuánto vale?

—¿Qué talla usas?

—¿El precio depende de la talla?

—No, dime tu talla.

—Una cuarenta. Por lo que no voy a comer más pastelitos esta noche.

Me reí. No tenía nada de qué preocuparse. Era perfecta.

—¿Y el número de calzado? —Si iba a vestirla, sería de pies a cabeza.

—Ya tengo zapatos —dijo.

—¿Qué número calzas? —Había visto unos hermosos Lanvin que eran perfectos para ese vestido.

—Un cuarenta. Aunque puede que hoy me hayan crecido los pies. Ahora mismo me aprietan mucho los zapatos.

—¿Quieres que te dé un masaje? —pregunté.

Una sonrisa se desplegó por su rostro.

—Eres el mejor. Pero me gustas demasiado para hacerte eso.

Le devolví la sonrisa.

—Me gustas lo suficiente como para ofrecerlo solo si quiero hacerlo.

—¿Crees que mis vecinos en Borehamwood serán tan amables como tú?

Me reí. Esperaba que no.

23

HARTFORD

Debía de ser un error. Miré el precioso vestido de encaje negro que acababa de sacar de entre las nubes de papel de seda en las que estaba envuelto. Era el que Joshua me había enseñado en el teléfono. Cogí la tarjeta que lo acompañaba para leerla por tercera vez.

«Vas a estar preciosa. Estoy deseando verte esta noche.

Besos.

Joshua».

Aquel hombre se había vuelto loco. ¿Para qué me compraba ropa? Y no le había llegado con comprarme el vestido, también me había enviado los zapatos. Y un bolsito de mano. Tal vez temía que me presentara en la cena con el pijama de quirófano y lo avergonzara. Y, siendo sincera conmigo misma, cabía esa posibilidad. O quizá había puesto todas sus esperanzas en el tal Brian y quería que lo impresionara para sentirse menos responsable de mí. Sí, casi seguro que era por eso. Imaginé que hacía lo mismo con cada cita. Y si era así, resultaba increíble. Aunque un poco controlador, en especial si no conocía a la mujer. Cogí un cuaderno del tocador y escribí una nota. Joshua y yo habíamos acordado proporcionar al otro ideas sobre las citas, y no quería olvidarme de ese dato. Le diría que, si era el novio de una chica, hacer eso me parecía fantástico, pero siendo una primera cita, resultaba un poco exagerado. Por otra parte, se me ocurrían muchas mujeres que se quedarían alucinadas si un tipo les comprara un vestido así antes de salir con ellas. Mi yo de diecisiete años habría explotado de placer ante la idea.

Faltaba una hora para que Joshua me avisara para marcharnos, así que tenía tiempo de sobra. Me estaba poniendo manos a la obra para domar mi pelo cuando mi teléfono vibró.

Estaré ahí dentro de una hora. Estoy deseando verte. xx

¿Un mensaje antes de la cita? ¿Y firmaba con dos besos? Oh, esa noche estaba desplegando todo su encanto. Tenía que tranquilizar a mis ovarios para hacerles saber que Joshua estaba actuando y que no se pusieran a cien. Me había dedicado a fortalecer el campo de fuerza durante toda la semana,

y menos mal, pues allí estaba, a punto de tener una cita de prueba con Joshua, teniendo que recordarme a mí misma que aquella situación podía ser muy parecida a los sueños que tenía de adolescente, pero no era real. ¿Cuándo se me había complicado tanto la vida?

Debía responderle. Tenía que tomármelo tan en serio como él.

Yo también lo estoy deseando, Joshua.

Hice una pausa. ¿Debía añadir besos? Era algo que Joshua y yo no habíamos intercambiado nunca en los mensajes. Pero si él fuera Brian..., probablemente añadiría un beso si él lo hubiera hecho previamente, ¿no?

Así que escribí dos besos y pulsé «enviar».

Tenía ganas de pasar una noche relajada con alguien que estaba resultando ser mi mejor amigo. Pero si iba a ponerse en plan encantador y juguetón conmigo, tenía que mejorar mis defensas.

Cuarenta y cinco minutos después, me las había apañado para aplicarme un poco de rímel y colorete, y mi pelo tuvo a bien dejarse domar, aunque fuera por una vez. Incluso me había pintado de rojo las uñas de los pies. La mujer en el espejo tenía buen aspecto. Guapa, aunque discreta. Sin embargo, a pesar de estar en ropa interior, sudaba como si me encontrara en el Sahara. Fui al cuarto de baño y mojé con agua fría una toalla que sostuve contra las partes de mi cuerpo que parecían arder. No estaba hecha para arreglarme. No estaba en mi código genético.

Cuando me calmé un poco, volví al dormitorio y me quedé mirando el vestido que estaba colgado en la puerta. Era precioso. Seguro que me lo cargaba al ponérmelo. Volví al cuarto de baño y me lavé las manos para asegurarme de que no lo manchaba antes de salir del edificio.

Me temblaban las manos cuando lo descolgué de la percha y abrí la cremallera. Intentando ser lo más cuidadosa posible, me lo subí por las caderas. Al menos me quedaba bien. Metí los brazos y busqué la cremallera en la espalda. Aquella tela era muy suave y se ceñía a mi figura en todos los lugares adecuados. Luego fui al vestidor para echarme un vistazo en el espejo.

Joder... No parecía yo. Me parecía a una de las mujeres que veía en el vestíbulo del edificio de apartamentos. Casi parecía que podía ir del brazo de Joshua. Al menos no lo avergonzaría. Solo me quedaba canalizar el poder y la confianza de la Venus de Rokeby.

Me puse aquellas sandalias tan cómodas y, justo cuando estaba

cogiendo el bolsito, Joshua llamó a la puerta.

El entusiasmo me hizo sentir un aleteo en el estómago, algo que no había sentido antes de ninguna de las dos citas que Joshua me había organizado hasta ese momento. Probablemente porque sabía que la de esa noche iba a ser una gran velada y no tenía que preocuparme por impresionar a un desconocido. Eso me quitaba presión.

—Hola —dije al abrir la puerta, sonriendo.

Joshua levantó la barbilla.

—Caramba.

—¿Qué te parece? —Di una vuelta sobre mí misma—. Tienes un gusto excelente.

—Estás preciosa —aseguró.

—He tardado más de una hora en arreglarme. ¿Te lo puedes creer?

Joshua se rio.

—Esto es para ti. —Me entregó un ramo de flores en una especie de jarrón cuadrado con unas letras muy elegantes.

—Eres demasiado. No hacía falta que me trajeras flores. —Inspiré hondo, inhalando el aroma de las rosas y de las fresias rosas y amarillas—. Aunque son muy bonitas.

—Las citas deberían traerte flores. Tú lo vales.

Ladeé la cabeza y le lancé una mirada diciéndole que no fuera ridículo.

—Venga ya...

—Si tu cita te lleva flores, no le digas que no hacía falta. Dale las gracias. ¿Entendido?

—Gracias, Joshua. —Lo miré, un poco desconcertada. El vestido, los mensajes y las flores... Estaba poniendo el listón muy alto.

—Me encantan. Ya están el agua, así que se conservarán hasta que llegue a casa.

Dejé las flores en el pasillo y cerré la puerta.

—Vamos. —Joshua me tendió la mano.

Deslicé la palma contra la suya y me pareció lo más natural del mundo.

—No puedo recordar cuándo fue la última vez que fui de la mano con un hombre que no fueras tú. —Esa noche y a principios de semana, cuando me había preparado un baño perfecto a treinta y ocho grados.

—Ni yo —dijo.

No tardamos mucho en llegar al restaurante. Joshua se comportó como

un caballero durante todo el camino, abriéndome las puertas, aunque siempre lo hacía; dedicándome cumplidos —algo que también era habitual en él—; me preguntó qué tal me había ido la semana, lo cual era su costumbre. Aunque era una excelente cita de prueba, había sido un auténtico amigo durante esos meses. Noté una opresión en el pecho ante la idea de mudarme al cabo de unas semanas. Lo iba a echar de menos.

Nos sentamos en un pequeño reservado al fondo del restaurante.

—Estoy un poco preocupada —dije—. No creo que la mayoría de los hombres con los que salgo sean tan atentos. Si la conversación se agota, ¿qué hago?

—Haz lo que te salga de forma natural. Sé tú misma. —Era fácil para él decirlo. Joshua siempre sabía lo que había que decir.

Me reí.

—Sabes que esa es una mala idea.

—No —soltó con un poco más de firmeza de lo que había esperado—. No es una mala idea. Eres una gran persona y es divertido estar contigo.

Gemí.

—Se supone que debes ayudarme. Ese es el objetivo de estar aquí. No voy a aprender nada si solo me dices que soy genial. —Eso era lo que pasaba con Joshua; cuando estaba con él, actuaba como si yo fuera la persona más interesante y divertida que había conocido. Eso formaba parte de su encanto.

Me sostuvo la mirada como si estuviera a punto de decir algo, pero antes de que pudiera hacerlo, un camarero nos interrumpió y Joshua pidió unos cócteles. Me quedé en silencio, esperando escuchar lo que iba a decir, pero el momento había pasado.

—¿Esto es lo que se hace normalmente? No me has preguntado lo que quería, pero has elegido lo que yo habría elegido para mí.

—Eso es porque te conozco, aunque no puedes esperar que tus citas te lean la mente. Pero si te gusta que pida por ti, puedes decirle a tu cita lo que quieres tomar. A ver qué hace cuando pase la camarera.

—Es cierto. Brian va a tener mucho que aprender.

Sonrió como si le hubiera hecho el mayor de los cumplidos.

—¿Estás bien? —pregunté. Parecía un poco diferente. Seguía siendo el mismo Joshua con el que me sentía cómoda y con el que me encantaba salir, pero de alguna manera era una versión mejorada. Me pregunté si eso era lo

que se sentía al salir con Joshua, al ser su novia. El vestido, las flores, los piropos... Joshua ya había sido lo más cuando estaba en el instituto, pero había mejorado con la edad. Maldito fuera.

—Pasando el mejor momento de mi vida. ¿Y tú?

¿*El mejor momento de su vida*? Estaba siendo sarcástico, ¿verdad? Pero si él me preguntaba lo mismo, yo podía responder sinceramente de igual manera. Estar con Joshua se había convertido en mi actividad favorita.

—Hoy he recibido un correo de Thea —comenté—. ¿Se nos permite hablar como si nos conociéramos?

—¿Quieres el modo de juego de rol completo? —preguntó—. Si es así, doctora, tengo un terrible dolor que solo se me podría quitar con un beso. Es justo...

Le puse una mano sobre la boca, conteniendo a duras penas la risa.

—Creo que preferiría que fuéramos solo nosotros. Pero... —Me miré el vestido—. Tengo una bata blanca de repuesto en el apartamento. —Si él iba a ejercer lo de la coquetería sexy, yo podía pagarle con la misma moneda.

—Tomo nota, y quizá un día de estos te haga vestirme para que me hagas un chequeo completo, pero esta noche preferiría que fuéramos solo nosotros también. ¿Qué quería Thea?

—Solo me ha hablado de la política interna del colegio en el que trabaja. Y se ha quejado de que mi madre mete las narices en su vida. Ya sabes, nada dramático.

—Supongo que en el papel de madre va incluido lo de interferir en las vidas de los hijos.

—Eso piensa mi madre. Lo que está claro es que no voy a tener noticias de Patrick a menos que sea mi cumpleaños o Navidad. Está haciendo lo que sea que esté haciendo en Singapur. ¿Cómo es que vosotros dos no habéis mantenido el contacto?

—Por nada en particular. La universidad nos hizo tomar caminos separados. Los dos hicimos nuevos amigos, y yo no iba mucho a casa, así que no lo veía. Supongo que me daba pereza. —No cabía duda de que Joshua era encantador, pero también era sincero. Nunca intentaba fingir ser alguien que no era y siempre restaba importancia a sus habilidades y logros. Aunque estaba mal que yo lo dijera, había tenido muy buen gusto de adolescente. No me había obsesionado con una estrella del pop con mala conducta o con un actor egocéntrico; Joshua era un buen hombre. Lo había

sido antes y todavía lo era.

—Supongo que eso es lo que pasa —respondí—. A menos que alguien sea importante para ti y te esfuerces por mantenerlo en tu órbita, acaba alejándose. —Solo habían pasado un par de meses, pero me había acostumbrado a pasar el tiempo con Joshua, a contarle mi día a día o a oírlo hablar de las exigencias de su último cliente; cuando me mudara, mi vida iba a dar un gran vuelco.

—¿Vas a desaparecer de mi vida, Hartford? —preguntó Joshua, como si me hubiera leído la mente. Me miró con intensidad y algo me dijo que no estaba de broma—. Te quiero en mi órbita.

Se me revolvió el estómago. Sonaba serio, inusualmente serio. Si no fuera Joshua, me habría parecido casi romántico. Como si fuéramos dos personas que se gustan de verdad en una auténtica cita. Un hombre que tosía a tres o cuatro metros de distancia me llamó la atención. Intenté no pensar en que necesitaba que le dieran una buena palmada en la espalda; quería prestarle a Joshua toda mi atención. Quería saber por qué había sonado casi suplicante.

Pero entonces empezaron los gritos.

Me puse en pie y crucé la sala en un instante. Los gritos provenían de la compañera del hombre; él se había llevado las manos al cuello y su rostro estaba adquiriendo un tono azul pálido.

—¡Se está ahogando! —gritó—. ¡Que alguien lo ayude! Por favor.

El hombre calvo se había puesto de pie y se agarraba el cuello. Era por lo menos treinta centímetros más alto que yo. Tenía que hacerle la maniobra de Heimlich, pero no iba a ser capaz de adoptar el ángulo correcto ni siquiera con la altura añadida de mis tacones. Me quité los zapatos y salté a la silla que el hombre había dejado libre.

Lo rodeé con los brazos, junté las manos y apreté.

No sirvió de nada, pero al menos localicé dónde quedaba el fondo de su caja torácica. Hundí los puños y volví a subirlos, y algo cedió; su cuerpo se relajó y jadeó. Salté de la silla justo cuando él se sentaba.

—He llegado a pensar que era el final de mi vida —dijo el hombre con acento americano—. Gracias, señorita. —Inspiró hondo y exhaló el aire de forma dramática.

Me agaché junto a él y le cogí la muñeca para asegurarme de que su pulso era estable.

—Tome un poco de agua y descanse un rato. Debería ir al hospital. Parece estar bien, pero yo no puedo hacer las mismas comprobaciones que pueden hacer en urgencias.

—Me encuentro bien. Y respiro gracias a usted.

—Lo sé, pero...

—Este es el mejor filete que he comido. —Pasó un dedo regordete por el plato—. No lo digo a la ligera. Soy de Texas, y ahí tomar un buen filete es una forma de vida. No pienso salir de este restaurante hasta que lo termine o muera.

Intenté no poner los ojos en blanco mientras me dirigía a la mujer que estaba a su lado, que supuse que era su esposa.

—Podría habérsele colado algo comida en los pulmones. Tiene que ir a un hospital. Ni siquiera dispongo de un estetoscopio.

Nota para mí: encontrar un bolso lo suficientemente grande para llevar uno.

—Gracias, cielo —me dijo su esposa—. Pero mi marido es el comedor de carne más testarudo que hayas conocido jamás. No lo perderé de vista.

—Por favor, hágalo. Y si le cuesta respirar, llévelo directamente a urgencias.

—No se preocupe. —Me dio una palmadita en el brazo—. ¿Puedo ofrecerle un cheque o algo para agradecerle su intervención?

Me volví a poner los zapatos.

—No es necesario. Disfrute de la cena.

Me giré y me encontré a Joshua mirándome con intensidad, con la boca ligeramente abierta. Sonreí y me dirigí de nuevo a nuestra mesa.

—Eres Wonder Woman —aseguró.

Puse los ojos en blanco ante su burla.

—Lamento haber interrumpido...

—Solo tú eres capaz de disculparte por salvar la vida de un hombre. Has estado increíble. Podía haber muerto ahogado.

Me encogí de hombros.

—No ha sido así. —Miré por encima del hombro al tipo, que se reía con su mujer.

—Esperemos que no curse en una neumonía por aspiración. He hecho lo que he podido.

Los camareros se habían fijado más de lo que pensaba, porque nos

llevaron una botella de champán con los entrantes.

—Qué buena idea... —Cogí una copa de champán—. Así es como si hubiera contribuido a la cena de alguna manera.

—Que estés aquí conmigo es toda la contribución que quería. —Joshua levantó la copa—. Te propongo un brindis.

—¿Que no nos atragantemos con la cena? —sugerí.

—Por seguir en la órbita del otro —replicó.

Sonreí y una sensación cálida me recorrió las extremidades. Hasta ese momento no recordaba de qué habíamos estado hablando.

—Brindo por eso. —Esperaba que Joshua y yo nos viéramos después de la mudanza.

Lo iba a echar de menos.

Lo iba a echar mucho de menos.

Por eso la interrupción de la caballería tejana había llegado en el momento justo. Era como si Joshua, sin saberlo, me hubiera estado hechizando toda la noche. Necesitaba recordarme que esa no era una cita de verdad. Él no me veía así y yo tenía un campo de fuerza a mi alrededor para no olvidarme. Éramos amigos. Aunque tuviéramos una historia. Eso era todo.

24

JOSHUA

La velada no estaba yendo bien. Hartford seguía rechazando mis coqueteos, y no aceptaba un cumplido por más que yo quisiera. Se suponía que debía avivar «el fuego del deseo», según Tristan, pero hasta ese momento no había visto ni una chispa.

—¿Sabes?, me has hecho pensar... Sé que he accedido a todo esto de las citas para mantener a Gerry contento, pero me estoy haciendo a la idea de que tal vez encontrar a alguien a quien amar no sea lo peor del mundo.

Asentí y miré hacia abajo para ver si el corazón se me salía del pecho. ¿Había conseguido abrirme paso hasta ella? ¿O estaba hablando del amor en abstracto? ¿De alguien a quien podía conocer en el futuro?

La atracción que sentía por Hartford no se parecía en nada a la que había sentido por Diana. Era más profunda, a pesar de que Diana y yo íbamos a casarnos. Ambos habíamos sido demasiado jóvenes y estúpidos. Hartford era deliciosa, abierta y sincera, pero no era ingenua. La había visto salvar la vida de un hombre esa noche, detener el dolor de una familia antes de que empezara. Era muy capaz, y aunque estaba un poco verde en otros aspectos, eso no importaba. Era una mujer inteligente, sensible y cariñosa. La respetaba mucho. Pero era más que eso. Mientras estaba sentado con ella, escuchando sus experiencias en la facultad de medicina y en Yemen, y sus teorías sobre la muerte y el amor, no podía apartar la vista de la variedad de expresiones que bailaban en su rostro, la amable educación que mostraba con el camarero, los patrones que dibujaba en el aire con la mano libre cuando la agitaba para enfatizar algunas palabras aquí y allá.

Al final de la noche, si hubiera tenido alguna duda sobre mi necesidad de estar con Hartford, se había disipado.

—Deberíamos irnos —dijo Hartford, mirando a su alrededor—. Solo quedamos nosotros y otra pareja.

—Me quedaría toda la noche escuchándote.

Ella ladeó la cabeza y sonrió.

—Qué amable, Joshua...

Pensaba que todo lo que decía era fingido. Pero no era así. Nunca lo era cuando estaba con ella porque no necesitaba fingir nada cuando la tenía cerca. Podía decirle lo que sentía, ser tan abierto y sincero como ella lo era conmigo. Era un riesgo que no estaba preparado para correr en ese momento. Quería que supiera que iba en serio; que mis sentimientos por ella no iban a cambiar de la noche a la mañana.

Le hice un gesto con la cabeza al camarero más cercano para llamar su atención y que nos llevara la cuenta.

—Solo una cosa. Quizá deberías mostrarte un poco más impresionada con tu próxima cita.

—Soy inmune a ti —dijo ella, dándose un golpecito en la nariz—. Creé un campo de fuerza anti Joshua Luca cuando mi madre me dijo que me iba a quedar unas semanas en tu habitación de invitados.

El camarero nos interrumpió con la cuenta antes de que pudiera preguntarle por ese campo de fuerza.

—Has sido muy amable conmigo ofreciéndome el piso de al lado y acompañándome a cenar a casa de Gerry; presentándome a tus amigos, organizándome citas y preparándome tan a fondo para una.

Habíamos pasado mucho tiempo juntos los dos últimos meses. Quizá me hubiera dado cuenta hacía poco de que quería a Hartford, pero si echaba la vista atrás, el sentimiento había surgido desde... desde aquel primer día, cuando la había recogido en el aeropuerto.

—Has sido una carga terrible, Hartford. Pero he aguantado el tipo.

—¡No puedes decir que soy una carga terrible! Soy tu cita esta noche. Supongo que, si el señor número tres me dice que soy una carga, debería acortar la cita.

—Si alguna vez alguien te llama «carga», me llamas para que te recuerde la vez que salvaste la vida de un hombre durante la cena.

Volvimos a mirarnos a los ojos. Por un momento, creí que entendía lo que pensaba, lo que sentía. ¿Comprendía que esta cita no era falsa para mí, que quería que viera lo mucho que me gustaba? Pero entonces el ruido de las mesas que se movían en el otro extremo del restaurante rompió el hechizo y ella cogió el bolso. La conduje fuera del restaurante.

Deslicé la mano entre las suyas mientras regresábamos a los apartamentos, paseando al calor de la tarde de verano. Estar con ella me parecía increíble, como si la vida fuera exactamente cómo debía ser.

—Si se ofrece a acompañarme a casa, ¿qué le digo? —me preguntó.

—Depende cuánto te haya gustado. Quizá sea más fácil coger un taxi, aunque podáis ir andando. Así no tienes que decidir si quieres que suba o no. —La mera idea de que otro hombre subiera con ella en el ascensor, de que le pusiera las manos en la parte baja de la espalda, de que la besara... —. Así te acompañará hasta el taxi si ha valido la pena conocerlo, lo que imagino que sí.

Asintió como si estuviera asimilando lo que le acababa de decir.

—De esta manera, no tengo que lidiar con ningún tipo de... incidente con los besos.

—¿Incidente con los besos?

—Sí. ¿Te imaginas si quiere besarme? —Puso una cara como si no pudiera imaginar nada peor. Esperaba que no se hubiera sentido así por nuestro beso.

—Quizá quieras besarlo tú —respondí sobreponiéndome a la sorda punzada que sentía en las entrañas.

—No creo —dijo—. Será prácticamente un desconocido. Y salimos de cenar.

Mientras continuábamos el trayecto de regreso a los apartamentos y subíamos en el ascensor, siguió contándome todas las razones por las que no creía que fuera a besar a su cita. Escuchar eso me hizo muy feliz.

Cuando llegamos a su puerta, se volvió hacia mí.

—Me lo he pasado muy bien esta noche. —Me sonrió como si no pudiera haber deseado mejor compañía—. Eres un gran acompañante. — Sus ojos azules brillaban limpios y luminosos.

Sacó las llaves.

—Has olvidado una cosa —comenté.

Me miró con el ceño fruncido.

—El beso de buenas noches. —Me acerqué a ella y le rodeé la cintura con un brazo—. Con esto vamos a ser minuciosos.

Me miró, y no estuve seguro de qué era lo que leía en su expresión: ¿deseaba besarme tanto como yo?

—¿Pasa algo? —pregunté, ahuecando las manos alrededor de su cara.

Separó los labios un poco como si fuera a decir algo, pero luego pareció pensarlo mejor y se limitó a asentir.

Se me aceleró el corazón dentro de la caja torácica como si estuviera

desesperado por salir. Así que cogí aire para tranquilizarme.

No la jodas, Luca.

¿Por qué estaba tan nervioso? La había besado antes. Nos habíamos acostado, por el amor de Dios. Supuse que la diferencia era que en ese momento sabía lo que quería y lo que podía perder.

Como si pudiera percibir mi ansiedad, me brindó una sonrisa. Era el gesto de ánimo que necesitaba.

Me agaché para besarla. No intentaba silenciarla ni calmarla y hacerle ver que era hermosa, solo estaba haciendo lo que me apetecía. Una y otra vez. No recordaba haberme concentrado tanto en un beso. Por lo general, me interesaba más lo que venía después. Pero lo único en lo que podía pensar en ese momento era en sus cálidos y suaves labios, y en aquel aroma a canela que la envolvía. Mi lengua se deslizó en su boca y tuve que reprimir el impulso de deslizar la mano por debajo de su vestido y apretarla contra la puerta con mis caderas. Subió las manos por mi pecho y me estremecí bajo su contacto. Me sentía bien y esperaba que ella pensara exactamente lo mismo.

Por fin, me retiré y vi cómo abría los ojos.

—Es cierto —dijo, asintiendo—. Siempre pienso que debo haberlo imaginado, pero no. No me extraña.

Lo que decía no tenía ningún sentido.

—¿No te extraña?

—No me extraña que puedas tener a cualquier mujer cuando sabes besar así.

Sonreí. Al parecer, no había metido la pata.

—¿Crees que puedo? —pregunté.

Arqueó un poco las cejas, pero no respondió. Y supe, más allá de cualquier duda, que había al menos una mujer que quería y que parecía que no podía tener.

—Debería entrar —dijo ella—. ¿No es eso lo que debo decirle aunque esté tan bueno como tú y sepa besar así?

—¿Estás pensando en invitarme a entrar?

—Maldito sea tu hoyuelo —soltó—. Definitivamente debería disculparme o voy a acabar... —Entrecerró los ojos como si tratara de encontrarle sentido a aquella ridícula situación. En lugar de terminar la frase, me puso las palmas de las manos a ambos lados de la cara y me atrajo

hacia sus labios. Cerré los ojos, esperando sentir su boca en la mía, pero en lugar de eso me dio un suave beso justo en la comisura, donde me di cuenta de que debía haber aparecido ese maldito hoyuelo. No pude reprimir la sonrisa ni la brusca inhalación que se precipitó a mis pulmones cuando el suave beso de Hartford se convirtió en un leve mordisco. Antes de que pudiera reaccionar, volvió a besarme en ese punto—. Llevo quince años deseando hacerlo —susurró, con la voz ronca—. Buenas noches, Joshua.

Se escabulló hacia el interior como si fuera a quemarse si se quedaba fuera un momento más.

Cuando cerró la puerta, inspiré profundamente.

Una cita no iba a ser suficiente para que me viera como un novio potencial. pero sí había bastado para que yo supiera que era la única mujer que quería.

Solo faltaba que se diera cuenta de que yo era el único hombre que necesitaba.

25

HARTFORD

Cuando abrí las cortinas del salón, vi un cielo inusualmente azul para Londres incluso en verano. Necesitaba un poco de aire fresco para despejar la cabeza, así que, a pesar del aire acondicionado, abrí las ventanas. En las doce horas transcurridas desde la cena con Joshua, todo se había vuelto un poco confuso. No solo mi campo de fuerza flaqueaba, sino que después de la cita falsa, quería accionar el interruptor de apagado. Se suponía que la noche anterior había sido puro teatro, pero había habido momentos que me habían parecido muy reales. Todavía estaba tratando de encontrarle sentido.

Una llamada a la puerta hizo que se me acelerara el corazón; aunque sabía que era Stella, esperaba que fuera Joshua.

—¡Hola! —Abrí la puerta y vi a Stella cargada con las bolsas de la compra. Rápidamente, me hice cargo de un par de ellas. Caramba, sí que pesaban—. ¿Qué llevas aquí?

—Harina. Y otros ingredientes. Se me ha ocurrido que podemos hacer pan.

Stella se tomaba muy en serio el papel de profesora. Teniendo en cuenta lo excelente cocinera que era, no me sorprendía en absoluto.

—¿Crees que estoy preparada para hacer pan?

—Por supuesto que sí. —Dejamos las bolsas en la isla y empezamos a vaciarlas—. Si te digo la verdad, yo no lo hice hasta que me mudé con Beck, pero el pan fue lo primero que cociné en nuestro nuevo hogar. La cocina de ese apartamento es tan increíble que estaría todo el tiempo utilizándola. Cuando empecé, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

—Pensaba que cocinabas desde pequeña. Eres buenísima.

—No. En realidad soy una novata. —Sacó un delantal, se lo pasó por la cabeza y se lo ató alrededor de la cintura; luego se acercó al fregadero para lavarse las manos. Yo copiaba todo lo que hacía como una alumna aplicada—. Antes de salir con Beck, estuve viviendo mucho tiempo con un hombre; pensaba que me iba a casar con él. Entonces se casó con mi mejor amiga y conocí a Beck. La vida te da sorpresas... La persona que eras al principio

de la historia no es la misma que serás al final. Yo no nací cocinera, y tú no eres pediatra desde que llegaste al mundo. —Se frotó las manos—. Bueno, ahora vamos a usar el robot de cocina—. Stella cogió un aparato de la alacena, lo puso en la encimera y lo enchufó—. ¿Cómo está Joshua? ¿Sigue siendo un buen vecino?

No sabía si se me habían puesto rojas las mejillas mientras asentía, pero las notaba como si estuvieran en llamas. No podía pensar en Joshua sin recordar la noche anterior. Ni la noche en que nos desnudamos. Ni nuestro primer beso. Ni todas las veces que me había encantado estar con él.

—Por supuesto —respondí—. Ya sabes cómo es Joshua. —Intenté que mi tono indicara que todos éramos buenos amigos, pero hubo algo en mi voz que parecía forzado. No había duda de que durante las últimas seis o siete semanas, Joshua y yo habíamos forjado una verdadera amistad. Pero durante ese tiempo, algo había cambiado entre nosotros.

—La verdad es que no —comentó Stella—. Por lo general, Joshua se dedica al trabajo, a sus amigos y a ir a alguna de los millones de fiestas a las que está invitado o, ya sabes, a hacer lo que sea con quien lo haga.

Los celos se apoderaron de mí, y traté de bloquearlos con un parpadeo. No podía tener celos de cualquier chica que se acostara con Joshua porque yo era inmune. Porque todavía tenía un campo de fuerza a mi alrededor que me protegía de Joshua Luca.

Aunque quizá necesitara menos campo de fuerza y más una valla resistente de las de toda la vida.

O una cuerda de terciopelo.

O una cortina de gasa.

—Beck me ha mencionado que os habéis concertado citas el uno al otro —dijo Stella.

—Sí. Nos falta una. Mi siguiente candidato es médico, y Joshua quiere que esté preparada. Me está entrenando. —Estaba casi segura de que la cita falsa con Joshua me había echado a perder para todos los demás hombres. Ni siquiera estaba segura de si quería conocer a Brian. ¿Qué sentido tenía, en realidad, sabiendo que nunca iba a estar a la altura de Joshua?

—¿Te está entrenando?

—Es que no tengo mucha experiencia en citas porque he estado demasiado concentrada en el trabajo todos estos años, así que él me está ayudando. —De nuevo, pruebas de que Joshua era amable. No podía pensar

en nada que no me gustara de él.

—¿En qué consiste ese entrenamiento? ¿De qué te da lecciones?

—No son lecciones exactamente. —Traté de recordar todo lo que Joshua había dicho la noche pasada para que mis citas fueran mejor—. Anoche fuimos a cenar juntos. Ya sabes, como un ensayo.

—¿A dónde fuisteis?

—A ese sitio que hay enfrente de los apartamentos. Incluso me compró el vestido perfecto para la cita. Y eso me ayudó a...

Stella se quedó paralizada, con una cucharada de harina sobre el cuenco.

—Espera. Repite eso. ¿Joshua te ha comprado un vestido?

—Sí —insistí—. Así no me tuve que agobiar pensando en el modelo adecuado. Es el vestido más bonito que haya visto nunca y no quiero ni imaginar lo que le costó, pero fue genial ponerme algo que sabía que iba a resultar apropiado.

—Te compró un vestido, te llevó a cenar... Eso parece una cita de verdad.

Tragué saliva, sin saber qué decir. No iba a contarle también lo de las caricias y los besos. No quería admitirlo ni siquiera ante mí misma, pero algunos tenues susurros de sospecha se habían ido apoderando de mí. La noche anterior había sido una de las más agradables de mi vida. Y nada de lo que había ocurrido me había parecido falso.

—Si te cuento algo, ¿me prometes no decir nada a nadie?

Stella hizo un gesto solemne.

Tomé aire antes de la confesión.

—Creo que le gusto. Me pareció que yo le gustaba. Sé que es una estupidez. Estamos hablando de Joshua. Él que no mantiene relaciones estables y está acostumbrado a salir con *top models*...

—No es una estupidez —aseguró Stella, con un tono firme—. La sal no puede tocar la levadura. —Me entregó un paquete de levadura en polvo—. Tienes que ponerlas en extremos opuestos de la harina.

—Pero si al final se mezcla todo...

—Yo tampoco lo entiendo, pero cuando he intentado mezclarlo, no ha funcionado.

Me dispuse a medir los ingredientes y a verterlos con cuidado en el bol del robot de cocina, y luego los mezclé con una cuchara de madera.

—Creo que tú y Joshua hacéis buena pareja. He visto a Joshua en esas

fiestas que organiza para el trabajo y es terriblemente tierno y superencantador. Y luego lo veo cuando está con Beck y los chicos y, aunque sigue siendo tierno y encantador, también es más él mismo. Cuando está contigo, veo al verdadero Joshua. No me refiero a una versión mejorada; creo que puede ser él mismo contigo.

Me reí.

—Pero eso es porque me ve como una amiga y no como... —Nos habíamos acostado, pero había sido algo puntual. Y también estaba el beso de la otra noche. Negué con la cabeza. No sabía qué demonios estaba pasando.

—Un amigo no te compra vestidos. Como me digas que te besó al final de la noche *para practicar*, ya será lo máximo...

Me miró al ver que no respondía.

—¿Te besó?

Asentí.

Stella se echó a reír.

—Puede que te colara el cuento de que la cita era falsa, pero es imposible que Joshua bese a una mujer a la que no quiere besar.

—Pero si quería salir conmigo, ¿por qué no me ha pedido una cita? No es que sea tímido precisamente...

Stella suspiró.

—No sé la respuesta a eso.

—Pues eso. —Y en el universo alternativo en el que Joshua Luca quisiera invitarme a una cita, ¿qué demonios iba a responderle? Había creado un campo de fuerza a mi alrededor para asegurarme de no cometer el mismo error que cuando era una adolescente encaprichada en él. Pero ya no tenía diecisiete años, y él no era el dios de mi yo adolescente. Yo era pediatra, y tomaba decisiones importantes cada día. Joshua era un hombre generoso y leal que solo me había mostrado bondad a mí y a todos los que nos rodeaban.

26

HARTFORD

Si Joshua Luca me hubiera pedido ir a la luna, probablemente le habría dicho que sí.

Lo que explicaba por qué acababa de salir de la ducha en lugar de seguir acurrucada en la cama poniéndome al día con *Made in Chelsea*. Había sido una semana muy larga en el hospital, ya que Gerry y yo continuábamos aunando nuestros esfuerzos para impedir que Merdon obtuviera la aprobación de su medicamento para el TDAH por parte del consejo de regulación tan pronto como anunciara su solicitud. Pero, de alguna manera, Joshua me había convencido para que fuera a comer con él. Debí haber dicho que no porque las cosas estaban poco claras entre nosotros, y no quería que se complicaran más. A pesar de ello, había aceptado. Había sido muy convincente en todo, incluso para que aceptara el paquete que me había encontrado ante la puerta cuando había llegado a casa la noche anterior.

Dentro de una preciosa caja negra brillante, había un vestido increíble envuelto en papel de seda. Nunca lo habría mirado dos veces si lo hubiera visto en la tienda, pero dada la nota que me había dejado Joshua, él sabía que me sentiría así. Decía: «*Confía en mí. Te quedará muy bien. Póntelo para ir a comer mañana*».

Más regalos. Otra cita, aunque fuera para comer. Lo nuestro comenzaba a parecer más que una amistad.

Me sequé con una toalla y bajé la cremallera de aquel vestido floral y vaporoso. Si mi madre estuviera presente, me diría que se parecía a las cortinas de la sala de la abuela Green. Y así era, al menos un poco. Pero eso no impedía que fuera precioso. Cuando me lo puse, el forro se deslizó sobre mi piel de la forma en que solo lo hacen las telas caras. Me subí la cremallera: se ajustaba a la perfección, como si lo hubieran hecho especialmente para mí. Joshua había acompañado el vestido con unas sandalias que me quedaban como si alguien hubiera hecho moldes de mis pies.

Me giré hacia el espejo, encantada por la forma en que el aire se quedaba preso bajo la falda y la ahuecaba. No era de las que se quejaban, y el conjunto era precioso, pero me parecía un poco exagerado para ir a tomar un sándwich de Pret.

Justo a la hora, Joshua llamó a la puerta.

—¿No estoy demasiado arreglada para ir a tomar un sándwich? — pregunté al abrir la puerta, pasando la mano por el vestido.

—Estoy de acuerdo. Si te invitan a tomar un sándwich, no te pongas este vestido. —Me sonrió como si acabara de ganar la cuenta de Gucci. Y yo sabía que se moría por trabajar con ellos.

—¿No vamos a tomar un sándwich? Me has dicho que íbamos a almorzar.

Joshua llevaba un pantalón gris azulado y una camisa blanca con el cuello abierto. Los dos estábamos tan arreglados que podíamos asistir a una boda sin desentonar.

Se rio y me tendió la mano.

—Puede que haya sándwiches, entre otras cosas. Vamos a hacer un pícnic. Justo al otro lado de la carretera.

Me tendió la mano y, sin pensarlo, la cogí. Fuimos a los ascensores.

—Estamos cogidos de la mano —dije, afirmando lo obvio mientras bajábamos a la planta baja—. ¿Esta es otra cita falsa?

—He pensado que necesitabas una cita diurna para estar más segura de ti misma.

—Te agradezco que te comprometas de esa manera para que tenga éxito. —Intenté captar su mirada, pero estaba concentrado en algo.

Cruzamos el vestíbulo y salimos al aire libre. Joshua no me parecía el tipo de hombre al que le gustara ir de pícnic, pero parecía que se tomaba en serio lo de comer al aire libre.

Me resigné a sentirme confusa.

—¿Qué tal la semana? Apenas nos hemos visto.

—No es eso, es solo que no has tenido que cuidarme tanto esta semana. —Le sonreí, pero él se limitó a fruncir el ceño—. Además de hacer mi trabajo normal en el hospital, estoy ayudando a Gerry en un proyecto que...

—Todavía no podía romper la confianza de Gerry y contarle que no queríamos que Merdon consiguiera la aprobación de Calmation sin receta médica, aunque hablar con Joshua podía ayudar a que surgieran algunas

ideas. Sin embargo, no quería que el contacto de Gerry se metiera en líos. A pesar de todo, podía plantearle a Joshua la situación sin mencionar nombres —. Estamos trabajando para evitar que el consejo de regulación sanitario apruebe un nuevo medicamento.

—¿No es bueno ese nuevo medicamento? —preguntó.

—Supongo que depende. La compañía farmacéutica espera conseguir una licencia para que pueda comprarse sin receta. A todos los pediatras del mundo les parecería una idea terrible si lo supieran.

—¿Un medicamento sin receta? ¿Cuál es?

Negué con la cabeza.

—No puedo decírtelo. Lo siento. Ojalá pudiera. Sería estupendo contar con tu ayuda.

Frunció el ceño.

—Si es una mala idea, el consejo de regulación dirá que no, ¿no?

Ojalá la vida fuera tan fácil...

—Eso sería en un mundo ideal. —Deseaba poder contárselo todo—. Nosotros queremos asegurarnos de que se cuidan los intereses de los niños por encima de todo. —Gerry y yo habíamos empezado a presionar extraoficialmente contra la venta directa de aquella droga. Habíamos buscado entre nuestros contactos para ver si podíamos llegar a personas con influencia en el consejo de regulación, y así informarlos en privado. Gerry también había aprovechado su influencia para salir en la televisión y en la radio hablando de los efectos adversos de los medicamentos en los niños, y para mencionar la importancia de la salud mental y de la colaboración entre médicos y padres. Estábamos tomando cartas en el asunto, y era emocionante formar parte de algo más importante que el simple tratamiento de los pacientes. Lo que hacíamos podía ayudar a decenas de miles de niños.

—¿Es una droga para niños?

Asentí.

—Para niños con TDAH. Intentamos que no se aprovechen de padres desesperados. —No podía decir nada más. Sabía que Joshua no tenía mucha experiencia en el campo farmacéutico, pero el mundo era muy pequeño y no quería meter a nadie en un lío—. Así que he estado investigando la situación y planteando soluciones con Gerry. Hemos estado ocupados; por eso no has tenido que hacer de niñera.

Joshua me apretó la mano mientras me guiaba por la concurrida calle hasta el parque.

—Nunca me he considerado tu niñera, Hartford. Eres perfectamente capaz de cuidar de ti misma, aun con la pierna escayolada, y los dos sabemos. Lo que pasa es que a nuestras madres les gusta meter las narices en nuestras vidas.

Siempre sabía lo que había que decir.

—No estoy tan verde como ella cree que estoy.

—Después de haberte besado, estoy de acuerdo.

Antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, me soltó la mano y me giró hacia la izquierda. Había un mosaico de mantas de pícnic en el suelo y grandes cojines de colores brillantes alrededor de una mesa central baja. Sobre un mantel blanco, platos, copas y jarras de magníficos colores y diseños nos invitaban a explorar los manjares que contenían.

—Parece algo sacado de una sesión de fotos.

Se rio.

—Es curioso. Un amigo mío, que es decorador, me ha ayudado.

—Es precioso —dije, viendo algo nuevo cada vez que miraba. *¿Lo que había debajo de la muselina era un soporte para tartas?*—. Ningún hombre va a hacer algo así por mí.

—Este hombre ya lo ha hecho —alegó, tomando asiento en uno de los cojines y tirando de mí para que me acomodara a su lado—. ¿Champán?

Asentí, todavía confusa porque no sabía qué estábamos haciendo allí.

—¿Cómo se te ha ocurrido algo así? —pregunté—. Es un detalle tan bonito y considerado que, francamente, Joshua, no sé cómo no tienes novia. Eres el rey de los gestos románticos. —Ese era el tipo de cosas que hacían los novios. No los vecinos ni los amigos. Quizá no tuviera muchas citas, pero hasta ahí llegaba. También sabía que, si quería que fuéramos algo más, tenía que decírmelo. Joshua no era un hombre tímido; nadie llegaba a tener su negocio y su estilo de vida siendo tímido. Si quería que lo nuestro fuera real, iba a decírmelo. Y si no lo hacía, eso quería decir que yo había malinterpretado la situación.

Me tendió un vaso, pero no lo soltó. Me miró durante un largo momento antes de relajar por fin los dedos.

—He pensado que esto te haría sonreír. Y es mi forma de darte las gracias.

—¿Qué quieres decir? ¿Gracias por qué?

Se encogió de hombros.

—Tú sacas lo mejor de mí. Tienes que ser consciente de que marcas la diferencia solo por ser tú.

No estaba segura de que nadie me hubiera dicho nunca algo tan bonito. *Nunca*. Estaba esperando un pero..., y seguí esperando. No llegó.

—Por supuesto, hay pastelitos —dijo Joshua, sacando la tela de muselina del soporte de la tarta—. Es una serie de miniaturas. Y también hay fresas. —Levantó la tapa de un cuenco lleno de fresas moteadas con vibrantes ramitas de menta fresca—. Y sándwiches, por supuesto. —Dejó al descubierto otro soporte bajo otro paño.

—¿Podemos quedarnos a vivir aquí? —pregunté, estudiando la mesa mientras intentaba decidirme por cuál de las succulentas delicias iba a empezar.

—Es mejor que Borehamwood. —Sonrió y me entregó un platito.

—El nuevo contrato de alquiler empieza el martes. ¿A quién le pedirás prestada una taza de azúcar cuando me vaya?

Se quedó paralizado, con el pastel en el aire.

—No me habías dicho que ya habías firmado el contrato. —Sirvió una selección de pastelitos en mi plato y me dio un tenedor.

—Bueno, los tres meses de alquiler del apartamento terminan a finales de la próxima semana. Y este piso es bonito. Cómodo. Y está cerca de la parada del tren.

—Pero yo no iré a visitarte allí, ¿sabes? Nadie lo hará.

—Bueno. Adoptaré gatos. Y haré punto. Así te librarás de mí.

—Por fin —suspiró—. El trabajo de niñera ha terminado.

Iba a echar de menos Park Lane. No por el apartamento ni por la lujosa seguridad; tampoco por la mullida moqueta o por las vistas al parque, sino por mi vecino. Había empezado siendo mi primer amor y se había convertido en algo aún mejor: un gran amigo, un hombre que organizaba pícnicos en el parque y que me llevaba a cenar.

Un hombre que me besaba.

Un hombre que había hecho cosas en mi cuerpo que deberían ser ilegales.

—Te queda una cita... —dijo, dejando el plato en la mesa mientras se movía para quedar con las piernas cruzadas y de cara a mí.

—Sí, el médico. Que se va a quedar muy impresionado con mis habilidades para besar gracias a ti.

—No tienes que agradecerme tus habilidades para besar.

—Tienes razón. No te mereces que te dé las gracias. Después de ese beso, el resto de los besos me parecerán poca cosa.

—¿Poca cosa? ¿Y cómo se calcula eso?

—¿No es evidente? Ningún hombre va a ser capaz de besarme como tú lo has hecho, hasta hacer que se me encojan los dedos de los pies. Has echado a perder todas mis futuras citas. Todos los besos que me den a partir de ahora los compararé con los tuyos y saldrán perdiendo, estoy segura. — El mero recuerdo de ese beso me producía un hormigueo en la piel y escalofríos en la columna vertebral.

Curvó hacia arriba las comisuras de la boca y me dedicó una de sus características sonrisas.

—Así que he hecho que se te encojan los dedos de los pies, ¿eh?

¿Estaba siendo tímido por primera vez en su vida?

—Como si no lo supieras.

Me quitó el plato y lo puso sobre la mesa y luego se arrodilló, cogió mis manos entre las suyas y volvió a besarme. Lo dicho: se me encogieron los dedos de los pies.

Me puso sobre su regazo y encerró mi cara entre sus manos mientras su lengua obraba su magia contra la mía.

Eso no parecía el ensayo de una cita para comer ni una lección sobre besos. En mi cerebro empezó a sonar un débil zumbido que reconocí como el sonido que hacía mi campo de fuerza cuando se rendía oficialmente. Deseaba a ese hombre en cuyos brazos estaba. Y quería saber si él también me deseaba.

—Estoy sentada en tu regazo —comenté.

Me rodeó con sus brazos y asintió.

—Es guay.

—¿Estropear me todos los besos, ya que nunca podré besar a otro hombre sin compararlo contigo, no era suficiente? Tenías que traerme aquí, y hacer... todo esto —Señalé el pícnic— para que el listón quede demasiado alto para mis futuras citas románticas. Ahora vas a abrazarme mientras vemos pasar las nubes. ¿Me vas a recitar poesía, Joshua? Es decir, has llegado hasta aquí. Deberías declamar algún poema.

—Estoy de acuerdo. —Me bajó de su regazo para que me sentara a su lado y luego se recostó, dando palmaditas en el suelo a su lado para que yo hiciera lo mismo.

Se puso los brazos detrás de la cabeza y se aclaró la garganta.

—«En el Ning Nang Nong todas las vacas hacen *bong* y todos los monos dicen boo...».

Me eché a reír.

—No puedes recitarme el *Ning Nang Nong*. Estás cargándote el ambiente.

—Entonces, ¿qué? —dijo—. Ah. Vale, ya sé el poema perfecto.

—Por Dios, que no sea de Spike Milligan —advertí burlona pero en serio.

—Lo prometo.

—De acuerdo, adelante.

—«Mi corazón palpita como una patata frita...».

Me apoyé en los codos.

—Eso no es poesía. —Intenté lanzarle una mirada severa, pero una sonrisa me delató.

Se levantó para que quedáramos cara a cara, nariz con nariz, y volvió a besarme. Esa vez estaba menos aturdida y más concentrada en saborear la firmeza de sus labios y la caricia de su lengua.

Cuando se apartó, apoyó su frente en la mía. Le pasé los dedos por la mandíbula, explorando cómo podía ser estar de verdad con ese hombre a mi lado en lugar de solo fingir. Un hombre que acababa de confesar que su vida era mejor conmigo.

Nos separamos y él me cogió una mano entre las suyas como si fuéramos una pareja que llevara una década junta.

—Siento discrepar —continuó—. Pero *Mi corazón palpita* podría ser el mejor poema de la historia. Además, es el único que me sé de memoria. Hay uno de Keats que me gusta bastante, pero solo recuerdo un verso. Arrugó la frente en señal de concentración—. «*Si oídas melodías son dulces, más lo son las no oídas*». Por alguna razón, no me gusta tanto como antes. *Mi corazón palpita* o *The Ning Nang Nong* es más mi estilo, creo.

—Todavía tienes siete años, ¿no?

—Siete no, pero quizá diecisiete. ¿Tú qué opinas?

Lo único que recordaba de los diecisiete años era el accidente. Me había

hecho crecer muy rápido. Renunciar a lo que había soñado me había hecho cubrirme con un manto de tristeza, y nunca había sido capaz de deshacerme de ella. Desde entonces había sido feliz, por supuesto, siempre que estuviera ocupada. Pero cuando estaba con Joshua, podía imaginar una vida más relajada. Una vida en la que podía ser feliz en calma.

—Todo esto es una pasada. —Quería saber qué estaba pasando entre nosotros. Necesitaba entender si estaba haciendo castillos en el aire.

Me miró y sonrió.

—Yo diría que esta tarde es casi perfecta.

La consideración, la preparación, los besos. Necesitaba tenerlo claro. Quería entender por qué estábamos allí. Me armé de valor e inspiré hondo.

—Yo diría que es una cita.

Me acercó más.

—Estoy de acuerdo, es una cita perfecta.

OceanofPDF.com

27

JOSHUA

Era uno de los mejores días de mi vida.

Apreté la mano de Hartford mientras la guiaba fuera del ascensor en el último piso.

—Ha sido una tarde increíble, Joshua. Gracias. Cuando haces algo, vas a por todas.

Había merecido la pena levantarme a las cinco para finalizar el lanzamiento de Calmation y poder tener la tarde libre para estar con Hartford. Cuando hube terminado, apenas me quedaban diez minutos para ducharme y cambiarme. Había dejado que las copias fueran cayendo en la mesa del comedor desde la impresora que había colocado allí, y todos los miembros del equipo estaban al tanto de los detalles. Estábamos listos para el lunes, y antes de que llegara ese día, pensaba disfrutar pasando todo mi tiempo con Hartford. La vida era una cuestión de equilibrio. Negocios y descanso. Trabajo y diversión.

Iba a recordar siempre la forma en que los ojos de Hartford se habían iluminado cuando había visto el pícnic en el parque. Me había parecido abrumada. Encantada. Como si le hubiera regalado la luna. Había estado a punto de dar un puñetazo al aire, porque no estaba muy seguro de cómo iba a salir todo. Ella no solía relajarse, así que llevarla a beber champán y a comer pastelitos en el parque había supuesto un riesgo. Pero había valido la pena por ver su expresión. Y luego, cuando había dicho que aquello era una cita, se me había parado el corazón. Se había dado cuenta de que eso no ya no era un mero entrenamiento para mí.

Solo me quedaba saber si debía seguir fingiendo.

Nos detuvimos delante de la puerta de su casa y me apoyé en el umbral, contemplando su sonrisa relajada y sus brillantes ojos azules como el hielo. Cuanto más la conocía, más guapa me parecía.

—Por ti, vale la pena. —Me acerqué un paso más a ella para que estuviéramos pegados de arriba abajo, le eché la cabeza hacia atrás y la besé. Porque eso era lo que debía hacer después de una tarde como esa. Y

porque quería hacerlo. Y porque quería que esa tarde fuera tan auténtica para ella como para mí.

Sabía a sol y a calor, y no pude evitar soltar un gemido mientras le exploraba la boca. Hundió las manos en mi pelo al tiempo que la apretaba contra la puerta, con las manos temblorosas por la urgencia y la necesidad.

—Joshua... —susurró mientras le besaba el cuello—. No te sientes... —Bajó las manos por mi pecho hasta el cinturón y deslizó los dedos por detrás de mi cintura. Dios, quería sentir sus manos alrededor de mi polla. Quería pasar la lengua por cada centímetro de su piel. Quería hacer que esa mujer tuviera un orgasmo tan fuerte que no volviera a pensar en otro hombre.

Me agaché y le levanté el vestido para meter la mano por debajo y pasar la palma por su pierna, cada vez más arriba. Me aparté un instante para mirarla, para hacerle la pregunta que me quemaba por dentro. Tenía la cara sonrojada y los ojos nublados por lo que esperaba que fuera deseo.

—Hartford... —Mis ojos se dirigieron a su boca roja y exuberante.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó.

¿Tenía respuesta para eso? Quería decirle que hacía meses que solo pensaba en ella. Que nada entre nosotros había sido fingido. Que yo no había sido su maestro, sino su alumno.

—¿Qué quieres que hagamos? —pregunté.

Suspiró.

—¿Quieres entrar?

Sí, quería desnudarme con ella lo antes posible, pero quería más que eso. Quería poseerla en mi propio terreno. Ese lugar que reservaba solo para mí, donde nunca llevaba a otras mujeres.

—Quiero que vengas a mi apartamento.

Tiré de ella hacia mí con una mano, abrí la puerta de casa con la otra, y los dos traspasamos el umbral.

—Eres preciosa... —dije—. Ese vestido... tus ojos...

—Joshua —insistió, y su voz fue una mezcla de súplica e incredulidad.

—Es verdad, Hartford —aseguré mientras le bajaba la cremallera del vestido—. Eres tan bonita por fuera como por dentro, y eso resulta jodidamente impresionante.

Se puso de puntillas y atrajo mi boca hacia la de ella mientras su vestido se deslizaba al suelo.

Tanteó los botones de mi camisa. Quería arrancármela, eliminar cualquier barrera entre nosotros, pero no podía arriesgarme a que pensara que no lo estaba haciendo bien. Así que esperé, mirando cómo se concentraba en mis botones, la forma en que sus delicados dedos tiraban del algodón de mi camisa. Una vez terminó, me pasó las manos por los hombros.

—Eres... enorme. —Me recorrió el estómago con los dedos—. Y estás duro.

Sonreí; me gustaba que me inspeccionara y explorara. Quería que conociera mi cuerpo. Que supiera lo que había dentro de mi corazón y de mi alma.

Entonces me pinchó el pectoral derecho con un dedo.

—¿Esto eso natural?

Me reí.

—La médica eres tú.

Echó la cabeza hacia atrás.

—Supongo que sí. Mi diagnóstico es que eres un espécimen excelente.

—Como tú. —Bajé la mano por su espalda y le apreté el culo.

Hizo una mueca.

—Disculpa mis bragas de abuela.

—Ni siquiera me he fijado en ellas. —Lo único que me interesaba era ella—. Mi atención no está centrada en tu ropa interior.

Agitó las pestañas como si estuviera parpadeando bajo la lluvia.

—Sabes que eres ridículamente tierno, ¿verdad?

—Y tú sabes que lo digo en serio, ¿no?

Me echó la mano al cuello y yo la levanté; me rodeó la cintura con las piernas y entramos en el dormitorio. Detuvo nuestro avance poniendo una mano en el marco de la puerta.

—Joshua, mi campo de fuerza está desactivado —dijo, con los ojos brillando plateados—. Ya no voy a fingir más. No puedo despertarme mañana y hacer como que esta noche no ha ocurrido.

Sentí tanto alivio que cerré los ojos, tratando de concentrarme en lo que había dicho.

—No puedo ser Doña Martes por la Noche.

—No hay ninguna Doña Martes por la Noche desde hace meses. Desde que llegaste tú. —No había tomado conscientemente la decisión de no ver a

Kelly ni a ninguna otra de mis parejas habituales. Que Hartford formara parte mi vida había llenado todos los huecos y ya no quedaba espacio para ninguna otra mujer. Aunque me había llevado un tiempo aceptar lo que sentía—. Y tampoco quiero fingir que esto no ha ocurrido.

Llevó los dedos hasta mi nuca, haciendo que perdiera la razón. Mientras estábamos tumbados en la cama, la encerré entre mis brazos, queriendo acogerla.

En los últimos dos meses, la mujer que estaba debajo de mí me había arrancado de un caparazón en el que no sabía que vivía. Desde que se había mudado, siempre estaba deseando llegar a casa. Por ella. Para que me contara cómo le había ido el día, para ver cómo saboreaba con placer de cada dulce, para disfrutar de sus bromas y de su total falta de pretensiones, para deleitarme con su amabilidad y con lo fácil que era todo entre nosotros.

No podía negarlo más. Me había enamorado de Hartford. Y fingir lo contrario no tenía sentido.

Deslizó las manos por mis costados.

—¿Estás bien? —preguntó.

Asentí.

—Solo estaba pensando.

—No tenemos que hacer nada si no quieres.

Le aparté el pelo de la cara. ¿Cómo podía pensar que quería echarme atrás?

—Quiero seguir adelante. Te deseo más de lo que es posible explicar. — No estaba seguro de haber sentido tanto anhelo nunca por nadie. Las citas y los besos habían empezado como algo más para ella. Incluso cuando nos habíamos acostado aquella primera vez y habíamos acordado que no era real. Era irreversible. Era diferente para ella... Y para mí.

Me desabroché los pantalones y me los quité a patadas, y me arrodillé de nuevo sobre ella, trazando un rastro de besos por su cuello, lamiendo, chupando y disfrutando del sabor de su piel cálida y suave contra la mía. Suspiró y se hundió en el colchón. Le bajé los tirantes del sujetador y le acaricié los pezones con la lengua, erizando aquellas puntas tentadoras. Pasé los dientes sobre ellos y, al oír su gemido, un escalofrío de satisfacción me recorrió la espalda.

Iba a hacer que tuviera el mejor orgasmo del mundo.

Me agaché y le quité las bragas con un solo movimiento. Ella se apartó de mí.

—Quieta... —dije, sujetándola por muslos y separándoselos—. Quiero probarte.

—Joshua... —suspiró ella, y relajó las piernas.

Hundí la mano entre sus muslos y deslicé los dedos entre sus pliegues; estaba deliciosamente húmeda.

—Esto era lo que estaba buscando —expliqué. Me moví dentro de su sedosa suavidad, cerrando los ojos para tratar de grabar en mi memoria lo bueno que era sentirla.

Lo acertado y perfecto que era todo en ese momento.

OceanofPDF.com

28

HARTFORD

Joshua Luca va a acabar conmigo.

Intentaba evadirme del momento para mantener algún tipo de control sobre mi mente y mi cuerpo, pero no lo conseguía. La insistente lengua de Joshua estaba haciendo horas extras. Sus manos estaban por todo mi cuerpo. Cuando nos habíamos acostado la primera vez, había reservado una parte de mí por miedo de enamorarme de nuevo. Pero ahora todos mis sentidos estaban alerta.

Su cuerpo no se parecía a nada de lo que había estudiado en anatomía ni a lo que había visto en los cuadros de la National Gallery. La espalda musculosa, los brazos y los hombros se ondulaban debajo de mis dedos como los de Sansón en el cuadro que había visto de Rubens. Pero yo no era Dalila. Era Joshua quien me había robado el sentido y todo mi poder, y no al revés.

—Eres deliciosa, joder —aseguró Joshua mientras me miraba desde entre mis piernas, empujando los dedos empapados por mis jugos dentro y fuera de mí... Volviéndome loca.

—Por favor, Dios, no te detengas —grazné, desesperada. No quería quedarme al borde del orgasmo.

No podía concentrarme.

Joshua agachó la cabeza y reanudó con la lengua aquel ritmo que me había hecho retorcerme en la cama. Los inicios del orgasmo hormiguearon en la base de mi columna vertebral y jadeé. No iba a poder correrme discretamente. Sus insistentes dedos y su lengua, su cálido aliento, todo ello me presionaba como puños golpeando una mesa y me exigía que alcanzara el orgasmo.

La liberación recorrió mi cuerpo como un rayo. Fue como si alguien me hubiera empujado desde el borde de un acantilado y no pudiera hacer otra cosa que disfrutar de las vistas durante el descenso.

Y me pareció glorioso.

El sexo nunca me había parecido tan absorbente. Tan exultante que no

quedara espacio para pensar. Todo lo que podía hacer era sentir.

Alborozada.

Embelesada.

Adorada.

Mientras me se hundía en el colchón, fui vagamente consciente de que Joshua me recorría todo el cuerpo con las manos, y luego sentí sus labios sobre los míos. Fue como si me hubiera besado para devolverme la conciencia.

Se arrodilló y se puso un condón. Vi su polla erguida contra su estómago, gruesa y llena de venas, y tensa. La lengua de Joshua era impresionante, pero su pene era perfecto.

Se cernió sobre mí y yo enganché los talones en sus muslos para acercarlo más. Y como antes, en el parque, apoyó su frente en la mía. Durante un momento no oí más sonido que el de la sangre en mis oídos ni sentí ningún movimiento salvo el ascenso y descenso de nuestros pechos. Era como si nos preparáramos porque sabíamos que lo que iba a ocurrir a continuación era trascendental.

Pasó el momento, y Joshua se hundió dentro de mí con una lentitud exasperante que hizo desaparecer toda mi desesperación y me llenó de placer.

Le clavé las uñas en los hombros y separé más las piernas, tratando de que se hundiera profundamente, de tenerlo más cerca. Sus músculos se tensaron bajo mis dedos. No estaba segura de si sería capaz de volver a respirar.

—Hartford... —se atragantó. En su voz se notaba la sorpresa que sentía al ver lo bien que encajábamos.

Se retiró de mi interior despacio, como si yo fuera de cristal, y luego volvió a penetrarme. Esa vez tenía los ojos cerrados y el ceño fruncido, como si estuviera canalizando toda su energía en ese único movimiento. Como si me estuviera ofreciendo todo lo que tenía.

Jadeó al llegar al fondo de mi sexo y abrió los ojos de golpe.

—Yo... yo... —Casi vi pánico en sus ojos—. Estar contigo es una pasada, quiero poseerte con tanta fuerza que no puedas moverte durante una semana.

Me acerqué más a él y le encerré la cara entre las manos antes de que se desplomara sobre mí. El joven corpulento y en forma que había adorado de

adolescente se había convertido en un hombre aún más corpulento y musculoso, y respiraba como si acabara de correr una maratón por culpa del esfuerzo que le suponía no clavarme en el colchón. Lo empujé para que se diera la vuelta y me puse a horcajadas sobre él.

—¿En serio? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Está claro que tengo más autocontrol que tú.

Esas cejas traviesas sugerían que tenerme encima había sido parte de su plan.

Me coloqué sobre sus caderas, acomodándome en su gruesa polla tan profundamente como pude. Eché la cabeza hacia atrás, saboreando esa plenitud, esa sensación de que cada uno de mis sentidos estaba al máximo.

Apoyé las palmas de las manos en su pecho y empecé a moverme, meciéndome hacia delante y hacia atrás sobre su eje con pequeños e intensos movimientos que lo mantenían en lo más profundo, asegurándome que ese momento durara el mayor tiempo posible. No quería que terminara pronto sin más. No quería romper el hechizo de lo que fuera que había sucedido para llegar a ese instante.

Esa era una cita de verdad.

Ese era un viejo amor nunca olvidado.

Ese era mi mejor amigo.

En el futuro siempre iba a haber algún obstáculo, fuera cual fuera el camino que siguiéramos, así que quería quedarme allí, en ese instante, durante el resto de mi vida.

Me sujetó por el culo y empezó a moverme de la forma más precisa y a la velocidad exacta que él quería. Quizá yo estuviera encima, pero un hombre como Joshua siempre estaba al mando.

—De esta forma vas a hacer que me corra ya —dijo.

Me detuve, él se incorporó para sentarse y me rodeó con los brazos.

—No, es decir, no puedo ver cómo se mueven tus pechos. Es como brujería. Joder, son perfectos.

Estaba acostumbrada a que Joshua me halagara, pero el brillo que perlaba su frente y el ligero jadeo de su voz me demostraban que no era algo que dijera para quedar bien o hacerme sentir mejor. Antes de que tuviera la oportunidad de responder, se había retirado de mí y me había empujado hacia atrás.

Levantó mis caderas y se deslizó en mi interior. No podía tenerlo más adentro, no podía estar más llena; era más de lo que había sido hace un momento, y grité su nombre. Siguió empujando dentro de mí, hundiendo los dedos en mis caderas, y muchas palabras tiernas y provocadoras salieron de sus labios con cada movimiento brusco. No pude contener la ola que creaba mi clímax a medida que se acercaba, rápido y frenético.

Me aferré a las almohadas y a las sábanas, intentando encontrar un ancla que me ayudara a sobrevivir a lo que se avecinaba, pero nada servía. Joshua se había adueñado de mi cuerpo en ese momento. Tenía que aceptarlo.

Grité, y con un último embate, sentí la fuerza de su clímax sobre ambos, que cayó en cascada a través de mí hasta cada átomo, hasta cada célula de mi cuerpo.

Se desplomó sobre mí y me atrajo hacia su pecho mientras luchábamos por recuperar el resuello.

Pareció que pasaban segundos, minutos..., horas.

—¿Qué ha sido esto? —me susurró al oído.

Me pitaban los oídos como si hubiera estado en un concierto de rock durante veinticuatro horas. Había perdido la capacidad de mover las extremidades. No estaba segura de poder hablar, así que me limité a mover la cabeza. Fuera lo que fuera, quería aferrarme a ello el mayor tiempo posible.

29

HARTFORD

¿Era raro contemplar a alguien mientras dormía?

Me había despertado hacía unos diez minutos. Por la noche no habíamos cerrado las cortinas y, de alguna manera, Joshua se las había arreglado para seguir durmiendo a pesar de la luz solar que entraba por los enormes ventanales. O a lo mejor sabía que yo estaba allí sentada, mirándolo, y estaba complaciendo aquella rareza mía fingiendo que dormía. De hecho, no me extrañaría que lo hiciera.

Quería quedarme allí hasta que se despertara y hablar con él todo el día, desnudos, pero tenía que irme porque mi turno empezaba dentro de treinta minutos.

Comprobé el teléfono. Tenía que estar dentro de veinte minutos. *Mierda*. Me puse el vestido y miré a mi alrededor buscando un papel y un bolígrafo para dejarle una nota, pero no encontré nada. Abrí la puerta del dormitorio procurando no hacer ruido, y vi un montón de papeles en la mesa del comedor y una impresora que había lanzado lo que fuera que estuviera imprimiendo al suelo. Cogí un papel para escribir una nota sin perturbar lo que estaba segura de que era un caos organizado.

Me agaché para recoger algunos papeles caídos y me llamó la atención una imagen. La giré.

Calmation.

Volví a leerlo para asegurarme de que no me lo había imaginado.

No, no lo había hecho. Definitivamente decía Calmation.

Me subió una oleada de calor por el pecho y traté de razonar.

¿Por qué iba a tener Joshua unos papeles relacionados con el mismo medicamento para el TDAH contra el que Gerry y yo queríamos hacer una campaña? El corazón me retumbaba dentro del pecho mientras daba la vuelta a los papeles repartidos por el suelo para intentar enterarme de qué estaba pasando. Me puse de pie y coloqué todas las páginas sobre la mesa. Eran imágenes de envases con diferentes logotipos. Algunos de los envases eran paquetes de pastillas de cartón normales. Otros eran tarros de

vitaminas. Uno incluso parecía un paquete de ositos de goma.

Cada pocas imágenes había un par de páginas escritas, que hojeé sumida en una especie de nebulosa. Leí la última página con más atención, a pesar de tener el cerebro nublado por aquel *shock* que me había hecho temblar. Dejé caer el papel como si estuviera en llamas.

Aterrizó a mis pies, con el lado escrito hacia arriba, y yo intenté ignorar las náuseas que me revolvían las entrañas.

«Luca Brands presenta Calmation para Merdon».

Me tapé la boca con las manos para no gritar. Joshua no podía estar metido en eso. Era el rey de los artículos de lujo. ¿Por qué iba a trabajar para ellos?

Me agarré el cuello mientras intentaba respirar profundamente, pero lo único que entraba en mis pulmones eran calor y pánico.

Intenté poner en orden los recuerdos de nuestras conversaciones. Me había dicho que colaboraba con una empresa farmacéutica que ayudaba a la gente. Me había dicho que se había sentido inspirado por mí para hacer el bien. ¿Era verdad o solo estaba cumpliendo las órdenes de quien fuera que le pagaba?

El día anterior le había contado que estaba trabajando con Gerry en una campaña contra un nuevo medicamento para el TDAH. Con toda la información privilegiada que tenía, tenía que haber sumado dos más dos y haberse dado cuenta de que estaba hablando de Calmation.

Me dejé resbalar hasta quedarme sentada en el suelo mientras trataba de pensar en qué debía hacer.

Podía despertarlo y exigirle que me explicara por qué no me había dicho nada el día anterior. Podía intentar convencerlo para que abandonara aquella campaña para Calmation y se uniera a mí en la lucha contra ellos. Pero ¿y si se negaba? Tendía que intentar detenerlo, a él y a Merdon. Antes de que pudiera pensarlo dos veces, salí de su piso y me concentré en llegar al trabajo.

Tenía que detener a Merdon.

Tenía que detener a Joshua.

Tenía que decirle a Gerry que quizá había advertido a Merdon sin querer de que íbamos a oponernos a la aprobación reglamentaria.

¿Qué había hecho? Había traicionado a Gerry y me había acostado con alguien que iba en contra de todo lo que creía.

Por segunda vez en mi vida, había perdido de vista lo que era importante por culpa de Joshua Luca, pero en esa ocasión no iba a dejar que mi descuido se convirtiera en un desastre. La vida era mucho más sencilla cuando me centraba en salvar a la gente y no en pasearme con vestidos ridículos comiendo demasiado dulce.

Tenía trabajo que hacer.

OceanofPDF.com

30

JOSHUA

Me giré, con los ojos aún cerrados, y me aparté la sábana hasta la cintura para estirarme todo lo que podía. Recordé dónde estaba, con quién estaba, lo que había pasado la noche pasada... Y mi sonrisa fue automática. Abrí los ojos, pero no había ni rastro de Hartford. Noté que se me revolvía el estómago con una vieja ansiedad y la aparté mentalmente. Debía de estar en el cuarto de baño, tomando café o algo así.

Me senté en el borde de la cama, me puse unos bóxers y fui en su busca.

El cuarto de baño estaba vacío, así que me acerqué al salón.

Hartford tampoco estaba allí.

El revuelo en el estómago hizo su aparición de nuevo. Hacía mucho tiempo que otra mujer había desaparecido y ya me había olvidado de cómo me había sentido, como si alguien estuviera bailando sobre mi tumba y yo estuviera a punto de vomitar.

Intenté tragar, pero tenía la boca seca. Debía controlarme; no estaba vestido de gala, y Hartford no era mi prometida.

No era el día de mi boda.

¿Dónde estaba?

—¿Hartford?

Nada.

—Hartford —grité más fuerte. Abrí las puertas del pasillo antes de correr al dormitorio en busca de mi ropa.

Después de lo que había ocurrido la noche anterior, después de lo que había sucedido entre nosotros, después de habernos confesado que era real, ¿se había ido sin más? No, debía de haber vuelto a su apartamento en busca de algo.

Cogí el móvil y marqué su número.

No obtuve respuesta.

Volví a marcar.

La línea continuó muda.

Me giré hacia las ventanas y vi la campaña de Merdon ordenada; todas

las imágenes propuestas para el embalaje estaban colocadas una al lado de otra en la mesa del comedor como un ejército en formación.

Mierda. Eso era una violación a la confidencialidad del cliente.

Pero ¿por qué había revisado esos documentos?

Debía hablar con ella y asegurarme de que no dijera nada a nadie. Recordé la conversación que habíamos tenido justo antes del pícnic. Seguramente debía de estar refiriéndose a Calmation cuando describía aquel proyecto en el que estaba trabajando con Gerry. Me había sonado como si estuvieran actuando en una especie de cruzada contra la droga. Si se trataba de Calmation, debían de haber malinterpretado lo que Merdon estaba tratando de conseguir. La farmacéutica estaba tratando de ayudar a las familias, de hacer un medicamento más barato y accesible. Tenía que hablar con ella y explicárselo. Incluso podían ayudar con la campaña si Luca Brands obtenía la cuenta.

Intenté ignorar una aguda sacudida de mis entrañas. Merdon había sido muy claro acerca de los beneficios de ese principio activo, pero si hubiera desventajas, era poco probable que me hubieran mantenido al tanto. Solo la gente como Hartford y Gerry podía tener una visión de conjunto clara.

Me habría gustado que Hartford se hubiera quedado para poder preguntarle qué pensaba del tema, ya que sabía de mi participación. No me gustaba que se hubiera marchado sin siquiera dejarme una nota ni enviarme un mensaje. No era propio de ella.

Miré la hora en el teléfono. Al cabo de dos horas debía estar frente a Eric, presentando la propuesta de Luca Brands para Calmation. Tenía que concentrarme en eso. Y, ya que lo pensaba, necesitaba preparar algunas preguntas adicionales para asegurarme de que no me estaba metiendo en algo en lo que no quería participar.

31

JOSHUA

Siempre sabía en los primeros minutos de un lanzamiento si la propuesta de Luca Brands iba a tener éxito o no a la hora de ganar una cuenta. Ese día no había sido diferente: Eric exhibía la decisión como un sujetador *push-up* con una blusa escotada. Era evidente. Lo que no esperaba era que Eric nos anunciara la decisión antes de que hubiéramos recogido los elementos de la presentación.

—Estoy encantado, Eric. Sabes que Luca Brands trabajará incansablemente por GCVB, por Merdon y por Calmation. —Intenté mantenerme lo más estoico posible, cuando lo que de verdad quería hacer era celebrarlo. No solo había salvado cientos de puestos de trabajo en Luca Brands, sino que íbamos a tener la oportunidad de ayudar a los niños a conseguir los medicamentos que necesitaban.

Estaba deseando decírselo a Hartford.

—Tenemos que ponernos ya manos a la obra —dijo Eric—. ¿Podemos hablar de cuáles van a ser los tiempos?

—¿Ahora? —pregunté. No podía esperar en serio que hubiera elaborado el plan de ejecución antes de saber si habíamos ganado la cuenta.

—Solo serán unos cuantos puntos principales, y así podré presentarte a algunas personas. Eso nos ahorrará fijar otra reunión. Mañana presentaremos la solicitud al consejo de regulación americano y... Espera, déjame avisar al equipo.

Salió corriendo de la sala.

Miré a los cuatro miembros del equipo de Luca Brands que estaban sentados a mi alrededor. Al leer aquellas mandíbulas tensas y las expresiones de pánico, me di cuenta de que eso era lo último que querían. Pero habíamos ganado la cuenta; tenía que concentrarme en eso. Y en que esa reunión improvisada me iba a dar la oportunidad de hacerles las preguntas que había preparado sobre la posible oposición médica al medicamento. Antes de que pudiera decir nada, Eric estaba de regreso, como si hubiera una cola de gente esperando fuera.

Me puse de pie y rodeé mi silla, dispuesto a estrecharles las manos. Conocía a dos de las seis personas presentes, ya que habían estado anteriormente en reuniones con GCVB.

Otras dos mujeres —la estratega y la relaciones públicas de Merdon, respectivamente— me facilitaron sus tarjetas de visita junto con un apretón de manos. Las dos últimas personas que se unieron a la reunión no resultaron tan comunicativas. Me dijeron sus nombres —Jean y Tim—, pero poco más.

Nos sentamos todos alrededor de aquella mesa. Mi asistente distribuyó los dossiers sobre el equipo de Luca Brands, en los que figuraban las fotos de todos mis empleados y las descripciones de las funciones que realizaban los que iban a trabajar en la cuenta. Esperaba que Tim y Jean me entregaran sus tarjetas de visita para poder entender el motivo de su asistencia a la reunión, pero no fue así.

—¿Hacemos las presentaciones? —sugerí; quería saber más sobre las dos nuevas incorporaciones a la sala.

—Creo que la mayoría ya nos conocemos. Estoy deseando ver lo que tienes pensado poner en práctica —respondió Eric, con un tono un poco más tenso de lo habitual.

Era una reacción extraña. Quizá se tardara un poco en presentar a quienes estaban a la mesa, pero era completamente normal dadas las características de la reunión.

—No hemos tenido mucho tiempo para prepararnos, pero quizá podríamos repasar la línea temporal. Todo depende de eso. —Me aseguré de seguir escudriñando la sala, analizando las expresiones de cada uno de los presentes. Quizá me estaba volviendo paranoico, pero tenía la sensación de que pasaba algo. La reunión de presentación había sido profesional y agradable a la vez. Sin embargo, unos minutos después parecía que una fina capa de hielo se había instalado al otro lado de la mesa de la sala de juntas.

Eric miró a Tim y a Jean, casi como si esperara que intervinieran. Pero se quedaron callados.

—Como ya he dicho, mañana presentaremos la solicitud al consejo de regulación americano y esperamos que lo aprueben a finales del próximo trimestre.

—Los problemas de abastecimiento que mencionaste antes están resueltos, ¿no? —pregunté.

Eric asintió.

—Tendremos suficientes existencias para el lanzamiento de Calmation en el momento en que nos den la aprobación —aseguró.

Tomé aire, pensando en los próximos pasos. Antes de nada, quería saber qué pensaban médicos como Hartford y Gerry sobre Calmation. Y quería demostrarle a Eric que sabíamos lo que hacíamos cuando llegara el momento del lanzamiento.

—Vamos a aprovechar la expectación que supondrá el proceso de aprobación, sobre todo entre los profesionales de la medicina.

Noté una ligera mueca de desacuerdo en el asistente de Eric y me callé. Necesitaba más datos.

—Quizá tengamos que modificar un poco ese enfoque, pero sigue —intervino Eric.

—¿De qué manera quieres modificar el enfoque? —pregunté.

Eric me miró a los ojos e inspiró hondo.

—Ha llegado a nuestros oídos que hay cierta inquietud por parte de un grupo de pediatras.

Se me revolvieron las tripas, pero permanecí en silencio, deseando que se explayara. ¿Era la inquietud profesional de la que me había hablado Hartford? ¿Ella y yo estábamos en bandos contrarios? Pero Eric no dijo nada más. No podía dejarme así. Necesitaba más información.

—¿Qué tipo de inquietud? —insistí.

—Hay pediatras que piensan que no deberían ser los padres quienes decidan si sus hijos necesitan Calmation.

¿Hay pediatras? ¿Se refería a Gerry y Hartford?

—Lo fundamental es que el control esté en manos de los padres, y no que la decisión la tomen los médicos. Esa es la polémica que se ha establecido en torno a Calmation; no quieren que nos saltemos la prescripción del médico. Sin embargo, nosotros pensamos que los padres son los que mejor conocen a sus hijos. —El discurso de Eric era rígido y ensayado. Al parecer, las respuestas a los temas de conversación se habían decidido internamente antes de la reunión.

Quizá Eric siguiera un guion, pero si se refería a Hartford y Gerry, lo que decía no era del todo cierto. Ni Hartford ni Gerry eran unos pediatras ávidos de poder que buscaran hacer la vida más difícil a los pacientes. Hartford se preocupaba por los niños y por su salud. Y adoraba a Gerry, así

que estaba seguro de que él opinaba igual.

Tenía que dejar de pensar en el punto de vista de Hartford. El colectivo que se oponía podía no estar encabezado por ella, y casi todos los productos y servicios disponibles en la actualidad tenían detractores. Esa cuenta iba a salvar los puestos de trabajo de casi la mitad de mi personal. Tenía que centrarme en el panorama general y no indagar en los problemas a menos que fuera a repercutir en la campaña.

—¿Y crees que esta polémica puede influir en el calendario previsto? —pregunté.

Eric miró de reojo a Tim y Jean.

—Estamos buscando soluciones para mantener la campaña en marcha.

—¿Caroline puede echaros una mano? —pregunté. Caroline dirigía el marketing y las relaciones públicas de la campaña y era la mejor del sector —. Ya sabes que estamos acostumbrados a que los competidores creen campañas en contra de los lanzamientos a través de las redes sociales y tenemos estrategias para contrarrestarlas. Además, mantenemos excelentes relaciones con la prensa de toda Europa.

—Gracias —respondió Eric—. Solo necesitamos un trabajo básico de contrainteligencia.

¿Contrainteligencia?

—¿Sospechas de algún tipo de filtración interna?

—Estamos revisando las prácticas y procedimientos internos —dijo Tim, interviniendo por fin en la conversación.

Esa no era una respuesta. Algo no encajaba. ¿Estaban pensando en retirar la droga, pero no querían comunicárnoslo? Prefería trabajar mano a mano con mis clientes. Si mantenían en secreto los problemas y otras cuestiones, no podía hacer mucho para evitar el desastre.

—Estamos aquí para ayudar y apoyar en todo lo que podamos. Por favor, si utilizar nuestros recursos y nuestra red puede ser de ayuda, a por ellos.

Eric esbozó una de sus sonrisas tensas y superficiales.

—Si abordan a alguno de ustedes, o notan algo inusual, por favor, llámenme inmediatamente al número de esta tarjeta. —En esa ocasión fue Jean quien habló. Pasó algunas tarjetas para que las cogieran todos los miembros de mi equipo. Cuando tuve la mía, vi que el sencillo rectángulo blanco no proporcionaba demasiada información para identificarla: solo

venía el nombre, un número de teléfono y una dirección de correo electrónico genérica. ¿Quiénes eran esas personas y por qué estaban allí?

—¿Si nos aborda quién? —preguntó Caroline—. ¿Y qué quiere decir con «inusual»?

—Vayamos paso a paso —repuso Jean.

Había pasado la mayor parte de mi carrera trabajando para marcas de lujo. Estaba muy acostumbrado a que los creativos se volvieran paranoicos con los competidores. Era consciente de la importancia del secretismo y de la amenaza del espionaje empresarial. Me había adaptado a trabajar con un equipo estresado y sobrecargado de tareas que hacía todo lo posible para lanzar el producto con éxito. Pero esa reunión no se parecía a ninguna otra en la que hubiera estado antes. Parecían el MI5 tras haber descubierto los planes de Italia para iniciar una guerra.

No me gustaba trabajar a ciegas: era la mejor manera de quedar como un idiota. Quizá Eric no estuviera dispuesto a contarle a toda una sala de reuniones lo que pasaba, pero tal vez me lo dijera a solas. Si reunía todos los datos posibles, mi trabajo iba a ser mejor. Quería asegurarme de que no hubiera sorpresas.

Había programado una alerta de Google sobre cada uno de mis clientes, posibles clientes y competidores. También tenía en plantilla a un becario encargado de informarme sobre cualquier noticia que pudiera afectar a nuestras cuentas. Lo que estaba ocurriendo aún no había llegado a las agencias de noticias, pero eso no significaba que no nos esperara un desastre a la vuelta de la esquina.

Conocía a una persona que podía prever el futuro de Calmation. El único problema era que, hasta ese momento, había rechazado todas mis llamadas.

32

HARTFORD

Cerré la taquilla, me colgué la mochila del brazo y fui hacia la salida del hospital. Había pasado las dos últimas horas del turno poniéndome al día con el papeleo, esperando a que Gerry terminara las reuniones. Todavía no había conseguido confesarle la que había liado.

Al menos, cuando volviera al apartamento podía pasar a hurtadillas por delante de la puerta de Joshua sin que me oyera. No quería hablar con él. Tenerlo alrededor me hacía perder de vista lo que tenía delante, como siempre. En esa ocasión no iba a descarrilar toda mi vida por mi incapacidad de controlar mis sentimientos por Joshua Luca. Me mudaba al día siguiente; podía coger mi mochila y todo lo que había acumulado esos tres últimos meses en Londres y cambiar mi distrito postal de w1 a wd6. A partir de entonces, iba a vivir a casi veintitrés kilómetros de Joshua. Era más probable que se fuera a Milán a que se paseara por el distrito seis, así que iba a estar a salvo.

—Hartford, eres justo la persona que estaba buscando.

Me giré cuando Gerry se acercó a mí. Eran casi las diez, y por mucho que no quisiera ver a Joshua, la cama me llamaba.

—Mañana me entrevistarán en la BBC y estoy pensando en sacar el tema de Merdon. Hay rumores de que Calmation se presentará mañana ante el consejo de regulación, así que probablemente pueda salirme con la mía comentando lo que he oído a través de las redes sin que mi informador corra riesgo alguno. ¿Te importaría echar un vistazo a mis notas?

Si algo podía mantener altos mis niveles de adrenalina, era la lucha contra Merdon.

—Por supuesto, y, de hecho, tengo algo que decirte al respecto. —Seguí a Gerry a su despacho.

—He estado investigando cómo presentar una queja al consejo de regulación sanitario —dije.

Gerry suspiró.

—Tenemos que hacer esto de forma organizada. Necesitamos que nos

asesore un buen bufete de abogados y que preparen una demanda.

—Va a costar mucho dinero

—En efecto —respondió—. Pero toda una generación de niños se va a convertir en zombi si no hacemos algo con Calmation. A cada niño de dos años que tenga una rabieta se le van a dar una pastilla.

No quería ni pensar en ello.

—¿Crees que lo conseguirán?

—Merdon tiene mucho presupuesto.

—¿Crees que van a sobornar a los miembros del consejo?

Se encogió de hombros.

—Pagarán millones para asegurarse de que su solicitud tenga éxito. Y contratarán a unos buenos abogados para que se aprovechen de todas las lagunas que puedan encontrar.

—Y más millones para publicitarlo cuando ocurra. —Y algunos de esos millones iban a ser para Joshua. Había tratado de bloquear en mi cerebro la noche que habíamos pasado juntos. Había intentado olvidar lo que había visto. El contrato. Los diferentes logos para Calmation. El envase chulo y apto para niños que hacía que un medicamento peligroso pareciera seguro. No quería que nada de eso fuera cierto.

—Ya. Vamos a necesitar sacar dinero de algún sitio para luchar contra esto.

No podíamos competir, pero teníamos que intentarlo. Las únicas personas ricas que conocía eran las que Joshua me había presentado, y no iban a ponerse de mi lado a pesar de que él estaba totalmente equivocado.

—Podremos organizar una recaudación de fondos *online*. Deberías mencionarlo en la entrevista de mañana. Eso ayudará a pagar a un buen bufete.

—Buena idea. Estas son mis notas. —Me pasó dos hojas dobladas llenas de lo que tres meses antes me habían parecido unos garabatos indescifrables. En ese momento ya podía leer perfectamente la letra de Gerry.

Recorrí la página, asegurándome de que había adoptado el enfoque acordado, que consistía en decir que el uso de ese tipo de fármacos solo era eficaz en circunstancias limitadas que debían ser establecidas por un médico.

—Creo que vale la pena señalar que Merdon es una farmacéutica y

quiere vender medicamentos, y no solo busca soluciones a los problemas médicos.

—Me gusta la idea. — Gerry lo añadió a sus notas.

—Quizá incluso puedas mencionar en la entrevista que estamos recaudando fondos para financiar los costes legales. Crearé una página de GoFundMe a través de la cual la gente podrá contribuir.

Gerry se sentó y juntó los dedos.

—Sabía que había acertado al contratarte en cuanto te conocí. Eres una pediatra inteligente y atenta. Y una buena colega.

—Gracias, señor. —Viniendo de Gerry, era el mejor cumplido que podía recibir—. Pero tengo que hacerte una confesión.

Tomé aire y le conté a Gerry la conversación que había mantenido con Joshua, en la que no había mencionado ningún nombre, pero había dicho que nos estábamos preparando para hacer una campaña contra un medicamento para tratar el TDAH en niños.

—Bueno, es un hombre brillante. Se habrá dado cuenta de que estabas hablando de Calmation. —Por eso era más doloroso que no me hubiera dicho nada. Yo había confiado en él, pero él no había hecho lo mismo.

—Lo siento mucho.

Gerry negó con la cabeza.

—De todas formas, no has dicho nada que no esté ya circulando en el mundillo a modo de cotilleo. No has hecho ningún daño. Vete a casa y trata de dormir un poco. Mañana va a ser un día duro.

No iba a dormirme fácilmente. Tenía demasiadas cosas en las que pensar. Demasiadas cosas que hacer. La ironía era que la persona con la que quería hablar al volver a casa, con la que quería compartir todo eso, la única persona que podía ayudarme, era también el último hombre al que quería tener delante en ese momento.

33

HARTFORD

Casi me pasé la parada del metro porque se me cerraban los ojos del sueño que tenía. Eran las doce menos cinco de la noche cuando entré en el ascensor para pasar la última noche en el apartamento. Poco más de veinticuatro horas antes, había subido en ese mismo ascensor con Joshua, obnubilada por un pícnic romántico, a punto de pasar la mejor noche de mi vida.

¿Cómo podían cambiar tanto las cosas en tan poco tiempo?

Joshua debía de estar ya en el cuarto de baño o dormido. Al menos, no iba a tener que verlo. Había estado ocupada todo el día y había preparado un montón de excusas válidas para no haber atendido las cuatro llamadas perdidas suyas que me aparecían en el móvil.

Incluso si no hubiera estado ocupada, no habría respondido. No había nada que decir. Ver las estrategias del lanzamiento de Merdon en la mesa del comedor me había descongestionado el cerebro y me había devuelto a la realidad. Durante los últimos meses había bajado mi campo de fuerza lenta e involuntariamente hasta que apenas suponía más que una línea en la arena. Sin embargo, aún recordaba las razones por las que lo había levantado. Ojalá no sintiera tan pesado el corazón en el pecho, ojalá no tuviera que alejarme.

Salí del ascensor y traté de andar de puntillas hacia mi apartamento. Se me cayó el alma a los pies cuando escuché el familiar sonido de la puerta de Joshua abriéndose a mi espalda.

—Esta mañana te has escapado y no me has devuelto las llamadas —dijo, en un tono uniforme. Aunque no fuera amistoso, no estaba enfadado.

—Lo sé —dije.

—Quiero hablar contigo sobre las preocupaciones que tienes con respecto a Calmation.

No me giré, sino que fingí buscar las llaves en mi bolso.

—No hay nada que decir.

—¿Así que esto es todo? ¿Me has conquistado y ahora me dejas?

Intentaba ser simpático. Encantador. Pero no me iba a camelar. Mi campo de fuerza estaba de regreso.

Me giré hacia él.

—¿Por qué ayer no me dijiste que estabas trabajando en una campaña para Calmation? Debiste de haber imaginado que era el medicamento contra el que Gerry y yo estamos trabajando.

Su pecho subía y bajaba.

—Lo sospechaba, pero no estaba completamente seguro. Era un tema confidencial, y luego fue el pícnic y...

—Y no dijiste nada.

—No, estaba demasiado concentrado en lo que pasaba entre nosotros. Pero te lo habría dicho, creo. Y si me hubieras despertado, podríamos haberlo discutido esta mañana.

Tensé la mandíbula.

—¿Crees que me lo habrías dicho?

—He firmado un acuerdo de confidencialidad. Pero sí, creo que te lo habría dicho si no nos hubiéramos ido por otros derroteros.

Suspiré. Por supuesto, estaba haciendo que pareciera totalmente razonable.

—Supongo que no importa si me lo has dicho o no. Estamos en bandos opuestos en algo que es muy importante para mí.

—Para mí también es importante —dijo, dando un paso hacia mí—. Te equivocas con Merdon. Están intentando ayudar de verdad a la gente a conseguir los medicamentos que necesitan. En Estados Unidos es diferente: los medicamentos no están disponibles para la gente que no tiene un buen seguro.

Di un paso atrás.

—No seas ingenuo. Se trata de beneficios y dinero para Merdon. Eso es todo.

—Merdon no puede vender este medicamento sin receta sin la aprobación del consejo de regulación sanitario. Calmation no se va a vender en el mercado negro. Si el consejo de regulación cree que está bien, estará bien.

Ese era el argumento que iban a utilizar los padres cuando decidieran autodiagnosticar a sus hijos y administrarles medicamentos que alteraban su estado de ánimo sin el apoyo de un médico. Usar cualquier medicamento,

incluso uno como el paracetamol, podía ser arriesgado si no se prescribía de forma correcta. Y Calmation era mucho más potente y peligroso que el paracetamol, por lo que tenía que ser dispensado con receta—. Que algo sea legal no significa que esté bien. Es legal comer cien hamburguesas con queso en un día. Eso no lo convierte en algo bueno.

—He visto pruebas: su planificación. He visto los documentos. Los estudios que demuestran los beneficios. Tienes todo en mi ordenador. El cliente me ha enviado miles de páginas de ese fármaco. —Abrió la puerta y señaló el interior—. Puedo enseñártelo. Su estrategia consiste en conseguir que los medicamentos estén disponibles y sean asequibles para personas que de otro modo no tendrían acceso a ellos.

Me reconfortaba que Joshua creyera tan claramente que estaba haciendo algo bueno. Pero lo habían engañado.

—Creo que eso es lo que te han dicho. Mierda, incluso algunas personas que trabajan para ellos pueden creerlo. Pero te aseguro, como médica, pediatra y amiga, que tratar de que se autorice Calmation como medicamento sin receta es inmoral.

Hundió los hombros y que clavó la mirada en el suelo.

—¿De verdad lo crees?

—No solo lo pienso yo, Gerry también lo piensa, y también lo hará toda la comunidad pediátrica cuando esto llegue a la prensa.

Joshua se pasó las manos por el pelo.

—Hoy he tenido una reunión con ellos y algo no me ha convencido. ¿Qué puedo hacer? —preguntó, casi como si estuviera pensando en voz alta—. ¡Joder!

Había mil cosas que podía sugerirle, y una de ellas era revisar mi plan de relaciones públicas, muy *amateur*, y ver qué debía cambiar.

Pero durante las horas pasadas desde que había dejado su cama me había quedado algo muy claro, algo que había sabido todo el tiempo y que había decidido ignorar: cada vez que pensaba en Joshua, perdía mi objetividad. Necesitaba concentrarme en mi carrera. En vivir en paz. En el futuro. Me resultaba muy fácil enfrascarme en el hombre que tenía delante y perder de vista lo que era verdaderamente importante. Me negaba a volver a ser mi yo de diecisiete años, en especial con un hombre que tenía un largo historial de sexo sin compromiso y poco más cuando se trataba de mujeres. No quería volver a perderme por un orgasmo.

—Tengo que dormir —dije, volviéndome hacia la puerta.

—¿Puedo entrar? —preguntó—. Quiero resolver esto.

—No, Joshua. No estoy de humor para algo ocasional.

—Hartford —pidió, en tono interrogativo y confuso—. Quiero arreglar esto. ¿No me vas a ayudar?

—No necesitas mi ayuda para hacer lo correcto.

—Puede que no la necesite, pero me gustaría tenerla.

Me volví hacia él.

—¿Recuerdas que te conté el accidente que tuve cuando me rompí la pierna la primera vez?

Frunció el ceño.

—Claro.

—Esa noche, iba a buscarte. —Confesarle eso fue como quitarme un enorme peso de encima—. Quería que te fijaras en mí, que me vieras como una mujer. —Sin embargo, había sido una decisión infantil y sin sentido. Tonta. Y de la que todavía pagaba las consecuencias—. Tomé una decisión estúpida al conducir esa noche y, como resultado, tuve que renunciar al sueño de bailar de forma profesional. —Nunca había hablado con nadie de lo que había perdido. Ni siquiera con mis padres. Decir esas palabras en voz alta me hacía recordar lo sucedido como si fuera ayer. Se me había abierto la cicatriz y estaba sangrando—. No cometeré el mismo error dos veces.

Joshua se rascó la nuca.

—¿Qué error? —preguntó.

—El de perder cualquier atisbo de juicio porque estoy loca por ti. Y aquí estoy de nuevo, más de una década después, casi en el mismo punto. Si das un paso más hacia mí, Joshua, me ahogaré en ti, y perderé todo lo que es importante para mí porque solo puedo verte así. Te hablé de Calmation ayer, cuando había jurado guardar el secreto. La próxima vez, será un error que no podré solucionar.

—¿Hartford?

Se acercó a mí y me tambaleé hacia atrás, desesperada por escapar a su contacto porque sabía lo poderoso que era. Lo poderoso que era él.

—¿Y sabes qué? —pregunté—. Quizá valdría la pena que me dejara llevar por la atracción si no fuera todo tan unilateral. Pero no puedo perderme en alguien que puede o no acordarse de compartir las cosas importantes conmigo, que puede o no querer algo más que sexo. No puedo

enamorarme de alguien que nunca va a entregar lo mismo que yo. — Siempre iba a sentir más por Joshua que él por mí. No podía vivir así.

Negó con la cabeza.

—¿Qué quieres decir con entregar lo que das? ¿Enamorarte? Estás yendo a velocidad de vértigo, a mil kilómetros de distancia. Tuvimos nuestra primera cita ayer.

Lo miré, con el pelo rubio revuelto, el pecho musculoso y su sonrisa encantadora. Dios, era guapísimo.

—Probablemente tengas razón. Tengo más amplitud de miras que tú, y, a pesar de que intento contenerme, estoy corriendo para ir más allá. No puedo detenerme. En cualquier relación que tengamos, siempre voy a ir por delante de ti, Joshua. Y no puedo permitírmelo.

Mi campo de fuerza yacía en pedazos a sus pies. Mi corazón estaba allí para que él lo viera. ¿Acaso esperaba que me dijera que estaba equivocada y que corriera junto a mí para cogerme de la mano? Seguramente. ¿Acaso esperaba que me dijera que me amaba y que podíamos resolverlo juntos porque íbamos a estar unidos hasta el final de los tiempos? Si fuera así, no estaría conteniendo la respiración.

Esperé un segundo y luego un poco más, dándole tiempo para llenar el silencio.

Al menos, no me mintió. Era quien era y quien siempre había sido. Era yo la que había cambiado.

Al final entré y cerré la puerta.

Se había acabado.

34

JOSHUA

Entré en la sala de reuniones, donde el equipo principal de la empresa estaba reunido en torno a la mesa de cristal, con las vistas de Londres de fondo. Me había pasado la última semana repitiendo mentalmente la última conversación con Hartford, intentando pensar en qué podía haber dicho para que se quedara.

Al final, el tiempo que había dedicado a pensar en ello me había llevado a la conclusión de que lo que contaba era la acción y no las palabras. Iba a demostrarle lo mucho que me importaba. Lo mucho que escuchaba lo que tenía que decir y lo mucho que había cambiado el hombre que solo tenía relaciones ocasionales.

—Tengo que hacer un anuncio. —Tomé asiento y escudriñé los rostros que había frente a mí.

—Hoy he llamado a GCVB y les he dicho que Luca Brands se retira, y que no trabajará para Merdon. —Sí, esperaba que Hartford lo aprobara, pero había retirado a Luca Brands de la cuenta de Merdon porque era lo correcto.

En la sala se oyeron los jadeos. Sabían lo que eso significaba: pérdida de puestos de trabajo.

—No he tenido oficialmente noticias de Eric comunicándome que Luca Brands ya no trabaja con ninguna de las otras marcas de GCVB, pero es algo previsible. —Eric iba a reaccionar con rapidez, y contaba con que despidiera a Luca Brands antes de que terminara el día. Quería adelantarme a él.

Se alzaron un par de manos, pero yo ya sabía las preguntas que querían hacerme.

—Responderé a todas vuestras dudas al final. Dejadme terminar.

Llevaba una semana sin dormir, pensando y elaborando estrategias, y el tiempo que había dedicado al asunto había dado sus frutos.

—Estoy creando una nueva división de Luca Brands. Y estoy buscando candidatos dentro de la empresa para dirigirla. —El alivio inundó sus

rostros—. La división hará algo parecido a lo que ya hacemos, pero los clientes de la división no serán artículos de lujo. Trabajaremos con organizaciones benéficas y causas en las que creemos. También vamos a tener un campo nuevo de trabajo: defender las prioridades de estos clientes. El primer proyecto de la nueva división será lanzar una campaña contra la aprobación de Calmation como medicamento sin receta. No disponemos de mucho tiempo, así que voy a necesitar gente dispuesta a empezar cuanto antes. —Hartford había tenido razón: no necesitaba su ayuda para hacer lo correcto.

Val, mi mano derecha en la campaña original de Calmation, levantó la mano.

—Me gustaría mucho dirigir esta campaña. Conozco el fármaco, conozco el problema y también tengo un hijo con TDAH. Ese medicamento solo debería venderse con receta.

Me quedé atónito. Me gustaba pensar que conocía a mis empleados, pero Val nunca me había dicho que su hijo, Oliver, tuviera TDAH. Había trabajado incansablemente en la campaña de Calmation sin darme ninguna pista que me hiciera sospechar que no estaba de acuerdo con ella.

—Agradecería tu liderazgo en esto, Val —acepté.

—De hecho, ya tengo algunas ideas. Como por el momento solo hay focos de oposición sueltos, más que campañas organizadas contra Calmation, creo que lo primero que hay que hacer es crear un grupo que podamos impulsar para que sea la voz de una oposición unificada.

—Gran idea. Sé con quién deberías contar para iniciar este proceso. —Iba a facilitarle los datos de contacto de Gerry. Había visto sus entrevistas; iba a ser un gran defensor.

—Una pregunta rápida. —Val levantó la vista de sus notas—. Si no tenemos ningún tipo de presupuesto, ¿de dónde sale el dinero y cuánto puedo gastar?

—Estoy creando la rama benéfica de la empresa. Y el presupuesto para esta campaña anti Calmation es ilimitado. Haz lo que tengas que hacer para asegurarte de que este fármaco no se llega a comercializar sin receta en ningún lado del Atlántico.

Los murmullos en la sala me dijeron que era un anuncio bienvenido. Tal vez no era el único que había tenido dudas sobre Merdon. Tal vez mi nueva actitud era buena para Luca Brands, incluso aunque no estuviera

directamente involucrada.

—Me aseguraré de que no ocurra. —Val me sonrió.

—Estoy a tu disposición. Lo que sea que necesites, no dudes en pedirlo.
¿Alguna pregunta más?

John, al fondo de la sala, levantó la mano.

—Creo que esto es genial y todo eso, pero si nos hemos retirado de la campaña Calmation y hemos perdido a GCVB como cliente, significa que va a haber despidos.

—Esa es una buena pregunta y voy a hacer un anuncio al resto de la empresa cuando salgamos de esta reunión. Tendremos que adaptar nuestro enfoque en el momento en el que GCVB nos despida. Comenzará con la dotación de personal de la nueva división. Luego, vamos a salir a buscar nuevas cuentas. Tendremos que dirigirnos a industrias que produzcan marcas de lujo. Estoy abierto a vuestras sugerencias, y yo mismo tengo algunas ideas. Voy a hacer todo lo posible por todos, para que nadie tenga que dejar Luca Brands si no quiere. —Iba a ser una lucha titánica, y, en un futuro inmediato, iba a tener que tener que darme a diario muchos baños para pensar, pero Hartford me había inspirado.

Esperaba que Luca Brands impidiera que Calmation fuera aprobado por el consejo de regulación: era el mejor resultado posible para padres y niños vulnerables. También esperaba que fuera suficiente para demostrarle a Hartford que la escuchaba. Que respetaba su opinión. Y lo mucho que podía cambiar en todos los ámbitos de mi vida.

35

HARTFORD

Con el iPad del hospital en la mano, crucé el pasillo de urgencias pediátricas hasta la sala de descanso.

—¡Hartford! —me gritó Jacob mientras cogía una taza de café. Levanté la vista—. ¿Puedes hacerme un favor? Aunque no quiero pedírtelo antes de que te hayas tomado una taza de café.

—No importa. Mejor ocupada que aburrida. —Jacob era un tipo agradable y todo había ido bien entre nosotros desde que habíamos salido a cenar. Habíamos acordado de forma tácita que no podía haber nada romántico entre nosotros, y estábamos contentos con nuestra amistad profesional.

—Me acaban de llamar de urgencias para ver a un paciente, pero Gerry quiere hablar conmigo. ¿Puedes sustituirme?

—Claro, por supuesto. ¿Qué paciente es?

—No estoy seguro. Solo sé que es una niña de ocho años con síndrome de Down.

Me venía bien distraerme, así que me di la vuelta y fui a recepción para ver en qué box estaba.

—En el dos —dijo la recepcionista—. Esta es la ficha. —Me miró con el ceño fruncido—. Que no te parezca mal, pero me habría gustado que fuera el doctor Cove quien hubiera contestado.

Me reí.

—Ya, claro, todas preferís al doctor Cove antes que a mí. —Revisé la hoja de observaciones. Nada fuera de lo normal, salvo fiebre.

Crucé la cortina del box dos.

—¿Millie? —Retrocedí medio paso al ver a la paciente en la cama. Era una explosión de tul color rosa y lycra, y lucía una sonrisa tan brillante como el sol—. Hola —la saludé, sonriendo—. Por lo que veo, hoy me toca tratar a una bailarina.

Los leotardos le quedaban un poco grandes, y tenía el pelo demasiado corto para recogerlo en un moño, pero su felicidad era contagiosa. Le

sonreí.

Me volví hacia la mujer sentada junto a la cama.

—Soy Hartford, una de las pediatras del hospital. ¿Es usted su madre?

—Sí —respondió una mujer delgada y elegante—. El médico de cabecera nos ha dicho que viniéramos. Millie tiene fiebre desde el jueves y no se le pasa.

Asentí y me volví hacia la niña.

—¿Cómo te sientes?

—Preciosa —respondió ella—. Soy bailarina. Como mi madre.

Sonreí.

—¿Te importa si le hago a mamá algunas preguntas sobre ti? —Negó con la cabeza y levantó los brazos hasta la primera posición.

Tomé asiento e interrogué a la madre de Millie sobre algunas cuestiones básicas.

—¿Así que el médico de cabecera le sugirió que viniera a hacerse unos análisis de sangre para comprobar si había alguna infección? —Siempre era bueno saber por qué alguien se había animado a acudir a urgencias.

—Sí. Me ha dicho que es solo por precaución.

—Tiene sentido. La temperatura no es demasiado alta y parece estar de buen humor, así que no hay nada en particular por lo que preocuparse, pero como estoy segura que ya sabe, Millie es un poco más propensa a las infecciones. Es bueno ser precavido. —Me puse de pie para hablar con Millie—. ¿Te puedo tocar la barriga y auscultarte?

Millie asintió.

—¿Acabas de tener clase de ballet? —pregunté mientras la examinaba.

—No —repuso Millie—. Soy bailarina siempre.

Miré a su madre, que sonreía.

—Le encanta bailar. Yo me dedicaba al ballet de forma profesional y ella encontró todos mis viejos tutús cuando tenía unos tres años. Desde entonces está obsesionada con la danza. Venimos de ver *Romeo y Julieta* en la Royal Opera House.

Me dio un vuelco el corazón antes de que se pusiera a latir de forma precipitada, aunque traté de mantener la sonrisa.

—¿Era usted profesional del ballet?

—Cuando era más joven estuve en la Royal Ballet School. Pero la vida pasa y... —Se encogió de hombros—. Desde que tuve a Millie, solo lo veo.

Y bailamos para divertirnos mientras cocinamos.

Quería preguntarle qué había pasado. Ninguna bailarina iba a la Royal Ballet School y se rendía sin más. ¿Se habría quedado embarazada, habría tenido una lesión, habría perdido una beca?

—Bailar por diversión es bueno —solté, sin creer en realidad lo que decía. Era justo lo contrario de lo que pensaba.

La madre de Millie suspiró.

—Es cierto. Y vamos mucho al ballet, ¿no es así Millie?

Millie asintió.

—Bailar es lo mejor —dijo Millie, sonriendo. Al mirarlas, casi podía creer lo que decían.

—Pediré algunos análisis de sangre. Estaremos atentos, pero de momento no me preocupa.

La idea de bailar solo por diversión o de ir al ballet era algo que me había planteado alguna vez. Mis padres habían intentado convencerme, me habían dicho una y otra vez que tener esas lesiones no significaba que no pudiera bailar o que no pudiera disfrutar viendo una actuación. El problema era que el accidente había hecho que no pudiera bailar tan bien como antes, así que no podía convertirlo en mi futuro, y yo había decidido que, si no podía bailar profesionalmente, no iba a bailar y punto. Quería borrar de mi vida todo rastro de la danza. Pero ver la alegría en los rostros de Millie y de su madre mientras hablaban del ballet me había hecho recordar lo mucho que me gustaba. Me encantaba escuchar la música y mover el cuerpo de una manera que la honrara, y ver a las demás hacer lo mismo. Me encantaba la sensación de dar un salto o un giro, o de hacer un complejo juego de pies. Me encantaba aprender nuevas coreografías y estudiar cómo se interpretaba la música de forma diferente. Había renunciado a muchas más cosas que a bailar.

Cuando volví a subir a la sala de descanso, fui a las taquillas y busqué en mi mochila para ver si podía encontrar la tarjeta que Joshua me había dado hacía semanas.

¿Podía disfrutar de la danza solo contemplándola? Me había pasado muchos años evitando cualquier tema relacionado con el ballet porque una decisión estúpida me había hecho acabar en la cuneta. ¿Iba a seguir pagando por ello el resto de mi vida?

Joshua me había dicho que podía ir al ballet cuando quisiera. Tal vez

había llegado el momento de recordar la alegría que sentía con la danza. La tarjeta que me había dado estaba metida en el bolsillo interior de mi bolso, donde la había guardado. Le di la vuelta en la mano, preguntándome si podía recrear parte del placer que me había proporcionado el ballet viendo a los mejores en el escenario.

No iba a saberlo nunca si no lo intentaba.

OceanofPDF.com

36

JOSHUA

El baño estaba a treinta y ocho grados exactos, y tenía un vaso de agua fría con un toque de lima al alcance de la mano. No estaba muy seguro de oler el incienso, pero sin duda se podía distinguir la lavanda en el nuevo aceite de baño. Era una mezcla especial, pensada para desestresarse y dar rienda suelta a la creatividad. Aun así, no podía quedarme quieto y no se me ocurrían nuevas ideas.

En su lugar, mi mente se había quedado atascada en un bucle, el de mi última conversación con Hartford, hacía ya veintiún días. Intentaba descubrir por qué no me había esforzado más para evitar que me diera la espalda, pues era lo mismo que me impedía ir detrás de ella. Había un obstáculo en mi camino que no sabía sortear.

Ella me había dicho lo que necesitaba de mí; solo tenía que averiguar si podía dárselo. Pero ¿qué quería yo? Sabía que ella me gustaba y que quería algo más que sexo sin compromiso. Lo que no sabía era si era capaz de dar más o no.

De algo estaba seguro: no iba a ir a por ella antes de saber si podía o no ofrecerle lo que necesitaba. Se merecía algo mejor que eso.

Suspiré y me hundí en la bañera para que el agua me cubriera la cabeza. Por fin, salí a la superficie e inspiré hondo.

—¿Joshua? —Alguien estaba diciendo mi nombre—. ¿Joshua?

¿Quién había entrado en el apartamento? ¿Qué coño...?

Salí de la bañera de un salto, me puse una toalla alrededor de la cintura y abrí la puerta de un tirón.

Andrew estaba de pie al otro lado.

—¿Cómo demonios has entrado aquí? —Cogí otra toalla del montón y me sequé el pelo.

—He venido a hablar contigo. —Sonaba tranquilo, como si fuera perfectamente normal abordar a alguien en su propio cuarto de baño—. Ponte algo de ropa y reúnete conmigo en el salón.

—¿Cómo has entrado aquí? —No contestó, solo cerró la puerta al salir

al pasillo.

¿Tenía malas noticias? ¿Todo iba bien?

Me puse una camiseta y unos vaqueros lo más rápido posible y corrí al salón.

—¿Qué ha pasado?

Andrew estaba sentado en el sofá, hojeando un ejemplar de *Condé Nast Traveler*. No parecía ser portador de malas noticias. Cerró la revista y la lanzó sobre la mesa de centro, luego señaló con la cabeza el sofá de enfrente.

—Ponte cómodo.

—Andrew, este apartamento es mío. Me sentaré si quiero —respondí mientras me sentaba.

—Estoy aquí en nombre de todos —dijo con un suspiro.

—¿Quiénes son «todos»?

Ladeó la cabeza y me miró con una expresión que decía: «¿En serio eres tan estúpido?».

—¿Es una intervención? —pregunté.

—Llámallo como quieras, pero no tengo mucho tiempo, así que vayamos al grano.

—Claro, ¿por qué cambiar los hábitos de toda una vida?

—Se trata de Hartford.

Se me revolvió el estómago. ¿Qué había pasado?

—Nos enteramos por Autumn, o por Hollie, no recuerdo por cuál, pero es una de las americanas, de que habéis tenido un desencuentro. ¿Qué ha pasado?

¿Estaba allí para hablarme de los chismes que circulaban? ¿Y por eso había interrumpido un baño que estaba disfrutando a tope? Bueno, o más o menos.

—¿Qué tiene que ver eso contigo? —pregunté, en guardia ante el interrogatorio.

—Bien, vamos a resumir la cuestión. La última vez que hablamos de este tema, te diste cuenta de que te gustaba mucho esa mujer, pero pensabas que no te iba a tomar en serio porque nunca habías mantenido una relación estable. Así que, con la ayuda del grupo, decidiste que ibas a demostrarle que podías ofrecerle algo más que sexo.

Vaya.

Nadie podía acusar a Andrew de irse por las ramas.

—Gracias por el resumen.

—Bien, ¿la convenciste?

Dios mío, qué práctico era ese hombre...

—No. —Suspiré y mi actitud defensiva se evaporó. Estaba ahí porque era mi amigo, no mi enemigo. Intentaba ayudarme. Me incorporé en el asiento—. Nos acostamos. Pero no fue solo sexo, ¿me entiendes?

—Conectasteis —adivinó Andrew—. Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—¿Me lo preguntas a mí? Yo estaba en la bañera, intentando pensar. Lo que me recuerda: ¿cómo has entrado aquí?

Puso los ojos en blanco como si se tratara de la pregunta más estúpida que jamás hubiera escuchado.

—Necesito un trago. Y tú también.

Se acercó al mueble bar, sacó una botella de whisky de un estante y volvió con dos vasos.

—Por lo que he oído de las americanas, Hartford y tú todavía no estáis juntos. Así que estoy aquí para averiguar por qué. No es propio de ti fracasar cuando te propones algo.

Gemí, vacié el vaso de whisky y luego estiré la mano para recuperar la botella. El líquido ardiente se agrió en mi estómago. No me gustaba pensar que lo que Hartford y yo habíamos tenido en los últimos meses había desaparecido.

No sabía cómo responder a su pregunta.

—Me dijo que no quería perderse en mí. Por lo que he podido averiguar, le preocupa que sus sentimientos sean más profundos que los míos.

—¿Lo son?

Eché la cabeza hacia atrás en el sofá y traté de tragarme la incertidumbre que se me había atascado en la garganta.

—Tiene miedo y eso le preocupa. Y yo quiero demostrarle que no hay nada que temer, pero ¿puedo garantizárselo? Quiero tranquilizarla. Quiero poder decirle que siempre estaré ahí. Pero no puedo, y ella tampoco.

Andrew dio unos golpecitos con el dedo índice el brazo de la silla.

—Estás aterrado.

—Ella me importa —afirmé—. Me importa mucho. Quiero que sea feliz más de lo que quiero que esté conmigo. En especial cuando no tengo ni idea de cómo tener una relación. Era un niño cuando estuve con Diana. Esto es

la vida real; tengo miedo de provocar un completo desastre y no quiero hacer pasar a Hartford por eso. Claro que tengo miedo de hacerle daño.

—Hacerle daño... Sí, estoy seguro de que no es lo que quieres. Y, por supuesto, también tienes miedo de que te hagan daño a ti.

—No. A ver..., quiero decir, no... Es por Hartford. No quiero hacerle daño a Hartford.

—Eres un buen tipo, Joshua.

—Lo digo en serio. No quiero hacerle daño a Hartford. Nunca. No quiero ser el tipo que la ha dejado hecha polvo. El que le va a dejar cicatrices emocionales con las que tenga que vivir durante el resto de su vida.

Me había impactado saber lo que había supuesto para ella tener que dejar el ballet y volcarse en su trabajo. Era una buena persona y se merecía a alguien que pudiera darle alguna garantía de por vida.

—Amar y ser amado por alguien es una gran responsabilidad. No es algo que deba tomarse a la ligera.

Por fin lo estaba entendiendo.

—Eso es. Y quiero estar con Hartford. Hoy... Y mañana. No puedo imaginar un día en el que no quiera estar con ella, pero tal vez llegue. No puedo asegurarlo.

—Nadie puede.

—Pues Hartford necesita a alguien que pueda hacerlo.

—Nunca habrá nadie que pueda garantizar tal cosa. Ni a Hartford ni a nadie.

A lo mejor era cierto. Pero eso era lo que quería para Hartford, porque ella se lo merecía.

—Por eso tienes que averiguar si tenéis suficiente confianza —continuó Andrew—. Nadie puede adivinar el futuro, pero tienes que confiar en que no vas a romperle el corazón. Y tienes que saber que ella no va a romperte el tuyo. Y si lo haces, pregúntate si estás dispuesto a correr el riesgo. ¿Vale la pena a pesar de que exista la posibilidad de hacerle daño o de que te lo haga a ti?

Andrew siempre conseguía reducir los problemas a sus elementos más básicos. Y, al hacerlo, la respuesta estaba clara. Hartford merecía mi fe, mi confianza. Mi vulnerabilidad. Se merecía que luchara por ella.

Quería creer que Hartford no iba a aceptar casarse conmigo para luego

arrepentirse y dejarme plantado. Confiaba en que era capaz de decirme todo lo que pensaba, tanto si yo quería oírlo como si no. Confiaba en que me quería. Y me conocía lo suficiente como para hacer lo que fuera necesario para que su corazón estuviera a salvo en mis manos. Tenía fe en mí mismo para amarla.

Vacíé el vaso y lo deslicé por la mesa.

—Supongo que puedes salir solo, ya que es así como has entrado. —Me puse de pie y fui al dormitorio para vestirme—. Si alguien te dice que eres un capullo con el corazón frío, diles que yo he dicho que no es verdad.

Andrew se despidió en silencio y yo correspondí con un gesto.

Tenía que ir a un sitio.

OceanofPDF.com

37

HARTFORD

Ya conocía bien el laberinto de pasillos del hospital. Sabía qué ascensores eran los más rápidos y qué escaleras eran las más fáciles de recorrer. Dejé la bata en el contenedor de la lavandería y me colgué la mochila al hombro, dispuesta a tomar todos los atajos hasta la salida y volver a Borehamwood. Si me daba deprisa, podía coger el siguiente metro a West Hampstead y estar en casa con el pijama puesto en menos de cuarenta y cinco minutos.

—Hartford —llamó Gerry desde atrás.

Me dio un vuelco el corazón cuando me giré. Gerry me caía muy bien, y por lo general no me importaba que me detuviera al salir, pero esa noche solo quería irme a casa y echar de menos a Joshua. Estaba convirtiéndome en toda una experta en eso.

—¿Has visto esto? —Agitó ante mí lo que parecía un montón de periódicos y me hizo una seña para que entrara en aquel garito que no sabía si llamar almacén, despacho o archivo.

Sobre su mesa estaban el *Times*, el *British Medical Journal* y el *Health Service Journal*. La web de la BBC estaba abierta en la página de noticias, y las palabras «Merdon» y «Calmation» captaron mi atención al instante.

—¿Qué ha pasado?

—No tengo ni idea, pero es una gran noticia. Creo.

Me acerqué, dejé caer mi mochila y lo leí con más atención.

—Es una especie de campaña contra Calmation.

—Exactamente.

—Pero es publicidad pagada. —Eché un vistazo a las distintas publicaciones.

—Casi toda, sí —dijo Gerry—. Y luego el *Health Service Journal* ha publicado un artículo haciéndose eco de la campaña. Deberías leerlo.

Me entregó el periódico. Tomé asiento y leí el titular:

«LUCA BRANDS LANZA UNA CAMPAÑA CONTRA
EL MEDICAMENTO PARA EL TDAH DE MERDON».

—¿Es cosa de Joshua? —pregunté.

—Pensé que habías sido tú quien lo había puesto en marcha. No parece que lo haga en nombre de un cliente. Se rumorea que el bufete que se encarga de sus asuntos se dedicará de vez en cuando a campañas por buenas causas y organizaciones benéficas. ¿No sabías nada al respecto?

Negué con la cabeza mientras el corazón se me aceleraba en el pecho. ¿Por qué no me había dicho nada? Supuse que porque no lo había hecho por mí. Lo había hecho porque había decidido por sí mismo que era lo correcto.

Como esperaba que hiciera.

—Es un buen hombre. Me di cuenta en cuanto lo conocí —aseguró Gerry.

Joshua le había caído genial a Gerry esa noche en su casa. Pero lo que decía era cierto. Joshua era un buen hombre. Siempre lo había sido.

OceanofPDF.com

38

JOSHUA

Ni en mil años habría pensado que iba a hacer tantos viajes al puñetero distrito de Borehamwood. De hecho, esperaba que ese fuera el último.

Al llegar a lo alto del segundo tramo de escaleras, tenía el estómago revuelto. Stella había descrito una vez a Hartford como incapaz de mentir, y a veces se le notaba la falta de filtros. Y ella se merecía de mi parte la misma verdad sin filtros.

Tomé aire y llamé a la puerta.

No pude evitar sonreír cuando apareció ante mí en bata, con el pelo recogido en la cabeza, desarreglado como un nido de pájaros y la cara sin maquillaje. Era perfecta.

—¡Joshua! —No parecía enfadada, más bien sorprendida. Era un comienzo mejor de lo que había esperado.

—Hartford. —Quise rodearla con mis brazos y sumergirme su familiar aroma a canela—. Siento haberme pasado por aquí inesperadamente, pero tengo algunas cosas que decirte y no quería esperar.

Miró la maleta que había llevado conmigo.

—¿Y esa maleta?

—Te lo explicaré más tarde. Cada cosa a su tiempo.

—Pasa. En realidad, estaba a punto de llamarte. He visto tu campaña contra Calmation. Es... Es maravillosa, Joshua. Me parece tan inteligente y reflexiva que creo que va a funcionar de verdad.

No pude ignorar la calidez que se me instaló en el vientre con sus palabras. Me alegraba de que lo hubiera visto y de que lo aprobara. Después de todo, ella había sido mi inspiración.

—Espero que funcione. —La seguí al interior del pequeño apartamento.

—Yo también. Pero si no es así, está claro que hiciste todo lo que pudiste.

Me ofreció un vaso de agua y nos sentamos incómodamente uno frente al otro ante la diminuta mesa plegable junto a la ventana. Vi lo que parecía un programa de teatro en el alféizar de la ventana. Me estiré y distinguí a

los bailarines de ballet en la portada y el logotipo de la Royal Opera House en la esquina superior derecha.

—¿Has ido al ballet? —Por alguna razón, en mi pecho floreció la esperanza de que aquello fuera una señal de que las cosas podían arreglarse entre nosotros.

—Sí. ¿He hecho bien?

—Más que bien. ¿Lo has disfrutado?

Tomó aire y lo soltó lentamente.

—Lo disfruté con creces. Gracias.

Tal vez en la próxima ocasión podría ir con ella, pero me estaba adelantando. Quizá debía cambiar de táctica y decirle que, cuando había alquilado aquel palco en el ballet para que ella pudiera usarlo, tenía que haberme dado cuenta de que mis sentimientos por ella me habían cambiado la vida.

—¿Ves? —Miró a su alrededor—. ¿No te dije que podía hacer que Borehamwood fuera acogedor con algunos muebles de Ikea?

Esperaba que no estuviera demasiado apegada a ese lugar..., pero me estaba adelantando de nuevo.

—Tiene buen aspecto. Pero cualquier lugar es acogedor si tú estás en él. Una sonrisa bailó en sus labios antes de que frunciera el ceño.

—Joshua...

Miré a través de la sala y vi las cintas rosas enredadas sobre el sofá.

—¿Son zapatillas de ballet?

Hartford asintió.

—Sí. Quiero enterrar algunos viejos fantasmas, y, al mismo tiempo, me divierto un poco fuera del trabajo.

Sonreí.

—Qué bien suena eso. —Me alegraba que fuera feliz. Aunque fuera sin mí. Sin embargo, esperaba que fuera más feliz conmigo. Solté el aire que había estado reteniendo. Tenía que dejarme de rodeos y abrirle mi corazón.

—Estar contigo durante los últimos meses me ha hecho darme cuenta de muchas cosas. Nunca había tenido una auténtica relación salvo la de Diana, y si echo la vista atrás, lo que teníamos no era real.

Asintió como si no le estuviera diciendo nada que no supiera ya. Pero había más.

—Me has hablado de tu campo de fuerza... Pues yo, de forma

inconsciente, desarrollé un campo de fuerza propio por lo que me había pasado con Diana. Nació del miedo a que volvieran a hacerme daño. Del temor a mostrarme vulnerable ante alguien. Del miedo a verme humillado de nuevo.

Se movió en su asiento y puso la mano sobre la mía.

—Lo siento.

—De lo que me he dado cuenta desde que aterrizaste en Heathrow hace tres meses es de que llevaba años viviendo con un agujero en forma de Hartford en mi vida.

Sus pecas se juntaron cuando arrugó la nariz.

—¿Un agujero en forma de Hartford? Suena doloroso, tengo un culo de buen tamaño.

—Tienes un culo perfecto. De todos modos, mi campo de fuerza estaba camuflado o algo así. A diferencia de ti, nunca he sido consciente de que lo había levantado. Y solo la última vez que te vi, cuando me pediste que me acercara, fui muy consciente de los muros que había construido a mi alrededor.

Le di la vuelta a la mano y entrelacé los dedos con los suyos. No se apartó y di gracias en silencio.

—No pude decirte lo que quería porque mi campo de fuerza no me dejaba. Hoy estoy aquí para decirte que he desactivado su energía y han caído mis muros. —Tomé aire y me pregunté cómo había podido mantenerme alejado de Hartford durante las dos últimas semanas. La había echado mucho de menos—. Te quiero.

Solo dos palabras, pero esperaba que ella sintiera su poder.

Me miró a los ojos como si tratara de asegurarse de que lo que yo decía en serio.

—Sé que piensas que mis sentimientos no son tan fuertes como los tuyos —me apresuré a añadir—, pero te quiero. Te quiero. No quiero estar nunca más sin ti.

Suspiró y cerró los ojos. Sabía que estaba asustada.

—No se va a repetir la historia y no voy a dejar que te pierdas. Ni en mí, ni en el trabajo ni en nada. Voy a ser el hombre que te haga volver a la superficie.

Abrió los ojos y me apretó la mano.

—Las palabras son fáciles de decir.

—No son solo palabras —dije, señalando la puerta donde había dejado la maleta—. Quiero que vivamos juntos. Que estemos juntos. Podemos casarnos el mes que viene si quieres. O esperar un tiempo y planear algo espectacular.

Una sonrisa le curvó las comisuras de la boca.

—¿Has traído la maleta para poder mudarte a mi apartamento en Borehamwood?

—Por supuesto.

—Ahora sé que estás de coña. No es posible...

—¿No lo entiendes? Haré lo que sea necesario para estar contigo. —Hice una pausa, dispuesto a ser completamente sincero—. Aunque no voy a mentirte: preferiría que volvieras conmigo a Park Lane.

Se rio.

—¿De verdad quieres que vivamos juntos?

—Te lo he dicho, lo quiero todo.

Su sonrisa era aún más adorable porque intentaba ocultarla.

—Park Lane es más bonito, no se puede negar. Pero no quiero vivir en una especie de hotel.

Me reí.

—Entonces buscaremos otro apartamento. O mejor, una casa. No me importa dónde esté mientras pueda vivir allí contigo.

Negó con la cabeza.

—¿Vamos a desactivar los dos nuestros campos de fuerza y convertir esto en realidad?

—El mío está apagado. Ya estoy listo. —Nunca había estado más seguro de nada.

—¿Y vivir juntos? ¿En serio quieres que nos sumerjamos en esto de cabeza?

—Quiero sumergirme tanto que voy a necesitar atención médica —respondí.

—Entonces, soy la chica que estabas buscando.

39

JOSHUA

Miré por las diminutas ventanas del pequeño piso de Hartford para ver si nos estaban observando, algo casi inevitable con otros edificios tan cerca. Bajé a Hartford de mi regazo y crucé la sala para cerrar las finas cortinas.

—Los vecinos no deberían ver lo que estoy a punto de hacerte.

—Estoy nerviosa —dijo, moviendo el peso de una pierna a otra.

—Oye, estamos en Borehamwood. Por supuesto que estás nerviosa.

Sonrió y negó con la cabeza mientras yo le rodeaba la cintura con un brazo.

—Lo digo en serio —aseguró—. Antes era... ¿qué pasa si ahora no es...? Ya sabes.

—¿Te pone nerviosa que el sexo conmigo sea decepcionante ahora que hemos hablado de nuestros sentimientos? —pregunté, agachándome para darle un beso en la base del cuello.

Se rio.

—Sí. Y me pone nerviosa decepcionarte.

Me aparté para asegurarme de que la había oído bien.

—Hartford, tú nunca podrías decepcionarme.

Soltó otra risita nerviosa, pero la preocupación en sus ojos decía que estaba lejos de encontrarlo divertido.

—Lo digo en serio. —Encerré su cara entre mis manos y la besé.

Suspiró y se acercó más a mí. Gracias a Dios.

—¿Crees fue tan bueno por los sentimientos que lo acompañaron? —balbució mientras yo le desabrochaba los botones de la blusa—. ¿Acaso sentíamos algo en ese momento? Quiero decir, mi campo de fuerza ya estaba defectuoso. No sé el tuyo, pero quizá fue eso lo que lo hizo diferente. O tal vez fue...

—Hartford...

Se detuvo y me miró.

—¿Qué te parece si nos centramos en el sexo? Y luego, si los dos estamos desesperadamente decepcionados, podemos discutirlo, hacer una

comparativa completa y contrastar datos. Hacer una investigación. Tal vez incluso lo grabemos en vídeo la próxima vez para darnos cuenta de qué estamos haciendo mal. Pero no lo condenemos a un análisis excesivo hasta que descubramos un problema. ¿Vale?

—¿Puedes hacer una investigación sobre el rendimiento sexual? —
Frunció el ceño como si estuviera pensando en cómo sería eso.

—Estoy seguro de que es posible.

Suspiró.

—Tal vez necesito un trago. Un tequila o algo así. Es decir...

—Hartford. Para. En serio. Somos tú y yo. No hay nada por lo que estar nervioso. Somos nosotros. Nunca he sentido esto por nadie. Cuando venía hacia aquí hoy, no podía permitirme pensar que me rechazarías porque no quería imaginar cómo sería mi vida sin ti. Y no quiero saberlo. Quiero pasar los días contigo. Me encanta hablar contigo, me encanta comer pastelitos contigo. Y hacer el amor contigo es lo mejor de todo.

Ladeó la cabeza.

—Yo siento lo mismo.

—Me alegro.

Enganchó el dedo en la parte delantera de mi camisa y abrió un botón.

—Solo somos Joshua y Hartford, ¿verdad?

—Sí, solo nosotros.

Respiró hondo y apretó los labios contra mi pecho.

—Hueles bien. Pero siempre es así.

No pude evitar sonreír ante su comentario. No sabía que le gustaba mi olor. Me moría de ganas de saber más cosas de ella.

—¿Eres de playa o de escapadas de fin de semana?

—¿Piensas que deberíamos marcharnos unos días?

Eso sí que era una buena idea.

—Por supuesto. ¿Dónde te apetece ir? —La besé en la frente.

—A algún lugar donde no tengamos que llevar mucha ropa. —Me quitó la camisa.

—A la playa entonces. —Mientras me desnudaba, me imaginé arena blanca, cabañas sobre el agua, sol interminable. Y Hartford.

La llevé hasta una de las sillas del comedor y me senté; hice que se sentara de cara a mí, ya que su bata aún le cubría demasiado. Le solté el pelo y vi cómo le caía por los hombros. Se lo aparté y acerqué la boca a su

cuello. Me deshice de la blusa, revelando la suave y pálida curva de sus hombros y sus pechos perfectos.

Cogí aire.

Era increíble.

Apreté los labios contra su piel, queriendo que ese momento —el instante previo a lo que venía después— durara lo máximo posible. Ronroneó en señal de satisfacción, y ese sonido le confirmó a una parte muy arraigada de mí que estaba con la mujer que era mi media naranja. Me pasó los dedos por los omóplatos y por el pelo, y me acercó a ella.

—Te quiero —susurró.

Sus palabras eran como el sol, y la cicatriz borrosa de mi pasado se desvaneció ante su calor. Cerré los ojos para asimilar el momento. No quería olvidarlo nunca. Dios, ¿cómo había pensado que podía renunciar a esta mujer?

—Te quiero. —La acerqué hasta que estuvimos pecho contra pecho. No quería soltarla

—No voy a ninguna parte. Nunca —dijo, leyéndome la mente.

—Lo sé. —Estaba seguro de nosotros. Seguro de ella.

La besé en el cuello mientras ella me recorría la clavícula con los dedos. Con un suspiro, se apartó y se levantó de mi regazo. Se agachó y se quitó el pantalón de chándal antes de volver a sentarse en mis rodillas.

—Me gusta tu polla —dijo, soltando la verdad como siempre, sin filtros; me bajó la cremallera de los pantalones y me los quitó.

—Me alegro. A mí también me gusta.

—He visto muchas en mi vida. —Se acercó más a mí y me rodeó la erección con la mano, apretando antes de llevar el puño hacia arriba—. La mayoría de ellas en cadáveres. Ya sabes, en la facultad de medicina y...

—Hartford, ¿podemos dejar de hablar de pollas de muertos por el momento? El tema está perturbando un poco el ambiente.

Se rio, me soltó el pene y me besó los labios.

—Lo siento.

Le cogí la cara y la atraje hacia mí para darle un beso más profundo. En ese momento, todavía era capaz de contar el número de veces que la había besado. No quería poder hacerlo más tiempo. Nos conocíamos lo suficientemente bien como para habernos besado un número infinito de veces.

Se movió y se sentó en mi regazo, dándome la espalda. Cerré los ojos al sentir su calor resbaladizo contra mi piel. Gemí y agarré ese culo perfecto.

—No hay nada mejor que tú.

Cogí un condón y me lo puse. Nuestras miradas se cruzaron y ella levantó su peso de encima de mí, mirando hacia abajo mientras yo sostenía mi polla con firmeza, preparada para ella. Tenía la mandíbula tensa solo de pensar en que iba a bajar sobre mí, y cuando su humedad envolvió la punta de mi erección, quise rugir ante aquella gloria maravillosamente perfecta. Descendió lentamente, como si se estuviera acostumbrando a mí.

—Es muy... —dijo, con la respiración entrecortada y la voz un poco tomada.

Asentí.

—Sigue.

Me pareció que tardaba horas en hundirse en mí, y en que su humedad caliente y resbaladiza se rindiera ante mí. Dejé caer la cabeza hacia atrás, intentando mantener la concentración para no correrme en ese mismo instante.

—¿Estás bien? —preguntó.

Pasé las manos por sus muslos.

—Como acabas de decir, es muy...

Volvió la cabeza y me sonrió. Era un regalo que ella me había hecho: la capacidad de provocarle esa sonrisa. Que yo pudiera ser parte de lo que la hacía feliz era mejor de lo que podía imaginar.

—Eres muy sexy —dije, acariciándole el culo. La animé a mover un poco las caderas. Cada movimiento me provocaba intensos escalofríos de placer, y necesitaba recuperar el aliento.

—Sentirte es una pasada —respondió ella. Iba ganando confianza, sus movimientos se volvían más atrevidos a medida que quería más y más sensaciones. La apreté contra mi pecho y me vino a la mente el momento en que la había recogido en el aeropuerto. ¿Quién habría imaginado entonces que íbamos a acabar así? Sin embargo, su sonrisa y la efervescente sorpresa cuando la había visto habían calentado algo en mí interior que no sabía que estaba frío. Quizá una parte de mí siempre había sabido que lo nuestro tenía futuro.

Me clavó las uñas en los muslos y se me enrojecieron las mejillas. Dios, cada vez que pensaba que no podía ser más hermosa, una nueva visión de

ella me hacía tambalear. Sentirla alrededor de mi polla, notar sus pechos contra mi piel, sus dedos tirándome del pelo. Oír sus gemidos cuando empecé a acelerar el ritmo. Quería ser implacable, quería follar con ella hasta que ambos estuviéramos agotados y exhaustos.

—Más —dijo, poniendo las manos sobre las mías.

Sonreí. Ella también ansiaba eso.

La aparté de mí y me puse de pie.

—Pon las manos sobre la mesa. —Necesitaba moverme. Follar con ella. Penetrarla con toda la pasión que ella hacía hervir en mi cuerpo.

Le di un beso en la columna vertebral y ella se echó hacia atrás, deseando que siguiera. Me puse de pie y anclé las manos en sus caderas, embistiendo mientras ella gemía sin parar. La tensión crecía en mis muslos y me obligué a ir despacio, a no follar con tanta fuerza que la mesa se cayera.

—Dios, eres una pasada. Tan cálida... Tan suave...

Se echó hacia atrás para tumbarse sobre mí, instándome a seguir, a hundirme más profundamente.

Aceleré el ritmo, con el pecho tenso y los músculos duros, totalmente concentrado en llenarla de placer y saciar mi deseo.

Su creciente estrechez, el lejano galope de mi orgasmo...

—Joder —gemí. Era alucinante y no quería que se acabara tan pronto. Nunca podría volver a follar con ella por primera vez después de que me dijera que me amaba, y quería atesorar esos momentos, hacer que duraran para siempre.

Se echó hacia atrás y me agarró la mano.

—Joshua. Estoy a punto.

Quería ver cómo se corría.

La acosté en el suelo y me arrastré sobre ella, desesperado por volver a estar en su interior. El instinto y la necesidad se habían apoderado de mí. Subió los muslos a ambos lados de mis caderas mientras yo me mecía dentro y fuera de ella, una y otra vez, haciéndonos disfrutar a los dos, llevándonos cada vez más arriba.

Abrió los ojos y arqueó la espalda, se tensó y el orgasmo le desfiguró la cara mientras la sensación se canalizaba por mi cuerpo y estallaba en mi pecho.

Me desplomé sobre ella, y me pasó los dedos por la espalda,

ronroneando en mi oído.

—Eres preciosa —dije.

—Soy tuya —respondió. No podía haber dicho nada que me hiciera sentir mejor, más esperanzado y más agradecido.

Conseguí apoyarme en los codos para poder mirar a esos hermosos ojos azules.

—Y yo soy tuyo.

OceanofPDF.com

40

HARTFORD

De pie frente a la puerta del apartamento de Park Lane, colgué después de hablar con Gerry, justo cuando Joshua entraba por la puerta desde el trabajo.

Me miró a los ojos preguntándome si todo iba bien.

—Nunca había querido acostarme contigo tanto como ahora.

—De acuerdo —dijo, despacio, como si hubiera una trampa—. ¿Qué tengo que hacer para que pienses eso cada vez que me ves?

—Oh, no sé..., derrotar a las grandes farmacéuticas. Salvar vidas. Por lo general, ser el mejor hombre que he conocido nunca.

Le brillaron los ojos y levantó una botella de champán en una mano y una caja de pastelitos con la otra.

—¿Cómo te has enterado? Iba a darte una sorpresa.

—¿Tú también lo sabías? ¿Cuándo te enteraste?

—Tengo un amigo que tiene un amigo...

—Como Gerry. Por eso lo sé. ¿Cuándo será oficial? Quiero gritarlo a los cuatro vientos.

—Bueno, Merdon no va a anunciar que han perdido lo de Calmation. El consejo de regulación americano no hace anuncios sobre los medicamentos que no pasan el proceso. Pero lo hemos conseguido.

No podía creerlo. Calmation no iba a salir al mercado nunca como medicamento sin receta gracias a que mi novio era increíble. Luca Brands había hecho gala una intrépida estrategia al oponerse a Merdon. Habían llevado a Gerry a todos los programas de televisión de Estados Unidos y del Reino Unido, y habían conseguido que todos los médicos importantes se unieran a la campaña. Había sido una pasada.

—¿Qué quieres primero? ¿Sexo, pastelitos o champán? —pregunté.

—Antes de nada, brindemos, y luego nos llevaremos el champán a la cama.

Saqué dos vasos de la alacena y los puse sobre la encimera de mármol.

—¿Has sabido algo del consejo del edificio de apartamentos? —Luca

Brands se había puesto a buscar clientes desde que GCVB les había retirado todas las cuentas. Había conseguido varios nuevos, pero sabía que esperaba que los propietarios del lugar al que llamábamos hogar firmaran con Luca Brands.

El hoyuelo de Joshua hizo su aparición.

—En realidad, sí. Es un día de buenas noticias. El director del grupo empresarial me ha llamado hoy. Quiere reunirse conmigo.

Deslicé el brazo por su espalda mientras servía el líquido burbujeante.

—Voy a tener que seguir diciéndote lo irresistible que eres.

Sonó el timbre del ático y miré a Joshua. ¿Estábamos esperando a alguien?

Se encogió de hombros.

—Yo terminaré de servir el champán. Ve a abrir la puerta.

—¿Andrew? —exclamé al abrir la puerta—. ¡Y también viene Tristan! No os esperábamos.

Cuando entraron Andrew y Tristan, me di cuenta de que Tristan llevaba de la mano a la hija de Gabriel.

—¡Bethany! ¿Dónde está tu padre?

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Joshua al ver a Andrew y Tristan—. Ella puede quedarse —dijo, agachándose para recoger a Bethany—. Pero el resto... —En ese momento entraron Gabriel, Beck, Hollie, Autumn, Stella y Dexter. Dexter llevaba lo que parecía un maletín. Stella una caja de pastelitos y todos los demás llevaban una botella de vino o champán en las manos.

—Hemos venido a celebrarlo —explicó Stella.

¿Todos sabían lo de Calmation? Las noticias se extendían con demasiada rapidez para ser una ciudad de nueve millones de habitantes.

—Sí, no todos los días Joshua toma una buena decisión —añadió Beck mientras se agachaba para besarme la mejilla—. Estar contigo ha sido la mejor hasta la fecha. —Si había un hombre que me hiciera derretir, además de Joshua, era Beck. Siempre sabía decir lo más adecuado. Stella era una mujer afortunada.

Todos necesitaban una copa. Me di la vuelta y me encontré a Joshua murmurando para sus adentros mientras sacaba las copas de champán de la vitrina.

—¿Estás bien? —le pregunté, acercándome a él mientras todos los

demás se acomodaban en los sofás. Tristan sostenía a Bethany por los tobillos.

—Te va a vomitar encima como no tengas cuidado —le advirtió Autumn a Tristan—. Y seré la primera en decir que te lo mereces.

—No voy a vomitar, Autumn —protestó Bethany—. Solo una vez más.

—No digas que no te avisé —dijo Autumn.

—Estábamos a punto de follar —me susurró Joshua al oído, desviando mi atención de las risas de Bethany. Parecía como si fuera un niño y le hubieran dicho que cogiera su pelota y se fuera a casa.

—Pero esto es bonito. Tu familia ha venido de visita.

—Pero ¿por qué ahora mismo? —preguntó.

—Ni idea. Y tenemos mucho tiempo para el sexo.

—Ten —dijo Dexter, deslizándolo por encima de la mesa.

Hollie se colocó detrás de él.

—Voy a encargarme de que todos tengan algo que beber mientras te entretienes con sus juguetes. —Dexter agarró a Hollie por la cintura, la echó hacia atrás y le plantó un beso en los labios como si estuvieran bailando un tango en una película de Hollywood. Luego la soltó y volvió a lo suyo.

—Estoy pensando en nuevos proyectos y quería saber qué pensabas, Hartford. —Intenté comprobar si Hollie había encontrado la cristalería, pero Dexter reclamó mi atención al abrir el estuche de ante negro para dejar a la vista cientos de anillos deslumbrantes—. ¿De qué forma te gusta?

Miré a Joshua.

—Sutil como un ladrillo, amigo —dijo Joshua. Se volvió hacia mí—. Está claro que el negocio no le va demasiado bien y que Dexter se ha convertido en un vendedor a domicilio.

El susodicho se rio.

—Vamos, es bueno saber estas cosas. Por si acaso. Ya sabes...

—Espera... —De repente me di cuenta de lo que estaba pasando—. Dexter, ¿estás tratando de averiguar qué tipo de anillo me gustaría si nos comprometiéramos?

—Cuando —me corrigieron Dexter y Joshua a coro.

—Cuando nos comprometamos —repitió Joshua, rodeándome la cintura con la mano—. Supongo que no te hará daño echar un vistazo. —¿Cómo podía ese hombre, que hasta hacía un mes huía del compromiso, hablar tan

a la ligera de casarse conmigo?

—El brillante es obviamente el corte más clásico. Como este. —Dexter sacó un anillo con un enorme solitario. Y luego sacó otro—. Pero tal vez quieras algo de inspiración más *vintage*, como una talla *asscher*, que siempre ha sido una de mis favoritas. La talla es más barata que un brillante, pero no se puede disimular ninguna imperfección en la piedra con una talla *asscher*. Tiene que ser impecable.

—Me pones cuando hablas de piedras —intervino Hollie, sirviendo champán en una fila interminable de copas.

—Quiero algo mucho más pequeño. No voy a querer quitarme el anillo para ir a trabajar, así que tendrá que ser lo suficientemente pequeño como para que no me ande rompiendo los guantes constantemente. —Ojalá mi yo de diecisiete años pudiera verme en ese momento, eligiendo un posible anillo de compromiso con Joshua Luca. Nadie debería decir que los sueños no se hacen realidad—. Tengo que asimilar muchas cosas.

—Ya, bueno, voy a dejar el maletín aquí durante unos días —comentó Dexter—. Puedes divertirte probándolos y decidir luego.

Tenía el presentimiento de que iba a tardar más de unos días.

—¿Ya están las copas? —preguntó Andrew, que estaba junto a la chimenea. Todos levantaron las bebidas—. Bien. Brindemos.

—Espera un momento —dijo Joshua—. Antes quiero saber cómo has subido aquí sin que nadie te lo impida. Se supone que es un edificio seguro.

Andrew se limitó a negar con la cabeza.

—Eso no existe —dijo Tristan—. Ni el Pentágono es un edificio seguro conmigo cerca.

Andrew levantó su copa.

—Por Joshua y Hartford. Os deseamos felicidad eterna.

—Muy poético viniendo de ti —comentó Dexter, dándole un codazo a Andrew.

—Gracias. Me lo imaginaba.

—Tenemos más noticias, en realidad —intervino Beck—. Por fin hemos fijado la fecha de nuestra boda. La víspera de Navidad, si todos estáis libres.

—Espera, ¿no estáis casados? —preguntó Autumn—. ¿Por qué pensaba que ya habíais pasado por el altar? —Gabriel le susurró algo al oído y ella asintió.

—Ya era hora —dijo Tristan—. Como padrino, estaré allí.

Joshua se aclaró la garganta a mi lado.

—Tristan no será el padrino, ¿verdad, Beck?

—Eso espero —intervino Dexter.

—Todos seréis los padrinos. Espero. —Beck levantó la copa—. Brindo por los mejores hombres de Londres y por las mujeres que los han hecho aún mejores.

Levanté la mirada hacia Joshua y él se giró para dedicarme una sonrisa tonta.

—Me haces mejor —susurró, y me besó el cuello.

OceanofPDF.com

EPÍLOGO

UN MES DESPUÉS

HARTFORD

El apartamento de Park Lane International empezaba a parecerme un hogar. Pero no pensaba admitirlo delante Joshua o no íbamos a mudarnos nunca. Subí los pies al banco mientras Joshua se daba un baño de burbujas. Ese hombre sí que sabía cómo relajarse y disfrutar de la vida. Esos instantes con él, en los que compartíamos un vino y hablábamos de cómo nos había ido el día, eran algunos de mis momentos favoritos.

Encendí el iPad y estudié las fotos de una casa que acaba de salir al mercado.

—Esta me gusta mucho. —Giré la *tablet* para que la viera.

—El cuarto de baño es diminuto. Si no te metes en esta bañera conmigo, tampoco lo harás en esa.

—No se pueden basar todas las decisiones inmobiliarias en el tamaño del cuarto de baño.

—¿Acaso es una norma que desconozco?

Suspiré. Joshua estaba siendo muy exigente con el lugar donde íbamos a vivir. Yo quería ponerme manos a la obra ya; no quería ni pensar en todo el dinero que estaba gastando en el alquiler.

—Bueno, confieso que en realidad tengo una sorpresa para ti.

Entrecerré los ojos. Las sorpresas de Joshua solían ser extravagantes e innecesarias, pero antes de que pudiera preguntarle más, sonó el timbre de la puerta. Por la sonrisa que apareció en la cara de Joshua, estaba esperando esa interrupción.

—Más te vale que no sean nada más que pastelitos.

—Eso también.

Se agarró a los lados de la bañera y se puso de pie, haciendo que el agua cayera en cascada como si fuera Helios saliendo del océano.

—¿Quieres que le diga a Beck que se pierda durante media hora? —preguntó cuando me sorprendió mirándolo.

Me levanté de un salto del banco.

—¿Es Beck? ¿Viene con Stella? ¿Esa es la sorpresa?

—Imagino que se puede decir que es parte de la sorpresa. —Se envolvió con una toalla.

—Iré a abrir. —Cogí mi copa de vino y el iPad y me acerqué a la puerta. Cuando terminé de dar abrazos, apareció Joshua en el salón, así que me puse a preparar las bebidas para todos.

—Voy a poner esto en la televisión —comentó Beck, sosteniendo algo en el aire.

Miré a Joshua, que asintió. Al menos uno de los dos sabía lo que estaba pasando. Serví el vino y repartí las copas.

—Ven a sentarte a mi lado —me invitó Joshua, deslizándose hacia mí en el sofá.

Stella se sentó al otro lado y todos miramos a Beck, que parecía estar a punto de decirnos si era una película, un libro o una obra de teatro.

Beck cogió el mando a distancia y señaló el televisor.

—Bienvenidos al número seis de Alford Street.

Una pantalla mostraba la fachada de una casa de ladrillo rojo y crema. La cámara recorrió los escalones de piedra y atravesó unas grandes puertas dobles.

Me habían tendido una emboscada.

Me puse de pie.

—Espera un momento. Dale a la pausa. —Cuando el vídeo se detuvo, me giré para mirar a Joshua—. ¿Por esto no te ha gustado ninguna de las casas que te he enseñado? ¿Tenías este as bajo la manga todo el tiempo?

Hizo una mueca.

—Bueno, no todo el tiempo.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—Quiero que veas cómo va a quedar —respondió.

—El proyecto no está terminado —intervino Beck—. Pero lo estará para Navidad.

—Está en la calle de al lado de la nuestra —me explicó Stella, sonriendo—. Va a quedar precioso. Confía en mí. Y podremos trabajar juntas para que quede exactamente como quieres.

Joshua gimió.

—No, eso no va a funcionar. Si lo dejamos en manos de Hartford, solo tendremos muebles de Ikea.

—Ikea no tiene nada malo —respondí, hundiéndome de nuevo en el

sofá.

—Tienes razón —respondió Stella—. Pero este va a ser vuestro santuario. Y a Joshua le gustan las cosas buenas de la vida así que...

—Te propongo un trato —dije.

—Tú dirás —respondió Joshua.

—Elegiré entre las opciones que me presente Stella, sin hacer preguntas, si aceptas igualar lo que gastemos en Alford Street para donarlo a la Fundación Luca o a Médicos sin Fronteras.

Joshua frunció el ceño, lo que ya identificaba como una señal de que iba a intentar negociar. Pero yo iba a mantenerme firme en mi postura.

—Donaré una cantidad igual a la que gastemos en las instalaciones y los muebles a la Fundación Luca-Kent.

—¿La Fundación Luca-Kent? —repetí.

—Le he cambiado el nombre —explicó, entregándome su teléfono. Había abierto un correo de su abogado confirmando el cambio de identidad. Era el hombre más tierno y romántico del mundo. Dejaba en pañales cualquier fantasía que pudiera haber tenido a los diecisiete años.

—No necesito que mi nombre aparezca en el papeleo, solo quiero que la fundación reciba el dinero.

—Bueno, como tú eres la persona que inspiró la fundación, es lógico que lleve tu apellido, Kent. Y, de todos modos, espero que Luca-Kent sea un apellido de verdad antes de que pase mucho tiempo.

Intenté ignorar la cálida sensación que se instaló en mi vientre. Habíamos hablado mucho del futuro, de tener hijos y envejecer juntos. Pero sabía que el tema del matrimonio era un asunto delicado para Joshua. Lo de Diana lo había dejado muy quemado.

—Ya sabes que no necesito que un papel diga que vamos a estar juntos para siempre.

—Tal vez tú no. Pero yo lo quiero... Y espero que tú también.

Miré a Beck y a Stella, que sonreían.

Me volví hacia Joshua y le apreté la mano contra el pecho.

—Me encantaría ser una Luca-Kent.

—Y no, esto no es una proposición, porque estoy planeando algo diferente.

—Tal vez te ahorre la molestia y tome el asunto en mis manos.

—Eso puede ser muy divertido —confirmó Stella.

—Sin embargo, te lo aviso desde ya —dijo Joshua—. Quiero una boda grande y fastuosa. Soy el hombre más afortunado del mundo y quiero que todos lo sepan. Quiero verte recorrer el pasillo hacia mí.

Lo abracé. Bajo sus palabras se escondían muchas cosas: que confiaba en mí, que sabía que nunca lo iba a abandonar o a humillarlo... Y eso me hacía sentir bien, porque lo amaba tanto como él a mí.

—Vale, puedo aceptarlo. —Si era importante para él, era importante para mí.

OTROS TRES MESES DESPUÉS

JOSHUA

Llevaba meses planeando ese momento. Estaba deseando ver la cara de Hartford cuando viera lo que había hecho en los cuartos de baño.

—¿Has puesto una barbacoa o algo así? —Hartford dejó de caminar y se volvió hacia mí con los brazos en jarras y los ojos vendados.

—Tal vez ponga una en tu baño. —Le tiré de las manos, animándola a entrar en nuestra habitación—. Sigue andando.

Se movió de nuevo, solo unos pasos más, y entró en nuestro dormitorio.

—Sabes que creo que es una completa locura que cada uno tenga su cuarto de baño.

Era la primera noche que dormíamos en la casa nueva. Durante la última semana habíamos trasladado todas nuestras pertenencias y por fin estábamos preparados para pasar allí la noche.

—No es una locura. Es bueno por si queremos revenderla algún día, y también es práctico.

Solo había una parte de la casa que Hartford no había visto: los cuartos de baño del dormitorio. Me había dado manga ancha y la había aprovechado al máximo.

—El que tenga que dar tantos pasos solo para entrar en el dormitorio significa que este lugar es demasiado grande. —Suspiró—. Pero me encanta. Bien, llegamos a la alfombra, ¿puedo quitarme ya la venda?

—No. Todavía no. —La hice avanzar hasta que cruzó el umbral de su cuarto de baño. La música que había elegido sonaba al volumen perfecto y la hice girar para que lo primero que viera no fueran las persianas. Solo me quedaban por hacer un par de cosas más.

—Bueno, ahora quédate ahí.

Me desnudé con rapidez y me envolví la cintura con una toalla.

—¿Lo que suena es Natasha Bedingfield?

Sonreí. No estaba seguro de que se acordara.

—Sí.

—Es la música que sonaba todo el verano el año que te fuiste a la universidad. —Sonrió y me di cuenta de que estaba recordando aquellos largos veranos de nuestra infancia, llenos de interminables días de sol, tenis y primeros enamoramientos que habían acabado en amores para toda la vida.

A esa mujer no se le escapaba nada. Gracias a Dios que había tenido la suerte de ser el hombre que intentaba seguir su ritmo.

Me gustaba la idea de que, cuando llegara al final de mi vida, habría conocido a mi mujer desde el principio. Que hubiéramos estado tanto tiempo en la vida del otro. Nadie iba a conocerme mejor que ella.

—Tengo que desnudarte —dije.

—¿Con la venda puesta?

—Sí, pero no será tan pervertido como parece. —Llevaba una camisa y unos vaqueros, y empecé a desvestirla. Cuando estuvo completamente desnuda, la ayudé a ponerse de mala gana un mullido albornoz blanco que había encargado especialmente, con las letras de *Luca-Kent* bordadas en el pecho. Me preguntaba cuánto iba a tardar en darse cuenta.

—Su baño, *milady* —lancé después de inspirar hondo.

Sonrió, pero no miraba la bañera. Su mirada estaba clavada en mí.

—Me encanta.

Me reí.

—Ni siquiera has visto la habitación.

—Pero me gusta igual —dijo, rodeándome el cuello con los brazos—. Ha hecho esto por nosotros, así que me encanta. Pero, venga, enseñámelo todo.

La atraje hacia mí y la guie en una visita relámpago.

—¡Me sigue encantando! —dijo, mirando a su alrededor—. Y el cuarto de baño es una pasada. Y la bañera es muy profunda. Supongo que ya sabías que no te ibas a equivocar en ese punto. ¿La tuya es diferente?

—Es exactamente igual, pero el mármol es de Portoro. Te la voy a enseñar. —Aparté las persianas de la pared que su baño compartía con el mío, dispuesto a revelar la guinda del pastel.

—¿Es una piscina? —preguntó, con los ojos desorbitados mientras

miraba la enorme bañera que separaba los dos cuartos de baño. Me había asegurado de que estuviera exactamente a treinta y ocho grados. Había vertido en el agua los mejores aceites de baño que el dinero podía comprar y que ocupaban un lugar privilegiado en un armario. Durante los últimos meses de convivencia, había podido fomentar el tiempo que Hartford pasaba en el agua, y sus olores favoritos eran una mezcla de lavanda e incienso. En realidad, ya estábamos perfectamente adaptados en muchos aspectos.

—No, es una bañera muy grande. —La bañera medía dos metros por dos metros, y había mucho espacio para los dos—. Y por ahí —señalé hacia el otro lado del cuarto de baño compartido—, está mi bañera. Pero tenemos esta en medio para que podamos compartir algún tiempo en el agua cuando surja la necesidad.

—¿Tres bañeras en dos cuartos de baño?

—Es importante.

Se limitó a reír.

—¿Nos metemos?

Dejé caer la toalla. Ella sonrió, se deshizo del albornoz y la cogí de la mano mientras se metía en el agua.

Suspiró cuando estuvo hundida hasta el cuello.

—Creo que voy a acostumbrarme a vivir contigo.

Me reí y me acomodé a su lado.

—¿Sí? Bueno, no esperaba otra cosa.

A pesar de todo el espacio que había en la bañera, entrelazamos las piernas y le entregué una copa. Y un pastelito.

—Es de galletas y crema. Estoy en una bañera, con mi persona favorita del mundo mundial, en la casa más bonita que haya visto nunca. ¿Puede haber algo en la vida mejor que esto?

—Eso espero —repuse.

—Joshua. —Me lanzó una mirada de advertencia—. Es un pecado desear algo más.

—Solo una cosa más. —Cogí aire—. ¿Quieres casarte conmigo?

Su mirada fue sustituida por una expresión de completa adoración. Con cuidado, dejó el pastelito sin comer a un lado de la bañera y se arrodilló sobre mí, deslizando sus resbaladizos muslos a ambos lados de mis caderas.

—Mil veces sí, Joshua Luca. Mi vida lo es todo contigo a mi lado.

Y así, sin gastar ni una libra más, tuve todo lo que podía desear.

OceanofPDF.com

AGRADECIMIENTOS

Gracias por leer *Mister Park Lane*.

Me encantaría saber qué te ha parecido *Mister Park Lane*. Si dispones de unos minutos para dejar una reseña, te quedaré muy agradecida. Envíame el enlace a louise@louisebay.com y te daré las gracias personalmente.

Si te suscribes a mi boletín de noticias en louisebay.com, recibirás las últimas noticias, actualizaciones de libros, sorteos y regalos.

Sígueme en redes sociales para recibir alertas de ventas y nuevos lanzamientos.

Stella y Beck - *Mister Mayfair*

Hollie y Dexter - *Mister Knightsbridge*

Autumn y Gabriel - *Mister Smithfield*

OceanofPDF.com

SINOPSIS DE MISTER PARK LANE



Tengo veintinueve años, soy pediatra y he viajado por todo el mundo.

No había visto a Joshua Luca en más de una década. Él fue una obsesión adolescente para mí hasta que, a los diecisiete años, esa fijación me llevó a tomar malas decisiones que tuvieron consecuencias en mi vida.

Pero en una sola noche maduré y me olvidé de mi estúpido encaprichamiento por él.

Ya no estaba colada por Joshua, y nunca volvería a estarlo.

Pero nuestras madres siguen siendo grandes amigas, y cuando me vi obligada a volver a Londres organizaron, sin que yo lo supiera, que yo viviera en su casa. Da igual que ahora tengamos que compartir piso y que me lance la misma sonrisa sexy de siempre.

No quiero ser consciente de que cuando me toca es como si miles de pequeños fuegos artificiales explotaran por todo mi cuerpo.

Pienso en él y tengo que secarme las palmas de las manos en los vaqueros y concentrarme para calmar los latidos de mi corazón.

Pero lo he superado. Estoy segura de que no volveré a enamorarme de él...

OceanofPDF.com

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

LOUISE BAY adora la lluvia, Londres, los días en los que no tiene que maquillarse, disfrutar de tiempo a solas, estar con sus amigos, los elefantes y el champán. Todas sus novelas son auténticos *best sellers*.

Mister Park Lane es la última novela de la autora en Phoebe, después del éxito conseguido con *Una semana en Nueva York*, *Mister Mayfair*, *Mister Knightsbridge* y *Mister Smithfield*, además de la serie *The Royals*, conformada por *El rey de Wall Street*, *El príncipe de Park Avenue*, *El duque de Manhattan*, *El caballero inglés* y *El aristócrata de Londres*.

louisebay.com

IG: [louisesbay](#)

TW: [@louisesbay](#)

FB: [@authorlouisebay](#)

GR: Louise Bay

LOUISE BAY

SEXY. SASSY. ROMANTIC FICTION

OceanofPDF.com